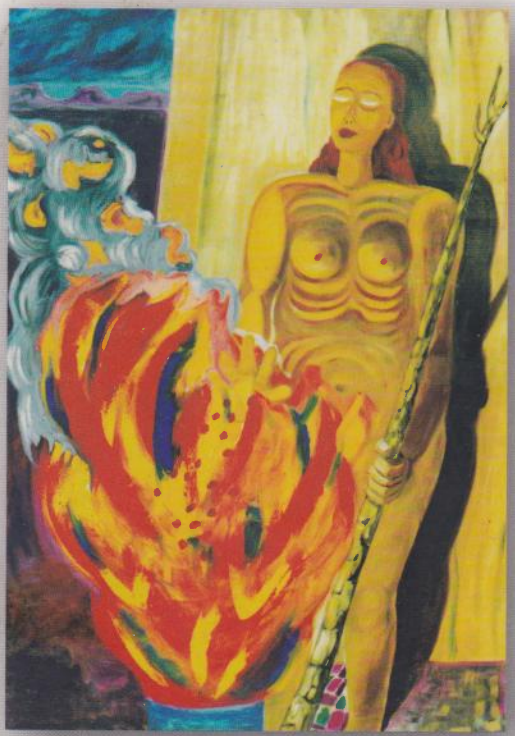
Sol/arena
cinco

miguel r. mendoza

# El ángel a la orilla del camino



74
j.1

Mendoza Madrid, Miguel Ramón, 1901-1966
El ángel a la orilla del camino / por Miguel R. Mendoza
1a. ed.
Chihuahua, Chih. : Doble Hélice Ediciones, c 2004.
210 pp. ; 21 cm.
ISBN: 968-7731-45-1
PQ7297 .M4 A7 2004
1.–Novela mexicana-Siglo xx

En portada: *Fuego*, óleo sobre tela de 80x110 centímetros. Autor: José Pedro Gaytán, 1987.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluidos fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento de información o de recuperación sin permiso por escrito del sucesor y de la editorial, en los términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables, so pena de hacerse acreedor a las sanciones legales correspondientes, inclusive cárcel.

DERECHOS RESERVADOS, 1A. EDICIÓN, 2004.
© Miguel R. Mendoza Madrid
© Miguel R. Mendoza González, sucesión.
© Doble Hélice Ediciones
http://www.doblehelice.com.mx

ISBN 968-7731-45-1

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

Bibliotecas
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

miguel r. mendoza

# El ángel a la orilla del camino

*A Rosario Castellanos, cuya lucidez mete miedo a los mediocres y cuya ternura desarma a los envidiosos.*

*Para Roberto Blanco Moheno, quien me mostró en sus libros lo que se puede hacer cuando se es uno mismo y se escribe lo que se siente.*

*"It is with the angelic eye that man beholds the world of his true substance"*
Henry Miller.

*Y fue arrebatado y llevado en espíritu sobre un monte altísimo, en el cual había un precipicio profundísimo, y aquí y allí piedras rotas en pedazos y rocas desiguales que salían afuera de las piedras; por lo que en ese precipicio era de aspecto miedoso de mirar. Y el Ángel, que llevaba a este monje, tanto lo empujó, que le echó debajo de ese precipicio; de modo que saltando, golpeándose de escollo en escollo, y de piedra en piedra, llegó al fin al fondo del tal precipicio, todo deshecho y despedazado, según a él le pareció. Y yaciendo maltrecho en tierra, díjole, el que lo había conducido: Levántate que aún te conviene hacer largo viaje. Contestóle el monje: Tú me pareces indiscreto y hombre cruel; me ves morir por la caída, que me ha despedazado, ¡y me dices que me levante! Y el ángel se le acercó a él y tocándolo le arregló perfectamente todos los miembros y lo curó.*

*Luego le muestra una gran llanura llena de piedras puntiagudas y cortantes y de espinas y tribulaciones; y dice que por toda esa llanura le conviene pasar con los pies desnudos, hasta llegar al fin, en el cual le convenía entrar...*

*Florecillas*, de San Francisco de Asís.

# Libro primero

## Capítulo 1

La historia de esta aventura –mi encuentro con el ángel– comienza una Noche Buena. La más pinche Noche Buena que he pasado en mis diecisiete verdes años. Fue exactamente ese 24 de diciembre de 1957 que decidí irme de mi casa a correr mundo, a buscar aventuras. Las ganas de irme lejos, lejos, me entraron de repente, mientras caminaba, como a las diez de la noche, por la diagonal de San Antonio; es decir, del apartamento de nosotros, que está en Anaxágoras a la calle Rébsamen donde noche a noche me juntaba con mis cuates, otros pendejetes rebeldones como yo. Iba en busca del Charro y el Ciego a ver si entre los tres acabalábamos para comprar un cartón de cerveza o una media de tequila. Ya me empezaba a alcanzar la cruda después del dizque "gran fiestón" de Noche Buena que había organizado mi hermana Leila, la mayor de la familia y que terminó en un rotundo fracaso. Me sentía muy triste y quería contarles a mis amigotes lo que sucedió en mi casa y de paso ver si uno de ellos o los dos eran lo suficientemente machos para mandar todo, todo, la familia y la decencia al cabrón y largarnos por esos caminos de Dios a ver a cómo nos tocaba... Yo sabía que de nada me serviría contarles mis penas más íntimas, mis desavenencias con el jefe, lo aburrido y nervioso que me sentía en mi casa, porque, viéndolo bien, mis amigos, aunque reatas hasta cierto punto, son muy mensos. Muchas cosas no las captan, otras ni siquiera les pasan por la cholla. Sí, son muy buenos cuates, pero no tienen visión. Son toscos, bobos y sin ninguna inquietud; son flojos, huevones hasta dar ansias. Yo tampoco estoy muy educado que digamos, es verdad. Durante el quinto año empecé a pintar venado. Me corrieron de la escuela por faltista y como mi jefe andaba en California, me aproveché de eso y ya no regresé. Pero a pesar de todo me las masco todas. Le entiendo a cualquier libro o revista que cae en mis manos porque mi papi tiene tonela-

das de libros y algo se me ha pegado de los que leo. Tantos libros, en inglés, en francés, en italiano, en portugués, que no nota cuando me clavo uno que otro y lo vendo para irme al cine. Muchos de esos libros los he leído y algunos son rete vacilones. En cambio, el Charro y el Ciego no le hacen más que al *Supermán* y al *Dick Tracy*. Pobres. Hasta cierto punto me dan lástima. Qué dirían si les dijera que el *Tarzán* y el *Roy Rogers* son puras pendejadas comparadas con *El gran Meaulness*. Mi pa tiene una novela que se llama así; ¡jijo! cómo me gusta ese libro; lo he leído cuatro veces de cabo a rabo. ¡Qué peliculón saldría de esa novela! No me explico por qué no la han filmado. Con Kim Novak y un bobito así del tipo de Dirk Bogarde.

Bueno, pero me estoy saliendo del carril. Ese es un dicho de mi papi: "No te salgas del carril". ¡Al grano! Pues les iba contando que decidí irme a la aventura. Esa misma noche. Pero antes tenía que despedirme de mis amigos. Una despedida en forma, porque no tenía pensado volver nunca; porque tenía mis motivos y muy serios. Fíjense nomás. Esa noche, mejor dicho esa tarde del veinticuatro, mi hermana Leila trajo al departamento, sin avisarle a nadie y sin pedirle permiso al jefe, a una bola de mensos –machos y hembras– que trabajan en la misma oficina de ella, a bailar rocanrol antes de la cena de Navidad, que siempre festejamos nada más los de la familia. Porque mi jefe detesta a los invitados. A la casa no vienen más que dos o tres tipos estrafalarios –españoles refugiados para más señas– que echan un bla bla muy raro hasta las dos de la mañana. "Intelectuales" –dice mi jefe–, los únicos con quien se puede hablar. Pero la verdad es que de oírlos un rato me da vueltas la cabeza pues le entiendo muy poco a su jerga.

Al rato, el departamento estaba que se cernía. Los amigos de Leila trajeron una bola de discos de Elvis, Pérez Prado y de Carlos Campos; y esto fue darle que darle que hasta parecía que iba a reventar la consola. En la tina del baño había un chorronal de botellas y cocas en hielo y los que no bailaban tragaban como si estuvieran muertos de sed. Para las seis de la tarde ya había dos chamacotas tiradas en la cama de Leila, y un pelón con ojos de pescado se había quedado abrazado a la planta de hule después de haberla regado con su vómito.

Yo andaba dándole vuelo a la hilacha con una güereja que parecía remolino; de cuando en cuando le echaba vidrio a mi papi, que parado en la puerta de la cocina, con un vaso en la mano, nos veía con ojos de no creer lo que estaba viendo, rojo rojo de coraje. Hasta que al fin no pudo más. Tirando el vaso contra la pared, porque ya estaba también





medio briago, abrió la puerta que da a la escalera y empujó a los tres que estaban más cerca, haciendo dengues y coreando la música.

—¡A la calle! ¡Fuera, idiotas! ¡Basta! ¡Basta!

La consola dio un gruñido como perro al que le quitan el hueso (no se quién la apagó) y se hizo un silencio terrible. Todos empezaron a desfilar calladitos, azorados, murmurando entre dientes. Leila, avergonzada, se tiró en el sofá y empezó a llorar con chillidos roncos y entrecortados por el hipo, pues ya estaba medio peda. Mi hermano Jorge, que tiene dos años más que yo y se cree muy chicho, se escabulló con los invitados. Ya andaba muy entrado con una morena muy chirisca que quería parecerse a la Bardot. Sepa Dios para dónde se la llevó. Yo me quedé parado junto al trinchador. Llené dos copas. Una para mí porque el momento era trágico, como de película. La otra se la ofrecí a mi papi. La tomó mecánicamente, todo tembloroso del coraje y se la bebió de un trago. Se estremeció y empezó de nuevo a hablar, con más rabia que nunca, aunque ya se le enredaban un poco las palabras. Tronó contra todos nosotros, sus hijos, y yo me tuve que aguantar el chaparrón sin decir pío.

Mi mami acostó como pudo a Leila en su cama, ya completamente borracha. "Denme otro kacaselzer, otro kacaselzer", gritaba, desesperada, y Rima, la chiquitina, se agarraba a las faldas de mamá asustada de tanto borlote. Entre tanto, mientras yo recogía vasos y botellas, mi jefe se fue al baño y ¡pácatelas!, azotó del tamaño que es sobre las cocacolas y el hielo. Mi mami y yo corrimos y con miles de trabajos pudimos sacarlo de la tina, todo mojado y echando ajos y cebollas a voz en cuello. Pero apenas lo paramos se dio otro resbalón y cayó redondito en el piso, y allí se quedó tirado como una viga, dormido. No pudimos moverlo ni una pulgada y optamos por dejarlo hasta que llegara mi tío Jesús, el reverendo, que para colmo había venido desde El Paso, Texas, a pasar la Navidad con nosotros. Ahora andaba en el centro, dizque en el culto de Navidad que celebran en la calle Gante.

—¡Qué vergüenza, Dios mío! —decía mi mamá, acongojada—. Qué dirá Jesús, que somos una familia de demonios. El pobre que vino a ver si convencía a Sergio para que los bauticen porque ninguno de ustedes está bautizado. Y ya se me figura que de veras les hace falta el agua bendita. ¡Mira nomás!

Y se sentó a llorar en la cabecera de la mesa, precisamente enfrentito del pavo relleno que con tanto esmero había preparado para la cena de Noche Buena.

Como Rima también ya se estaba poniendo mohína, la agarré en brazos y me puse a pasearla hasta que se quedó dormida. Apenas acababa de acostarla en su cunita cuando llegó mi tío. ¡Jijo!, hasta yo que traía mis tragos, me sentí avergonzado cuando vi la cara que puso al ver la casa toda batida y a mi mami sollozando.

Sin chistar, nos ayudó a arrastrar a mi papi hasta su cama y luego nos fuimos al comedor. Allí mi mamá le sirvió su porción de pavo que se comió en silencio, con uno que otro trago de limonada. Luego, de repente, se secó la boca con la servilleta y se paró. Muy emocionado, como si fuera a predicar, exclamó:

—¡Zenobia, hermana querida! Ahí tienes palpable el resoltado de la impiedad y la herejía. Ahí tienes el castigo por haberte casado con on ateo. Pero no arriesgues más la vida de tos hijos. Te lo pide to hermano, to hermano del corazón, al que has hecho sofrir tanto con to traición al evangelio. Híncate aquí conmigo y oremos hasta que el Señor nos ilomine.

Mi madre no estaba de humor para discutir, y yo menos. Silencitos nos arrodillamos en la alfombra de la sala y reclinamos las cabezas en el sofá decididos a soportar la perorata que mi tío Chu le iba a endilgar a mi tata Dios.

Allá en el pueblecito del norte de Chihuahua, de donde es mi mamá y donde nos criamos los más grandes, cuando mi papá se fue de voluntario a la guerra española, me gustaba oír a mi tío predicar ante un escaso grupo de oyentes, unos cuantos inocentones que se atrevían a desafiar al cura y se hacían protestantes. Sus sermones eran harto divertidos porque revolvía papas y bofes, la curtiduría con la religión (había sido curtidor de pieles antes que ministro), a Hitler con Pancho Villa, salpicándolo todo con anécdotas pintorescas de cuando anduvo en la refolufia. Pero lo más chistoso es que mi tío tiene la curiosa costumbre –que ni en el seminario le pudieron quitar– de pronunciar la "u" como "o" con resultados verdaderamente regocijantes.

Ahora yo, nada reverente, lo veía con el rabillo del ojo y con el oído atento a ver qué puntachos se alcanzaba y cómo a las "us" las convertía en "os". Con los ojos cerrados y la frente levantada empezó a invocar a Dios sonoramente, parándose sobre la punta de los pies como si así se acercara más al Creador.

—¡Padre noestro que estás en los cielos! Señor todo misericordioso y todo amor. Padre de todo lo que existe, de las alimañas de la tierra y de los peces en el agoa. Baja to vista hasta este valle de lágrimas y mira





aquí postrados y contritos a estas pobres criatoras toyas, enfangadas en el cieno, indefensas en el lodo del pecado. Tiéndeles to mano protectora y levántalos hasta to gracia. Levántalos, Señor, porque no saben lo que hacen. Porque cegados por el lojo y la molicie, por la insanía y el orgollo, solo boscan darle pávolo al coerpo que perece y será pasto de los gosanos. Porque alejados de to sabidoría, se han olvidado que tienen on alma, on alma preciosa, joya de gran precio, que to les diste y que ellos no aprecian y la arrojan como vil chatarra a la pocilga de los mamanos.

"Ilomínalos con to voz, Señor, para que encoentren de noevo el camino que condoce hasta ti. Para que conozcan la bienaventoranza que nos tienes prometida a todos los que acatamos tos mandatos sacrosantos. Has que esta joventod perdida de noestros días recapacite y reconozca sos yerros, y que ongida por la gracia, voelva sobre sos pasos y se encamine hacia el templo en logar del cabaret; hacia la oración y la penitencia en logar del rocanrol y la francachela; hacia las agoas de, reposo del rey David en logar de la lojoria y el desorden.

"En tos manos encomiendo a esta familia, para mí moy querida, porque son de mi propia sangre. Ellos te necesitan más que nadie en esta hora de tribolación y de vergoenza. No los abandones, Señor misericordioso. Así como en los tiempos de antaño paraste el sol y abriste las agoas del mar Rojo para que pasaran los jodíos, moéstranos hoy o mañana o pasado, pero sin que pase esta semana, porque el lones me regreso a atender a mi rebaño; moéstranos, Señor, ona señal, visible para que todos la vean, de que has escochado mi plegaria y que esta familia descarriada y descreída, estas ovejas tontas, han voelto al redil. Te lo implora como on favor especial to homilde siervo, en el nombre santísimo de Jesocristo. Amén".

Abriendo los ojos, como quien vuelve de un trance, sacó el pañuelo y se limpió el sudor de la frente. Mi madre quiso decir algo, pero él, con gesto imperioso se lo impidió.

—No hablemos más de esto, Zenobia. Esperemos la señal del Señor. Él hablará. Él dirá la óltima palabra.

Luego, volviéndose hacia mí, me ordenó: "Hijo, pon en la consola el disco *Noche de paz, noche de amor*. Quiero oírlo antes de acostarme. Es la ónica mósica que se debería tocar en este día. ¡Oír otra cosa es jogar con lombre!".

Puse el disco que me pedía, aunque batallé mucho para encontrarlo entre tanto mambo y tanto chachachá. Y los tres nos quedamos silen-

citos oyendo las campanitas de Navidad y la voz dulcecita de los niños que cantaban:

Noche de paz, noche de amor,
ved qué bello resplandor
entre los astros que esparcen su luz
brilla anunciando al niñito Jesús.
Astro de eterno fulgor,
astro de eterno fulgor.



# Capítulo 2

El fiasco de la fiesta de mi hermana Leila vino a cristalizar mi decisión de largarme de la casa, pero las causas venían de muy atrás. La verdad es que ya no me sentía a gusto entre los míos. Mi papá ya no me regañaba, pero no podía ocultar su disgusto hacia mí y mi conducta. Lo que hacía era peor y me calaba más hondo. Se hacía el indiferente: varias veces me dirigía la palabra, me trataba como si no existiera, como si fuera un fantasma, peor que un arrimado. Cierto que tenía razón. Hasta cierto punto, nada más. Yo era la chiva prieta de la familia, la deshonra del hogar. Yo no le daba gusto en nada; de nada de lo que yo hacía se podía jactar. Jorge, el que le sigue a mi hermana Leila, trabajaba en el aeropuerto; andaba siempre muy elegantón porque tenía que recibir a los turistas americanos por encargo de una agencia de viajes. Presumía que se metía con ellos en los mejores cabarets. Iba al Muralto, a Las Fuentes, al Villa Fontana. Les hablaba en inglés y ya le estaba tupiendo al francés. En fin, se daba mucho taco y se ponía a platicar con el jefe de cuadros, de discos, de películas y de libros, y mi papi le hacía caso. Le daba la alternativa, como dicen en los toros. Lo trataba de igual a igual.

Leila, que aunque sea yo el que lo dice, es muy guapa y muy suertuda; ganaba mucho dinero arreglando los permisos de importación de una agencia aduanal. Se vestía como una artista de cine. Tenía un chorronal de vestidos, zapatos y bolsas. "Ya párale. Ya no compres tanta garra", le decía mi madre, que solo tenía media docena de vestidos elegantes que usaba allá cada venida de obispo –como dicen en los pueblos–, cuando a mi papá se le ocurría darse unas vacaciones y se la llevaba a Cuernavaca o a Pátzcuaro por dos o tres días. Como es natural, el jefe adoraba a Leila. Primero, porque es muy hermosa y todos dicen que se parece a él. Segundo, porque lo sacaba de todos sus apuros,

prestándole dinero –que nunca le devolvía– cuando faltaba el gasto de la casa. Y esto sucedía con mucha frecuencia, porque mi tata, a pesar de su talento y de todo lo que sabe, ganaba muy poco en Salubridad, en un pinchurriento empleo que aborrecía porque –decía él– su jefe era un cretino que no le permitía desarrollar sus ideas.

Sonia, la que me sigue a mí, no tan bonita como Leila, pero medio chispa y vacilona, estaba estudiando ballet y con eso traía al jefe en la palma de la mano, porque está chiflado con todo lo que huela a arte. En cambio yo, aunque de vez en cuando hago mis versitos, que a nadie le enseño porque no me gustan ni a mí –a veces me parecen muy suaves y otros muy gachos–, no aporto nada ni en moneda ni en prestigio. No estudiaba, me juntaba con puros vagos, me emborrachaba y hasta llegué a venir a la casa todo ensangrentado después de un pleito callejero. Total, un desastre. Ya no tenía ni qué ponerme. Me acabalaba con las camisas y las corbatas de Jorge y me había entrado una huevonada del cabrón. Mi madre, la pobre, me tenía que dar a escondidas hasta para los cigarros, y cuando me veía muy greñudo me echaba mi regañadita y me despachaba con cinco pesos a la peluquería. "Dales nomás cincuenta centavos de propina y me traes el cambio", me ordenaba.

Jijo, ya estaba harto de todo eso. Yo mismo comprendía que las cosas no podían seguir así. Había que cambiar. Y para cambiar no había más remedio que partir. Ya hacía mucho que me hormigueaban las patas. Sentía "la nostalgia de las fronteras", como decía Lucho Galindo, un cuate muy reata que ya se había dados sus paseítos por Chiapas y Guatemala.

Me hubiera gustado correr esta aventura con él porque es rete vacilón. Y además tiene huevos. Y se alcanza unos puntachos brutales. Pero desgraciadamente Galindo no estaba ahora en México. Su jefe lo mandó un buen día a Minnesota a estudiar en un colegio gringo la industria de la leche porque tienen muchos establos allá por Veracruz. Me escribió dos o tres veces y luego... silencio... nada. Pobre. No me imagino qué le habrá pasado. Tal vez el trato continuo con las vacas lo habrá abueyado; aunque no, lo listo, como lo pendejo, no se quita y no se puede disimular.

Era rete vacilador mi cuate Galindo. Me acuerdo que en la temporada que fuimos juntos a la escuela hicimos una lista de todas las pendejadas que teníamos qué hacer antes de cumplir los veinte años. Tirarnos una negra; matar un chino, al cabo que hay muchos y son iguales; robarnos un coche; subir al Popo; asaltar un banco; darle la vuelta al mun-





do de trampas en un barco; probar el opio; y otras vaciladas por el estilo. Más de cien cosas de ese pelo.

Caray, ese hubiera sido el compañero ideal porque en todo estábamos de acuerdo. Pero ni modo, había que escoger entre los otros, mercancía de baja calidad y a precio de barata. Estaba seguro que entre todos ellos no había ni uno que me siguiera así nomás, sin pensarlo mucho. Todos eran muy patos. Le hacían "cinco cinco" a salir de la capital. Eran rebeldes de banqueta. Se la pasaban todo el día platicando babosadas, se tomaban dos o tres "caballitos" en la miscelánea, pellizcaban alguna gatita sonsa y ya se creían muy chichos.

Yo no. Yo quería correrla de veras. Conocer mundo. Embarcarme en algún puerto. Colarme a los Steits de mojado, hasta meterme de espía de los rusos, si de veras aflojaran bastante lana. Una vez hasta le escribí al embajador ruso poniéndome a sus órdenes para que me dieran alguna comisión de espionaje y dándole su coba acerca del comunismo, aunque no sé ni de qué se trata, ya que no me interesa la política, ni nacional ni internacional. Nunca me contestó el canijo. Solo me mandaron de la embajada un folleto donde decía que Rusia quiere la paz y otras pendejadas que nadie cree.

Al pasar por enfrente del Pingüino vi al Charro. Estaba sentado tomándose una Pepsi con una chamacota pecosa que siempre trae unas crinolinas muy engomadas que hacen mucho ruido para que todos se fijen en sus piernas, que no están mal, por cierto. Entré. Le eché un veinte a la sinfonola. "Tú no vales nada" –cantaba Tito Guízar–; me senté con ellos.

Allí nos estuvimos cotorreando el punto hasta que la niña dijo que ya era ora de recalar a su covacha porque la regañaban si llegaba después de las once. La encaminamos hasta Heriberto Frías y luego nos regresamos a Rébsamen a buscar al Ciego para ver lo del tequilazo y luego hacerles mi proposición.

Afortunadamente, el Ciego estaba en su casa ensayando en la guitarra un bolero muy de moda. Le hicimos una seña, dejó la guitarra y se salió antes de que su mamá, que estaba planchando unos pantalones para el hermanito, se diera cuenta de nuestras intenciones. La pobre señora no me puede ver ni en pintura. Dice que yo soy el que está pervirtiendo a su hijo. En mi casa dicen lo contrario.

Fuimos hasta Gabriel Mancera y por fortuna Nacho, el de la miscelánea que vende licor hasta las once, todavía no cerraba. Le compramos una botella grande de "gusanito" y fuimos a tomárnosla sentados

en los cimientos de un edificio que están construyendo en la esquina de Rébsamen y Luz Saviñón.

Ya cuando nos habíamos tragado media botella, les solté la nueva con lo del viaje.

Como ya no había qué tragar y ya estaba todo cerrado para comprar más, decidimos levantar la sesión. Quedamos el Ciego y yo en que en la mañana muy temprano nos veríamos para ultimar lo del viaje. Esa noche él se iba a clavar el relojito de pulsera de su hermana para empeñarlo, y yo unos nicles que había visto guardar a mi jefa en un botecito del trastero, probablemente lo que ella ahorraba todos los días del diario que le daba mi papi. Le dimos un abrazo al Charro, que nos pidió que le escribiéramos para saber por qué rumbo andábamos y cada quien jaló para su cantón.

Casi no pude dormir dándole vueltas y vueltas en la cholla a lo de la aventura. Muy temprano me levanté, me tomé una taza de café y me freí yo mismo un par de huevos. Luego me empalmé dos camisas y dos pantalones, me metí unos pañuelos limpios en la bolsa y un par extra de calcetines de Jorge. Al último, muy quedito, me fui al trastero y me vacié en la bolsa el contenido del botecito de mami. Era bien poco: un billete de a veinte, cuatro de a cinco, dos o tres de a peso y unos veintes y cincos que no llegaban al peso. Anduve requiliteando por ahí a ver si había algo de valor, pero nada me gustó. Bueno, con eso y lo que el Ciego consiguiera bien llegábamos a Zacatecas o a Chihuahua y de allí ya veríamos.

Bueno, pues ya estaba listo. Fui al baño, me embrillantiné un poco las greñas, me cepillé los dientes, di unas vueltas por la sala, sin atreverme a largarme nomás así, sin decirles adiós en alguna forma. Todos estaban dormidos después de la trifulca de la noche anterior. Ya con la mano en el picaporte de la puerta el corazón me dio unos brinquitos muy raros, me tembló la mano y se me anudó la garganta. Entonces me devolví y muy quedito fui pasando por todas las recámaras, echándoles una última mirada a todos. Mi tío Chu roncaba ruidosamente, la cobija casi subida hasta los ojos, muy apretados. Mi hermano Jorge, en cambio, casi tenía las nalgas al aire, todo destapado por el calor y por lo inquieto que es. En la otra recámara, Leila y Sonia estaban muy quietecitas, cada una volteada hacia la pared dándose la espalda. En el cuarto más grande, papi y mami bien abrazados, como siempre, después de que se peleaban. Viéndolos así tan juntitos, me entró remordimiento por lo que los iba a hacer sufrir, pero no, me repuse. No había por qué rajar-





se a última hora. Pero donde sí sentí feo fue cuando vi la carita de Rima. Ya si me jalaba de a duro y el corazón se me achicaba. Arriesgándole que despertara le acaricié los ricitos y luego me incliné y le di un beso en la frente. Luego me salí de puntillas y bajé corriendo las escaleras.

Ya el Ciego me estaba esperando enfrente del edificio donde viven. Venía muy enchaparrado, con una gorra de pintor y guantes. Debajo del brazo una caja de zapatos.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada, una camisa y un pantalón, un rastrillo y unas gotas para los ojos, a veces me arden mucho.

—Bueno, ¿estás listo?, ¿ya almorzaste?

—Pos fíjate que no. La jefa se levanta muy temprano. Tuve miedo de que maliciara algo si le pedía almuerzo. Vamos al Puebla a echarnos una taza de café.

—No. Hay que alejarnos del barrio cuanto antes. Allá en el centro te echas unos tacos.

Tomamos el trole y nos fuimos a Neza, al Monte de Piedad. Ahí dejamos el relojito. No nos prestaron más que 60 pesos. Luego nos metimos a un restaurante y allí pasamos buen rato haciendo planes mientras nos tomábamos unas cervezas y unos tacos.

Luego nos fuimos a Buena Vista a averiguar lo de los autobuses. Como es más caro en autobús decidimos tomar el tren. Pero la mancha estaba en que el tren no salía sino hasta las ocho de la noche. Para evitar encontrarnos con algún conocido, decidimos comer y luego nos metimos al cine Río a ver unas películas francesas de mucho relajo y mucha pierna, según los carteles.

Como andábamos en plan de fiesta, despidiéndonos de la capital, cenamos y nos echamos otras cervezas con lo cual le dimos buena llegada a los nicles. Total, cuando hicimos cuentas, ya en la estación, vimos que solo nos alcanzaba para llegar a Aguascalientes, y eso en segunda. Pues, no le aunque, la suerte estaba echada. Compramos los boletos y nos sentamos a esperar la hora.

Al rato empezaron a gritar por el micrófono que ya estaba puesto el tren para Ciudad Juárez en la vía número siete. Nos fuimos tras de unas viejas con muchos bultos y al fin allá, casi junto a la máquina, encontramos un carro de segunda medio vacío. Nos acomodamos en un asiento cerca del agente de publicaciones y unas chivas. Poco a poco se fue llenando el coche de pasajeros, todos mugrosos, cansados, aburridos. No había ni una sola chamaca guapa. Puras viejas gritonas arrebujadas en

sus rebozos y con un montón de bultos, cajas y canastas con fruta y c
mida y jaulas con pájaros asustados. Nos veían con un poco de rece
porque nosotros éramos los más decentitos: pantalón de casimir, corb
tita y muy embrillantinados.

Silbó la máquina como diciendo adiós. Muy quedito, casi sin qu
sintiéramos, el tren empezó a caminar. Me asomé a la ventanilla, vi al
atrás, con los ojos medio nublados, las luces de todos colores de la ci
dad que se apagaban y encendían como diciéndonos adiós y alejándo
se poco a poco. Empezaba a lloviznar y todo se me hizo muy bonito. M
sentí un poco raro, triste y excitado a la vez.



# Capítulo 3

Le iba a seguir a todo mecate con lo del viaje, pero se me ocurre que es mejor que les diga antes quien soy, que me identifique, por así decirlo. Así se entenderá más bien mucho de lo que viene después. Mi nombre: Ulises Morano, hijo del gran escritor Sergio Morano (gran, según él, pues para nosotros no es más que papá y nunca leemos lo que escribe, y para los demás, un tipo medio extravagante que usa barba y no sirve para nada porque nunca tiene dinero) y de la señora Zenobia Sepúlveda de Morano, una famosa beldad hace veinte años. Beldad de pueblo chico, se entiende, aunque aquí en la capital todavía le echan uno que otro piropo esos tipos que se dedican a ese deporte tan pendejo. "Zeno", le decía mi tío Cuco, un primo de ella que la cortejó sin éxito, "en veinte leguas a la redonda no hay quién se te pare enfrente de lo bonita que eres, por vía e Dios".

Generales (tomadas de una credencial escolar del año pasado): estatura, 1.62; ojos, cafés; pelo, castaño; nariz, aguileña; edad, diecisiete años; señas, una pequeña cicatriz en la barbilla, otra de dos pulgadas de largo en la pierna derecha (más adelante les contaré cómo y cuándo adquirí eso). Educación: cuarto año de primaria; unas cinco toneladas de historietas cómicas; unas cien películas de vaqueros y de gángsters; más de dos años de viajes, aventuras y peripecias por casi toda la República Mexicana; una docena más o menos de librajos raros (de esos que lee mi papi); mucha afición al bla bla; he sido hasta locutor en un camión que vendía galletas –de esas que desechan en las fábricas– y cacahuates garapiñados. Religión: creo en Dios padre y otras pendejadas muy difícil de explicar. Lo del hijo y lo del espíritu santo no le entiendo y no tengo ganas de ponerme a pensar en ello. Profesión: ninguna, le tiro a todo, aunque no le pegue a nada; sin embargo, me gustaría ser agente viajero, actor de cine o dueño de un banco. Todavía no me decido. Con noven-

Bibliotecas
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ta años que pienso vivir hay bastante tiempo para pensarlo. Aficiones: no me gustan los deportes; los toros, sí y un poco el box; mi artista preferida es Ava Gardner entre las mujeres y Cantinflas entre los hombres; en segundo lugar Elizabeth Taylor y John Wayne.

Bueno, ya con estos datos será más fácil que me entiendan y hasta puede ser que una que otra persona me comprenda y no me tire completamente a lucas.

Para ir al baño tengo que pasar por encima de una canasta enorme llena de macetas. Sentada al lado está una vieja gorda, trigueña y greñuda, roncando con la boca abierta. Al pasarle junto, el tren se da un sacudón y caigo sentado encima de ella. Abre los ojos azorada.

—¡Órale, canijo, conque si me pisa los callos!...

Me levanto murmurando entre dientes un "perdone", mientras unos gañanes bobos que iban enfrente se ríen estúpidamente.

Ya en el excusado, apestoso a orines y tabaco, con una puerta que no cierra, le saco rápidamente el agua a las aceitunas y luego me dedico a ver mi efigie en el espejo cuarteado y borroso. Tengo una carátula interesante, o a mí se me figura. La nariz un poco respingada, llena de infelices barros que están gritando al mundo que soy un chamaco, que no me tomen en serio. ¿Hasta cuándo se me quitarán estos? Los ojos color café, ni chicos ni grandes, de mirada un poco tristona y soñadora. El pelo liso sin una onda. Soy el único de mis hermanos que no tiene el pelo rizado, y eso, acá adentro, me produce mohína. Sin embargo, me consuelo. No soy un Adonis, qué va, pero tengo un tipo interesante. No tengo cara de pendejo y eso ya es mucho. Las chamacotas se fijan en mí, me echan vidrio hasta las viejas casadas, algunas voltean dos veces a verme. Por algo será.

Cuando regreso rumbo a mi asiento, la vieja jamona de las macetas está devorando una enchilada y me sonríe bonachona y maliciosa. Bien quisiera que me cayera otra vez encima de ella y le aplastara los pechotes que casi se le salen de la blusa. Pero me paso seguidito.

Con todo el ajetreo del día, las cervezas que nos echamos y el trácata-trácata de las ruedas del tren nos empezamos a adormecer. Al rato, el Ciego, que iba junto a la ventanilla, se recargó sobre el cristal y empezó a roncar. Me da lástima porque tiene la cara triste y cansada. Yo dilaté un poco más porque atrás de nosotros iba un viejo panzón echándole mucho bla bla a su compañero, un tipo largo de anteojos con cara de muy menso. Por lo que hablaban, me pareció que el gordo era maestro





de escuela, de esos que se creen muy chichos, muy "revolucionarios", que les parece muy bien todo lo que hace el gobierno: "La Revolución ha levantado el nivel social de las masas. Estamos ahora en la etapa de las verdaderas realizaciones, de la justicia y el bienestar para los humildes, para los de abajo. ¿Se da usted cuenta? Carreteras por todos lados, electrificación, escuelas, saneamiento, mejores salarios, refaccionamiento de los ejidatarios, hospitales rurales. Dentro de unos años México será el paraíso del proletariado, un e emplo para todos los países subdesarrollados".

Me puse a oírlo un rato, disimuladamente, por supuesto, pero como repetía mucho las mismas pendejadas, no tardé en olvidarme de ellos y me puse a entretenerme con mis propios puntachos, gachos quizá para otros, pero a veces muy divertidos para mí. ¡Jijo, cuánta puntada!

Siempre me he asombrado de cómo esa maquinita que llevamos en el cerebro no para, vuelta y vuelta, haciendo pasar por su pantalla un interminable desfile de imágenes, una película sin fin. No supe cuándo terminó la función aquella dentro de mi cabeza. Cerré los ojos y las luces se fueron apagando. Pero solo por un ratito, porque ya dormido empezó otra función, y esa sí, no en blanco y negro, sino en fantástico tecnicolor, como dicen los anuncios de los cines en el periódico: estaba yo sentado en el pastito de la Alameda. Era de tardecita y frente a mí pasaban las gatitas endomingadas riéndose tontamente, como acostumbran, de todo y de nada, nomás porque sienten comezón en el burrito. En los asientos de cantera frente a las fuentes, unos chinos hablaban sus garabatos mientras que por una de las callecillas se alejaban un par de jotos, abrazados, contoneándose, moviendo mucho el bote como dicen los pelados, cuando de repente se oyeron doce campanadas, como mil relojes a la vez. Entonces pasó por el cielo, encima de nosotros, un avión muy raro, que iba haciendo un ruido también raro, uno como silbido muy delgado, muy agudo, como una bala. Al mismo tiempo empezaron a salir de la Torre Latinoamericana un chorronal de hombres, todos iguales, todos con la misma cara y con los mismos trajes grises, todos con anteojos oscuros, todos chaparritos, todos corriendo muy raro, como si fueran juguetes mecánicos. A la entrada de la torre estaban otros hombres, muy pocos, pero muy altos, como gigantes. Estos les iban entregando a cada uno de los que salían su cuadernillo de monitos que agarraban de una pila casi tan alta como la torre. Los hombres se iban por San Juan de Letrán, calle arriba, leyendo sus historietas, con una sonrisa boba, pelando los dientes como calaveras.

Un grito cerca de mí me hizo quitar la vista de la avenida Juárez y volverme hacia la izquierda. Y es que allí, junto a mí, estaba pasando algo igualmente fantástico: un toro, hecho de pedazos de fierro mohoso, aros y llantas viejas y quién sabe qué más, se bajó de su pedestal y empezó a comerse las flores, las rosas y las dalias de los prados. Luego vio a unos novios que, tendidos en el pasto, se besaban y se les fue encima. La muchacha lanzó un grito estridente, se incorporó y echó a correr; su compañero se quitó su camisa colorada y empezó a torear al bicho de fierro al estilo de Cantinflas. Entonces los altoparlantes empezaron a lanzar oles y más oles en una voz ríspida, metálica, como si fuera la voz de diez o más muertos... Yo no pude aguantar mucho aquello, y cuando menos pensé ya iba corriendo por una avenida llena de letreros de neón, de mil colores que se encendían y se apagaban, letras bailoteando sin que yo pudiera descifrar lo que decían, hasta que al fin, allá en el fondo, un solo letrero se fue haciendo grande, grande, y ese sí lo pude leer. Eran unas enormes letras rojas y, ¿saben lo que decían?: "¡culos de fantasía!". Ni más ni menos. Cuando me acerqué más y descubrí que las letras iniciales "a-r-t-i" se habían fundido, me entró un acceso de risa y desperté.

El Ciego seguía roncando. El profe y su amigo habían agotado el tema y fumaban en silencio. ¡Trácata-trácata-trácata!, seguían cantando las ruedas del tren...

Y yo, sin sueño, me puse a recordar a mi familia. Y como siempre, empecé con Rima, mi gran querer. "Mi pimpollo, mi pedacito de cielo, rayito de sol". Todo esto le decíamos a la chiquitina. Sus hoyuelos en la mejilla me encantaban. Su media lengua despertaba en mí chorros de ternura. Eran como una música que nunca he oído ni volveré a oír. ¿Y sus besitos? Desde muy chiquita aprendió a besar. Y cuando sentía sus labios sobre mi cara parecía que me brotaban chorros de amor del corazón. A ella y a mi mamá sí quisiera volverlas a ver. A los demás, para qué voy a ser hipócrita, sí los extraño un poco, pero no mucho. Leila siempre ha sido fría y orgullosa conmigo y muy tacaña. Nunca se le olvidan los centavos que me presta. Llega en la tarde y en lugar de saludarme, de platicar algún chiste, luego luego se me echa encima: "¿Mis diez pesos que te presté, cuándo me los pagas?".

Jorge también me cae gordo. Se cree la divina garza y todo el tiempo me está ninguneando. Todo el tiempo ufanándose de las chamacas chic con que anda, de las gringuitas que conoce en el aeropuerto y lo invitan al Villa Fontana, al Capri y le pagan la cena. "Y este", dice cuando me ve, "¿todavía gateando? Oiga, mamá, ayer vi a Ulises chacoteando con una changuita chorreada que ya, ya. Es un descrédito para la familia. Y los amigotes que tiene en Rébsamen, el Ciego, el Charro, el Tuzo, puros candidatos a la peni".





Y luego el borlote que arma cuando me pongo alguna de sus corbatas o su saco sport. ¡Hay qué ver! Y la risita fruncida que le sale de la boca cuando me mira leyendo *El Llanero Solitario* o escuchando una canción del bigotón Bienvenido Granda. Él, que siempre anda presumiendo con un *Playboy* en la mano o un libro de Neruda que yo creo que ni le entiende. Nada más lo hace para tener dormido a mi jefe y que se le olvide que no le da nada, ni un nicle para el gasto en toda la quincena.

A la Sonia la tengo aborrecida porque me apaga la consola cuando más suave está mi programa. Siempre ha de escoger ese momento para poner el disco de Coppelia y soltarse echando piruetas, ensayando los pasos de ballet que vio en las películas de Cyd Charisse. Y luego lo sangrona que es para platicar. Repite y repite más de cien veces la misma cosa. Sobre todo si se trata de algo que alguien le dijo acerca de una persona.

—Fíjate, mamá, que la señora Estela me dijo que qué bonitos ojos tengo y que me encuentra más gordita.

—¡Cállate! Ya me lo dijiste en la mañana.

¡Cómo gozo cuando le tapan la jeta con un descontón de esos!

A las diez de la mañana del día siguiente llegamos a Aguascalientes. Allí, junto a la estación, nos recetamos un menudo y luego muy formales hicimos cuentas. Con lo que nos quedaba, que era bien poco, compramos un puñal y una hachita para nuestra defensa personal si llegáramos a correr peligro. El Ciego, que estaba atiborrado de historietas de Tarzán, decía que con esas armas podíamos conseguir qué comer en medio del monte, en caso necesario. Cuando le oí decir eso, pensé que me había equivocado al escoger a mi compañero. Pero qué remedio, ya estaba hecho, y después de todo era más feo caminar solo que mal acompañado. Después de darnos una vueltecita por el centro de la ciudad, para poder asegurar algún día que habíamos estado allí, agarramos una carretera con rumbo al norte, con la esperanza de que alguien nos diera un levantón; sin embargo, estábamos de malas; nadie se paraba y seguimos camina que camina hasta que se hizo noche. Mientras más avanzábamos, más lejos estaban los caseríos, más mala la carretera y más fuerte el gruñir de las tripas. Estábamos tan verdes que no se nos

ocurrió comprar ni unas tortas para el camino. Creíamos, los inocentes, que por toda la carretera había restaurantes o cuando menos algún taniche en los que se podía comprar cigarros y galletas. Ya estábamos muy cansados y con ganas de quedarnos a la orilla de la carretera cuando divisamos allá lejos, debajo de una cuesta, la lucecita en una casa. Seguimos caminando hacia ella con la esperanza de que aunque fuera agua íbamos a tomar algo, cuando de repente, ya cuando estábamos cerca de la casa, vimos brillar en la oscuridad unos ojos enormes y oímos gruñir un perro, que a la luz de la luna nos pareció un monstruo. Tenía una oreja mocha y enseñaba unos colmillos y gruñía con tal rabia que parecía un ser infernal. Paralizados de temor, no sabíamos qué hacer. Aconsejados sin duda por el instinto de conservación, levantamos muy decididos nuestras armas: el Ciego el hacha y yo el cuchillo. Sin movernos, esperamos lo que a mí me pareció una eternidad y que no deben haber sido más de cinco minutos, pero el perro seguía ahí, amenazante, decidido a no dejarnos pasar ni a echar paso atrás. No me di cuenta qué tanto fue lo que me moví, cansado de aquella situación, pero fue lo suficiente para que el maldito animal se me echara encima. Sin saber lo que hacía, empuñe el cuchillo con las dos manos y con toda mi alma se lo dejé ir al perro hasta las cachas cuando se abalanzó contra mí. Aulló horriblemente y cayó con la cabeza hecha pedazos, partida por el certero hachazo que le dio el Ciego.

La puerta de la casa se abrió y pude ver la silueta de un hombre que le gritaba a su mujer:

—¡Vieja, trae la pistola que ya nos mataron al perro!

Nosotros nos aventamos al otro lado de la carretera y el hombre nos disparó cinco balazos que por suerte no dieron en el blanco. Corrimos como desaforados entre los barbechos como una hora y luego, seguros de que nadie nos seguía, agarramos otra vez la carretera.

Al llegar a un puente que atravesaba un arroyo, nos bajamos a beber agua. Descansamos un rato, nos tronamos un cigarro y luego emprendimos la caminata de nuevo. Íbamos muy tranquilos comentando la aventura del perrazo, cuando sentimos que alguien nos venía siguiendo. Volteamos y vimos a un lado de la carretera a un indio con un machete y otro de ellos igualmente armado del otro lado, por lo tanto íbamos en medio de ellos y nos entró un miedo horrible. En un instante pensamos un chorronal de pendejadas y no nos atrevíamos ni a hablar. Afortunadamente nos íbamos acercando a los primeros jacales de un pueblucho. Los sujetos seguían caminando al lado nuestro, como si nos





iban resguardando. Por fin vimos una tiendita abierta; sin decir pío, como si nos hubiéramos transmitido el pensamiento, echamos a correr hacia ella. Nos metimos todos azorados, y la viejita, que despachaba unas velas a una chamaca mugrosa y descalza, nos miró medio recelosa. Un suspiro de alivio se nos escapó del pecho cuando vimos que los indiotes seguían adelante. Entonces, ya más calmados, le compramos a la vieja unas piezas de pan duro y una sardina de la cual dimos cuenta ferozmente, sazonándola con diez centavos de rajitas de chile jalapeño.

Como el reloj despertador que la viejita tenía entre dos cajas de avena y un santo con su veladora marcaba casi las once y ella ya se estaba cabeceando, no hubo más remedio que salir otra vez al camino. Ya casi amaneciendo llegamos a Rincón de Ramos. Allí tomamos un camión para Zacatecas. Nos cobraron un peso con treinta y cinco centavos por cada uno. Le preguntamos al chofer cuántos kilómetros había de Aguascalientes a Rincón de Ramos y nos dijo que cincuenta y tres. Eso era exactamente lo que habíamos caminado. ¡Casi nada!

Llegamos a Zacatecas, que nos interesó bien poco por lo cansados y mohínos que estábamos por no haber dormido y comer tan mal. Allí vendimos el hacha y el puñal, que después de todo nos fueron muy útiles, y con lo que nos dieron completamos para el pasaje a Fresnillo.

Ya oscureciendo llegamos a Fresnillo, y como no teníamos para pagar hotel decidimos meternos a una cantina a ver si nos dejaban pasar ahí la noche. El cantinero resultó ser buen cuate y accedió a que nos quedáramos allí, sobre una banca cerca de la única mesa de billar que había en el establecimiento, por cierto muy sucio, de la peor categoría. Nos acomodamos sobre aquel banco duro y probablemente hubiéramos dormido, pues estábamos bien jodidos de cansancio, pero unos parroquianos que estaban jugando dados hacían mucho escándalo, por lo que mejor decidimos levantarnos y verlos jugar. Eran cinco tipos, de esos típicos de pueblo, y estaban sentados dos de un lado de la mesa y dos del otro. El que estaba en la cabecera era un fulano de cara delgada y pelo alborotado muy negro. Su piel era más bien colorada que blanca y llevaba un traje raído y lleno de manchas de color café oscuro. Se comprendía que andaba de capa caída. Mientras los otros echaban sus chistes, algo desabridos, pues eran gentes de pueblo que de cualquier pendejada se ríen, él no hacía sino lamentar su mala suerte, pues no ganaba ni un solo juego.

El Ciego y yo nos pusimos detrás de él para verlo jugar y al rato empezó a ganar. El canijo, al ver que nosotros estábamos detrás de él, atri-

buyó a eso su suerte y por cada juego que ganaba, que era de a cinco pesos, nos daba uno. Así llegamos a juntar 12 mugrosos pesos y con eso pasamos la noche muy calientitos para el día siguiente que nos fuimos a la terminal de los autobuses que van de Zacatecas a Durango. La racha de buena suerte seguía; en la terminal, al que la hacía de gerente, al vernos tan tempranillos y tan amolados se le ablandó el corazón y nos regaló un pase para viajar gratis hasta Durango. Salimos, pues, de Fresnillo muy ilusionados con la cabeza llena de planes pendejos y llegamos a Durango ese mismo día en la tarde.

En Durango estuvimos por espacio de cinco días; dormíamos en la demarcación de policía a donde recalan por la noche todos los vagos que van de pasada. La policía no es muy exigente porque la cárcel es muy chica y no hay fondos para mantener más de los que de veras han cometido un delito grave. Para comer, el Ciego y yo nos metíamos a algún restaurante y ordenáoamos lo que se nos antojaba, sin fijarnos en el precio. Cuando acabábamos, el Ciego se salía y al ratito yo pedía la cuenta. Ya que me la daban, me esculcaba y hacía el teatro de que no encontraba el dinero y como que me acordaba que el que lo traía era el Ciego. Me salía como a pedírselo y la mesera se quedaba esperando. Pero eso era todo lo que hacía, esperar hecha una boba, pues en cuanto estaba afuera nos echábamos a correr y ni el polvo. Así estuvimos haciéndole varios días, pero ese recurso terminó porque sencillamente ya no encontrábamos restaurante que no hubiera sido blanco de nuestras fechorías.

Un día en la mañana que estábamos lavándonos en la fuente del parque se nos acercó un muchacho que dijo ser también aventurero. Nos juntamos con él, siquiera para variar de conversación. Ese día nos dedicamos a caquear todas las fruterías del mercado y entre todos juntamos una buena cantidad de tomates, cebollas, chiles y ajos. Luego con los seis pesos que nos dieron por una camisa mía que vendimos, compramos queso, sal y tortillas e hicimos un "pico de gallo" a todo dar.

Luego supimos que nuestro nuevo compañero era de ahí mismo, y temiendo que resultara alguna complicación porque sus padres lo andaban buscando, lo cortamos y optamos mejor por ver la manera de seguir adelante. Fuimos, pues, a una frutería y conseguimos trabajo apartando tomate y con tan buena suerte que el dueño nos dejó subirnos en el primer camión que cargamos y en él llegamos hasta Parral, Chihuahua. En Parral conseguimos otro aventón hasta Chihuahua, en donde estuvimos unos días. Allí dormíamos en unos bancos en el interior de la





Catedral, sin que nadie nos molestara y comíamos de lo que conseguíamos haciendo la talacha en las cantinas.

En Chihuahua dormíamos mal, comíamos peor y no nos aconteció ninguna aventura interesante. Decidimos largarnos para Ciudad Juárez con miras a pasarnos al otro lado, a ver si juntábamos unos dolaritos que tanto rinden al doce por uno acá de este lado. La noche anterior a nuestra salida para Juárez no la pasamos tan mal. Nos metimos a la última función del Cine Colonial, y ya cuando estaba saliendo toda la gente nos escondimos entre los asientos. Nadie vino a ver si alguien se había quedado adentro. Apagaron las luces, cerraron el teatro y nosotros al rato ya estábamos roncando en los asientos acojinados. Ya al amanecer fuimos a la dulcería, nos atacamos de chocolates y nos llenamos las bolsas de cigarros finos. Como a las diez de la mañana vinieron dos mozos a hacer el aseo. Nos anduvimos a gatas por entre los asientos esperando nuestra chance de salir. En el momento en que los mozos se fueron, tal vez a orinar, nos salimos a la calle por una puerta lateral. Esa tarde un gringo turista, muy reata por cierto, nos dio un aventón hasta Juárez. En el camino le obsequiamos algunas cajetillas de los cigarros que nos habíamos clavado en el cine. Él nos dio las gracias, pero sacó una cajetilla de Delicados y nos dijo: "¡Oh!, estos cigarros mexicanos los más buenos. Huelen a tojas de vieja. ¡Oh!, a mí gustar mucho méxican viejas", y soltaba la carcajada. Yo no sabía lo que era eso de "tojas", pero me lo imaginaba.

# Capítulo 4

Juárez es un pueblo triste, feo, sucio, vacío y con un clima de todos los demonios: cuando no se está uno asando, allá por julio y agosto, anda castañeando los dientes de frío o capoteando los ventarrones que chiflan por las calles desde noviembre hasta abril. Fuera de la herradura que forman las calles que conectan los dos puentes internacionales, uno cree que está en la quinta porra. En la herradura, eso sí, hay mucha luz, mucho tráfico, muchas tiendas de méxican curios, muchas cantinas, mucha gente yendo y viniendo, muchas putas porque las viejas que andan por ahí de las nueve de la noche en adelante, la mayoría gringas, aunque no estén registradas no se les puede clasificar más que como pirujas. Les gusta la vacilada, aunque sea por una noche. El refuego, la "vida alegre" está en la calle Mariscal, la única que conozco bien y que recuerdo con agrado de este pueblo rabón. Sin embargo, en Ciudad Juárez pasé momentos muy felices y aprendí mucho de la vida, la vida tal como es y no como la pintan en los libros.

En los primeros días no nos fue muy bien que digamos. Éramos nuevos en el lugar y no sabíamos las movidas. Dormíamos en los vagones del ferrocarril, en la estación, y por las tardes y parte de la noche recorríamos todos los cabarets contándoles un cuento chino que habíamos inventado y perfeccionado en nuestras largas horas de desocupados. Nos acercábamos a algún borrachín que tanteábamos que traía bastante lana y medio lloriqueando le contábamos que éramos de la capital, huérfanos de padre, y que nos habíamos venido a Juárez a ver si pasábamos al otro lado a trabajar porque estábamos muy pobres, pero que hacía dos días que nuestra única hermana, más chica que nosotros, nos había escrito, que mamá ya muy ancianita estaba grave y sin recursos. Unos nos tiraban a lucas, otros no sé si nos creían, pero azotaban con tres o cuatro mugrosos de a peso y así juntábamos para el chi-





vo, los cigarros y uno que otro antojo, como unos cubiertos de calabaza que vendía en la placita un cojo con cara de bandido.

Un día que el Ciego se había ido a ver qué sacaba por su lado, yo me acerqué a un puesto de tacos de barbacoa y le dije al dueño que si podía ayudarme con algo, pues no había comido. Me dio tacos hasta que nomás y me ofreció trabajo, que acepté desde luego. Estuve trabajando con él algunos días. Me dejaba solo en el puesto y hacía lo que me daba la gana. En la noche me llevaba a su casa donde pude ver que los tacos de barbacoa los hacía de carne de caballo. Bueno, después de ver eso y como ya estaba un poco aburrido, un domingo que las ventas habían estado regulares, tomé el dinero –unos setenta pesos–, encargué el puesto al vecino que vendía aguas frescas y no me volví a parar por ese rumbo.

El Ciego me había dicho que estaba trabajando en la feria que habíamos visto cuando recién llegados y allá me fui a buscarlo. No lo encontré. Allí me informaron que ahora estaba trabajando en la Escuela de Agricultura de lavaplatos. Sin embargo, una señora que tenía un puesto de aros me ofreció chamba y empecé a trabajar esa misma noche. Era fácil el trabajo, aunque un poco aburridón. Tenía que gritar, echarle perico a la gente, para que compraran los aros y recogerlos cuando acababan de tirarlos o entregar algún marranito de barro o una caja de dulces cuando algún bato le atinaba a rodear con el aro una de las monedas clavadas en una tabla, lo cual sucedía muy a lo lejos. Era un vil robo y por eso no tuve escrúpulos en robar yo también a mi patrona. Cuando ya tenía algo de dinero en la bolsa me iba al baño y me metía los billetes grandes en los calcetines y solo le entregaba a la dueña los de a peso y la morralla. Estuve comiendo muy bien y durmiendo en un hotelucho barato los días que trabajé en la feria; pero como me di cuenta que la vieja ya sospechaba y gruñía un poco cuando le entregaba el dinero por las noches, decidí pintar búlico antes de que me descubriera y me hiciera borlote. Con un "hasta luego", que en realidad fue un adiós definitivo, me despedí de la patrona. Cené muy bien, y después de comprar en una piquera un litro de sotol, me dirigí a la Escuela de Agricultura en busca del Ciego.

Lo encontré muy contento y hasta colorado y gordo. Me dijo que allí había harta comida y que no eran muy exigentes con el trabajo. La escuela era un desbarajuste; los estudiantes entraban y salían a la hora que les daba la gana; se iban para Juárez y volvían borrachos; cantaban y bailaban y discutían en los dormitorios hasta muy noche y los maes-

tros, a su vez, no hacían caso de ellos. En las mañanas los hacían trabajar unas horas en el campo, cultivando coles, lechugas y otras yerbas que los dueños de la escuela vendían en los mercados, pero yo nunca los vi estudiar nada. Lo único que leían eran cuentos de monitos y novelas coloradas. Al Ciego le habían dado una cama en el dormitorio número tres y allá nos fuimos a celebrar nuestra reunión. En un tris-tras nos tragamos la botella de sotol en compañía de un estudiante que le hacía a la guitarra. Al rato no sé de dónde apareció otra botella y se nos unieron otros dos estudiantes. Con los tragos se borraron las diferencias sociales, todos nos olvidamos que ellos eran futuros ingenieros agrónomos y nosotros simples gatos. Total: fue una velada memorable porque muy pronto los apantallamos con chistes que no habían oído y presumiendo mucho de nuestras aventuras en la capital.

Al otro día, por gestiones del Ciego, entré a trabajar en la cocina pelando papas, pero sin sueldo, únicamente por la cama y la comida. Sin embargo, yo me había vuelto muy ventajoso y pronto vi la manera de sacarle algún provecho a la situación. Como ya casi no traía zapatos, uno de los estudiantes que nos acompañó en la francachela de la noche anterior me vendió unos botines nuevecitos porque le apretaban un poco y quedé de pagárselos a fin de semana, el día que me pagaran. El pobre no tuvo la dicha de ver sus centavos porque a los tres días decidimos largarnos en busca de un ambiente más animado, más vacilador. El Ciego alcanzó algunos nicles y yo logré que me pagaran también los días que había trabajado. Con eso nos pasamos tres o cuatro días de completa holganza, como si de veras hubiéramos trabajado mucho y necesitáramos unas vacaciones. Íbamos al cine todos los días, comíamos en restaurante, sin necesidad de hacerle a la carrera y nos tomábamos una media de tequila todas las noches, mientras discutíamos a todo trapo sobre la vida, las chamacas y otras taralatas por el estilo. Dormíamos a pierna suelta hasta las diez u once como si fuéramos millonarios. El Ciego, no queriendo quedarse atrás, también había comprado unos botines y los dos nos andábamos luciendo por todo Juárez, muy atejanados.

Pero todo en la vida tiene su fin, como dice el dicho. Se nos acabó la lana y tuvimos que irnos a dormir a uno de los carros del ferrocarril y desde esa noche se nos echó encima una racha de tan mala suerte que ni quisiera acordarme. Esa noche, para dormir a gusto, me quité mis botines y los puse de cabecera. En la mañana, cuando desperté, ya no existían mis botines. Tuve que andar descalzo como dos o tres horas por





todas las cantinas, contando mi desgracia hasta que junté para comprar unas botas vaqueras.

Seguimos viviendo de esa manera por un tiempecito. Pero una noche que estábamos, como de costumbre, durmiendo en un vagón del ferrocarril, despertamos sobresaltados, pues nos habían encerrado. Fue entonces cuando me di cuenta de que el vagón estaba lleno de vagos y borrachos. Al abrir un poco la puerta de un lado, pude ver a varios policías con rifles en las manos. Al rato llegó una julia y nos fueron haciendo bajar uno por uno y nos iban metiendo en ella. Al Ciego se lo llevaron en el primer viaje. Yo, como no cupe, me quedé con otros dos borrachos y un chamaco para el último viaje.

La camioneta en que nos llevaron hasta la puerta de la cárcel se metió hacia delante, quedando la parte de atrás hacia la calle, que era muy angosta y un poco oscura. Al ver eso, me puse de acuerdo con el chamaquito y esperamos a que bajaran los dos borrachos. En cuanto traspusieron los policías la puerta, saltamos al suelo y nos echamos a correr. Como la calle está en bajada, en un momento nos les perdimos de vista.

Esa noche, como no podíamos irnos a dormir a los vagones, llegamos a la terminal de los camiones urbanos, y después de hacerle mucho la llorona al velador nos dejó dormir en uno de los carros.

Al otro día le hice "cinco" a acercarme a la cárcel para informarme acerca de mi cuate. Mandé en mi lugar al chavalito y allá le salieron con que el Ciego debía ciento ochenta pesos de multa, por quién sabe qué tantas fechorías que le acumulaban, como acostumbran, o en su lugar sesenta días de cárcel, barriendo las calles. Me entró mucha tristeza imaginármelo con la escoba en la mano en compañía de vagos barbones y mugrosos, y allí mismo decidí ponerme a juntar el dinero a como diera lugar. Por lo pronto, con los pocos nicles que me quedaban, le mandé dos cajetillas de cigarros y un sándwich de jamón con queso.

Nunca supe si los recibió o no, pues no volví a ver al chaval... ni al Ciego.

# Capítulo 5

Los que nos visitan en la capital, los que conocen nuestro departamento tan elegantón y ven a mi hermana Leila tan guapa, a mi mamá tan ceremoniosa y a mi papá tan serio y tan culto, jamás se imaginan que somos puros rancheros, nacidos y criados en el campo. El edificio en el que vivimos es un tanto imponente, da el alazo. Tiene tres pisos y hay doce departamentos –cuatro en cada piso– cada uno con su balcón, una estancia grande con un ventanal enorme que da a la calle, con jardinera y persianas y toda la cosa como un set de cine. Debajo de nosotros vive una vieja maestra de piano que nos aburre todo el día con las escalas de sus discípulos, niños y niñas bien que estudian piano para que no se diga pero que no distinguen un rocanrol de un nocturno de Chopin. Mi papá está intrigado porque la viejita nunca toca algo que se pueda oír –puros ejercicios monótonos y vacíos dice–, como la música de Mozart o de Bach. Los otros habitantes de abajo son una señora de lentes, todavía apetitosa, y su marido un señor que parece ingeniero o comerciante en pequeño. En los otros dos departamentos viven un lilo joven y guapo con su mamá que está más sorda que una tapia, y un judío, tal vez fabricante de calzoncillos, y su mujer, los dos gordos, feos y vulgares pero con mucha lana y muchos lepes.

Arriba, frente a nosotros, vive una locutora de televisión que se cree la divina garza y que tiene unas piernas tan delgaditas, precisamente como de garza, por lo que no me explico cómo pudo meterse en la televisión. Esta vieja divorciada tiene una chiquilla pecosa, muy malcriada que me saca la lengua cada vez que me la encuentro en las escaleras. La mamá, quizá porque está amargada, es muy briaga. Todas las noches la traen bien peda dos o tres tipos de esos muy embrillantinados, de suéteres Van Loun y que se dan aires de genios porque entran y salen de Televicentro. A veces la locutora arma unas broncas de miedo, y como tiene una boca que envidiaría una verdulera del mercado todos nos ponemos a escuchar, hasta mi papá, que deja de escuchar su música clásica y pega la oreja a la puerta para oír mejor. Dice que hay que documentarse, que todo en la vida es grano para el molino del escritor. En el otro departamento viven dos hermanas, una muy seria y distinguida y otra muy gordita y medio boba que hace ejercicios yogui encuerada. Yo la he visto una que otra vez que se le olvida bajar la persiana que da a la azotehuela. Bueno, con esto basta para darles una idea del ambiente en que vivimos. Todos tipos interesantes, más o menos bohemios. Y nosotros una bola de locos porque nadie nos entiende: no nos relacionamos con nadie por más que nos hacen la lucha y todos nos miran como animales raros. La cusca esta que les digo, la locutora, no nos puede ver, nunca nos saluda. ¿Y todo por qué? Porque no tenemos televisor, porque nunca la hemos visto anunciar la manteca Inca. Por lo tanto, somos unos bárbaros o unos mendigos. Pero no sabe la pendeja que no tenemos televisor, porque –como dice mi tata– somos personas cultas y no queremos aburrarnos más de lo que somos, o aburrirnos, que es la misma cosa.

Bueno, como les decía al principio, somos puros campesinos. Nacimos y nos criamos en un pueblecito del norte de Chihuahua, y a pesar de que llevamos tantos años en la capital, no nos hemos podido adaptar completamente a la ciudad. Extrañamos muchas cosas y nos repugnan los modos y las costumbres de las gentes de aquí, que parece que no tienen otro fin que apantallar al vecino. Siempre están hablando de la recámara, de la lavadora, del televisor, del carro que compraron, de que fueron a Acapulco, de que cenaron en el Capri, de que vieron a Cantinflas y a Rommy Schneider en el Roble o en el Chapultepec, de que la boda de fulanita estuvo brutal, de que a la tía la operaron en el Sanatorio Inglés, que tiene catorce puntadas o que le sacaron una solitaria de treinta metros. Hasta las enfermedades de los ricos son más sensacionales y tienen nombres más raros que las de los pobres. Nadie se quiere quedar atrás y todos presumen de ser lo que no son. Mi papá siempre está tronando en contra de "la fantástica vida de la metrópoli". ¿Qué hacen, cómo viven todos estos estúpidos robots? Ir y venir todo el día por esas calles entregando latas de chile o de chicle, cajas de jabón detergente, papel para limpiarse el culo, cartones de cerveza, botellas de leche adulterada, naranjas arrugadas, trajes olorosos a gasolina, paquetes de combustible, lavadoras y radios, clavos y tornillos, llantas renovadas, perfume Tabú y cosméticos baratos, periódicos llenos de mentiras y

por la noche meterse en los cajones de departamentos olorosos a chi y a ropa sucia, a basura de tres días, a sudor, a hastío y a muerte. Por donde quiera seres insulsos mascando chicles, leyendo las crónicas de los deportes, viendo a unos idiotas gesticular en la pantalla chica, oyendo a Aceves Mejía o a Lola Beltrán echar berridos, devorando el *Supermán* o *El Santo*, contando chistes rancios en la esquina, tomándose una botellita de mezcal o un tequila en un lote vacío o detrás de un árbol, yendo de aquí para allá con la reata parada echándole vidrio a las gatas o a las colegialas igualmente bobas. Esa es la vida de la ciudad y de los pendejos que la habitan. Hay aquí gente que en cien años no han visto las estrellas, que no se detienen a pensar en la maravilla que es un árbol, que no saben que hubo un Rilke y existe un Neruda. No piensan en otra cosa más que en comer tacos rancios en un comedero asqueroso o un banana split en una fuente de sodas de la esquina. No piensan más que bailar el último rock que es igual al primero, leer el *Ja/ja* y correr tras el camión para no llegar tarde a la chamba. Esa es la pinche vida que llevan los citadinos y todavía, encima, se atreven a ir a misa los domingos, de camisa nueva y pantalón planchado, a oír unos latinajos transmitidos por micrófono, untarse la nariz con agua bendita y aguantar a un cura imbécil tronar contra el pecado y pintarles el infierno pulgada por pulgada y amenazarlos con el comunismo. Esa es la vida maravillosa de la capital, en el México fantástico de los locutores. Esta es la vida de la clase media. La de los ricos no difiere gran cosa, solo que se desarrolla en un ambiente más limpio y perfumado. Pero la porquería –sobre todo sexual– y la vanidad son las mismas.

Todo esto lo traigo a cuento porque cada vez que me encuentro muy amolado o muy solo y muy triste, como cuando se llevaron al Ciego a la cárcel, me entran unas ganas inmensas de volver al pueblito donde me crié y pasé horas tan felices.

Un día, más perro que ninguno de los que pasé en Juárez, iba por la calle sin un quinto en la bolsa y con estos pensamientos bulléndome en la cabeza, cuando me topo de buenas a primeras con el cuate más cuate de mi infancia. Por lo pronto no pude reconocerlo. Pero por la forma en que me dirigió la palabra no tardé en darme cuenta de quién era.

—¡Jijo!, Tulises —así choteaba mi nombre—, ya parece que nunca te he conocido. ¿Sabes quién soy?

—Sí, como no, eres Víctor, el hijo del tamborero.

—¡Jijo!, qué grandote estás. ¿Te acuerdas cuando nos robábamos los huevos de las gallinas que ponían en las tazoleras, allá en el rancho?





—¡No se me olvidará nunca!

—¿Y tu papi, tu mami? ¿Y tu hermana Leila? Ya estará muy cuero, ¿no?

—Todos bien. Todos en México.

—¿Y tú, qué diablos andas haciendo por aquí?

—Pues rodándola... corriendo mundo.

Me echó una ojeada de pies a cabeza y se sonrió.

—¡Conque te huiste de tu casa, eh! Ah, canijo. Y no te ha ido muy bien. Eso se ve a leguas.

—Bueno, no me quejo. Unos días bien y otros... Pa qué te cuento. ¿Y tú, qué haces aquí en Juárez? ¿Cuándo te viniste del pueblo?

—¡Uh, ya hace siglos! Ahora estoy trabajando en un cabaret.

—¿Lavando platos, o qué?

—Nada de eso, manito. Le hago a la cantada. Y buenos fierros que me gano. ¿Ya cenaste? Vamos, te invito un lonche y después te cuento.

Caminamos calle arriba, rumbo al barrio del refuego y de las putas.

Bueno, para no hacerles largo el cuento, esa noche no solo cené muy bien, hasta decir basta, sino que le entramos a la copa y me quedé a dormir con mi amigo, en el cuartucho que tenía rentado en la calle Nicaragua. Víctor traía sus centavitos, andaba muy bien vestido y hasta me enseñó la guitarra nueva que acababa de comprar. Me tocó una o dos piezas y me di cuenta que había adelantado mucho.

Allá en el pueblo, él, sus hermanos, su papá –que también era músico, por eso le decían el tamborero– y su mamá siempre andaban a la última pregunta. Deben haber pasado muchas hambres los pobres.

Pero ahora todo había cambiado. Quién lo iba a decir. Víctor tenía talento, cantaba bien y con sentimiento y había conseguido una chamba en un cabaret no muy gacho. Ahora les mandaba sus fierros a sus viejitos y estaba encantado de la vida.

Las charlas continuas con Víctor en que recordábamos nuestras aventuras infantiles me pusieron nostálgico de aquella vida sin complicaciones, en que nada nos faltaba, en que nos conformábamos con tan poco y en que gozábamos tanto con cosas sencillas, si se quiere hasta pendejas, pero que me dejaron acá adentro, muy adentro, algo muy raro, una sensación como de que perdí un tesoro o que alguien me echó del paraíso.

Yo no sé bien a bien cómo y por qué fuimos a dar a ese pueblito. Desde luego hay una razón muy importante: mi mamá era de allí. Hasta que llegó mi papá, no se sabe de dónde. En un tris-tras la enamoró y se

la quitó al novio que tenía. Como en su casa eran muy estrictos y muy religiosos, no podían ver a mi papá que alardeaba de ateo y de pagano, pues una noche se huyeron; se fueron a Chihuahua y de ahí para México, donde nacieron Leila y Jorge con solo un año de diferencia entre los dos. He oído contar a mi tío Chu, el ministro, que al cabo de cinco años mi papi depuso su orgullo y aceptó venir al pueblo a refugiarse de una mala racha que ya tenía más de un año persiguiéndolos. El tío Chu les prestó su casa para que vivieran, porque ya para ese entonces se había convertido al protestantismo y se había hecho ministro y casi siempre andaba de viaje buscando gentes que quisieran cambiar una marca de religión por otra. Estaban muy pobres, pero mi papi se las averiguó para sembrar un pedazo de tierra, engordar unos marranos y cultivar con sus propias manos una pequeña hortaliza, y así iban pasándola. En esa temporada llegué yo al mundo. Como le quedaron debiendo a la partera, creo que eso ya fue una cosa desfavorable para mi destino. Como en toda familia, y más donde hay muchos hijos, tiene por fuerza que haber su "chiva prieta", pues ese papel me tocó a mí. Ni hablar, no me quejo y he hecho bastante por representar bien mi papel. Pero no se me quita de la cabeza que esos centavos que nunca le pagaron a Lupe, la comadrona, algo han tenido que ver con mi mala estrella. A veces se me figura que mi papi no me quiere porque le recuerdo esos días de penuria y desavenencias con la jefa. Llegué en una hora inoportuna, y lo que es más, venía atravesado. Lupe tuvo que devolverme para que naciera de cabeza, pero ya afuera, en el mundo, todavía me siento un poco atravesado, siempre voy contra la corriente, siempre ando orinando fuera de la bacinica.

En el pueblo, mi papá no tenía más que un amigo, Dimas el herrero, porque todos los demás eran muy machos y no lo tragaban, ni entendían o se hacían que no entendían lo que él quería explicarles. En cambio Dimas, aunque no sabía leer, no era nada pendejo. Oía a mi papá horas y horas. Se iba y al rato volvía por más. Hacía que mi papá le leyera algo de sus librotes y luego salía con alguna puntada muy original. Lo que probaba que entendía, si no todo, algo de lo que mi papá le explicaba. A mí me gustaba oírlos, porque mi jefe platica muy sabroso cuando se entusiasma, cuando habla de la vida.

Dimas era chaparro, con una faz cacariza, tiznada con el carbón de la fragua y una melena canosa, toda grasienta. Era muy borracho y de vez en cuando llegaba a la casa con una botella panzuda, llena de sotol. Hacia beber a mi papá y al rato ya mi jefe estaba picado y mandaban





traer otra. Mi jefa, al principio, trataba muy bien a Dimas; les preparaba la cena, hacia chistes, pero poco a poco se iba poniendo seria y al fin, estallaba. Pero ya para esas horas mi papá estaba bien entrado y se iba con Dimas a seguir tomando en la fragua.

A Dimas no lo tragaban los del pueblo porque no creía en nada; siempre se andaba burlando de los curas. Sin embargo, desde que veían que mi papá iba a su casa, lo procuraban mucho. Mi tío Chuy iba a visitarlo y trataba de convencerlo de que se estaba condenando si seguía su amistad con mi padre. Dimas tenía la lengua muy ágil y muy tosca, y con lo que había aprendido de mi papá, lo dejaba turulato. El pobre hasta perdía el habla y no hallaba qué hacer. Luego se ponía a rezar y a hacer la señal de la cruz, como si tuviera al mismísimo Satanás enfrente.

El otro amigo de mi papá era el Tamborero. Todos lo tiraban a lucas porque nunca trabajaba; era un huevón de marca; pero muy ladino, con mucha labia, a cada quien le daba por su lado y cuando menos acordaban ya los había sableado. Lo único que sabía era tocar la guitarra y muy bien, pues contaban que descendía de un guitarrista español que cayó en el pueblo allá por los tiempos del cura Hidalgo. Víctor, el hijo de este, es el que me acababa de encontrar. En aquel entonces los dos estábamos muy chavalos. Jugábamos juntos a las canicas o con una baraja grasienta; nos paseábamos en los burros de su papá y pescábamos en el arroyo del pueblo. Ya entonces le empezaba a hacer a la guitarra y cantaba uno que otro corrido.

Cuando yo tenía tres años mi papi se alistó como voluntario y se fue a España para pelear contra Franco. Mi mami nunca quiere acordarse de esa época, pero para mí los siguientes cuatro años se me aparecen como una cosa maravillosa, como algo de cuento o de poesía.

Muchos detalles se me han olvidado, como es natural, pues estaba yo muy chaval. Pero otros los recuerdo y los sueño tan vívidamente que me parece que fue ayer cuando los viví. Esos cuatro años que mi jefe estuvo ausente parecen envueltos en una niebla. No recuerdo nada especial de mis hermanos, de mi madre, de mis tíos, ni mis primos. Me parece como que habitaba en una islita de luz, en medio de aquella niebla y en ella vivíamos Víctor y yo, solamente los dos, olvidados de todo lo demás. En un mundo aparte, lleno de milagros, con un aire resplandeciente y lleno de aromas extraños. No lo sé decir, pero ustedes me entienden.

# Capítulo 6

El encuentro con Víctor fue providencial, porque la mera verdad ya me andaba cuarteando con tantos trabajos y tanta hambreada. De vez en cuando hasta me pasaba por la cholla la idea de regresarme a mi casa, de afrontar como los hombres los cabronazos que me diera mi jefe y las recriminaciones y los lloros de mamá. Pero eso solo me duraba un ratito. Francamente me repugnaba regresar todo jodido, con la ropa sucia, ya casi en chanclas, completamente derrotado a soportar las burlas de mis hermanos y ver que todos me hacían menos en mi casa. Además tendría que hormarme. El jefe se iba a aprovechar de mi situación y me exigiría que estudiara si es que quería estar en la casa. Y eso de estudiar me daba náusea. Yo quería aprender, pero no en las escuelas, que son tan aburridas, sino en el libro de la vida que minuto a minuto va volteando la hoja y mostrándonos algo interesante, si no somos muy pendejos. No había remedio. Había que seguir adelante y confiarse a la suerte. No todo el tiempo iba a estar tan de malas.

Lo que más me había desinflado era el encontrarme tan solo, sin un cuate y en la forma tan brusca y tan rara como había sucedido lo del Ciego. Había ido a la cárcel a preguntar por él, a llevarle cigarros y lonches y unos centavos que trabajosamente había juntado. Pero allá me salieron con que ya lo habían liberado y esto me tenía muy intrigado. Me parecía harto extraño que no me hubiera buscado o que se hubiera largado a México sin avisarme.

De esta racha de pesimismo y mala suerte me vino a sacar Víctor, primero porque me hizo revivir mi infancia y segundo porque a los dos días ya me había conseguido chamba en el cabaret donde él tocaba la guitarra y cantaba. Y con tan buena suerte que el dueño, don Epigmenio, un viejo muy reata y muy serio, muy moral, a pesar de que vivía de explotar a las putas y vender licor adulterado, me agarró cariño muy





pronto y hasta quería adoptarme porque no tenía hijos. El cabaret se llamaba El Paraíso del Norte, y si no era de los más elegantosos, tampoco era de los peores. Estaba en la calle Mariscal, en el mero centro del refuego. Se abría de las cinco de la tarde a las cinco de la mañana y tenía mucha clientela toda la noche, porque las muchachas estaban regulares y no eran muy caras. Había como unas veinte de planta que vivían allí mismo y otras veinte ambulantes, o sea que tenían sus casas o cuartos fuera y venían solo al cabaret a fichar por las noches. Había cuatro cantineros, como diez meseros, orquesta para bailar y números de variedad, entre los cuales estaba Víctor y su guitarra ranchera.

La clientela, soldados gringos que venían de Fort Bliss, uno que otro negro, estudiantes, empleados de la aduana, políticos de tercer orden y rancheros y agricultores que venían del sur a echar una cana al aire como vulgarmente se dice. Yo no tenía nada qué hacer en la noche. Mi trabajo empezaba como a la una o dos de la tarde y consistía en ayudar a los mozos a asear la pista de baile, acarrear cartones de cerveza de la bodega al mostrador y en general hacerle uno que otro mandado al jefe de cantineros y al cocinero encargado de las botanas, o a las "waifas" que dormían todo el día en los cuartos del segundo piso. Aunque era un ambiente de puro rompe y rasga, no me azoraba ni me disgustaba del todo. Poco a poco se va uno encallando hasta para lo más vil y repugnante y a los pocos días ya le había agarrado la onda a aquella vida "dizque alegre" y me había hecho una rutina más o menos cómoda que me dejaba mucho tiempo para pasearme por la ciudad y divertirme a mi modo. A don Epigmenio no le gustaba mucho verme en la noche en la planta baja y a eso de las once me despachaba a dormir en un cuartito que me habían asignado casi pegado al baño, en el departamento de las señoras. Me pagaba veinte pesos diarios, que me quedaban libres porque casi no gastaba en nada. Me las averiguaba para comer allí con las pupilas; tomaba refrescos cuando se me antojaba y alguna noche hasta me robé una botella de Madero cinco equis o de Dorado. Las muchachas me pagaban muy bien cuando me mandaban a hacerles algún mandado, a traerles perfumes y papel Celotex y medicinas o ponerles alguna carta en el correo. Total, andaba nadando en dinero y muy pronto me puse muy catrín con camisas, pantalones y suéteres que le encargaba al El Paso a uno de los mozos que tenía pasaporte.

Muy pronto tuve amigos y amigas a secas, en el buen sentido, entre las cabareteras y entre los cantineros. Entre las muchachas hay de todo, pero por lo general no son malas. Todas han sufrido mucho, todas tie-

nen alguna historia triste por contar, todas fueron decentes antes de que algún cabrón las lanzara a "la vida".

Había, por ejemplo, una muchachita coloradota como una manzana y sonsa como una becerra. A pesar de los vestidos gringos que se ponía, todo el tiempo andaba desfirolada y a leguas se le conocía que era ranchera. Se llamaba Rosita y todos los sábados en la mañana la venía a ver un chamaco pecoso, como de catorce años, vestido con pantalón de lona y sombrero huichol. Invariablemente le traía una canasta con huevos, asaderos y elotes. Ella, a su vez, le entregaba un buen fajo de billetes para que se los llevara a su mamá para que le compraran zapatos y vestidos a la hermanita, o solo Dios sabe para qué. Se sentaban en un banco muy largo, muy juntitos y platicaban muy quedito; se reían de vez en cuando y luego se quedaban muy serios, moviendo los pies, muy nerviosos. Al fin, el hermano –porque era su hermano– se levantaba, le daba la mano muy colorado y se iba con la cabeza gacha. Rosita se iba derecho al bar y pedía un Madero doble. Y allí se estaba calladita, viéndose en el espejo grande de enfrente, la mirada perdida, opaca y triste, sedienta de la clara luz de los sembradíos, hasta que empezaban a llegar los músicos y luego los briagos.

Cosa rara: con la que se entendía mejor Rosita era con Vicky, la alemana, una chava muy bonita y tan elegante como una modelo. Nadie se explicaba qué estaba haciendo aquí, cuando cualquier diputado le podía poner su casa. Probablemente era una despechada. El cantinero me contaba que a muchas que les ha ido mal en el amor les gusta bajar hasta el último peldaño de la perdición y morir en medio de la mierda. Cosas de la vida que son incomprensibles por cualquier lado que las miremos. De seguro que esta también tiene su secreto, su amargura escondida, nada más que la disimulaba muy bien con una sonrisa fría, elegante y cruel. El día que venía el hermano de Rosita, las dos se iban con el canasto de los huevos y los quesos a la cocina, hacían a un lado a Pancho, el encargado de las botanas y se ponían a hacer unas fritangas que me alborotaban las tripas; ¡jijo!, cómo me acordaba de lo que yo hacía en mi casa. Yo siempre he sido muy tragón. Me han dicho que eso es cosa de la adolescencia. Mi mamá siempre me estaba riñendo porque mientras ella echaba una siestecita, o andaba peinando o vistiendo a Rima, la chiquitina, yo me clavaba parte de la cena que le tenía guardada a Leila, la grandota. A veces, cuando llegaba muy noche de mis correrías por la calle Rébsamen, ya estaban todos acostados. Entonces me hacía unas fritangas padres, revolviendo todo lo que encontraba dentro





o fuera del refrigerador: pan duro, rajas de chiles jalapeños, agrio, cebolla, carnitas, frijoles, perejil, apio; todo frito en mucho aceite y sazonado con vinagre. Lo malo es que los olores llegaban hasta las recámaras y al rato todos empezaban a recalar pidiéndome que les convidara. La primera en llegar era Sonia, que es tan comilona como yo. Luego Ranier, que ya se estaba convirtiendo en edición de bolsillo de su "atto." y "s.s." porque a veces cuando se descuidaba la jefa, se zungaba toda la lata de leche Bordens. De vez en cuando hasta mi papá se me aprontaba en pijama, la pipa en la boca y los lentes en la mano: "¡Jijo!, ¿qué es eso que estás guisando? ¡Huele resuave! A ver...". Yo servía dos platos y nos sentábamos a comer, muy serios. Cuando terminaba y me ofrecía un cigarro, era señal de que le había gustado el guiso y se ponía muy platicador: "Cuando yo tenía tus años, también me gustaba hacer fritangas estrambóticas. Eso lo heredaste de mí".

Como éramos tantos en la familia, apenas cabíamos en el departamento de tres recámaras, aunque era amplio. Para poder escribir sin la distracción de Rima, que lo seguía por todas partes, de Sonia que todo el tiempo estaba bailando *El lago de los cisnes* y de Ranier que lo acosaba a preguntas para poder hacer sus tareas, mi papá arregló el cuartito de criadas, que estaba en la azotea, como estudio. Todo un muro estaba atestado de libros y papeles. En el otro, que tenía una ventana que miraba hacia la avenida Cuauhtémoc, puso una mesa con la máquina de escribir y más libros, papeles y carpetas repletas de recortes de periódico. En el otro muro estaban colgados una reproducción de un cuadro de Marc Chagall y un dibujo de Leonora Carrington. Luego una hilera de retratos de sus "santos" (así llamaba a sus escritores favoritos). Primero, un chino pelón y risueño montado en un buey, Lao-Tse; luego Jesucristo joven discutiendo con los doctores; seguía Alejandro Magno montado en Bucéfalo; después una hilera de tipos raros, estrambóticos, muy feos, de cuyos nombres apenas me acuerdo: Rilke, Havelock Ellis, Antonio Machado, Barba Jacob, Berlioz, Debussy, Henry Miller, Susuki, Walt Whitman, Krishnamurti y una mujer.

Mi mamá, siempre que subía a arreglar el cuartito, miraba con recelo el retrato de la mujer.

—¿Y esta india ojona quién es? Se me hace muy repugnosa.

Mi papá se sonreía, malicioso.

—Es Rosario Castellanos. Una gran poeta. La primerísima poeta mexicana.

—¿Poeta? ¿Por qué?

—Porque hay mujeres poetas y hombres poetisos. Esta tiene una lucidez extraordinaria. ¡Nada se le escapa! Por eso es poeta.

—Una intelectual.

—Sí, una cerebral.

—Entonces —resumía mi mamá despectiva, a pesar de que yo estaba presente— no ha de servir para la cama.

—¡No te creas! También es una amorosa. Mira. ¡Oye esto!

Fue al librero y extrajo un libro. Luego leyó en voz baja, sin énfasis:

Para el amor no hay cielo, amor, solo este día;
este cabello triste que se cae
cuando te estás peinando ante el espejo.
Esos túneles largos
que se atraviesan con jadeo y asfixia,
las paredes sin ojos,
el hueco que resuena
de alguna voz oculta y sin sentido.

Para el amor no hay tregua, amor.
La noche no se vuelve, de pronto, respirable.
Y cuando un astro rompe sus cadenas
y lo ves zigzaguear, loco, y perderse,
no por ello la ley suelta sus garfios.
El encuentro es a oscuras.
En el beso se mezcla el sabor de las lágrimas.
Y en el abrazo ciñes
el recuerdo de aquella orfandad, de aquella muerte.*

Otra tipa muy vacilona era una güera grandota, la Mormona. De todas era la que tenía más cuerda. Siempre andaba metiendo bulla con sus ocurrencias. Unas veces caía rete simpática y otras rete sangrona. Todo dependía de las copas que se hubiera echado al buche, porque insistía en que cuando estaba con un cliente le sirvieran vino de verdad y no agua coloreada como a las otras. Resultado: se ponía unas papalinas de miedo y al otro día empezaba a curarse la cruda muy temprano. Decían

* El fragmento del poema "Lo cotidiano", de Rosario Castellanos, fue tomado de: Castellanos, Rosario: *Poesía no eres tú. Obra poética: 1948-1971*, México, Fondo de Cultura Económica, col. Letras mexicanas, 1972, p. 180.





por ahí que había sido querida de un general. Yo no sé; todo es posible en este mundo traidor; lo que sí sé es que era muy autoritaria, tenía modales de soldadera, pero por la buena era muy gente. Siempre andaba dándoles consejos y consolando a las chiquillas que a veces se ponían tristonas y lloraban o se enamoraban de algún canalla que les quitaba toda la lana.

Otra chamaca muy interesante, es decir, que destacaba por algo misterioso entre todas las otras que eran más o menos del mismo tipo, era Chayito, a la que Fermín, el cantinero, le había puesto el mote de *la Cereza*. Tenía una cara redondita, reluciente como un globo de esos que les compran a los niños. Los ojos, muy pispiretos, también redonditos; la nariz chata, también como un tomatito, y la boquita... apenas podía sonreír con ella porque era tan chiquita y redonda que parecía culo de gallina. *La Cereza* era muy gustada, muy "taloneadora" –así les dicen a las que ganan mucha lana–, porque los rancheros mensos que venían de Guadalupe o de Villa Ahumada a vacilar los sábados y los domingos se imaginaban que lo "otro" también lo tenía redondito y apretado.

Chayito era de la mera capital y decía que se había venido a Juárez únicamente a juntar cincuenta mil pesos para poner un negocio y retirarse de "la vida". Don Epigmenio decía que no era nada remoto que los juntara. Él sabía de una que otra que lo había hecho.

Pero la más interesante de todas las muchachas que conocí en aquel antro de vicio era Mónica Sidal, un nombre falso, desde luego. Era esta un mangazo brutal: blanca, rubia, con unos ojazos verdes de miedo y un cuerpo rechoncho, muy bien hecho, lleno de ondulaciones y que sabía mover a maravilla. No era una pupila, sino la atracción principal del cabaret en la hora de variedades de todas las noches. Su número era un strip-tease, algo ya muy choteado en el ambiente de las fronteras, pero con qué arte lo hacía. Mientras la orquesta tocaba a un ritmo un tanto lento una canción gringa que se llama *Pretend*, ella entraba a la pista rodeada de mesas envuelta en un abrigo de pieles muy fino y elegante. Daba una vuelta bailando y luego se lo quitaba. Después se quitaba los guantes negros que le cubrían todos los brazos. Luego el vestido gris o rojo que la modelaba con todas sus curvas. Luego daba otra bailadita y se quitaba el fondo morado transparente. Luego el brassier y bailaba con los pechitos descubiertos redonditos y duros. Se veía a leguas que no se los dejaba manosear. Y por último se quitaba la pantaleta, rosa unas veces, amarilla otras, y se quedaba nada más con una mariposa negra con dibujos dorados de terciopelo encima del burrito.

Esto hacía aullar de placer a los gringos borrachos que pedían a gritos que se quitara aquello. Pero ella les guiñaba el ojo picarescamente, les arrimaba el burrito hasta las narices y luego se metía detrás de la cortina, dejándolos bien calientes a que se consolaran con la compañera que tenían al lado. A ver ese espectáculo venían parejas de enamorados y hasta matrimonios decentes, me consta.

A pesar de que se encueraba en público, Mónica era una muchacha decente. Siempre iba al cabaret acompañada de su mamá, una viejita chiquita, arrugadita como una pasa, siempre vestida de negro, con la boca sumida porque cargaba la dentadura postiza en el bolso. Todo mundo respetaba a Mónica; todos la querían porque era muy reservada, nadie se tomaba libertades con ella. Los mozos y el gerente la trataban con mucha cortesía y ya sabían que era inútil ir a proponer las ofertas de algún diputado o niño rico que quería dormir con ella.

El general Santoscoy, que no salía del cabaret, dueño de ranchos y minas en todo el estado de Chihuahua, acostumbrado a conseguir lo que le diera la gana, no importa lo que costara, se puso furioso cuando una noche ella rechazó su invitación para que fueran a cenar.

—A poco quiere hacerme creer que no da las nalgas —le dijo al gerente, cuando ella salió a la calle después de darle las gracias.

—Pues así es, mi general. Al menos no las da por ningún dinero. Pero tampoco se le ha conocido jamás un amante. Y ya lleva cinco temporadas, cinco años seguidos que viene aquí después de recorrer toda la frontera.

—¡Qué raro! ¡Qué modo de ganarse la vida! Aquí hay gato encerrado. Me gustaría saber qué secreto se trae esta pendeja.

—Nada de pendeja, mi general. Es muy lista, la caraja.



# Capítulo 7

Mi trabajo en El Paraíso no era muy duro que digamos. Si me movía rápido, ya para las cinco o seis de la tarde estaba libre. Entonces me salía a dar una vuelta por la ciudad. Al principio andaba sin rumbo, pero poco a poco me fui acostumbrando a recalar a la plaza de la Constitución, una plaza que no puede compararse con las de México, pero que no está del todo mal. No viene mucho populacho, sino más bien gentes de la clase media, colegialas, estudiantes y empleaditos del gobierno y una bola de chiquillos más o menos bien vestidos que corretean por los andadores hasta ya muy noche, cuando ya se empieza a sentir un poco de fresco. Está rodeada de quintitas medio nuevas con árboles y jardincillos en el frente y no hay mucho ruido ni tanto tráfico.

Todas las tardes, después de tomarme un helado o un refresco, me venía a sentar en una banca en la parte central del parque, frente a un monumento muy feo de don Benito Juárez. Me gustaba allí porque corría una brisa más fresca y no había mucha bulla de chamacos. Ahí me estaba horas y horas fumando, viendo pasar a la gente y repasando mi vida que ya se me estaba volviendo monótona y triste. Allí me estaba solito, sintiendo llegar la noche, que era mi única amiga. Siempre me ha gustado más la noche que el día, porque en la noche la cabeza se me llena de puntadas raras, de cosas que nunca he visto y que quizá nunca veré, de emociones y deseos vagos que no puedo poner en palabras. En la noche es cuando me llegan las ideas más felices, los proyectos más descabellados y los temores más fuertes, las ansias de comprender por qué y para qué estamos en este canijo mundo, tan hermoso y terrible a la vez, tan misterioso que no se le haya orilla.

Las horas se me iban sin sentir, sentado allí en aquel parque lleno de risas de niños, del ruido de los autos y de las voces de las chamacotas, cálidas, ya con ganas de ser besadas.

Viéndolas corretear y reírse como loquitas yo pensaba: "También estoy vivo, también tengo mi corazoncito. ¿Habrá entre estas chicas una para mí, nada más para mí? ¿Una que me comprenda, que me quiera pero de veras, como mi mamá quiere a mi jefe, sin engaño, sin lugar a dudas, con un amor grande y fuerte, que está ahí para que todo el mundo lo vea?".

Demoraba para volver al cuartito oscuro del cabaret, lleno de humo, olores rancios a fruta podrida, a alcohol, a semen, a perfume barato, a vida rancia. Iba allí únicamente para dormir, para reponer las fuerzas gastadas en tanto anda que anda por las calles. Pero no, no me gustaba ni tantito. Me sentía muy solo, muy triste y me molestaba aquella boruca estúpida que metían abajo las pirujas y los borrachos. Esperaba algo, pero no sabía qué. Algo grande, intenso, bonito, que cambiara el rumbo de mi vida. Pero los días, todos, eran iguales. Mal dormir, comer sin ganas, acumular centavos que gastaba en pendejadas y cosas inútiles porque no me costaba mucho ganarlos, oír las pendejadas de los borrachos y las confidencias tontas de las "waifas"; siempre igual, siempre triste. Anda que anda por aquellas calles polvosas y feas de Ciudad Juárez, la ciudad más triste y fría que he conocido, a pesar de sus ruidos, sus luces y sus cabarets.

Queremos borrar todos los recuerdos, olvidar lo que somos y a las personas que queremos u odiamos. Pero es en vano porque a donde quiera que vamos llevamos esta carga de sentimientos, unos tristes y otros alegres. Yo llevaba mi casa y mi familia en el lomo, en la cabeza, en el corazón. Un olor, una ráfaga de viento, una tonada de la radio despertaban en mi pecho recuerdos de sucesos insignificantes, a los que no les había dado importancia y que ahora se me aparecían rodeados de una luz extraña, de algo misterioso que me los hacía más queridos. Sobre todo me asaltaba con mucha frecuencia la imagen de Rima, la hermanita adorada. Algún gesto o ademán de alguna chiquitina desconocida despertaba en mí un ansia insoportable de volver a verla. Sentía sus manitas acariciando mis cabellos y oía su vocecita, ronquita y dulce a la vez, atrancándose después de alguna frase que no hallaba cómo terminar: "Pero, pero, pero", intercalaba diez, veinte veces para poder coger el hilo de lo que quería contarme. A veces la soñaba, sentía reales sus besitos y me despertaba muy triste con las lágrimas atragantándome la garganta.

Siempre que llegaba a la casa, mi padre y mis hermanos me recibían hoscos, con miradas frías, como si yo fuera un perro sarnoso. Solo





ella, la chiquitina, venía corriendo y me tendía los brazos. Como pajarito friolento se me acurrucaba en mi pecho: "¿A dónde fuiste, Tulises?", así pronuncia mi nombre, "¿qué me trajiste?, ¿un chique?".

Mi mamá nos contaba que de niña le gustaba jugar mucho a las muñecas y que una gitana le profetizó que iba a tener muchos hijos. Y así ha sido. Pero ella toda la vida lo ha lamentado porque su ambición era ser bailarina. Después de Ranier pasaron siete años. Todos creíamos que era el socoyote. Luego, de repente, vino Rima. Todos estábamos muy disgustados y nos portamos muy gachos con la jefa todo el tiempo que estuvo gordita. ¿Pero quién nos iba a decir que íbamos a querer tanto a la mocosa, que ella iba a ser la favorita de todos? Yo me enamoré de ella desde el día que la trajeron del sanatorio. Todos decían que estaba muy fea, muy colorada y muy narizona. Leila ni siquiera quería conocerla. Mi mamá se sintió mucho con ella porque ese día ni siquiera entró a saludarla. Estaba rete tonta y más tonta se puso cuando vio que la niña tenía los ojos azules, igual o más bonitos que los de ella. Mi hermana está muy pagada de sus ojos "de abismo", como le dijo un menso que la galanteaba. Sin embargo, al mes, ya andábamos todos peleando el turno para comernos a besos a la mocosita. Hasta Sonia, que es medio seca tratándose de niños, se metía a escondidas a la recámara de mi mamá para canturrearle y hacerle cariños.

Y es que quién sabe qué tiene la caraja. Algo muy especial, algo muy raro. Cuando está uno con ella siente como si el mundo estuviera nuevecito, como si oliera a yerba fresca, como si todas las gentes fueran muy buenas. No sé cómo explicarlo. Solo mi jefe, que es poeta, acaso podría decirlo.

# Capítulo 8

Una tarde estaba sentado como de costumbre en la placita, aburrido más que triste, dándole vuelta y vuelta en la cholla a la idea de cambiar de vida, cuando sin querer mis ojos se empezaron a fijar en una muchachita, blanca y de cabello negro, con una falda a cuadros y un suéter amarillo pálido que patinaba enfrente de mí, dando vueltas y vueltas, absorta en las filigranas que quería ejecutar, como imitando a una de esa famosas patinadoras del Holiday on Ice. Al rato ya estaba muy entretenido, viendo lo bien que patinaba. Mi interés no pasaba de ahí. Yo no soy de los que hacen dengues para llamar la atención de una chamaca. Me importaba un comino que se fijara o no en mí. Lo que me llamaba la atención y me hacía olvidarme de mí era lo distraída, mejor dicho lo concentrada que estaba en patinar.

Me encantaba la gracia con que se movía y el revuelo de su falda cuando daba alguna voltereta. Me empecé a fijar con más atención en ella. Era espigadita, de facciones finas, bonita de verdad, con algo raro, indefinible en su persona. Sin embargo, como nunca pasaba cerca de mí, no podía ver de qué color tenía los ojos. Esto empezaba a intrigarme. ¿Azules, verdes, negros, cafés?

En eso estaba cuando, ¡sácate!, que da el azotón. Cayó del largo que era y se quedó mirando hacia el cielo haciendo muecas muy feas. Cuando menos pensé ya estaba junto a ella ayudándola a levantarse. No podía andar y tuve que sostenerla para que no volviera a caer. Así la tuve unos instantes, abrazadita, contra mi pecho, mientras se quejaba débilmente. Ni qué decir que el carajo corazón se me empezó a alborotar porque sentía el calorcito de su mano apoyada en mi hombro y porque olía muy bonito. Cuando ya se recuperó un poco, me dijo que tenía lastimada la pierna derecha.

—Habrá que llamar un taxi —sugerí tímidamente.





—No, gracias. No se moleste. Vivo muy cerquita. Allí enfrente, en aquella casa anaranjada.

Y apuntó hacia una de las quintitas frente al parque.

La senté en mi banca, le desabroché los patines y luego, sosteniéndola por la cintura, la llevé muy despacito y con mucho cuidado hasta el barandal del jardincito de su casa. Una criada que estaba regando las yerbas con una manguera me la quitó junto con los patines y se la llevó adentro. Antes de que cerrara la puerta, ella se volvió y sonriendo me dio las gracias.

Como un sonámbulo atravesé el parque y seguí por la calle. Ya casi llegando al cabaret me di cuenta de que llevaba en la mano una bolsita de cuero labrado que recogí del suelo cuando ella se cayó. La abrí. Dentro había una polverita de plata, una mota, unas chavetas, unas tarjetas con unos números de teléfono, unas fotos de ella con unas amigas y sesenta y siete centavos en moneditas gringas. Yo nunca le he hecho al detective, pero viendo aquellos objetos saqué estas conclusiones: es de familia acomodada, no tiene novio, va a un colegio del "otro lado". Me daban ganas de volverme, de llamar a su casa y entregarle el bolsito esa misma noche. Pero, pensándolo bien, decidí esperar hasta el otro día. Estaba seguro que regresaría al parque.

Todas las noches, antes de acostarme, me tomaba una cerveza y veía con ojos afiebrados cómo Mónica se quitaba su abrigo y todo lo demás, al son de la música mientras rugían los bolillos borrachos. Esa noche no me importó gran cosa las curvas de Mónica. Me subí a grandes zancadas a "mi dormitorio", apagué la luz y allí en mi pantalla particular, la que llevamos dentro de la cholla, seguí viendo patinar a la chiquilla. Para qué se los voy a negar: varias veces me puse a oler el bolsito y ese perfume, "su perfume" lo podría identificar hasta moribundo si me lo dieran a oler.

Al día siguiente me levanté muy alebrestado. Hice el trabajo que me correspondía en un tris-tras. Comí en un restaurante del centro, casi sin saber lo que comía. Di varias vueltas por las calles nomás por andar y pasar el tiempo, y ya cuando estaba cayendo la tarde, mis pies, solitos, sin que yo les dijera nada, me llevaron derechito a la placita. Pero ella no estaba. Allí me estuve en "mi banca", hecho un pendejo, hasta que salió la luna. Entonces emprendí el regreso al Paraíso, malhumorado y triste. En un descuidito que se dio Julián, me clavé una botella de quien sabe qué y me la tomé a grandes tragos hasta que me quedé dormido, pero bien mamado.

Así pasaron varios días. Anduve rondando la casa, pero no me atrevía a llamar. ¿Qué le iba a decir si ni siquiera sabía cómo se llamaba? Me sentía angustiado, imaginando las peores cosas: que se había quebrado la pierna, que la habían internado en un sanatorio, que se había muerto. Si no fuera por el bolsito que a cada rato tentaba dentro de mi pantalón hubiera creído que todo había sido un sueño.

Un día vi un carrazo, un Cadillac muy elegantón frente a la casa. Un mozo vestido de gendarme lo lavaba. El corazón me dio un vuelco. Estaba casi seguro que ese día sabría algo de ella o la vería salir, subir al carro tal vez para ir al doctor. Pero no pasó nada. El carro siguió allí, toda la tarde estacionado y por eso calculé que era del padre de ella. Ansioso de averiguar algo, le pregunté a un chamaco que todos los días jugaba a las canicas frente a mí:

—Oye, chamaco, ¿de quién es la casa anaranjada, aquella donde está el carro parado?

—Del ingeniero Cedeño.

—¿Los conoces tú?

—No. Es decir, sé quienes son, pero no son amigos nuestros. Yo vivo en la misma cuadra, en la casa gris, un poquito más allá. La que tiene enfrente la catalpa.

—¡Ah! ¿Conque sabes quiénes son? Dime, la chamaca que patina aquí en el parque ¿cómo se llama?

—Ana María. ¿Por qué?

—No, no, por nada. ¿Tiene hermanos?

—No, no tiene hermanos ni hermanas. Es huérfana. Su mamá se murió hace muchos años.

—¡Ah! ¿Y ella va al colegio?

—Sí, va a un colegio del "otro lado". Son ricos y su papi quiere que aprenda bien el inglés.

No pude menos que sonreírme acá para mis adentros. No era tan mal detective. La otra puntada, la de que no tenía novio no quise verificarla, porque noté que el chamaco ya me empezaba a ver con una sonrisita burlona.

En fin, ya sabía bastante. Ya tenía cuando menos una base: "Ana María Cedeño". Bonito nombre. Le quedaba muy bien. Sin pensarlo saqué el bolsito y le di otra olida. Cuando vi que al chamaco le chispeaban los ojos de risa, me levanté muy serio y me fui, sin darle las gracias.

Dos días después mis esperanzas fueron premiadas. Allí estaba ella, patinando de nuevo, como si nada. Yo que siempre me las he echado





de muy chicho con las chamacas, sentí como que me temblaban las piernas y miedo de que las palabras se me atoraran en la garganta. Sin embargo, cobré valor, cuando vi que ella sonreía al reconocerme. Tímidamente me acerqué a ella, tendiéndole el bolsito del que ya me había olvidado un retratito.

—¡Ah, qué bueno! Ya lo había dado por perdido. Nunca pensé que usted lo tuviera. Muchas gracias.

Me quedé como un bobo sin hallar qué decir. Al fin pude preguntarle:

—¿Y la pierna qué tal, cómo va?

—¿Oh, eso? No fue nada. Altagracia, la criada, me dio una sobada que me hizo llorar y aquí estoy otra vez casi como nueva.

—¿No le duele al patinar?

—Nada. Querían quitarme mis patines. Pero no, eso sí que no. Me encanta patinar. ¿A usted no?

Tuve que confesar que nunca le había hecho a los patines.

—Si quiere le presto otro par que tengo en la casa.

—Gracias, otro día. Lo que me interesaba era saber si había seguido bien.

—Muchas gracias. Ya lo ve, no fue más que un sustito.

Y volteaba la patita con el patín, como para demostrar que decía la verdad. Entonces alzó sus ojos hacía mí y vi que eran de color zarco, dulces, dulces, pero con una chispita de picardía.

No me acuerdo cómo sucedió, pero al rato ya estábamos sentados en "mi banca" platicando muy animados.

Todo me gustaba en ella. Su cara de cutis lisito, dorado, transparente. Su cuerpo, un poco delgado, como si no comiera mucho, pero con energía de sobra. Sus piernas bien formadas, quizá porque le gustaba patinar, bailar y andar en bicicleta y jugar básquetbol. Pero lo que me mareaba de a tiro eran sus ojos zarcos, tiernos y dulces, pero a la vez muy platicadores. Lo que me decían sus labios no lo oía por tratar de entender lo que hablaban sus ojos. Ellos fueron los que me hicieron sentirme tan a gusto junto a ella, porque muy pronto me avisaron que no le era antipático, que le caía bien. Y ella a mí. ¡Ni hablar!

Todo el día me hacían cosquillitas las ganas de ir a verla. No iba al parque en las mañanas porque sabía que estaba en el colegio, del lado americano. Y qué larga y fastidiosa se me hacía la tarde. Hacía un calor infernal. Para aguantarlo me metía en mi cuartucho y echaba una siestecita hasta las seis. Cuando despertaba, no me detenía a platicar con las

muchachas como antes. No, me salía de inmediato a la calle. Me hacía pendejo dando vueltas sin ton ni son por las calles del centro. Veía sin mirar los carteles de los cines y cuando menos pensaba ya iban mis pies solitos rumbo a la placita.

Allí me estaba muy quieto, sentado en "nuestra banca", pensando, pensando. Pensando cosas muy raras, como acostumbro. Mirando cómo las palomas cagaban la cabeza de la estatua de don Benito. El chirrido de sus patines me despertaba de mis cábulas.

Ella daba unas cuantas vueltas, luciéndose. Me miraba de reojo y luego venía a sentarse junto a mí, mansita como esos gatos melindrosos que quieren que uno les sobe el lomo. ¿De qué platicábamos? Del mar y sus anchas olas, de las estrellas, de cine, de canciones y cantantes. De *Supermán* y *Tristán Tristón*. De una bola de pendejadas. Hablábamos por hablar para no fijarnos de lo que platicaban nuestros ojos. No queríamos hacer caso, ni darle importancia a lo que se decían los muy descarados. Pero poco a poquito nos íbamos poniendo serios. Poco a poquito, entre broma y broma, entre toma y daca, íbamos averiguando quiénes éramos, cómo éramos. Y la verdad, entre más la conocía, más extraña me parecía, más distinta de las otras, de las rocanroleras, y más me gustaba.

De todas aquellas citas, que en realidad no eran citas, pues nunca acordábamos vernos al día siguiente, me acuerdo muy bien de una tarde menos calurosa que otras porque corría por entre los árboles un vientecito fresco y sabroso. Todo, las plantas y los niños jugando y los vendedores pregonando sus golosinas, hasta los coches que pasaban por la calle me parecían bañados en una luz especial, como si una estrella, esa que sale en las tardes, se hubiera bajado un poquito para iluminar aquel cacho de jardín. Francamente no sé cómo ni por qué me sentía un poquito borracho, pero sin haber probado ni un trago de alcohol.

Estaba en la misma banca, no sentado, sino con las piernas extendidas, casi acostado viéndola, guachándola patinar, haciéndome como que no la veía, haciéndome el castigador.

Al cabo de un rato se me acercó y con una ramita que había cortado me hizo cosquillas en la nariz.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan triste?

Yo no le podía contar lo que me pasaba, que dormía en un cuartucho entre mujeres de la mala nota, que me sentía muy solo, que tenía hambre de cariño. Me quedé callado un ratito y luego le contesté, haciéndome el interesante:





—Es que... bueno... a veces se le carga a uno el andar lejos de su casa.

—¿Y por qué anda por acá? ¿Dónde está su familia?

—En México, en la capital.

—Yo tengo una tía allá. El año pasado me llevó mi papi. Fuimos por tierra, en el carro.

—¿Y qué tal se le hizo la capital?

—Muy bonita. Enorme. Cuánta calle, cuánta gente, cuánto coche, cuánto cine, cuántos avisos luminosos. Se me hacía más bonita de noche que de día. Pero no me gusta para vivir. Dice mi papá que allá se pierde uno, que allá no es uno nadie. En cambio aquí conoce uno a todo el mundo y todo el mundo lo conoce a uno... y lo estima.

Eso me encocoró.

—Bueno —le alegué—, ¿y eso qué importancia tiene? A mí no me conoce nadie. Sin embargo, siento que soy alguien, que soy yo y no me cambiaría por el más pintado.

Ella me examinaba de pies a cabeza, como viendo a ver si era algo especial. Yo continuaba:

—Todo eso de que lo conocen a uno, de que sea miembro de un club, de que acaba de comprar un Cadillac o una "pulguita", de que es amigo de don fulano o de don zutano, es pura vanidad. ¿No le parece?

—Sí, pero.... dice mi papá que hay de familias a familias. No se puede uno rozar con todo el mundo.

Inconscientemente ya estaba yo remedando a mi jefe. Me paraba excitado y hablaba en su mismo tono. Me parecía que era él el que estaba hablando por mi boca.

—¡Pamplinas! ¡Mire! Aquí estamos nosotros, por ejemplo. Usted platica conmigo, porque le caigo bien, ¿no? Sin embargo, no sabe ni lo más mínimo de mi vida. Bien puedo ser un vago, un hampón.

—¡Oh, no! Se ve desde luego que usted es de buena familia.

—¿En qué, a ver?

—En todo. Su modo de hablar, el color de su piel, su desenvoltura... bueno, en ese aire que usted tiene... no sé cómo decirlo.

—Muchas gracias. Creo que no anda muy equivocada. Yo también creo que mi familia es tan buena como la suya. No somos ricos, no somos de la alta, no somos popoff. Pero sí le aseguro que somos interesantes. Al menos mis hermanos, porque yo, yo... bueno yo soy lo que nombran la "chiva prieta", ¿me entiende? Por eso ando por acá, en la aventura, corriendo mundo.

La vi examinarme una vez más, un poquito azorada, medio recelosa, pero luego se sonrío.

—Usted también es interesante. Desde que lo vi la primera vez, aquella tarde en que me caí, se me figuraba que lo había visto en alguna parte... y hasta ahorita acabo de darme cuenta de que se parece mucho a un chico que trabaja con Marina Vlady en un película italiana. Ya no me acuerdo cómo se llama el chico ni la película. Pero usted tiene tipo de actor de cine.

—No, no. Favor que me hace. Es lo que le digo. Pura simpatía. Yo le caigo bien, aunque no sabe nada de mí. Y usted me gusta, aunque yo no pueda ver a los ricos y a los vanidosos. Y me importa muy poco que sea hija del señor ingeniero Cedeño.

—Bueno, por favor, no hablemos ya de eso. A ver, mejor cuénteme de sus hermanos. ¿Cómo son? ¿Cuántos son? ¿Qué hacen? ¿Estudian?

—Saqué mi cartera y le fui enseñando una por una las fotos que allí guardo.

—¡Mire! Esta es Leila, mi hermana mayor.

—¡Ummm! Esta también parece estrella de cine. ¡Guapa!

—¿Bonita, verdad? Tiene unos ojos azules que ya y se trae a más de veinte de cabeza. Con esto le digo todo, desde que yo me doy cuenta ha tenido más de cincuenta novios.

—¡Qué barbaridad! ¿Y por qué cambia tanto de novio?

—Pues ahí está el misterio. Nadie le gusta. Anda dos o tres meses con uno. Luego lo deja y sigue con otro. Dice que no sabe lo que es el amor. Que no ha hallado su tipo.

—¡Ay no! A mí no me gustaría tener tanto novio. Uno, nada más uno al que quisiera con toda el alma, para casarme con él.

—En eso estamos de acuerdo, porque una muchacha que... bueno... que la han manoseado tanto los amigos, ¿qué le lleva al pobre marido? Este es Jorge, mi hermano. Mayor dos años que yo.

—Muy simpático también... aunque se me hace un poquito pedante, ¿ no?

—¡Y en qué forma! No es que yo le tenga envidia, pero a mí también se me hace un poco payaso. Se viste muy bien y se pasa horas y horas frente al espejo, como una señorita. Se unta cremas en la cara. Se pone máscaras de huevo. Trae el pañuelo muy perfumado. Siempre estamos de pleito, porque no hay cosa que me choque tanto como un hombre perfumado. ¿Eso es para las viejas, no?

—Se me figura que también ha de ser un don Juan.





—Sí, se las echa de Tenorio. Anda con esta y con la otra. Gasta mucho dinero en regalos para las chamacotas. Discos, flores, libros, perfumes. Claro, con dinero quién no hace conquistas!

—No se llevan bien, eh, ¡envidioso!

Al tiempo que me decía eso, me pasó otra vez la ramita por la nariz sonriendo picaresca.

—Viera que sí nos llevamos bien. En el fondo es un buen chico. Y muy inteligente. Trabaja en el aeropuerto recibiendo a los turistas. Como necesitaba el inglés, se puso y en un año lo aprendió.

—Y usted, ¿habla inglés?

—No, ¡qué va! He sido muy flojo. Teniendo el maestro en casa, porque mi jefe habla como un gringo. Se educó acá, de este lado.

—Qué lastima. Pero algún día se pondrá a estudiar, ¿no?

—Quién sabe. Aborrezco los libros. Será porque en mi casa hay tanto libro. Mi papá tiene vicio. No hay día que no traiga uno o dos libros a la casa. Yo creo que viajando y viviendo se aprende más que en la escuela y en los libros.

—¿Y esta quién es?

—¡Ah! Esta es Sonia. La que me sigue a mí. Esta quiere ser bailarina. Está tomando clases de ballet. Está lucas de a tiro por el baile. Tiende la cama bailando. Fríe un huevo bailando. Va al baño bailando. Y dormida sigue bailando, echando unas patadotas y tirando las cobijas por todos lados. Cuando mi papá pone algún disco de ballet, se quita todo, los zapatos, el vestido, menos la pantaleta y se pone a bailar.

—No es tan bonita como la otra, pero tiene una cara muy interesante. ¿Cuántos años tiene?

—Ora verá. Debe tener dieciséis. Un año menos que yo.

—A mí también me encanta el baile. Estuve estudiando en una academia de El Paso. Pero no, no tengo... ¿cómo se dice?... facultades.

—Siguió mirando fijamente el retratito. Luego añadió: me gustaría conocerla. Se me figura que podríamos ser muy amigas.

—Pues quizás algún día se conozcan, ¿por qué no? Todo es posible en este mundo. Y además, de aquí a México no es más que un saltito.

—¿Se le hace? A mí se me hizo re largo el viaje.

No quise mencionar a mi hermano Ranier, el bizquito. Y me quedé pensando apenado: ¿Por qué me avergüenzo de él, por qué no cargo su retrato a pesar de que lo quiero con tanta lástima? ¡Qué poquito somos, caray! Siempre hay alguna cosa oscura y mala dentro de nosotros. La voz de Ana María me sacó de mis cavilaciones.

—Dichosos ustedes que son cinco. Yo hubiera querido tener aunque sea un hermanito. Pero, imagínese, mi mamá murió cuando yo tenía tres años.

—Pero... es que no somos cinco, sino siete. Hay otro hombrecito, nomás que no traigo su retrato. Y esta es Rima, la chiquita, mi consentida. Ah, cómo quiero a esta chavalita. ¡Si viera qué linda es!

—¿Cómo dice que se llama?

—Rima, Rima.

—Rima. ¡Qué nombre más raro!

—Es que mi papá tiene la manía de ponernos nombres de héroes de novela. Rima es la heroína de *Mansiones verdes*. ¿La ha leído?

—No, pero la voy a buscar. Lo mismo que *La odisea*, para saber quién y cómo era el otro Ulises —ya me había preguntado mi nombre; de ahí la broma.

—¿La chiquitina también tiene los ojos claros?

—Sí, azules, azules. Y va a ser –creo yo– hasta más guapa que Leila. ¿No le parece?

—Sí, es preciosa. ¿Ya habla?

—Sí, es muy picuela. Y muy puntalera. Siempre anda inventando palabras y hablando sola. Muy viva.

—Por lo visto todos ustedes son muy inteligentes.

—Menos yo. Ya le dije que soy el tonto, la chiva prieta de la familia.

—No lo creo. Lo que pasa es que está usted acomplejado. Con unos hermanos tan brillantes, tan distinguidos, es natural. Pero ya se le quitará. Ya verá.

Dejé para el mero último la foto de mi mamá. A ver qué decía. La examinó detenidamente.

—¡Qué bonita! —exclamó— ¡Y qué joven! Yo me la imaginaba de más edad. Con siete hijos. ¡Caray! Pero ninguno se parece a ella.

—No. Mi mamá es trece años menor que mi papi.

—A ver su papá.

Me quedé sorprendido, extrañado, con un mal sabor en la boca. ¿Por qué los traía a todos menos a él y a René? De René sabía por qué. Era el más feíto de la familia. Me daba pena que le vieran sus ojitos bizquitos. ¿Pero, mi papá? ¿Lo quería? ¿Lo odiaba? En ese momento no pude definir bien mis sentimientos porque estaba urdiendo qué contestarle.

—No sé dónde dejé el retrato de mi jefe. No lo encuentro. A lo mejor lo perdí.





Hice como que buscaba entre otros papeles y cartas viejas que llevaba en la bolsa de la chamarra.

—Pero si quiere conocerlo, compre el periódico de mañana. Allí viene retratado. Sale todos los días.

—¿Ah, sí? ¿Su papá escribe en los periódicos?

—¿No se lo había dicho? Sí, es escritor, periodista. Hace una columna que sale todos los días en todos los periódicos de la Cadena Valera. "Reloj de sol", se llama.

—¿Reloj de sol? Yo la he leído. A veces. No todo el tiempo.

Abrió muy grandes los ojos y sonrió.

—Oiga, su papá escribe muy bonito. Me gusta lo que dice. Mi tía Remedios todo el tiempo recorta sus artículos. Tiene un altero así...

Al oír aquel elogio de mi tata se me hizo más linda. Sentí una especie de orgullo. Me gustó mucho que admiraran a mi jefe y que supiera que yo era su hijo. Me olvidé de mi resentimiento, de todo lo que me había hecho, de que a mí no me quería tanto como a los otros.

Ella me devolvió las fotos sonriendo mientras me daba las gracias.

—¡No se lo dije! —añadió como si me hubiera ganado una apuesta—: su familia es distinguida. ¡Y qué interesante! ¡Cuánto me gustaría conocerlos a todos!

Frunció las cejas muy graciosa. Luego bajó la voz hasta lo más quedito.

—¡Dígame! ¿Qué le han hecho? ¿Por qué anda acá, tan lejos de su casa, pasando tantos trabajos?

No encontré qué decirle. ¿Por qué? ¿Por qué? A estas alturas ni yo mismo lo sabía. Las razones de antes me parecieron ridículas. ¡Soy un carajo, un ingrato! Eso es todo.

Pero a ella no le dije nada.

# Capítulo 9

Se les hará raro que en medio de tanto cuero, teniéndolas todos los días al alcance de la mano, como quien dice, no me metiera con ninguna de ellas, ¿verdad? Pues a mí mismo, ahora que lo recuerdo, se me hace raro, pero no tan raro, como verán. Porque la verdad, eso, meterme entre las piernas de una mujer, siempre se me hizo algo como un misterio, algo extraño, y hermoso y terrible a la vez. No sé cómo decirlo. Algo imponente y sagrado, algo que de solo pensarlo se me ponía la carne de gallina y me hacía temblar. Muchas veces ardía en ganas de hacerlo, muchas veces me vi en las orillitas, para que lo voy a negar, pero nunca lo hice. Todos mis cuates de la calle Rébsamen presumían de sus andanzas con las putas, pero yo era virgen. Nadie lo sabía, por supuesto. Y yo no era tan menso como para decírselos, pero así era.

Además se me figuraba a mí que estar con una mujer, entrar en ella, forma una especie de liga de carne a carne, una relación secreta que ya no se podrá borrar. Le dejamos algo de nosotros y nos llevamos algo de ella que quedará en nosotros mucho después de que hayamos olvidado su cuerpo y su cara. Me contaba uno de mis cuates que él no podía olvidar la primera puta con quien estuvo. Casi se enamoró de ella.

Bueno, quizás esto no sea sino otra puntada gacha de las muchas que siempre me estoy alcanzando todos los días. El hecho es que a pesar de que las chicas del cabaret me ponían como un tizón de caliente, viéndoles a todas horas las piernas, los senos, e imaginar todo lo que hacían con los mensos con quienes se acostaban, el hecho puro y simple es que les tenía miedo. Un miedo atroz que me ponía tonto y colorado cuando me hablaban o me acariciaban. Porque, aunque sea yo mismo el que lo diga, no les caía mal y a una que otra me les antojaba. No soy tan zuato para no verlo.

Me acuerdo especialmente de una mañana en que me vi tentado de probar "aquello" de una buena vez por todas. Acababa de hacer la





"química" en la bodega y me había venido a chupar un cigarro en la sala de baile. Frente al bar estaban tres o cuatro chamacas, unas echándose la primera copa, otras alisándose el cabello o pintándose los labios descoloridos; unas en bata, otras sin nada encima más que la pantaleta y el brassier. La Lola estaba llorando otra vez en un rincón, ya medio pedal. Y no era para menos. Todos sabíamos que acababa de conocer un ranchero menso de Guadalupe, con mucha lana, que quería casarse con ella y sacarla de "la vida". Y al mismo tiempo acababa de descubrir que alguien le había encajado un chamaco. "¿Qué hago, qué hago?, gritaba sollozando, "¡si se lo digo me manda a la chingada!".

Al poco rato estaba yo también frente a la barra. La Pepa, una güera oxigenada de muy buen ver y que tenía fama de muy mula, me había puesto una copa en la mano y me veía con unos ojitos muy tiernos. La Vicky, la alemana rubia que parecía una actriz, me observaba con ojos en los que brillaba una chispita de malicia.

—¡Hijo! –exclamó la Pepa, alisándose la melena—, ¿no se te antoja besarlo? ¿He is cute, isn't he?

—No —contestó la Vicky—. I wouldn't kiss him. I am no cradle snatcher.

—¡Pendeja! Pues yo sí. Vente, mijito.

Sin darme lugar a defenderme, me atrajo hacia ella y me beso ruidosamente en la boca. Yo la apreté fuerte y la besé varias veces con toda el alma. Ella se echó a reír y me retiró bruscamente.

—Quieto, quieto, chiquito. No te alborotes. Guarda tus besos para cuando seas más hombrecito. ¡Vete!

Y se echó toda la copa de un golpe. Luego se fue escaleras arriba, enojada, maldiciendo quién sabe qué entre los dientes.

Yo subí tras ella, sin saber a punto fijo lo que haría, ni lo que quería. El corazón me palpitaba terriblemente. Cuando pasé por el pasillo junto a su cuarto, vi, por la puerta entreabierta, que la Pepa estaba echada sobre la cama, llorando.

Aquello me dejó confuso e indeciso. No me atreví a entrar. Me fui a mi cuartucho y también me eché en la cama y ahí me estuve cabuleando hasta que llegaron los músicos y se arrancaron con el primer danzón. Entonces bajé y me salí a la calle sin saber a dónde iba ni qué buscaba.

Esto sucedió allá muy al principio, a las pocas semanas de estar trabajando en El Paraíso. Por varios días anduve alborotado con la idea de acostarme con la primera que me hiciera jalón, aunque hubiera preferido hacerlo mejor con la Vicky, la Pepa o con Rosita, la rancherita. Pero

cuando conocí a la chavala, a Ana María, todo cambió. Como por encanto se me quitaron las ganas de "aquello". El amor que le tenía, porque ya me había dado cuenta de que era amor y del mero bueno, no me dejaba ni siquiera intentarlo con el pensamiento. Me parecía que hacer "eso" era traicionarla. Quería ser solo de ella, solo pensar en ella, ir a ella limpiecito, de todo a todo. Limpiecito como ella. No querer, ni un minuto, a nadie más.

Allí, tendido en el camastro del cuartucho aquel, rancio y sucio, oloroso a cigarro y a cerveza trasnochada, me ponía a soñar despierto con ella. ¡Y qué sueños! Era una película a todo dar.

El corazón estaba de fiesta. ¡Fiesta! Esa era la palabra. Y mi cuerpo también, pues nunca me había sentido tan animoso, tan fuerte, tan alegre. Comía, bebía, andaba, dormía, vivía pensando en ella. Todo el día despierto, y de noche, en sueños, veía su imagen en mi mente. Y sin embargo, cuando la tenía delante de mis ojos, la encontraba diferente. Cada día descubría en ella algún detalle nuevo, algo que no había notado: un gesto, un ademán, un modo de decir o de andar que me encantaban. Por días estuve intrigado con un lunarcito que tenía en la punta de la oreja izquierda. Mis ojos se pegaban en ese puntito negro y me entraban ganas de mordérselo.

Era fina, fina de todo a todo. Sus ojos tenían el color de un charco después del aguacero. Un charco en el que nadaba un pececito hecho luz. Pero lo que más me encantaba era su risa. Empezaba un poco ladina y luego se iba haciendo ronquita, caliente, sabrosa.

Una tarde, aquel cascabeleo de su risa me despertó repentinamente del sueño idiota en que estaba. La estaba mirando embobado, casi cayéndoseme la baba, pero al mismo tiempo ella no estaba ahí. Ella así lo comprendió, porque dejando de reír me dijo:

—¡Éit!, ¡eit! ¿Dónde anda? ¿En los cuernos de la luna?

Me zumbaban las sienes y me ardían los cachetes. Me había vacilado y yo no hallaba ni qué decirle. No podía contarle lo que estaba pensando. Y es que por un instante vi en aquella chiquilla, un tanto desgarbada y alocadita, a la mujer que iba a ser cuando tuviera veinticuatro o treinta años. Un mangazo a todo dar. Esto en cuanto a curvas y demás, pero imponente y misteriosa como esas mujeres que salen en las películas que tanto mal les hacen a los hombres, esas que los hacen hacer una bola de tarugadas y al último no les dan nada. Solo que a mí no me haría daño. Yo sería el preferido. Me haría bien estar junto a ella. Sentir al calorcito que salía de ella y oír su risa, también cálida y cariñosa. ¡Qué





feliz me sentiría si hubiera podido saber, en ese momento, que me quería! A veces me parecía que sí, a veces que no. En cuanto a mí, estaba lucas, pero rete lucas por ella...

Quería abrazarla, echármele encima a lo Tarzán, a lo salvaje, porque ya no me aguantaba. Pero había algo que me detenía. Tenía un miedo atroz de que eso la ofendiera y que luego me cortara, nos peleáramos y ya no nos volviéramos a ver. Eso me detenía.

Sí, sus ojos me decían a las claras que me quería; pero eso no era suficiente. Yo quería oírlo de su boca. Y después de que lo dijera, agarrarla y comérmela a besos.

Todos los días me hacía el propósito de declarármele. "Hoy se lo digo. Hoy se lo digo", y nada. Delante de ella me sentía torpe y miedoso como el más zuato.

En esos días empecé a escribir versos. Comparados con los de mi papi son una birria. Eso hasta yo lo comprendo. Sin embargo, en esos garabatos trataba yo de darle salida a lo que bullía dentro de mí, a aquella cosa nueva que me había cambiado por dentro, pues por fuera, cuando me veía en el espejo, me encontraba igualito: el mismo mozalbete insípido, con dos o tres pelos en la barba y un montón de espinillas en la frente y la nariz.

Escribía dos o tres "poemas" cada tarde y los guardaba cuidadosamente en la bolsa de pecho de mi chamarra. Nunca los dejaba en el cuarto por temor de que esculcaran mis cosas las muchachas cuando me salía a la calle. Me acuerdo que unos decían algo así:

Esperanza.
Rayo de luz que llega
al alma.
Faro que ilumina
la oscura noche.
Música que trae
la calma.
Y contra la fatalidad
vago reproche.

Muchas veces llevé alguno de estos poemas metido en un libro con la esperanza de que ella, picada por la curiosidad, abriera el libro y lo encontrara. Pero nunca lo hizo. Ni de chanza hojeaba el libro. Hablaba y hablaba y yo la escuchaba embobado, metiendo de vez en cuando mi

cuchara para rebatirle algún punto en que no estábamos de acuerdo. Y cuando menos acordaba se aprontaba Zenaida, la criadita, a recogerla. Ella me decía adiós apresuradamente, mientras la gata pelaba los dientes, adivinando todo lo que pasaba entre nosotros. Ya todo mundo, los árboles y los chamacos, los vendedores, hasta los pajaritos que cagaban la estatua de don Benito sabían que nos queríamos. Pero nosotros nunca nos lo dijimos. Así es la vida...



# Capítulo 10

Ya me estaba hartando de aquella vida tan desahogada del cabaret. Se me hacía muy gacho oler todo el día a alcohol y perfume barato. Me repugnaba la música y las risas borrachas de las pirujas. Me fastidiaban los chistes pendejos de los cantineros. Oscuramente comprendía que aquello me estaba rebajando, me estaba embruteciendo y que me ningunearía por completo ante los ojos de Ana María si llegara a enterarse de la vida que llevaba. El día que lo supiera me cortaría para siempre.

Una mañana, después de pasar una mala noche llena de sueños gachos y truculentos, me desperté con el ánimo de acabar con aquello. Me salí muy temprano sin darle a nadie ni los buenos días, decidido a buscar un trabajo más decente, algo que no me avergonzara confesar a Ana. Anduve toda la mañana sin rumbo fijo. Compré un periódico y me puse a leer los avisos en busca de alguna chamba. No había nada para mí, por la sencilla razón de que no sabía hacer nada. En una ferretería pedían un muchacho con nociones de contabilidad. En una agencia aduanal necesitaban un joven que hablara inglés perfectamente. En una casa de ricos pedían un chofer joven con referencias. Entonces empecé a comprender que mi jefe tenía razón, que la había regado con no seguir yendo a la escuela. Para ganar dinero tiene uno que tener algún conocimiento, algún oficio. Yo era inteligente. Me lo habían dicho en todas partes. Pero no sabía hacer nada, ni escribir en máquina ni voltear una tuerca. Viéndolo bien tuve que admitir que era un pendejo por más que me las daba de listo.

Sumido en esos tristes pensamientos estaba, con el periódico abierto encima de la banca, cuando mis ojos, sin yo quererlo ni desearlo, se detuvieron en el retratito de mi papi que sale debajo del título de su columna. En casa no era frecuente leer lo que mi jefe escribía. Esta maña-

na me entró curiosidad por ver qué puntadas se había alcanzado días antes. Pensaba, tal vez, encontrar entre líneas alguna noticia de mi casa. Ahí en su columna "Reloj de sol" encontré lo siguiente:

"Las lecciones más importantes que la vida quiere impartirnos vienen a nosotros en una forma tan casual que si no prestamos atención consciente para recibirlas, quizá ni cuenta nos demos de ellas. El desarrollo del espíritu es un proceso lento y sutil y proviene no solo de las lecciones derivadas de nuestros errores y fracasos más notorios, sino por medio de las pequeñas enseñanzas que se nos presentan en forma indirecta, día a día."

¡Jijos! Por poco y me voy para atrás. Parecía como si mi papá estuviera viendo por lo que estaba pasando y tratara de aconsejarme desde lejos.

Cuando estaba en la casa, se me figuraba que odiaba a mi padre, y que él, a su vez, me odiaba a mí. Ahora comprendo que no era así. Lo que pasa es que me molestaba que la agarrara conmigo por cualquier cosa porque le disgustaba la vida inútil que llevaba. Me jorobaba que siempre estuviera moliendo con la eterna canción de que no servía para nada, que nunca sería más que un don nadie. Ese era su coraje, que no estudiara, que no compartiera sus gustos, que siempre anduviera acarreando historietas de monitos y oyendo rancheras, boleros y rocanroles. Él quería meternos a huevo *La fantástica* y *El sombrero de tres picos* y otras músicas muy raras que nos aburrían soberanamente cuando él se ponía a tocar discos en la consola horas y horas. Palabra que me fastidiaba bastante y a veces me le encabritaba. Pero como tenía mucha labia, muy pronto me aplastaba. Me daba en la pura matada, se burlaba cruelmente de mí, y esto me volvía más rejego. Cómo me dolía no poder con él, me desquitaba haciendo más tarugadas. Sentía cierto placer en verlo enojado conmigo.

Ahora, lejos de ellos y con todo lo que he sufrido, empiezo a comprender que como decía uno de mis amigos, tengo un padre muy reata, un padre "muy padre". Sé positivamente que hay en él "algo" raro, que no es como los demás hombres. Una lumbre secreta le sale a los ojos, algún sentimiento extraño y misterioso le bulle en el corazón. Parece que saca gestos, ademanes, palabras de otra parte de donde los sacan los otros. Excéntrico, medio loco, siempre en contra de la corriente, pero de una simpatía enorme. En un tris-tras se gana a sus enemigos, cuando quiere. Si no, su desdén es cruel, demoledor. Las personas que no le interesan o que lo ofenden simplemente no existen para él. Es ren-





coroso hasta decir basta, no sabe perdonar. Va y viene por el cuarto. Se nota que está viendo cosas, dialogando, peleando con alguien, con ángeles o demonios, o con mi madre. O con él mismo o con todo el mundo. De repente descubre que lo estoy mirando fascinado, tratando de entenderlo. "¿Qué me ves?", exclama. Y una como ráfaga de temor le nubla la vista. Y yo desvío la mirada, también temeroso.

A veces habla y habla con sus amigos horas y horas. Y yo y mis hermanos –cuando estamos de vena–, lo oímos encantados, aunque no entendemos mucho de lo que dice. Yo me he fijado sin querer en lo que hablan los otros hombres en la calle. Hablan del Toluca o de Medel, del Necaxa y del Cruz Azul, de la Chula Prieto, del Mercedes que van a comprar, de que el PRI es una cueva de bandidos, de que van a cesar al procurador y otras pendejadas por el estilo. Mi papá y sus amigos hablan de Elinor Wylie, de Max Ernst, de Chagall, de Eva Boras, de Vicente Barbieri, de César Vallejo, de Rodrigo Trey y del budismo zen. Discuten, gritan, manotean, mientras toman cerveza o manzanilla. Sepa el diablo quiénes serán esos tipos que vienen a verlo y qué hacen, cómo viven, además de pintar cuadros, escribir libros y componer conciertos.

Otras noches él y mi mami parece que están solos, que nosotros no existimos, que somos fantasmas que no podemos entrar en el círculo mágico que los rodea. Hablan otro idioma, se dicen chistes que no entendemos. Se besan descaradamente delante de nosotros. No somos nada para ellos. Andan perdidos, muy lejos de este mundo.

Sin embargo, no nos sentimos ofendidos por esto. Es algo que no entendemos, pero nos gusta que se quieran tanto.

Mi padre siempre me ha infundido un poco de miedo, pero a mi jefa la adoro. Cuando estoy en la casa, que es muy poco, porque siempre he sido muy callejero, no me canso de mirar a mi madre. Me encanta verla ir y venir, incansable, recogiendo las cosas que tiran en el suelo mis hermanos, arreglando los pliegues de una cortina, levantando un plato sucio de la mesa, planchando los pañuelos de mi papá, cambiándole la zapeta a Rima. Siempre serena, contenta a pesar de que trabaja tanto.

A veces me sorprende mirándola embobado: "¿Qué me ves?, ¿ando muy chirisca?".

Y yo no hallo que contestarle. Acá adentro pienso en el misterio de cómo me puso aquí en el mundo y trato de recordar que hubo un tiempo en que los dos estuvimos muy juntitos, yo debajo de su corazón. Siempre ando enredado en estos puntachos que nunca les platico a mis amigos. Me dirían que son muy "gachos", que estoy medio lucas.

Sí, siempre andaba chirisca y vestida con descuido. Pero aún así se me hacía muy hermosa. Debe haber sido un cuerazo cuando la conoció mi jefe; sí, todavía aguanta. Me acuerdo que él la reñía una que otra vez cuando pasaban algunos días sin que se peinara, por andar bañando a los chiquitines o arreglando la casa, lavando la estufa o los vidrios de las ventanas. Entonces, de repente, haciéndose la enojada, se metía a su recámara y salía muy guapa. Se iban juntos a la calle, se estaban largas horas fuera y volvían un poco achispados. Seguían tomando y riendo y al otro día se levantaban tarde. Nosotros ya sabíamos que a los cuantos meses llegaría otro hermanito y nos enojábamos. Leila y Jorge eran los que se sentían más serios y mohínos.

Cuando está de buenas, mi jefa es dulce, tierna, amorosa, muy besucona. Siempre anda besando a alguien, a mí, a Jorge, a la chiquita. A la única que ya no besa es a Sonia porque se ha vuelto muy retobada; a mi papá tampoco. ¡Qué va! Quiere que mi papi la busque y que sea él el de la iniciativa. Cuando amanecía de rata, cuando nos reñía por cualquier cosa, cuando se nos olvidaba bajar el agua del excusado, ya sabíamos lo que pasaba: no la había besado mi papá. Es de veras chistosa. Transparente como una gota de agua. Cuando amanecía cantando, riendo, volteando la casa al revés ya sabíamos que mi jefe había estado de vena la noche anterior.

Mi papá falla muy seguido en su trabajo. No sé cómo le hará, pero así es. Tal vez por eso todo el tiempo está riñendo con sus jefes. No lo tragan porque es diferente y le importa un comino los horarios. Cuando se queda en casa, es la sombra de mi mamá. La sigue inconscientemente por todas las piezas. Si se va a la recámara allá va él con cualquier pretexto, a peinarse o verse los dientes. Si ella se viene a la cocina, a los cuantos segundos ahí está él, pidiéndole una taza de café. Nosotros no dejamos de vacilarlos, pero ellos no se dan cuenta.

Si están oyendo música –dos o tres horas de sinfónicas y conciertos son de rigor–, mi mamá deja todo y viene a sentarse junto a él en el sofá. Allí se están sentados, sin chistar, oyendo la música, algunas veces cogidos de la mano. Nosotros, aburridos, nos vamos a jugar ajedrez a la recámara de Jorge, mientras la sala a oscuras –porque a mi papi le gusta oír su música a media luz– retumba con el galope de caballos de *La fantástica* de Berlioz o las coplas quejumbrosas de De Falla.

Si mi papá se iba a su recámara a leer, mi mamá sin darse cuenta lo seguía y al rato ya estaba echada en la cama junto a él, platicándole alguna gracia de Rima, el libro que él estaba leyendo volteado boca abajo





sobre la colcha y él medio enojado tenía que interrumpir su lectura para oírla. Pero al rato los oíamos reír y ya sabíamos que todo iba bien.

De repente sentí un sobresalto y la imagen de Ana María me sacó de un jalón de aquel mundo de recuerdos que me estaban entristeciendo más de la cuenta. Recordé mi propósito. Me levanté medio atarantado. Hice una bola el periódico y lo arrojé al césped. Me encaminé hacía la placita de nuestras citas. En un reloj público vi que ya casi eran las cuatro, hora en que ella salía dizque a patinar, pero en realidad a verse conmigo. Al llegar a la plaza vi un montón de curiosos cerca de un árbol. Me acerqué a ver de qué se trataba. Un joven sin brazos, de cara adusta y ojos azules, muy dulces, encaramado en una silla especial, equipada con una almohada donde se reclinaba y un atril donde estaba fija una cartulina, dibujaba con los dedos desnudos del pie derecho. Había un chorronal de dibujos alineados sobre el césped, cerca de la silla. Después de ver un rato la destreza y la curia con que dibujaba el joven con el pie, me puse a examinar los cuadritos y todos se me hicieron verdaderas obras de arte. Eran paisajes comunes y corrientes. Árboles y casitas de juguete. Un arroyito bordeado de flores, un tanto raras. Pero todos tenían un algo, un aire de cuento, como si no fueran casitas y árboles de este mundo. ¡Cuánto le hubieran gustado a mi papi estos dibujos! Eran del mismo estilo de lo que a él le gustaba coleccionar de revistas y catálogos de exposiciones.

Algunas gentes, al retirarse, arrojaban unas cuantas monedas de cobre en la lata de salmón que el joven tenía al lado. Abriéndome paso por entre la turba de mocosos, de beatas agrias y mujerzuelas con cara de payaso y aliento de borracho, me encaminé hacia mi banca. Allí me estuve sentado más de tres horas, intranquilo y nervioso porque ella no llegaba. Al fin el hambre me hizo levantarme. Disgustado y pensando una bola de carajadas me encaminé al restaurante donde acostumbraba cenar.

Esa noche dormí muy mal y tuve pesadillas muy feas: trenes que se descarrilaban, ciudades en ruinas por los bombardeos y Ana María llamándome entre nubes de humo y que yo no podía ir a socorrerla porque algo me detenía, no me dejaba caminar.

Me levanté mohíno y desganado. Hice mis tareas mecánicamente y muy mal, a tal grado que Joaquín, el cantinero, me llamó la atención. Las pirujas se me hicieron más vulgares que nunca. A las once ya estaba yo en la placita. Luego me paseé cuatro o cinco veces frente a su casa,

tratando de saber algo de ella. Me fui a comer, sin ganas, y luego regresé a nuestra banca. El día se me hizo larguísimo y aburrido. Y al oscurecer me regresé al cabaret, casi arrastrando los pies y con el corazón oprimido por una angustia indecible porque ella tampoco vino esa tarde.

El día siguiente estuve muy ocupado. Tuve que ir a sacar unos bultos de don Epigmenio al exprés y pagarle algunas facturas. Lo hice porque con ello olvidaba un poco de mi tristeza y mis preocupaciones. No le hallaba explicación a su ausencia. Se me ocurrió que lo más lógico era que estaba enferma y aunque era una locura decidí ir a espiar a Zenaida, la criadita, y preguntarle qué pasaba con Ana María.

A las cuatro ya andaba rondando la casa, pero Zenaida no apareció por ningún lado. Me daban ganas de tocar el timbre pero, qué les iba a decir, con qué derecho iba a preguntar por su salud. Seguro que me vacilarían. Además, no sabía si le caería bien a ella, porque, viéndolo bien, ¿qué había entre nosotros? Técnicamente no era mi novia.

En eso estaba, cavilando qué hacer, cuando vi que el bato, vestido de policía que lavaba el carro todos los días, me hacía señas desde la esquina. Me acerqué un tanto nervioso imaginando desde luego que algo raro pasaba.

—¿Usted es Ulises, no?

—Sí, ¿qué se ofrece?

—Mire, jovencito, aquí no podemos hablar. Si me ve el patrón, el ingeniero, de seguro me despide. Vamos a echarnos un trago en aquella cantina y luego le cuento.

Lo seguí en silencio, imaginándome lo peor. Llegamos a la cantina, que se llamaba La Tosca; entramos y pedimos un par de Coronitas. Después de tragárnoslas sin chistar palabra, el hombre ordenó las otras. Mientras las traía el mesero, a boca de jarro me espetó:

—A usted le gusta la señorita, ¿no?

No atiné a responder.

—Sí, verdad. Pues váyase despidiendo de ella, porque no la volverá a ver nunca.

—¿Cómo?, ¿pues qué ha pasado?

—¡Nada! Que el ingeniero se dio cuenta de que usted también le gustaba a la niña. Y pácatelas, la mandó a un convento en San Antonio, Texas.

—Pero, ¿por qué?

—Pos sencillamente por que usted no le cae. Como es un pollo grande del municipio, el contratista de todas las obras públicas de Ciu-





dad Juárez, pues no le costó trabajo averiguar quién es usted, un vago que huyó de su casa y duerme y come en una casa de putas.

—Pero es que…

—Nada, amigo, hasta el más pendejo se da cuenta de que eso no le conviene al ingeniero. Él quiere que se case con un rico, con alguien de su nivel, con alguien que tenga alguna profesión, cuando menos. Y no lo culpo.

—¿Pero ella?, ¿qué dijo?, ¿no me defendió?

—Yo que sé. Toda la tormenta pasó hace dos noches en la recámara de la niña. Nadie supo nada. Nada más que al día siguiente la tía y la niña se fueron a El Paso y tomaron el tren para San Antonio.

Me quedé mudo. El mozo tal vez comprendió que ya se me iban a salir las de caimán, porque metiéndose la mano en la bolsa de la chamarra sacó un bultito envuelto en papel periódico y me lo alargó.

—Tenga. No pensaba dárselo por no ponerme mal con el patrón. Pero me dio lástima. Ella me encargó mucho que se lo entregara. Pobrecilla, todos la queremos mucho.

Desenvolví el bultito. Era un sobrecito con un retratito de ella y un rizo de pelo negro atado con una hilaza amarilla. En el reverso decía, con una letra muy menudita y bien hecha: "Recuerdo del día 20 de mayo. ¡No me olvide! I love you. Ana María".

Me guardé la foto en mi chamarra junto con los versos que le había escrito y que ella nunca vio. Luego me sorbí la cerveza de un jalón y le pedí un Dorado al mesero.

El hombracho aquel me miraba con ojos un tanto burlones. No hablamos por varios minutos. Por fin me palmeó el hombro y me dijo:

—Mire, cuate, no lo tome tan a lo trágico. Son cosas que pasan todos los días. Aquí donde me ve, yo pasé por algo parecido a lo de usted. No hay que fijarse en las catrinas. Salen muy caras. Lo mejor es que cada quien se haga bolas con las de su nivel.

Trajeron los fuertes y después de echárnoslos de un trago prosiguió:

—Yo, allá en mis verdes años, fui chofer de una casa rica. No era mal parecido, aunque ahora me vea ya un poco deteriorado. Y qué le cuento, la señorita de la casa, a quien yo tenía que llevar todos los días al colegio, se voló conmigo, pero de a jalón. Y sucedió lo que tenía qué suceder. Un día me la tiré. Y más me valiera no haberlo hecho. Seguimos dándole vuelo a la hilacha por más de seis meses. Pero un buen día, sin decir agua va, me mandó al cabrón. Yo le rogué y rogué, pero ya no me hizo caso. A los cuantos meses se casó con un burro cargado

Bibliotecas
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

de oro, pero de su misma clase social, y nunca me permitió que me le arrimara. Yo agarré una borrachera de cien mil diablos, perdí la chamba y hasta fui a dar a la cárcel por no sé qué pendejada. La traía bien metida en la sangre, porque estaba muy cuero, pero al fin logré echarla fuera y aquí me tiene. Me casé con una meserita, que es una gran mujer, muy trabajadora y económica y ya tenemos un chamaco. Estoy contento y aquello se me figura ahora algo como un sueño malo. No se raje, compañero. Olvídelo y a buscar otra. El mundo está lleno de mujeres.

Me levanté sin saber qué iba a decir. Le di las gracias y me encaminé hacia la puerta, completamente aturdido por la noticia y los tragos. Él me alcanzó y me tomó del brazo.

—Otro consejito, amigo. No lo tome a mal. Se lo digo por su bien. Lárguese de Juárez cuanto antes. El ingeniero tiene mucha influencia. Puede hacer que lo metan a la cárcel por vago, si lo siguen viendo por aquí. ¡Váyase! Yo sé lo que le digo.



# Capítulo 11

Los días que siguieron los viví como un sonámbulo. Bien a bien no recuerdo cómo los pasé, ni qué hice ni qué dije. No salí del cabaret y me he de haber tomado un chorronal de copas, además de las botellas que descaradamente me clavaba y me llevaba a mi cuartucho. Me movía en una especie de niebla muy espesa, sin saber si era de día o de noche. A ratos como que salía de aquel mar de humo, de ruidos y de palabrotas a un charco de luz y por un instante veía claramente la cara enojada de don Epigmenio que me regañaba amistosamente, o la muy risueña y abotagada de la Leona, tan borracha como yo, alzándose las naguas y bailando un zapateado que hacía reír a todo el mundo.

Calculo que pasarían unos quince días antes de que volviera en mí, porque ya no pude seguirle. Estaba muy malo. No comía y los tragos que me echaba los vomitaba apenas llegaban a mi estómago. Alma y cuerpo los sentía destrozados. Tuve muchas ganas de que de una vez me llevara la calaca.

Me acuerdo que mi abuelita –la mamá de mi mamá– nos contaba que una vez había llegado a su pueblo una caravana de gitanos. Entre ellos venía una húngara, ya viejona, que lloraba y se lamentaba sin descanso. Mi abuela, que era muy caritativa, se le acercó y trató de averiguar qué le pasaba, por qué estaba tan triste.

—¡Ay, señora! —le contestó la húngara—, tengo el corazón podrido, podrido.

—Pero por qué... vamos a ver...

—El oso y el chango muertos... mija huyendo... y yo... pariendo.... ¡ay!... ¡ay!... ¡ay! ¡Tengo el corazón podrido, podrido!

Así me sentía yo, con el corazón podrido, podrido. Y para olvidar mi perra suerte hacía que los músicos me tocaran una y otra vez hasta que ya me aburría aquella canción de José Alfredo Jiménez:

Porque yo a donde voy
hablaré de tu amor
como un sueño dorado.
Y olvidando el rencor
no diré que tu amor
me volvió desgraciado.
Les diré que llegué
de un mundo raro,
que triunfé en el amor
que no sé del dolor
y que nunca he llorado...

¡Que triunfé en el amor! ¡Y que nunca he llorado! ¡Qué risa! Eso era lo que hacía: llorar y llorar como un infeliz chiquillo al que le quitan la paleta. Desvergonzadamente, cuando ya me ponía muy pedo.

Las "waifas" se portaron muy reatas conmigo, ¿para qué lo voy a negar? A cada quien lo suyo. La Vicky y la Mormona me subían en peso al cuartucho; me desvestían y me acostaban. La Rosita me traía bebidas y remedios para la cruda. Me acariciaban y me trataban como si fuera su hijo o su hermano. Pobrecitas. También tienen su corazoncito y bien puesto. Me daban una bola de consejos y ya al último me reñían y me decían que era un pendejo entre los pendejos. Pero como todas habían pasado por algo parecido a lo mío, me comprendían muy bien. Me tenían lástima.

Ya cuando estuve completamente bien, cuando ya me la corté de a jalón, me encontré con que mi situación era de la patada. Había gastado a lo menso todos mis ahorritos y ya habían ocupado otro muchacho para que hiciera la "química". Don Epigmenio, muy reata, me habló aparte y me dijo que si le prometía portarme como los hombres podía seguir con mi chamba. Yo le contesté sin vacilar:

—Muchas gracias, don Epi. Pero la mera verdad es que ya quiero largarme de este pueblo infeliz.

—Bueno, haz como quieras. Puedes quedarte con el cuarto hasta que estés más fuertecito y que arregles tus cosas. Me imagino que no tienes dinero. Toma esos cincuenta pesos, aunque sea para que llegues a Chihuahua.

Y me alargó un azulito que tomé con mano temblorosa.

Los días siguientes me los pasé atontado y sin ganas de nada. Se me olvidaba hasta comer. No hacía más que darle vueltas y vueltas a





mi romance" con Ana María y no me explicaba por qué pasó lo que pasó, por qué ahora que empezaba a estar ilusionado como nunca, ahora que quería hacer algo y ser alguien, la pinche suerte se me atravesaba y de un mazazo derrumbaba todo. ¿A dónde ir? A donde quiera que fuera sería lo mismo. ¿Regresar a mi casa?: ni pensarlo.

Una tarde, ya anocheciendo, que venía por la calle 16 de Septiembre rumiando estos tristes pensamientos, bien distraído oigo que alguien me grita desde la otra acera:

—¡Olises! ¡Olises!

Como si me hubiera caído un rayo reconocí la voz de mi tío Chu, el reverendo. Sin pensar lo que hacía me eché a correr.

—Oye, carajo. Espera, tengo que hablarte.

Él también había empezado a correr, pero como tiene las piernas cortas, no podía darme alcance. Se me atravesó una bolita de borrachos ya llegando a la Mariscal y tuve que abrirme paso a codazos. Luego el alto del crucero me dio cierta ventaja. Pero cuando volteé, vi que mi tío tampoco había hecho caso de los carros que pasaban a todo mecate y que ya venía muy cerca, echando el bofe, por supuesto.

Me metí a un pasaje que hay cerca del Cine Plaza a ver si lograba perdérmele, porque ya sabía que si me agarraba ya no me soltaría hasta entregarme en manos de mi jefe. Cuando salí a la otra calle vi que había adivinado mi pensamiento y ya venía dándole vuelta a la esquina. No había más remedio que refugiarme en El Paraíso, que estaba a una cuadra de ahí. Corrí como alma que lleva el diablo a ver si lograba meterme al cabaret sin que él me viera.

Pero todo fue inútil. Apenas iba alcanzando las escaleras, para esconderme en mi cuartucho, cuando oí un traquidazo en la puerta. Me detuve y vi que mi tío había azotado del tamaño que es junto a la barra. Inmediatamente lo rodearon algunas de las muchachas y Joaquín, el cantinero. Oí que alguien decía:

—Se desmayó. Le dio un ataque. Joaquín, Joaquín, dale un trago para que reviva.

Me acerqué todo asustado y les expliqué:

—Es mi tío Chu. Hay que llamar un doctor. Está malo del corazón. Es un ataque del corazón.

—Qué doctor ni qué cabrones —exclamó Joaquín—. Con un trago de whisky revive. Ahora lo verán.

Se volvió a la barra y vació un buen trago de whisky en un vaso. Luego, ayudado por la Leona, le abrieron los dientes apretados y se lo

echaron. Al ratito abrió los ojos, todos vidriosos, y los fijó en mí, entre llorosos e iracundos.

—¡Ingrato! —dijo con la voz apagada— mira lo que me has hecho. ¡Podía haberme moerto! ¿Por qué me hoyes?

—Perdóneme tío, es que... ahorita le explico.

—Sí, sí —terció la Leona— no hable, ¡estese quieto! Tráele otro trago, Joaquín. Orita se compone. Ya verá.

Le trajeron otro vaso y se lo empinó sin decir pío. Luego lo sentaron en una silla.

—Qué tal —inquirió la Leona—. ¿Ya se siente bien?

—Sí, sí. Ya estoy mejor. Gracias, señorita.

Paseó la vista por el local un tanto extrañado y luego preguntó:

—Oye, hijo, ¿qué es esto?, ¿en dónde estoy?

—Esto es un burdel, tío. Por eso corrí. No quería que se diera cuenta a donde he venido a dar.

—¿Con que es un bordel?, ¿eh? Nada más eso me faltaba. Esto si que es el acabose. Bueno, bueno. Dios sabe lo que hace. Pero eso se acabó. Orita mismo nos vamos. To mamá me escribió, recién que te hoíste. Pensaba que vendrías a dar por acá y no se equivocó. Ya tengo dos meses de venir casi a diario a Joárez a ver si te encontraba. Alabado sea el señor. Por fin ha oído mis plegarias.

Bueno. Ya estaría de Dios. No había más remedio que entregarme al viejo y regresar a mi casa. Estaba escrito.

—Bueno, tío. Voy por mis cosas.

—Échese otra copa, tío —exclamó la Leona—. Le caerá bien. Yo sé lo que le digo. Mientras viene el chavalo.

No se cómo apareció la botella en la mesa. La Leona le alargó un vaso bien lleno y se sirvió ella otro.

—A su salud, tío. ¿Sabe? Usté me cae pero rete bien. ¡Salucita!

Chocaron las copas y bebieron. Luego mi tío paseó otra vez la mirada por el cabaret y se detuvo. Una chispita de malicia bailaba en sus ojos. Ya se le estaban subiendo los tragos.

—Agoarda, agoarda. Aquí veo yo la mano de Dios ¿Por qué he venido a dar aquí? A este antro de vicio? Porque Dios lo ha querido. Porque algo tengo qué hacer aquí, no te parece?

Se metió la mano en la bolsa del saco y extrajo su vieja Biblia. Ya para entonces habían bajado casi todas las muchachas, y unos cuantos clientes lo miraban con curiosidad no disimulada.





—Sí, sí —continuó—. Dios me ha mandado aquí, como a Daniel a la coeva de los leones, para que salve algona alma del pecado. Entre todas ostedes debe haber ona o dos o quizá media docena que necesitan orgentemente de so palabra para redimirse. A eso me ha traído Dios aquí. ¡Benditos sean los caminos del señor! Yo esparciré aquí so palabra como el sembrador de la parábola. Algona caerá en terreno baldío, otra se la llevarán los pájaros, pero aonque sea una semilla caerá en algón corazón, angostiado, sediento, como en la boena tierra. Y esa froctificará ciento por ciento, ¿qué digo?, mil por ciento.

—Bravo, bravo —palmoteó la Leona—. Qué bonito hablas, viejito —y le acarició la barbilla.

Mi tío, sin inmutarse, continuó:

—Dijo el Señor: "Venid a mí todos los que estáis tristes y cohabitados, que yo os haré descansar". Mateo doce, versícolo treinta y seis. Y, ¿quiénes son los tristes, los cohabitados, en esta casa? Estas pobres mujeres arrancadas de so hogar por la concopiscencia de los hombres, estas infelices que no han hecho otra cosa que amar mocho, mocho, como la Magdalena. ¿Y quiénes son los que las han empojado al vicio y al pecado? ¿Quiénes son los que han mancillado la más hermosa flor del coerpo homano, el órgano misterioso de donde mana la vida? Los hombres sin conciencia, los canallas empedernidos, los que olvidan que tienen madre, hermanas e hijas y vienen aquí, a estos logares de perdición a saciar sos instintos bestiales, a profanar el amor mediante el pago de unos coantos mogrosos billetes. Ellos, ellos son los colpables, los socios de Satanás. Pero para ellos será el crojir de dientes y los peroles de foego en el día del joicio final. Porque el Señor lo tiene prometido: "Sabe el Señor librar de tentación a los píos y reserva a los injostos para ser atormentados en el día del Joicio. Y principalmente aquellos que siguiendo la carne, andan en concopiscencia e inmondicia y desprecian la potestad; atrevidos, contomaces que no temen decir mal de las potestades soperiores. Teniendo los ojos llenos de adolterio, no saben cesar de pecar; cebando las almas inconstantes, teniendo el corazón ejercitado en la codicia, siendo hijos de maldición. Estas son foentes sin agoa y nobes traídas por el torbellino del viento, para los coales está goardada la oscoridad de las tinieblas para siempre jamás. Segonda de Pedro, capítolo dos, versícolo diecisiete".

—¡Bravo, bravo! —gritaron a coro las muchachas, aplaudiendo a rabiar—. ¡Es la pura verdad!

Como electrizado, mi tío se puso de pie, perorando y echando versículos a diestra y siniestra, porque el muy canijo se sabe la Biblia al revés y al derecho. Hasta que la Leona lo jaló de la levita y le ofreció un trago. Mi tío se lo vació sin vacilar. Luego, en lugar de predicar se arrancó con un himno, muy entonado, muy fuerte y marcando el compás con saltitos en ritmo de danzón.

Siembra que hicimos del alba al nacer,
siembra que hicimos sobido ya el sol,
siembra que la tarde vio caer,
siembra que cobre nocturno crespón.
¡Ay!, ¿qué se cosechará?
¿Qué se cosecharaaaaá...?
Lo que en la loz o en tiniebla sembré,
lo que sembramos cosecha dará.
Sea que en el tiempo su froto se dé
o que se dé en la eternidaaaaaad...!".

Dio una voltereta muy chistosa y se paró en secó.

—¡Huy, huuuy... huuuuuy! —aulló la Leona—. Chingue a su madre el amor, mientras la pasión me dure.

—Cállate, pendeja —gritó Joaquín desde la barra—, ¿no ves que esto es cosa seria?

—¡Hermanos, hermanas queridas! —tornó a predicar mi tío—. ¿Qué es lo que estamos sembrando en esta casa del pecado? ¡Nada! Solo inmondicia, croeldad y enfermedad venérea. ¡Podredombre del coerpo y del alma! Ellas son la tierra, nosotros la semilla. Ellas, tierra estéril que no da froto. Y nosotros tirando la semilla, el semen fertilizante para que se lo lleve el agoa del excosado. Esto es el crimen más grande contra el Espíritu Santo: la fornicación, la concopiscencia, la maldición de Sodoma y Gomorra que foeron destroidas por la ira de Jehová. Está dicho en las Sagradas Escritoras: "El que venciere poseerá todas las cosas y yo seré so Dios y él será mi hijo. Más a los temerosos e incrédolos, a los abominables y a los hechiceros, a los fornicarios y a los homicidas, y a los idólatras y todos los mentirosos, so parte será en el lago ardiente, con foego y azofre que es la moerte segunda". Apocalipsis capítolo veintiono, versícolos del seis al ocho.

La Leona aprovechó la pausa para darle otro jalón a mi tío. Ya estaba bien peda.





—¡Mira, mi buen pastor! Deja en paz a las ovejas. Deja en paz a los versículos. Ya estuvo suave. Vente, vámonos a mi cuarto a versiculear de a de veras. Te voy a dar un good time y no te voy a cobrar nada. ¡Porque me caes a itoda madre!

Mi tío se irguió indignado. Parecía que había crecido cinco o seis pulgadas.

—¡Quítate, no me toques, cosca del demonio!

Nunca lo hubiera dicho. La Leona se le paró enfrente con los brazos en jarras y empezó a rugir.

—Con que cusca yo, ieh! Pos orita mismo vas a ver con quién estás hablando, ievangélico puñetero! Qué sabes tú de la vida. Qué sabes tú de la vida, idiota empachado de versículos? El infierno está aquí. Aquí y allí en donde quiera que pongas la vista. Y cada cabrón, los que van a la iglesia y los que no se confiesan, traen adentro al anticristo. Pa qué jijos sirve tu pinche Dios? Por qué les da a unos cuantos toda la miel y a todos los demás toda la hiel? Esa es la pregunta de los sesenta y cuatro mil. Contéstamela si puedes. Yo lo único que le agradezco a tu Dios, si es que lo hay, es haberme dado un buen culo. Veinte años de puta y todavía aguanta. Y todavía me los enfundillo mejor que muchas que presumen de señoritas. Y tú que dijiste, orita me las duermo con mi labia y me gano mi boleto pa la Gloria. Y luego San Pedro me da mi arpa y me pongo a cantar: "Siembra que hicimos metido ya el sol", vete al cabrón. Ya me caíste gordo.

—Leona, Leona —gritó Joaquín desde la barra—, cállate el hocico y deja en paz al reverendo. Él es persona decente y no voy a permitir que le digas tanta majadería.

La Leona se olvidó de mi tío y se encaminó hacia *el Chato*.

—Y tú que vela tienes en este entierro, ¡padrote infeliz!, piojo desgraciado que nos chupas las sangre y el sudor. Si no fuera por nosotras, ¿cuándo te habrías puesto una pinche camisa de seda gringa? ¿Cuándo habrías lucido en la jeta ese colmillo de oro? Toma, toma, ya hace siglos que tenía ganas de darte en la maceta.

La botella que empuñaba la Leona fue a estrellarse en el espejo grandote que estaba frente a la barra, haciéndolo añicos.

—Puta, hija del cabrón. ¡Si no me agacho me chingas!

En un segundo saltó Joaquín la barra, se abalanzó sobre la Leona y le plantó dos cachetadas de miedo, dejándola atarantada. Sin embargo, luego luego se despabiló y se le echó encima como si de veras fuera una fiera. *El Chato* no tuvo más remedio que tupirle duro y le sacó el gallo.

Las otras pirujas, indignadas, se le echaron encima; entre todas lo tumbaron, le jalaron las greñas, lo patearon y arrastraron. Los clientes miraban azorados la trifulca, pero ninguno se atrevía a separarlos. Los botellazos llovían por todas partes. Mi tío alzaba la cara y las manos hacia el techo y le gritaba a tata Dios:

—Señor, Señor, ¿qué es lo que ha hecho to siervo para merecer esto? Vine a sembrar la paz y he aquí que estalla la guerra.

Nadie le hacía caso, y en una de las cargas contra *el Chato* se lo llevaron y lo hicieron rodar por el suelo. Al fin, Joaquín perdió el sentido y se quedó tendido tan largo como era junto a la sinfonola. Las pirujas se hicieron a un lado un tanto azoradas. Pero la Leona lanzó un grito de alegría. Luego se acercó a él bailando y meneando las caderas con la cara ensangrentada, toda desgreñada.

—Tú te lo buscaste, padrote infeliz. Toma, ahí te va tu bautizo de cabrón.

Y alzándose las naguas le meó toda la cara entre las carcajadas de todas la pirujas.

En eso se oyó un grito de alarma.

—¡Los cuicos, la policía, a volar!

Alguien apagó la luz.

Como si se me hubiera soltado un resorte en la cholla, comprendí que esta era mi oportunidad. No había tiempo qué perder. A tientas me encaminé a la caja registradora. Le pise las teclas con toda la manota, y apenas sonó el campanillazo agarré un manojo de billetes. Luego salí chicoteado a la calle y seguí y segui corriendo como alma que lleva el diablo. Me acordé de mi tío Chu. Pero, ¿qué podía hacer? Bueno, me dije, que Dios lo bendiga, y si de veras las puede, que lo saque con bien de este lío.

La gente me veía correr azorada, pero ninguno me atajaba el paso.



# Libro segundo

## Capítulo 12

Si no hubiera sido por el borlote de El Paraíso no me hubiera arriesgado a pasarme al otro lado, a los Steits. Y menos en la forma en que lo hice. Ya hacía tiempo que me bullía en la cabeza la idea de cruzar la frontera. Esa era una de las metas que me había fijado desde que salimos el Ciego y yo de la capital. Había pensado mucho y no le hallaba "el angonal", como dicen los rancheros. La forma más viable era pasarme de mojado. Había un bato que Víctor me había presentado, que lo pasaba a uno de noche por veinte dólares. Yo tenía ahora la lana. Todavía me quedaba esa cantidad y un poco más para los primeros gastos, como quien dice. Pero los cantineros, a los que les platiqué del asunto un día, decían que era muy peligroso. Chanza que se topara uno con los vigilantes de migración y lo clarearan sin misericordia, como lo hacen. Luego echan el cuerpo al río y otro infeliz mojado sin nombre del que no se vuelve a saber nada ni de este ni del otro lado. Quizá ni en el infierno porque los mojados no van allá, ni mucho menos a la gloria. Son unos criminales –dicen– y simplemente se los lleva la chingada.

Con el bonche de dólares que me clavé de la caja del Paraíso renté un cuarto en un hotelucho, lejos del centro. Allí me estuve tres días sin salir, dándole vueltas y vueltas a mi situación, cabuleando cómo levar anclas sin toparme con algún conocido que me agarrara o me denunciara con don Epigmenio.

Me hice amigo de un chamaco como de ocho años, flaco, paliducho y mugroso, que jugaba casi todo el día a la pelota en el pasillo. Le regalaba un peso y él me acarreaba sándwiches, limonada, revistas de monitos que luego le pasaba y una que otra botella de tequila. El pobrecillo, que tal vez era hijo de alguna buscona gacha, estaba encantado. Era muy seriecito, triste ya de la vida a esa edad y eso era una ventaja para mí porque hablaba muy poco y no se juntaba con otros escuincles.

Me ha de haber echado mucho de menos cuando ya no volví, pues ya empezábamos a ser buenos amigos.

Al cuarto día el encierro se me hizo insoportable y decidí echar una vueltecita al anochecer. Si me encontraba a algún conocido y me agarraban, pues ya estaría de Dios. Si no, quizá hallara la manera de pintarme para algún lado. Si no al otro lado, pues entonces a Torreón o Monterrey, o para Mazatlán. El caso era seguir caminando, seguirle a la aventura. ¡Qué remedio! Después de lo de Ana María ya el rumbo no me importaba.

Por las dudas me eché en la bolsa todo mi "equipaje": todos mis papeles, las fotos de mis hermanos, mis "poemas" y el dinero que me quedaba: treinta y siete dólares y unos veintitrés pesos mexicanos. La morralla se la di al chavalo.

Anduve vagando cerca de dos horas por las calles más oscuras, lo más lejos de la zona del refuego, por supuesto. Me eché dos cervezas con sus respectivos exploradores de mezcal en una cantinita de barrio. Hasta me atreví a pasar frente a la casa de Ana María, pero eso me puso más triste y más nervioso. Pensando en ella se me olvidaron mis dificultades del momento, pero se me anudó la garganta y me dieron ganas de llorar al pensar que ya nunca la volvería a ver. Cuando hice un esfuerzo y volví a la realidad, vi que estaba a la entrada del puente internacional, el de la calle 16 de Septiembre. Poco a poco me fui dando cuenta que a esa hora pasaba por el puente un verdadero río de coches y de bolillos y gringas que regresaban borrachos a El Paso. Eran ya casi las once y el puente se cierra exactamente a las doce, de ahí la prisa. Se veía que los agentes de la migra ya querían también largarse a su casa a dormir o a vacilar por su cuenta. Por lo mismo no estaban muy aguzados, casi ni pedían los pasaportes, no eran muy escrupulosos en la vigilancia.

Yo soy muy impulsivo. Las cosas se me vienen como de rayo y una vez decidido me dejo ir sin titubear. La mayor parte del tiempo la cosa resulta. Muy raras ocasiones me ha fallado. Apretando, pues, los dientes y el corazón queriéndoseme salir del pecho me metí entre la corriente de gringos y empecé a caminar por el puente.

Antes de llegar a la caseta donde uno tiene que pagar sus dos centavitos gringos de tax, me incliné sobre el barandal del puente y arrojé todos mis papeles inútiles a las aguas zoquetosas del famoso río Grande. Todo: credenciales falsas, cartas de recomendación igualmente falsas, recortes de periódicos y mis versos, todo lo que me pudiera identificar. Porque del otro lado, si me agarraba la migra, no iba a decir mi





nombre. Ya tenía pensado cómo me iba a llamar: Juan Lanas o Perico de los Palotes. No, eso era puro choteo. Jaime González era el nombre que me gustaba. Bueno, pues allá se fueron flotando mis papeles en la corriente oscura, como barquitos que se llevaban algo de mí, de mi vida anterior. Ahora empezaba otro capítulo. Todo lo arrojé al agua pensando convertirme en otro y olvidar. Solo dejé las fotos de mis hermanos y el "poema" que le compuse a Ana María y que me sé de memoria:

¡Ana María! ¡Ana María!
Nombre claro, blando, blanco, puro;
nombre de quinceañera colegiala,
nombre de flor y de ala
nombre de primera novia.

¡Ana María!
Nombre claro, nombre blanco
pero para mí teñido
de fatal melancolía.

Nombre de cosa que no se alcanza,
nombre de amor sin esperanza.

¡Ay, ay, ay!
No el ay de Miguel Aceves Mejía
sino el ay dolorido
de Guty Cárdenas. ¡Ay, Ana María!
Me duele el corazón
de tu cariño,
mi corazón de niño,
mi corazón de joven hombre
cuando digo tu nombre
dulce muchachita mía,
¡dulce Ana María!

De noche y de día,
dormido y sin sueño,
quiero llevar en la memoria mía
las ocho letras de tu nombre claro,
Ana María Cedeño.

El irlo repitiendo a lo largo del puente me quitó lo nervioso. Delante de mí iba un bolillo bien pedo hablando solo. Me le uní y luego me empezó a hablar en gabacho. Pasamos juntos frente a los fiscales. "Américan", les dijo con un eructo aguardientoso y se quiso ir de boca. Yo hice un gran esfuerzo y lo detuve atrancándome dos pasos más adelante. Cuando volteé para atrás vi que el fiscal se sonreía y me hacía señas que me lo llevara. Alabado sea el bendito: estaba del otro lado, en "gringoria". Abandoné a mi compañero en la siguiente cuadra porque ya me estaba tupiendo mucho pikinglish y a lo mejor se daba cuenta de que era chicano, como nos dicen allá a los mexicanos. Seguí a buen paso por toda la calle, que no estaba muy aluzada ni muy limpia a pesar de ser de una ciudad gringa. En nada se diferenciaba de las calles de Juárez. Había una bola de tienditas y fruterías gachas de mexicanos y taquerías donde vendían menudo y tamales y no se oía más que español.

Apenas había andado tres cuadras por la calle Main, medio azorado y medio temeroso, figurándoseme que todos me veían con mucha atención, como que me desconocían, cuando se me acercó un tipo chaparro, moreno, con un traje café oscuro muy deshilachado y sucio.

—Hey, kiddo, can you spare a dime?

Como se diera cuenta que yo no le entendí ni papa, me cogió confianzudamente del brazo y se soltó hablando en español.

—¡Ah, pero si eres chicano! Qué bruto, cómo no lo noté luego luego. Mira, mano, yo también soy mexicano. Estoy muy jodido, como lo ves. Soy veterano. Estuve en el Pacífico. De nada me ha servido. Estos pinches gringos nos tratan bien cuando les ponemos la panza a las balas. Después volvemos a ser *greasers*, piojosos. Cuando volví del Japón notaron que estaba un poco desclavado de aquí —señaló la cabeza— y me mandaron con el psiquiatra. Ocho meses en un sanatorio para locos. Al fin me pude escapar y me vine para acá a ver si me pasaba para México. Pero me ha ido de la patada. O será que todos los días me emborracho cuando voy a Juárez y después no hallo qué hacer. Se me acaban los fondos y vengo a mendigar algunas pinches moneditas por las calles. Es una suerte que me haya topado contigo. ¿Me vas a "tritear" un cafecito, no?

No me cayó mal el tipo. Además necesitaba orientarme un poquito y pensé que el pobre trampa me podría servir.

—¡Juega! ¿A dónde vamos? Enséñeme el camino.

—Mira, aquí a la vuelta hay un restaurante chicano. Allí estaremos a gusto. Y no es caro.





Caminamos en silencio un rato y al fin llegamos a una fonda netamente mexicana. Adentro, sin embargo, se oía uno que otro inglesazo porque había muchos pochos y les gusta presumir con el inglés. Pedimos café y donas. El tipo se echó la taza casi de un trago y yo le dije a la mesera que le trajera otra.

—Acompañadita de un jarrito de crema, preciosa. ¿Te parece?

Luego ya más animado la siguió conmigo.

—Bueno, pues como te iba diciendo, ahí donde me ves yo fui a la escuela. A la *high*. Sé algo de mecánica. No soy un completo analfabeta. Pero la verdad, después de lo que vi en la guerra, se me quitaron por completo las ganas de trabajar. Además estoy tembloroso, no puedo manejar ni una llave Steelson. ¿Y sabes por qué? Por las injusticias de esta vida. Fíjate, mano, si no. Yo tenía mi noviecita en San Luis Obispo, California. Soy de allá. Éramos novios desde que íbamos a la escuela. Y estaba bastante cuerito la hija de la chingada. ¿Y sabes lo que pasó, mano? Pues cuando volví del Pacífico me la encontré ya con un chavalo; se lo había hecho un pinche bolillo que se quedó en la retaguardia mientras a mí me daban en la madre los japoneses. Tengo una bola de cicatrices, aquí y aquí y aquí, pero pa qué te las enseño, ya me cansé de enseñarlas. Al principio me daba orgullo enseñarlas; ahora, ¡*shit*! ¿Sabes lo qué es *shit* en español? ¡Cagada! ¡Mierda! De eso está lleno el mundo. Te lo dice un veterano.

Le trajeron otra taza de café y la crema; esta ya se la tomó más despacio. Lo dejé hablar hasta que se cansó. Ya no le ponía mucha atención a lo que me contaba porque todo era lo mismo: puras aventuras gachas, pura mala suerte. ¡Pobre! No me atreví a contarle mis planes. No sabe uno. Estos vividores gachos lo pueden vender a uno por un diez. Solo le pedí que me llevara a la estación de los Greyhound y le regalé veinte centavos americanos con lo que se puso rete contento. Cuando vi que de veras se había largado, me acerqué a la ventanilla y compré un boleto para Las Cruces y pregunté la hora de salida del autobús. Me dijo el bolillo, en perfecto español, que dentro de diez minutos salía uno. En Juárez había platicado con unos mojados y ellos me dijeron que en Las Cruces había trabajo, que estaba empezando la pizca de algodón. Por eso me decidí por Las Cruces.

A las diez de la noche ya iba rumbo a Las Cruces en un camión medio elegante y con unos cuantos pasajeros, la mayoría mexicanos. Yo le iba haciendo "cinco, cinco". Se me figuraba que de un minuto a otro iban a llegar los de la migra y que me iban a pedir el pasaporte. Todo se

me hacía muy extraño, pero a la vez sentía como unas cosquillitas en el cuerpo, la sensación de que algo suave me esperaba a la vuelta de la esquina, de que ahora sí andaba de veras en la aventura, y lo que es más: en un país extranjero. Acá, en el fondo, me sentía muy chicho por haberme pasado tan fácil y haber escapado de mi tío, que sin lugar a dudas me habría devuelto a casa ahora que apenas empezaba a tomarle sabor a la aventura.

Al rato hice migas con un muchacho coloradote que tenía facha de bracero. Le pedí lumbre y le obsequié un cigarro, un Belmont de acá de este lado. Como vi que se lo tronaba con mucho gusto, le ofrecí otro y con eso me lo gané. No se lo fumó luego, sino que se lo guardó tras la oreja. Ya con eso empezamos a platicar y yo le escarbé todo lo que pude respecto a Las Cruces y el trabajo. ¡Hijo, iba con suerte! Pepe, que así se llamaba el bato, trabajaba en una granja con un gringo muy reata, según él, y ofreció llevarme con él, a ver si me ocupaba. Había mucho trabajo y faltaba gente. Era casi seguro que el Chalie –así se llamaba el gringo–, que quería bien a los mexicanos, me daría chance.

Con mucho miedo le confesé que no tenía papeles, que me había pasado la línea a la mala.

—No te apures. Eso no importa. Fíjate que yo llevo cuatro años trabajando con el Chalie y no tengo pasaporte. Allí donde vamos pega poco la migra.

Al poco rato llegamos a Las Cruces, sin novedad. Bajamos y yo me sentí un poco encandilado con las calles tan aluzadas y las casas tan bonitas; sin embargo, se me había quitado el miedo al ver la confianza con que Pepe caminaba entre los bolillos y los pochos, algunos de los cuales lo saludaron muy cuates.

Pepe me llevó por varias calles del centro llenas de letreros neón, con boticas y tiendas muy elegantonas, y luego agarramos por una calle más oscura y casas un poco deterioradas. Era el barrio mexicano.

—Nomás que antes de jalar para el rancho tenemos que echarnos un taco —me dijo—. Está bastante lejos. ¿Qué tal eres para andar a pie?

—¡Son mis puros gallos! Además ahorita puedo ir hasta el fin del mundo. Me siento muy livianito, mano.

—Con los tamales de la tía Chepa que nos vamos a echar, yo creo que aguantas.

La fonda de la tía Chepa estaba entre un cine chicano, un poco rascuacho, y un garaje, también de mexicanos. Allí nos comimos una docena de tamales muy sabrosones y Pepe pidió otros doce para el camino.





Fumando y platicando nos salimos del pueblo por un camino bordeado de árboles muy frondosos. A los lados corrían acequias bien llenas de agua. Había luna y no hacía frío. A lo lejos ladraban los perros y cada vez se veían menos luces en las casitas. Calculo que caminamos como tres horas. Luego subimos a una lomita pelona y allá abajo divisamos un grupo de casitas.

—Ese es el rancho de Chalie —dijo Pepe, apuntando hacia el vallecillo. Pero en lugar de encaminarnos hacia allá torcimos a la derecha hacia una casita sola y oscura que estaba retirada del camino. Pepe me explicó que allí vivía él, que ese era su cantón.

Al entrar Pepe, encendió la luz eléctrica, y cual no sería mi sorpresa al encontrarme en una sala amplia, con buenos muebles, aunque viejos, y radio y toda la cosa. Encendió el radio luego luego y el corazón me dio un vuelco cuando me di cuenta que era una transmisión de la W de México y que el locutor era el bachiller Gálvez. ¡Jijo! Me dieron ganas de llorar. De sentirme tan lejos y pensar que quizás, allá en mi casa, mi hermanito René estaría escuchando esa voz y esa misma ranchera.

Pepe me llevó a la cocina donde tenía una estufa padre y harta leña. En un tris-tras hizo lumbre y puso a hervir la cafetera. Y al rato nos recetamos muy contentos los tamales de la tía Chepa y una caja de galletas americanas con leche condensada.

Pepe trajo un par de buenas cobijas y me hizo acostar en un sofá-cama que había en la sala. Él se fue a dormir a otro cuartito donde tenía su cama. Con tanta cosa y tanto pensar en mi buena suerte, no me podía dormir, pero al fin, como estaba cansado, me quedé de a siete, como un bendito.

Cuando desperté casi era medio día. Encima del radio, Pepe me había dejado un recado, donde decía que se iba a trabajar. Que al mediodía volvía para llevarme con el patrón. Mientras regresaba mi amigo, me puse a esculcar la despensa, aticé la lumbre y me freí un par de huevos con jamón. Luego hice unos sándwiches con pan de caja, mantequilla de cacahuate y mermelada y me puse a oír el radio.

El Chalie era un gringo coloradote, pecoso, muy fuerte y muy trabajador el condenado. Quería que todo el mundo le entrara al trabajo con las mismas ganas que él. Sabía un poco de español y era muy buena gente. Mientras componía el tractor, las segadoras o el semicamionsote en que acarreaba las papas que íbamos recogiendo de los surcos, contaba chistes que nos hacían reír no por lo chistoso, sino por el español tan gacho que usaba. Su mujer era maestra de primaria en una es-

cuela de un pueblito cercano y tenía que recogerla todos los días en el auto a eso de las dos de la tarde. Trabajaban mucho los dos porque tenían que pagar el rancho que habían comprado hacía dos años. Tenía dos chiquillos –de dos y cuatro años– y además él, un chamaco de catorce y ella una chiquilla, muy cuerito y pizpireta, como de quince, de sus primeros matrimonios, porque los dos eran divorciados, como casi todos los gringos. El chico y la chavala no se podían ver; todo el día estaban peleando. En el fondo se me hace que él estaba enamorado de ella. Todos iban a la escuela y regresaban al rancho en la tarde.

Cuando el Chalie se iba, nos decía que a la hora de comer entráramos a la casa y sacáramos leche del refrigerador. También teníamos a nuestra disposición todas las manzanas que quisiéramos, pues no había más que recogerlas del suelo. Comíamos manzanas coloradas y amarillas hasta aborrecerlas. Nuestro trabajo consistía en recoger la papa que iba sacando otro gringo viejo con una máquina, jalada por un tractor, y hacer montones de trecho en trecho. Luego José la recogía en un camión pequeño y la llevaba al *shed*, una especie de tejabán donde había otra máquina para apartar las papas según su tamaño y encostalarlas. Sacábamos papa toda la mañana, y toda la tarde nos la pasábamos en el tejabán apartándola y encostalándola. Cada tercer día el Chalie hacía un viaje en el camión grande para llevar la papa a Las Cruces, donde la entregaba a una bodega. Casi siempre nos llevaba a José y a mí para que le ayudáramos. Nos gustaba ir porque trabajábamos un rato descargando los sacos de papa y volvíamos ya de noche. Chalie era muy hablador, no le importaba estarse horas y horas platicando con algún amigo que se encontraba. A veces se metía en un bar y nos daba dos o tres dólares para que cenáramos y lo esperáramos. Cuando se echaba sus tragos, Chalie se volvía un diablo para manejar y nos entraba un poco de miedo, pero nunca pasó nada.

Me pasé dos meses muy suaves en el rancho de Chalie, comiendo bien y gastando poco. Y le hubiera seguido hasta quién sabe cuándo, y tal vez hubiera ahorrado unos dólares si no hubiera conocido, en uno de los viajes a Las Cruces, a míster Katz. Lo conocí en la fonda de la tía Chepa, a donde fuimos José y yo a echarnos un menudo. Míster Katz era un judío chaparrito, insignificante, mal vestido, con unos ojitos grises y una voz chillona que hablaba bastante español y se dedicaba a vender vestidos en abonos a las chicanas de la región. Traía con él a tres o cuatro mexicanos a los que les pagaba comisión por los vestidos que vendieran.





Todos estos cuates, unos jóvenes y otros ya más maduros, eran mexicanos del México viejo, es decir de acá de este lado; no le gustaban los pochos. Decía que eran muy mensos para vender. En cambio, los surrumatos eran muy listos, muy ladinos. Algunos de ellos hasta se lo habían llevado a él, que era muy lince el carajo, a quien nadie lo podía hacer pendejo. Cuando supo que yo era de México, me dijo luego luego a lo pelón que yo era un pendejo por estarme echando los costales de papa en el lomo por pinches cuatro dólares. Que si me iba a trabajar con él la tendría suave, ganaría hasta diez dólares diarios y viviría en buenos hoteles, sin trabajar más que unas horas. Resultado, que me voló con su labia y acepté trabajar con él. Le di las gracias al Chalie un sábado, me pagó correctamente lo que me debía, me despedía con un poco de tristeza de José con quien ya me había encariñado un poco y me monté en el Dodge de míster Katz y la emprendimos para Las Cruces, donde me iba a explicar la movida y a entregarme la mercancía para que probara suerte en el barrio de los chicanos. Comenzaba otro capítulo más de mi aventura y uno de los más interesantes, como luego se verá.

# Capítulo 13

La "movida" de míster Katz era la mar de sencilla y estrictamente dentro de la ley. No había nada que temer. No se trataba más que de vender vestidos de mujer en abonos a las pochitas del estado de Nuevo México y a una que otra gringa pobre que no podía comprar al contado en las tiendas de El Paso o Las Cruces. Los vestidos se los proporcionaba otro judío, muy baratos, y él se los atacaba al doble, o más, pero en abonitos fáciles de un dólar a la semana. Trabajaban con él media docena de hombres, el equipo más estrafalario que pueda darse, todos aventureros y todos muy quemados. El más vacilón era un viejo, calvo, muy feo, pero que nos hacía reír hasta reventar con sus aventuras. No tenía otro pensamiento más que acostarse con alguna vieja, no importa quién fuera, fea o bonita, flaca o gorda, joven o ya chacalita. Tenía una labia fenomenal y hacía muy buenos pesos. Era el vendedor estrella y míster Katz no hallaba dónde ponerlo. Él lo sabía y se daba aires de subgerente de la "compañía". Míster Katz siempre estaba dándole chunga a propósito de su obsesión con las mujeres.

Como yo era el más catrincito de la bola, míster Katz decidió dejarme en Las Cruces en compañía de otro bato, un yucateco, prieto, chaparro y cabezón, al que le decían *el Sapo*. Entre los dos teníamos que trabajar el barrio mexicano, que es muy distinto del barrio gringo. Todo el pueblo –que es muy antiguo, pues fue fundado antes del cura Hidalgo– es netamente mexicano. Las casas son de adobe con su patio y su corral lleno de gallinas, vacas y marranos. Las costumbres son las mismas del México viejo y hay hasta viejitas que no saben ni gota de inglés. Los jóvenes sí le tupen mucho al inglés y a una jerga que es una mezcolanza de inglés y de español y que se me hacía muy chistosa al principio. Son buenos cuates, aunque un poco vanidosillos porque presumen de gringos, aunque los gringos de verdad no les hacen caso. Para ellos siguen siendo *greasers*, mugrosos, aunque hayan ido a la *high school* y algunos de ellos hasta hayan llegado a ser diputados y senadores como míster Dennis Chávez, que era muy mentado en ese entonces.





Por principio de cuentas nos instaló en un cuarto del Hotel Lucero, el mejorcito del pueblo, es decir del barrio mexicano. Nos dejó un veliz a cada uno atacado de vestidos y un bonche de tarjetas donde había que apuntar el nombre y dirección del cliente y el dinero recibido como enganche, un dólar, que era nuestra comisión. No era mucho, pero si le taloneábamos duro y con ganas podíamos vender de quince a veinte vestidos en el día.

A los otros muchachos los dejó en los pueblitos circunvecinos, pueblitos de mexicanos como Mesilla Park y Deming, pero de menos categoría que Las Cruces. Si les sobraba tiempo o vestidos, tenían la obligación de "trabajar las rancherías", pero esto era más latoso porque había que cargar el veliz en el lomo como los barilleros de antes y andar mucho a pata.

Todos los sábados venía míster Katz de El Paso a traernos más vestidos y a cobrar los abonos. Ese día era de fiesta para nosotros. No trabajábamos. Nos andábamos en el carro con él haciendo los cobros y echándole ojos a las pochitas bonitas. Como agarraba bastante dinero, ese día todos los gastos corrían por su cuenta. Nos llevaba a comer a un buen restaurante gringo, nos invitaba a echarnos una cerveza cada rato y en la noche que se regresaba invariablemente nos dejaba una botella grande de fuerte y a veces hasta nos pagaba el cuarto por una semana, recomendándole a Conchita, la dueña, que si no teníamos dinero, nos diera lo que quisiéramos, que él pagaba a la semana siguiente.

En el comedor del Hotel Lucero tomábamos el desayuno y una que otra noche la cena. Nos levantábamos tarde, trabajábamos como hasta las tres de la tarde, luego echábamos una siesta porque hace bastante calor ahí en el verano, y en la noche nos estábamos charlando y bebiendo cerveza en el comedor. Conocimos a varios pochos ricos de la "mejor sociedad mexicana" de Las Cruces y a otros tipos pintorescos que recalaban a comer enchiladas, tamales o atole.

Allí también, al cabo de dos semanas, hice amistad con la Fanny, una chiquilla como de dieciséis años de muy buen ver. No era bonita bonita, pero sí muy simpática, alegre y pizpireta, más bien de tipo vulgar, pero con unos ojos negros muy grandes que hacían que uno se fijara en ella, hasta no queriendo. Por lo demás era una mulita bien hecha. Fíjense que su mamá había muerto cuando era muy chiquita; se había

criado sola y su papi era el carcelero del pueblo, con lo que está dicho todo.

Me fue muy bien en Las Cruces, no me quejo. Al rato tenía un chorronal de dólares y eso que no me medía para gastar, pues no tengo espíritu de ahorro. Los vestidos aquellos, muy chillones, muy polvorones, que nos dejaba míster Katz se vendían solos los carajos. Llegaba a una casita de "chicanos", donde ya sabía de antemano que había dos o tres muchachas, abría el veliz y me ponía a fumar un cigarro. Las muchachas se abalanzaban sobre los vestidos, los revolvían hasta que hallaban uno o dos que les gustaban y me preguntaban tímidamente si se los podían medir. "Sí, como no", les decía yo muy caballeroso. Se metían al otro cuarto y se los ponían entre risitas y chistes. Ya ven como son las chamacotas. Salían y yo les decía: "Ese le queda que ni mandado a hacer, señorita. Ese color salmón favorece mucho su tipo". Era todo lo que hablaba. No necesitaba gastar saliva. Las pobrecillas, entre risa y risa, le echaban una miradita a la mamá, que estaba observando muy seria la maniobra. Fruncía el ceño y al fin decía:

—¡Creo que está un poco coludo, hija!

—Pero eso es muy fácil de arreglar —terciaba yo—. Miré...

Me hincaba y le doblaba la bastilla a la falda, prendiéndosela con un alfiler. De paso le echaba una ojeada a las pantorrillas de la chamaca. Jijo, algunas tenían bonitas piernas y teniéndolas allí, tan cerquita, oliéndolas casi, sentía que me subía un escalofrío muy suavecito por la espina dorsal y me ponía muy colorado, principalmente en las orejas. Es decir, se me figuraba que me ponía muy colorado, porque yo no me veía, pero sentía la cabeza muy caliente... y otra cosa que no diré también se me alborotaba. Por fin la vieja, al fin madre, me preguntaba cuánto costaba el vestido. Cuando les decía que un dólar de enganche y otro cada semana por diez o doce semanas, según la calidad de la prenda, ya no se lo quitaban. Sacaba la señora el dólar de una petaquilla antigua, olorosa a membrillo, y me lo daba. Les hacía su tarjeta y listo. Hubo veces que vendí hasta cinco vestidos en una sola casa.

Total, me pasé unos días muy agradables en aquel pueblito de chicanos. El trabajo, a mí que me gusta bien poco, era muy fácil y enteramente en mi línea; tenía dinero de sobra, comía muy bien. Hasta me puse muy catrín porque allá la ropa es muy barata. Tenía un chorronal de camisas y corbatas y una bola de chucherías de la Kress.

Pero no estaba del todo contento. Me mantenía pensando en las muchachas. Me ponía inquieto, nervioso, malhumorado y no sabía por





qué. Es decir, medio me daba cuenta por qué. Es que no quería tener novia simplemente. Para eso me sobraban oportunidades, sobre todo entre las pochitas a las que le había vendido vestidos y que encontraba en la calle con frecuencia. Les echaba perico un rato y las hacía reír mucho con mis puntadas. Pero eran pochas y de repente se soltaban hablando inglés y luego se reían de mí porque no les entendía. Bueno, el idioma no hubiera sido un obstáculo. Pero es que tienen otro estilo para todo, son medio mensitas y me caían gordas porque presumían de grinjas. Además, eran decentes, es decir, le tenían miedo al cachondeo. No, lo que yo quería saber era a qué sabe una mujer. Los cuates con quienes me juntaba me ponían peor, porque no hablaban más que de lo que le habían hecho a la Jenny o a la Mary. Yo los oía sudando, pero no me atrevía a confesarles que yo todavía no sabía lo que era "aquello".

Lo que vino a resolver la situación fue la Fanny Romero. Era muy amiga de Conchita, la dueña del hotel, y todos los días venía a visitarla. Le ayudaba a veces a planchar sábanas, le lavaba la cara y le vestía a las dos muchachitas que tenía y a veces hasta atendía a algún cliente si la mesera estaba muy atareada. Todas las noches era segura en el comedor. Yo bromeaba con ella y muy pronto me di cuenta que le caía bien, aunque le sobraban pretendientes. Entre ellos un chileno alto y fornido de cara agria que me veía con mucho coraje. Conchita me contó que estaba perdidamente enamorado de la Fanny, pero ella lo tiraba a lucas.

Una noche la invité al cine y aceptó sin más ni más. Nos fuimos al Teatro Colón, un cine de quinta categoría, algo así como el Isabel de la Ciudad de México, el único donde exhibían películas mexicanas. Tocó la casualidad que estaban exhibiendo *Cuidado con el amor* con Pedro Infante y Elsa Aguirre y no hubo más remedio que acordarme de mi casa, de mis jefes y de mis hermanos, porque mi tata tuvo que ver con esta película. Le ayudó al director a hacer el guión y me acuerdo que un día nos llevó a todos a ver filmar unas escenas en los Estudios Azteca, en Coyoacán. Allí conocí personalmente a Pedro Infante, quien estuvo un ratito platicando con mi papá y mi mamá, mientras le echaba ojo a mi hermana Leila, que estaba más guapa que Elsa. Carajo, cuando salió en la pantalla un bailable que vimos filmar –unas muchachas con traje de tehuanas que bailan alrededor de una fuente–, se me hizo nudo la garganta y me entraron unas ganas inmensas de andar paseándome y maloreando con mis cuates de la Diagonal.

Aquello me pasó al ratito y me puse a presumir con la Fanny de mi jefe, de que conocía en "persona" a Pedro y a otros artistas de cine y

radio, etcétera, con lo cual subieron mucho mis bonos con la chica. Allí en lo oscurito le agarré las manitas y al rato empecé a tentar los pechitos que se sentían muy duros bajo la blusa.

Cuando salimos la invité a tomar un *ice cream soda* en la botica de la esquina y luego me ofrecí a llevarla hasta su casa. Pero ella me dijo que era muy temprano, que si no quería dar una vuelta por las acequias. "Juega el pollo", le dije entusiasmado, "enséñame el camino".

Hacía un calor infernal. Era junio y todavía no llovía. Las acequias están a la orilla del pueblo e iban hinchadas de agua porque muchos de los labradores, principalmente los mexicanos, riegan sus cachos de algodón o sus parcelas de remolacha por la noche. Allí entre los árboles y cerca del agua no hacía tanto calor. Y la noche estaba realmente bonita. No había luna, pero se veía todo claramente porque las estrellas estaban grandotas y relucientes, allí nomás tan cerca que se me figuraba que podía agarrarlas uno con la mano.

Nos sentamos en la yerba, debajo de un sauce, y junto a una acequia muy ancha. Yo me senté con la espalda contra el tronco del sauce. Ella se extendió tan larga como era y puso su cabeza sobre mis piernas mirando al cielo. No hablábamos. No se me ocurría nada qué decirle. Empecé otra vez a tentarle los pechitos, pero ella me dijo que me estuviera quieto. Luego empezó a cantar muy quedito una cancioncita muy dulce y muy triste que yo nunca había oído antes y no he vuelto a oír después. Quizá la estaba inventando porque era muy puntalera. Y cosa rara, mi corazón, que había estado latiendo muy alborotado de sentir su calorcito tan cerca y de oler su carne de mujer, se fue aquietando poco a poco. Y me fui quedando callado, pensando en muchas cosas raras, mientras le acariciaba los cabellos, deseando que ella siguiera cantando hasta el fin de los siglos.

Pero de repente se oyeron unos pasos detrás de nosotros y ella se calló. Era un hombre, un aguador, que pasó con su azadón al hombro y nos dio las buenas noches, como es costumbre en aquellos lugares donde todo mundo saluda a todo el mundo, aunque no te conozca.

Cuando el fulano se perdió entre las sombras y los árboles, yo me incliné sobre ella y la besé en la boca furiosamente. Nos dimos un agarrón de besos que para qué les cuento. Total, cuando menos pensé ya estaba arriba de ella, meciéndonos suavemente sobre la yerba fresca. Una cosa maravillosa, a todo dar. Ella suspiraba hondamente y me mordía en el hombro, pero no me dolía. Antes, al contrario, sentía aque-





llo más dulce. Y la noche, llena del canto de los grillos, me parecía como un sueño, como cosa de magia...

De golpe volvimos a la realidad. Cerca de nosotros se oyeron otra vez los pasos. Sin dejar de menearme, alcé la vista y vi al aguador que pasaba azorado junto a nosotros, mirando, como si no lo creyera, que estábamos bien encuartados. Luego, aterrorizado, se tapó los ojos y echó a correr.

Fanny me picaba las costillas y me decía, medio enojada: "¡Quítate!, ¡quítate!".

Pero ya era tarde. Ni una yunta de bueyes, ni un tractor, me hubiera despegado de ella. Así es que acabamos riéndonos convulsivamente, sin importarnos una chingada que nos viera todo el mundo.

# Capítulo 14

Los paseos a lo largo de las acequias se repitieron noche a noche sin la chusca interrupción de la primera vez. Hallamos una especie de covacha entre la maleza, junto a un barranco, y allí nos pasábamos horas y horas tupiéndole al piloteo. Fanny era incansable y yo, después de aquel despertar brusco de mi cuerpo, quería a toda costa reponer el tiempo perdido. Pronto aquellos encuentros entre la yerba no fueron suficientes, y la Fanny, con la complicidad de Conchita que veía con buenos ojos nuestro amorío, empezó a venir a mi cuarto. Se quedaba conmigo toda la noche y se levantaba con el canto del primer gallo y se iba a su casa. Para esto tuve que conseguirle otro cuarto al *Sapo* y pagarle la renta del mismo a cambio de su silencio.

Yo no sé cómo le hacía, qué le contaba a su papá, pero una que otra vez, principalmente los domingos, que medio nos emparrandábamos, se quedaba conmigo y no nos levantábamos hasta el medio día. Esos son los días que más tengo grabados en la memoria. Me encantaba, en la mañana, cuando yo despertaba primero que ella, aventar lejos las cobijas y ponerme a mirarla desnuda. Casi desnuda, mejor dicho, pues no se quitaba nunca aquel fondo morado pálido que hacía resaltar más su carne morena, color canela de verdad. ¡Jijo!, me volvía loco de placer al ir pasando mi mano muy quedito, muy suavecito a lo largo de sus piernas, desde las rodillas que las tenía muy bonitas, hasta llegar al pelo de su burrito. Para no echarme otra vez encima de ella tenía que recoger otra vez las cobijas del suelo y taparla.

Había, sin embargo, un fondo de tristeza, de amargura en aquello. Pegado a ella, acariciándole los cabellos, negrísimos y sedosos, mientras ella dormía y tal vez soñaba, con la boca entreabierta, me hería el pensamiento de mi fantasma, la otra, Ana María. Y sufría porque no era ella la que estaba a mi lado. ¡Mi chiquilla adorada! ¡La que ya nunca





volvería a ver! Y me estrujaba el corazón, me dolía de verdad el corazón cuando pensaba que nunca la había besado, que nunca la besaría.

No, no sentía amor por la Fanny. Era gratitud, era amistad, era lástima lo que me inspiraba. Algo, no sé decir qué, pero no amor como el que sentía por la otra. Bien me daba cuenta de ello. Bien lo sentía y solo lo olvidaba cuando estábamos abrazados, bien abrochados.

Ella también como que empezó a darse cuenta de que algo no andaba bien entre nosotros. Una noche en que yo ya estaba cansado de tanta caricia y tanto beso, ella se incorporó y me agarró de los cabellos y me los jaló entre enojada y tierna.

—Tarugo —exclamó—, ¿qué no comprendes? ¡I love you!

—¡Mi pochita querida! —le dije yo acariciándole el seno derecho.

Repentinamente empezó a sollozar. Sus lágrimas calientes caían sobre mi cara. Alguna resbaló hasta mi boca. ¡Salada, salada!

La abracé fuerte y traté de consolarla.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Eso fue peor. Gimoteó más recio. Al fin, entre sollozos exclamó.

—¿No entiendes? Lloro... porque... porque no soy más que una infeliz... una puta.

—No, no digas eso. No tiene importancia.

—Sí, sí. ¿Cómo no? Nunca podrás quererme como yo te quiero a ti.

No hallé qué decir. Me quedé callado, mientras ella seguía llorando quedito, con la cabeza sobre la almohada. Me dio vergüenza que hubiera adivinado mis pensamientos. Era cierto. No la podría querer. Me simpatizaba, sí, pero de eso a sentir amor había mucho trecho. Entre ella y yo estaba el fantasma de la otra, Ana María, y los hombres, los fantasmas de los que habían dormido antes con la Fanny.

A retazos, entre charla y charla, después de que hacíamos el amor, fui acabalando su historia. Historia bien triste como las de todas las pobres chiquillas que no aguantan las ganas y pecan. Era huérfana de madre desde muy chiquilla y no tuvo tías ni primas que la cuidaran y le advirtieran los peligros. Su desfloración fue sórdida, a manos de un viejo libidinoso, amigo de su papá. Temerosa de la azotina que le hubiera dado su padre se calló la boca y siguió prestándose sumisa a la lujuria del viejo, aunque ella solo sentía asco. Por fortuna, a los pocos meses su seductor pescó una pulmonía y a los tres días lo enterraron. Ella se estuvo quieta más de un año. No le atraían los muchachos. El único que a ella le gustaba era un gringuito pecoso, compañero de escuela, cuando ella iba a la *high*. Gringo pobre que la buscaba y compartía con ella sándwi-

ches y manzanas que traía para la hora del recreo del medio día en una lonchera muy bonita y muy limpia. Ella estaba dispuesta a acostarse con él, pero el chamaco era muy tímido, muy religioso, tenía miedo de eso, creía que era cosa del diablo y que solo podía hacerse casándose.

—Me cansé de esperar y entonces, una noche, no sé cómo ni por qué me metí con Paco Grijalva, el hijo del carnicero. Pero solo estuvimos juntos unas cuatro veces. Era muy bruto y siempre olía a sebo porque le ayudaba a su papá a cortar la carne y nunca se lavaba. Además era muy fanfarrón. Les contó a sus amigos una bola de cosas que dizque hacía conmigo. Para vengarme no le volví a hacer caso y eso lo puso furioso. Me perseguía y me celaba. Una noche hasta quiso pegarme. Se puso muy flaco y muy feo porque le empezó a entrar al trago. Para emborracharse le robaba los centavos a su papá, y este –que era muy tacaño– al fin lo pescó y le dio una paliza que lo puso en cama. Cuando ya pudo andar, huyó de la casa. Dicen que se fue con otro muchacho a Los Ángeles. Yo me puse muy contenta cuando lo supe, pues ya le estaba agarrando miedo. Después de él estuve muy silencita, hasta que te conocí a ti, güerito. A ti sí te quiero. Contigo es diferente. Se me hace tan lindo que quisiera dormir contigo toda la vida. ¡No sé qué haré si me dejas, chiquito! ¡Me moriré, no tiene duda!

Y entonces descubrí una cosa. A las mujeres no les interesa otra cosa más que el amor. Que las quieran y que les digan que las quieren y cuánto las quieren. Y cuando se sienten queridas, como que florecen, como que les salen a la cara nuevos colores y nuevas sonrisas.

Entre más me jodía a la Fanny más cuero se ponía. Al principio no se me hacía bonita. No era fea. Pero ahora todos empezaban a notar que era bonita. Hasta las mujeres la chuleaban y la cosa se empezó a poner seria porque los machos me la empezaban a disputar. Me la querían quitar. Se les veía en los ojos la lumbre del deseo. Y eso me halagaba y me enojaba a la vez porque había unos batos muy descarados que la miraban con codicia aun cuando iba conmigo y esperaban la primera oportunidad para rajarme la madre.

Aunque no podía quererla como a la otra, me porté muy reata con la Fanny. Le compré una bolsa con todas las cositas que usan las mujeres y le regalé dos de los vestidos más bonitos que traía en el veliz. Una noche se alcanzó la puntada de medirse todos los vestidos que traía en el veliz y esto me dio una idea brillante. Tenía un cuerpo muy bien formado y todo le quedaba bien. Desde el día siguiente la dejé que se pusiera un vestido distinto cada día. Al fin y al cabo con una puesta no se





notaba, ya que las muchachas se los estaban midiendo continuamente. Ella estaba encantada de estrenar vestido todos los días y me ayudó a conseguir algunos clientes entre sus amigas, que no eran muchas por cierto, porque ella no era de "las mejores familias".

Dice el dicho que nunca falta un pelo en la sopa y el pelo de este banquetazo que yo me estaba dando resultó ser *el Sapo*. En primer lugar, le disgustó que lo mandara a otro cuarto para poder quedarme con la Fanny. En segundo, él mismo andaba caliente con ella y se enchinchaba porque ella ni siquiera se dignaba mirarlo cuando estaba conmigo. Pero lo que vino a colmar el plato fue lo de los vestidos. Estoy seguro que muy pronto le puso el chisme a míster Katz, pero este no me dijo nada. Sabía lo que perdía si me regañaba; al fin judío.

En realidad, *el Sapo* y yo nunca nos entendimos. Desde el primer momento me di cuenta de que no le caía bien. Luego cuando vio la suerte que yo tenía con las chamacotas y que vendía más que él, aumentó su ojeriza hacia mí. Además, estoy seguro que le molestaba comparar nuestras apariencias físicas. Yo no soy un Adonis, qué va, pero tampoco soy enteramente feo. Él, en cambio, tenía todas las agravantes. Era chaparro, prieto, cabezón y patizambo; plebeyo hasta decir basta. Los ojos grandotes y saltones hacían que el remoquete de *Sapo* le cayera rete bien. Llevaba las greñas al estilo Tarzán, rete enmantecadas de brillantina barata y las uñas siempre de luto. A pesar de que se ponía ropa muy buena, era harto descuidado y sucio. Seguido se echaba el mole en la pechera de la camisa y traía siempre los pantalones todos rodilludos y los zapatos llenos de lodo. Sin embargo, se las daba de don Juan. Presumía de sus aventuras con las gatitas mexicanas del barrio de los gringos y contaba aventuras imaginarias con las chicas bien y las colegialas, aunque a todos nos constaba que ellas ni siquiera le echaban vidrio a su traje estrambótico de pachuco trasnochado.

A medida que pasaban los días le iba agarrando más tirria porque no cesaba de darme broma con mi hermana Leila, a quien conocía solo por el retrato que cargaba yo de ella. Haciéndose el chistoso me llamaba "cuñadito", y esto me sacaba de quicio.

—Ya te he dicho que no me digas cuñado. ¿Entiendes?

—Pero... ¿por qué te enojas, cuñadito? Lo habías de tomar a honra que se me antoje tu hermana, ja.

—¡Cállate, pendejo!

—Pues cuando le escribas, ja, dile que tu amigo Cueto le puede hacer un lugarcito en este multifamiliar que tiene de corazón, ja.

—No vuelvas a mentar a mi hermana o te rompo el hocico.

—Pues ya verás, ya verás. Algún día este hocico de marrano, Dios mediante, se ha de relamer con esa panochita que tu hermana tiene entre las piernas, ja.

Dándole un trancazo a la puerta, me salía a la calle enfurecido de no poderlo callar. Tenía mucha labia y cierto ingenio burdo, el condenado. Simplemente no podía con él. Y esto me ponía mohíno por horas.

Por fin, una tarde las cosas llegaron a su límite. En el billar, el chileno, que también era muy intrigante y no desperdiciaba oportunidad para enchincharme, dolido por lo de la Fanny, me contó que Cueto andaba enseñando el retrato de Leila, mi hermana, y presumiendo que le había hecho esto y lo otro. El maldito me había robado las fotos días antes, probablemente una vez que salí a comprar cigarros y dejé el saco colgado de una silla.

Me vine al cuarto hecho un energúmeno. Me ardía la sangre y me dolía el estómago de coraje, como si hubiera comido diablo. Lo encontré echado boca arriba sobre su catre, durmiendo muy quitado de la pena. Sin pensarlo ni un segundo me le eché encima y le di varios puñetazos en la cara. Abrió los ojos azorado y no pareció darse cuenta de lo que pasaba hasta que le repetí la dosis. Entonces medio se incorporó y me metió una patada en el estómago que me mandó contra la pared y me dejó todo tembeleque. Era fuerte el carajo, y al fin yucateco, muy ducho para las patadas. No me le podía arrimar, pues cada vez que me arrimaba me propinaba una de aquellas coces que parecían de burro y me dejaban atontado. Si seguía así llevaba todas las de perder. Entonces mi cholla empezó a trabajar rápidamente.

En el momento en que me aventó la siguiente, agarre la silla por el respaldo y se la puse enfrente, con tan buena suerte que la pata se le enredó en los travesaños y cayó como un costal de papas. Rápido me le fui encima y le tupí cortos y jabs hasta que casi le cerré un ojo. No seré muy bueno para los trancazos, pero valor no me falta.

Ya parados no me le separé, peleando en corto, para no darle chanza a que me pateara. Tirando manotazos a lo tarugo le di en la jeta, una, dos, tres veces. Luego en la narizota y izaz! ahí viene el gallo con todo y mocos. Saca la lengua, prueba la sangre y hace un puchero como que va a llorar. "Es mío!", me dije acá adentro, sonriendo en medio del coraje. Y le arrimé otra tanda de golpes, ahora a los ojos. Alzó las manos acobardado.

—Córtala, mano. No es para tanto. ¿A ver qué te traes?





—¡Dame el retrato de mi hermana, bandido! Y si vuelvo a saber que andas hablando de ella te rompo la madre.

No esperé a que me los diera por su mano. Le arrebaté la cartera que traía en la bolsa de la camisa y de paso se la hice garras. Saqué el retratito y abriendo la puerta aventé la cartera al pasillo. Lo mismo hice con su veliz mugroso que fue a caer a un charco del patio desparramando por el suelo camisas y calzoncillo sucios que guardaba.

—Lárgate a la chingada. Busca otro cuarto en otro hotel. ¡Y no me vuelvas a hablar!

Salió atarantado haciendo eses a recoger sus cosas y yo cerré la puerta de un golpe. Lo oí que gruñía, allá afuera un ratito. Luego me eché boca abajo en la cama, temblando de coraje sin poder contener los sollozos y la risa. Lloraba y reía a la vez. Lloraba de coraje y reía porque me lo había echado al plato, porque le había dado en la mera torre. "Operación Sapo" completamente terminada.

No terminó ahí la cosa. Todo tiene consecuencias imprevistas, y este episodio –del cual me jacté algunos días con los amigos– tuvo resultados de la patada. Acabó con mi vida de príncipe. Acabó con mi estancia en los Steits. Acabó con mi romance con la Fanny. Acabó con todo.

Una tarde que dormía la siesta porque hacía mucho calor, me despertaron unos traquidazos muy fuertes en la puerta. Me levanté atarantado por la modorra y abrí. Dos hombrachones, dos gringos fuertes y colorados, se metieron al cuarto sin dar ni las buenas tardes. Uno extendió la mano sonriendo. Luego, en perfecto español, me dijo:

—¿Su pasaporte?

Me quedé mudo y tieso, como si me hubiera caído un rayo.

—No lo tienes, eh —exclamó el otro, muerto de risa—... Eso ya lo sabíamos.

—Come on, buddy. Lístate, rápido, tienes que hacer un viajecito.

—¿A dónde? ¿A dónde me van a llevar? —balbuceé.

—Eso ya lo sabrás después. No está muy lejos. ¡Vamos!

—A donde vas no necesitas corbata —dijo el otro—. ¿Estos son tus velices?

Yo ya sabía que con los de la migra lo mejor era no ponerse al brinco. A la menor resistencia lo ponen a uno morado de golpes. Son unos desgraciados, como todos los policías en todas partes. Lo mejor era entrarles por la buena.

—Un veliz es mío, el otro es de míster Katz, mi patrón, el hombre con quien trabajo. Permítanme dejárselo encargado con Conchita.

—No, nos los llevamos los dos. Que pase a recoger el suyo allá si le interesa. ¡Caminando!

Me pusieron las esposas y cada uno agarró un veliz. Ya afuera me metieron en un Chevrolet donde aguardaba otro agente. El carro echó a andar y ya no pude más que hacerle unas señas a la mesera que me miraba muy triste en la puerta del hotel junto con otros cuantos curiosos. Señas que de seguro no entendió.

Y así fue como vine a dar con mis huesos a la Tuna, una cárcel que está a unos cuantos kilómetros de El Paso y donde meten a los mojados que pescan en los ranchos, a los rebeldillos que corren de más en la carretera y a los delincuentes no peligrosos.

En todo el camino no hablamos una palabra. Yo me vine cabuleando y al fin llegué a la conclusión de que *el Sapo* me había denunciado. Era el único que sabía que no tenía pasaporte.



# Capítulo 15

Me contaron que la Tuna –nombre que le pusieron los chicanos– es una cárcel modelo. Es un edificio nuevo en medio de un llano repleto de mezquites y una que otra nopalera; de ladrillo rojo y con muchas ventanas; de dos alas, es decir, dos secciones que dan a dos patios muy amplios. En una ala están los hombres y en la otra las mujeres. Tiene muchas ventanas, aunque bien enrejadas, por las que se divisa el paisaje gris y árido de esa región de cerros pelones y poca vegetación. Allá, hacia el sur, se ve el humo de las chimeneas de la Smelting de El Paso.

En el frente están las oficinas medio elegantonas y un estacionamiento para los coches de los chotas. Antes de entrar a la oficina del gerente, o lo que sea, los dos agentes me esculcaron dizque para ver si traía armas. Me quitaron la cartera con setenta dólares que nunca volví a ver y las fotos y mis "poemas". Luego me empujaron para adentro de la oficina.

Allí estaba un bolillo grande y coloradote, de cara redonda y risueña hablando por teléfono. Le estarían contando un chiste, pues se echaba unas carcajadas muy sabrosas. Cuando al fin colgó, uno de mis captores le echó unos inglezasos y luego se fueron. El tipo aquel, con los ojos llenos de risa, me hizo seña de que me acercara y cogió un libro y una pluma.

—¡A ver! ¡Un nombre! El que quieras. Ya sé que no me vas a decir tu nombre verdadero. Eso no importa

—Benito Saucedo.

Lo escribió en el libro.

—¿De dónde eres?

—De San Juan de los Lagos.

Lo anotó también.

—¿Edad?

—Diecisiete años.

—¿Por qué andas por acá sin pasaporte? ¿No sabes que es un delito muy serio?

—Sí, pero... ¿qué quiere? Vine a ver si me ganaba unos centavitos, porque allá en mi tierra hay muy poco trabajo.

—¡Bull shit! No eres más que uno de esos cholos vagos que no quieren trabajar. ¿Es la primera vez que te cachan?

—Sí, la primera y la última, espero en Dios.

—Bueno, eso ya lo veremos. Por lo pronto vas a pasar sesenta días aquí en nuestro hotelito. A ver si engordas un poquito antes de que te aventemos para el otro lado. ¿Entendido? ¿Tienes algo qué decir?

—¿Qué quiere que diga? Usted es el cuchillo, yo soy la carne... ¡Atáquele!

—¿Qué? ¿Qué es eso? —gritó poniéndose más colorado—. No seas retobado o te mando poner en la celda de observación y te investigo de todo a todo. Creo que saldrás perdiendo. Tienes mucha labia, cholito, pero aquí te servirá de poco.

Sonó un timbre y vino un uniformado. Era mexicano, pero le habló en inglés. El tipo me agarró del brazo y me empujó hacia una puerta que daba para adentro.

—¡Hasta luego, Benito Juárez! —dijo el panzón del escritorio, riéndose a todo mecate. No sé que le hallaría de chistoso a la situación. A mí se me encogió el corazón cuando empezamos a andar por el pasillo. Era la primera vez que pisaba una cárcel y se siente de a feo. Los presos se arrimaban a las rejas para ver al recién llegado. Yo bajé los ojos como si de veras hubiera cometido un crimen.

No la pasé del todo mal en la Tuna. La cárcel parecía un colegio. Las celdas estaban bastante limpias porque todos los días nos hacían lavarlas con agua caliente y detergentes. Luego echaban harto DDT en las camas, así que no había pulgas ni chinches. La comida era buena, comida gringa: mucha avena, muchas papas, muchos caldos con uno que otro trocito de carne y harto pan y café. No mucha, pero no del todo escasa. Los domingos venían muchas viejas, de esas que les dicen misioneras, y nos regalaban naranjas, plátanos, barritas de chocolate y una bola de tratados, es decir, folletos donde decían una bola de pendejadas de Jesús el Salvador, los pecados, el arrepentimiento y la gloria que nos espera después de petatearnos. Como no había papel higiénico, nos limpiábamos el asunto con ellos.





Todas las mañanas nos sacaban un par de horas al patio a tomar sol y a hacer ejercicio. Luego nos dejaban que nos revolviéramos con los presos de las otras crujías, menos con los maricones, a los que sacaban a otra hora, para evitar pleitos y complicaciones. Había como una docena de estos en una sola celda. Todos muy indecentes, muy pintados y vestidos con pantaletas y suéteres de mujer. Cuando estábamos en el patio se pegaban a la reja cotorreando como viejas. Al que le decían la Pola era el que más flores nos echaba y al que todos vacilaban para pasar el rato.

Tenían una biblioteca con buenos libros en inglés y español y un montón de revistas ilustradas. Estaba abierta de las siete a las nueve de la noche y la frecuentábamos como dos terceras partes de los presos. No dejaban hablar, pero siempre platicábamos muy quedito en grupitos de tres o cuatro.

Los domingos venía un ministro y un cura católico –los dos mexicanos– y daban culto. A unos batos les gustaba ir a cantar himnos, a rezar o simplemente por ver a las presas que también iban, pero las sentaban lejos de nosotros. Había unos que hasta novia tenían y no sé cómo se las ingeniaban para escribir recaditos y vacilar. Casi todas eran putillas, rateras o golfas que habían huido de su casa y le hacían a la marihuana, casi todas gringas, muy pocas mexicanas. Yo solo fui a los cultos dos o tres veces. El cura predicaba poco, pero la misa me parecía una farsa, puros dengues y musarañas que no me impresionaban. Los sermones me chocaban y me hacían acordarme de mi tío Chu porque eran puras pendejadas; igual las "waifas" no me interesaban. No podía sacarme de la cabeza ni a Ana María ni a la Fanny. Me mantenía soñando ora con una, ora con la otra, según lo que se me alborotaba.

Por la noche nos daban cine: dos comedias cortas, documentales de lo adelantada que está la civilización americana y películas del Pato Pascual y el Ratón Miguelito, o las dos urracas. Era una vida ideal para los huevones, los que no tienen ambiciones ni inquietudes como yo y otros cuates que no hablábamos más que del día en que recobráramos la libertad.

Los guardias eran casi todos mexicanos, pochos de allá, veteranos de la guerra. Los pocos gringos que había sabían hablar español. Todos nos trataban bien, nos hacían bromas y chistes y hasta se mezclaban en nuestros juegos en el patio. En general casi todos los presos eran buenas gentes, simples "mojados" que habían venido de todas partes de México con la ilusión de los dolaritos. Uno que otro ratero, uno que otro bo-

rracho o drogadicto, uno que otro pendenciero que había echado pleito con algún policía o con el patrón. Los que duraban más eran los mojados reincidentes a quienes ya habían deportado dos o tres veces y volvían los muy pendejos.

Yo tuve mucho tiempo para pensar un chorro de cosas y repasar mis "gloriosas aventuras". Al último, para no aburrirme, fui a las clases nocturnas y me puse a aprender inglés. El maestro, un viejecito mexicano muy serio y respetuoso al que todos querían, estaba muy contento conmigo. Decía que era muy aplicado, que podía dominar el inglés si me lo proponía. Pero a mí lo que me encantaba era buscar las palabrotas gruesas en el diccionario y muy pronto aprendí a echar sanababiches y sanabaganas y a mentarle la madre a cualquiera en gringo.

En mi celda habíamos ocho: siete chicanos y un gringo pecoso y greñudo como de veinticuatro años que se creía muy chicho y no nos hablaba más que raras veces. Los chicanos le decían el Zanahoria, porque tenía el pelo colorado. Del que me hice muy cuate fue del Wenchy Escápita, un pocho muy reata y muy simpático, revacilón. Yo no cabía de la risa cuando él me contó cómo vino a dar a la cárcel. Según él la culpa fue de la grifa. Pero mejor comparto con ustedes su historia, con sus propias palabras, si es que las recuerdo bien:

—Es la gran cosa cuando se está uno quieto, soñando, imaginando, alcanzándose puntadas fantásticas, brutales. Pero cuando quieres hacer cosas, es mala consejera. Haces puras tarugadas, no ves bien las cosas, calculas mal y todo sale de la patada...

"¡Fíjate nomás! En Mesilla tenía una novia, *Tacha*. Su verdadero nombre era Eufrasia. No era bonita, no era fea, pero tenía unas formas, mano, que me traían todo destanteado. Yo me las tronaba todas las noches y nomás la empezaba a ver en esa especie de cine que todos llevamos aquí dentro de la cholla, me ponía como un tizón. Pa acabarla de fregar, a los cuantos días me di cuenta que se quedaba sola en la casa. Su mamá era una vieja muy andulera, muy inquieta, más o menos de la misma facha que *Tacha*, pero de unos veinte años atrás, ya un poco arrugada. Se largaba al pueblo a chismorrear con sus amigas con el pretexto de que iba a entregar los huevos al tendero y a traer provisión. *Tacha* se quedaba sola."

"Cuando me di cuenta, todas las tardes paraba de trabajar como a las cuatro. Ensillaba mi caballo y me venía al ranchito de los Ramírez. *Tacha* estaba lavando los platos de la comida o planchando la ropa de los hermanos que andaban a esa hora en la escuela. Inmediatamente la





empezaba a cachondear. La besaba y le empezaba a tentar los pechitos. A los pocos días la manoseaba por todos lados. Pero no pasaba de ahí. En cuanto empezaba a jalonearla, con intenciones de meterla a la recámara que estaba enseguida de la cocina, se me zafaba y corría al jardín. Agarraba la manguera y se ponía a regar el zacatito y las yerbas. Cuando quería arrimármele me echaba un chorro de agua en la cara y se soltaba riendo. Aquello me ponía rojo de coraje, pero también me enfriaba. Me montaba en el caballo y me alejaba de la casa sin despedirme.

"Así pasaban todos los días. Casi dos meses, en esta misma faena. Yo estaba ya que me llevaba el cabrón. Lo que vino a poner fin a esta situación fue que una tarde que llegué muy orondo, me encontré con su mamá en la puerta del jardín. Ya le habían llevado los chismes; ya alguna vieja beata y entrometida la había puesto al tanto de lo que pasaba. Me echó una sarta de ajos, cebollas y de insultos. Y por último me dijo que como no tenía buenas intenciones para con su hija, que no me volviera a parar por su casa. Si lo hacía me iba a echar al shérif encima. Esa noche, de puro coraje me las troné tres veces. Y en medio de tanta puntada con que se me llenó la cabeza me vino la idea de robarme a la *Tacha*. Al principio pensé que debía ponerme de acuerdo con ella, escribirle y ponerla al tanto de mis planes. Después decidí no hacerlo. Era medio mulita y me los podía echar a perder, tan solo por reírse de mí. Hice el cálculo de que una vez que me la robara y me la ajusticiara tenía que jalar conmigo. Le iba a gustar la cosa; luego iríamos con el juez para que nos casara y este cuento se acabó...

"Escogí un domingo para realizar mi plan. Los domingos toda la gente se iba al pueblo, incluso su mamá y los dos chavalitos. *Tacha* se quedaba cuidando la casa, tal vez con la esperanza de que yo me acercara a platicar con ella.

"Me di unas vueltas por el pueblo; me eché unos farolazos de sotol con unos amigos en una cantina y ya cayendo el sol me fui para el rancho de los Ramírez. La casa tenía un portalito enfrente que daba a la calle. Allí, en una silla mecedora, estaba *Tacha* sentada, tejiendo un suéter colorado. Me acuerdo muy bien. Pasé a buen trote y la saludé. Ella sonrió maliciosa. 'Ni te imaginas lo que te va a pasar esta noche', pensé yo para mí. Le di la vuelta a la manzana y repechado contra el corral le di otra sobadita a la mota. Luego me vine decidido a todo. Le metí las espuelas al cuaco, me encarreré, y al llegar al portalito le di un rayón para destantearla. En un santiamén me bajé, abrí la puertecita del jardincito y echándole encima de la cara una cobija que ya llevaba lista,

para que no gritara, la agarré en brazos y la eché sobre la montura. Luego me trepé en las ancas y ahí voy al galope, a todo mecate, llevándola bien abrazada para que no cayera. Al principio se me movía mucho, se me quería echar encima. 'Cálmate, chiquita', le decía yo, apretándola y besándole las greñas, 'nada malo te va a pasar'. Paso a paso se fue aquietando. Al fin, cuando íbamos llegando a la cuesta, ya para llegar a mi ranchito, al ver que ya no peleaba, le destapé la cara. ¡Jijoi, con el susto hasta el habla se me fue. Con el coraje que me dio la solté o le di un empujón. No sé. El caso es que fue a dar de puras nalgas sobre las piedras. No era *Tacha*, mano: era la vieja.

"Mientras yo le daba la vuelta a la manzana, *Tacha* se había levantado del sillón. Luego vino la vieja y se sentó. Con las ansias y el efecto de la grifa yo no me di cuenta.

"Antes de que saliera el sol ya estaba en mi casa el shérif. Al caer, la vieja se quebró la cadera y aquí me tienes.

"Ora más que nunca necesito tostármelas... para olvidar. Para olvidar a la ingrata que se habrá reído de mí hasta reventar. Dicen que el mes que entra se va a casar con Beto Andujo. Cabrona, infeliz, y yo aquí penando. ¿No quieres una chupadita? ¡Ándale, verás que padre!"



# Capítulo 16

En un calendario gringo que tenía un retrato de Ava Gardner, muy cuero la caraja, íbamos tachando cada día que pasaba. Se fue agosto, septiembre. Se empezaban a poner amarillas las hojas de los raquíticos fresnos que divisábamos desde el ventanuco de nuestra celda. Hacía un calor infernal. Y cada día que pasaba, cada día que nos acercaba más a la fecha en que nos habían prometido soltarnos, más mohínos y nerviosos nos sentíamos. Por cualquier pendejada nos agarrábamos a dimes y diretes. Yo dormía muy mal y los ratos que me quedaba dormido tenía pesadillas muy gachas. Y es que todo el día me estaba pensuleando acerca de lo que haría cuando me dejaran libre. Volvía a pesar en la balanza si regresarme a casa todo amolado y derrotado o seguir la aventura hasta que la suerte cambiara y se me lograra alguna puntada que me hiciera rico y me permitiera regresar a México en Cadillac, bien vestido y con la cartera reventando de billetes.

Bien sabía que esos eran puros sueños gachos, que la vida es muy puta: "Nos quiere si no queremos, y si queremos, no quiere", decía mi pa. Yo lo sabía rete bien, por experiencia, y eso me ponía molesto, me daba mucho coraje. Sin embargo, no podía alejar esas ideas que volvían y volvían, revoloteando en mi cabeza hasta desesperarme, principalmente en altas horas de la noche.

Un lunes en la mañana, en los primeros días de octubre, nos sacaron a todos de las crujías y nos formaron en el patio chico. Un policía mexicano empezó a gritar nombres leyéndolos de un papel que llevaba en la mano derecha. El que nombraba se iba formando en un grupo aparte. Muy pronto se corrió la voz de que se trataba de los que iban a deportar. La mayoría eran mojados: Gregorio Torres, Macario Cruz, Sebastián Ordóñez, Joaquín Villanueva, José Felipe Angulo...; se me quedaron grabados algunos de los nombres. Yo escuchaba temblando y es-

peraba que sonara el mío. Nombraron cosa de veinte y ya iba perdiendo las esperanzas cuando dijeron: "Benito Montaño".

—Benito Montaño —volvió a gritar el policía pocho.

—Aquí, aquí, yo —grité dando unas zancadas avorazadas que hicieron que todos soltaran la risa.

—¡Ah carajo!, qué bien se ve que tu nombre es falso —comentó el chota.

Nombraron a otros cinco, tal vez, no me acuerdo bien. Luego el chota se guardó el papel.

—Vayan al comedor a almorzar; saquen las garras que quieran llevarse y luego regresan al patio. Los vamos a echar al otro lado. Los demás, al otro patio. ¡Marchen!

El Wenchy se salió de la fila y se me echó encima abrazándome, casi besándome:

—Por fin se te hizo, mano. ¡Que te vaya bien! Mándame unos garabatos de vez en cuando, mano. Aquí se queda un amigo tuyo, un amigo de verdad, de corazón.

La garganta se me hizo nudo, para que lo niego. Se encuentra uno cuates de veras machos en la aventura. Lo malo es que no lo sabe uno hasta el último momento. Y lo triste es que nunca más los vuelves a ver.

Le entregué una cajetilla casi nueva de Luckies que me había regalado una misionera el domingo anterior y le dije:

—Ahí en la celda te dejo mi suéter café y unos tenis que no me van a servir para el camino. También la garra de cobija, si te sirve...

—Gracias, mano, gracias. ¡Adiós!

Ya era tiempo, ya venían por él. Y solo porque los policías también tienen su corazoncito y a veces se les ablanda, no lo castigaron.

Después del almuerzo nos subieron a dos camionetas de esas verde-gris del ejército y empezamos a correr por la carretera hacia el sur. No iban más que dos agentes, además del chofer. Iban sentados adelante echando güiri-güiri en inglés y no nos hacían caso a los que íbamos atrás, silenciosos, sin ganas de platicar. Y es que cada uno tenía su problema inmediato ahora que nos iban a soltar. Cada quien iba cabuleando cómo resolverlo.

Todos creíamos que nos iban a echar por Ciudad Juárez, porque es la frontera más cercana, pero los malditos, en lugar de enfilar para El Paso, le picaron para el oeste, rumbo a Deming. De ahí cambiaron el rumbo, otra vez hacia el sur. Pasamos por Columbus, un pueblucho rabón que se hizo famoso porque Villa les cayó una madrugada e hizo chi-





lar y medio con los pobres gringos que allí vivían. Y por fin pasamos hacia el lado mexicano, por Palomas. Los de la migra mexicana nos dejaron pasar sin decir chitón, todos sonriendo de oreja a oreja a los chotas gringos. Y es que se entienden muy bien los cabrones. Los gringos les avisan de los contrabandos que vienen de allá para acá y los mexicanos de los mojados que se cuelan por la línea, enfrente de sus meras narices. Les explicaron que todos éramos mojados; se echaron unos tequilazos y seguimos caminando por un llano lleno de mezquites, sin encontrarnos más que a un pobre diablo que estaba echando el bofe para sacar unas cepas de mezquite, hacerlas leña y cargar su burro.

Todos molidos de los huesos y empolvados de la cara, bien hambreados, llegamos a la orilla de un río con bastante corriente. Allá lejos, a la derecha, se veían unos cerros pelones y más cerca unas casitas y unos huertos. Las camionetas se pararon y nos hicieron bajar.

—Bueno, cuates —dijo el chota pocho—, aquí los dejamos. Como a quince kilómetros está Casas Grandes. Píquenle para allá y a ver cómo le hacen. Pero no se metan otra vez a los Steits. La segunda vez que los agarremos no la pasarán tan suave. Los mandaremos a la peni. Tengan para que no se mueran de hambre.

De un velicito que habían bajado de la camioneta sacaron un fajo de billetes mexicanos. A cada uno nos dieron un billete de diez, uno de cinco y cinco mugrosos de a peso. Luego se subieron a las camionetas y le picaron al norte, para su tierra. Yo me quedé pensando: "No son tan cabrones como me habían contado".

Hechos un asco, cansados y muertos de hambre, llegamos a Casas Grandes como a las ocho de la noche. No había gente en las calles y solo se veían luces en unas cuantas casas. Por fin, cerca de la estación del único autobús que corre para Chihuahua, hallamos una fonducha. Allí nos dimos una buena cenada: bistecs, enchiladas y un platazo de frijoles refritos con hartas tortillas. Nos supo a gloria, pero se nos fueron cinco pesos a cada uno.

Después de cenar, alguien se alcanzó la puntada de que fuéramos a ver al presidente municipal. Encontramos a un cuico y ese nos llevó a la casa del presidente que estaba lejos del centro. El más hablador de nosotros le explicó que éramos deportados, "mojados", y que queríamos que nos proporcionara un sitio dónde pasar la noche, aunque fuera en la cárcel, pues nadie quería gastar sus quintos en rentar un cuarto de hotel. Total que el presidente resultó ser buena persona y nos dejó dormir en una galera vieja y vacía que estaba a pocos pasos de su casa. Nos

advirtió, sin embargo, que no podíamos quedarnos en el pueblo más que veinticuatro horas. Al que encontrara después de ese plazo lo metía al bote por un mes.

Cansados hasta los tuétanos, pero con el corazón calientito por la emoción de sentirnos libres, el piso de tablas de la galera se nos hizo blandito. Estiramos la pata y dormimos hasta el mediodía del día siguiente.

Después de gastar otros cinco pesos en la fonducha, nos fuimos dividiendo en grupos de cinco o de seis para acordar lo de la retirada. Unos decidieron irse a El Largo, un campamento maderero que no estaba muy lejos; otros prefirieron picarle para Chihuahua, cuatro o cinco, muy sospechosos, muy linces o muy pendejos, nos dijeron que le iban a hacer la lucha a meterse otra vez a "gringoria".

Yo me le había pegado a un güerito pecoso, flacucho, que me contó que era de por ahí. Cuando ya quedábamos muy pocos en la placita, me hizo una seña y echó a andar. Lo seguí y nos metimos a una cantinita. Allí, tras de dispararme una cerveza, me contó que era del Valle de San Buenaventura; sus padres no eran ricos, pero tampoco pobres y que se les iba a aprontar. Estaba seguro que lo recibirían con los brazos abiertos, pues ya tenía tres años en la aventura y les había escrito muy pocas veces. Total, me invitó a que me fuera con él y que pasara unos días en su casa; ya de ahí yo vería para dónde le jalaba. Chanza que hasta me acompañara porque era muy inquieto y ya no se hallaba en su pueblo. Le di las gracias y acepté, obsequiándole otra cerveza. Al fin y al cabo ya tenía asegurada la de adentro, cuando menos por unos días.

Dimos unas vueltas por el pueblo, que no tiene nada digno de verse, y a media tarde nos dirigimos a la estación de autobuses. El que va a Buenaventura, a tres horas de camino, llega a la una y regresa a las cuatro. El chofer resultó conocido de Blas, que así se llamaba el güerito. Accedió a llevarnos y que allá le pagáramos. La única condición: que nos bajáramos antes de llegar a la oficina, para que él pudiera embuchacarse los veinte pesos de los dos boletos. La proposición le cayó al puro pelo. Era parte de su luchita y todos tenemos derecho, ¿no?

No los aburriré con los detalles de la estancia en Buenaventura. Nada notable. Me pasé unos días a todo dar y hasta engordé un poquito. Total, cinco semanas después me encontraba en Durango. Me vine por otra ruta, sin tocar Chihuahua, pidiendo aventones y caminando buenas brechas a pata, pero no me pasó ninguna aventura que valga la pena recordar.



# Capítulo 17

Cinco semanas después estaba en Durango. No en la ciudad, sino en un pueblito como de cinco mil habitantes que se llama El Salto y que está a cien kilómetros de la capital del estado sobre la carretera que va a Mazatlán.

Dos días en Durango me bastaron para saber que allí no había nada qué hacer. Entonces decidí picarle para Mazatlán y agarré la carretera seguro de que alguien me daría un aventón. Pero como la carretera todavía no estaba terminada, pasaban muy pocos camiones y uno que otro coche particular. Nadie, por miedo o egoísmo, me hizo caso. Me dejaban parado agitando los brazos y echándoles madres. Y tuve que andar a pata los cien kilómetros que hay hasta El Salto. Al llegar allí, todo dado al catre y muerto de hambre, decidí quedarme aunque fuera veinticuatro horas para descansar. Ya no podía dar un paso más. Dormí en un caserón vacío que estaba en las afueras y apenas desperté como a las diez –pues como estaba tan rendido dormí sobre la paja como un millonario– me metí al pueblo a ver qué conseguía para mis pobres tripas. Ya casi llegando al centro, por la calle principal, divisé un restaurantito algo furris, y sin pensarlo dos veces me metí, y a lo pelón, sin pizca de pena, les pedí de comer.

Tocó la casualidad de que la dueña era una señora como de cuarenta y cinco años, morenota y gorda, alegre y buenaza hasta las cachas. Me hizo sentarme en una mesa como si fuera un parroquiano y en un tris-tras me trajo una tanda de tacos y una taza de café caliente... Como viera que en un santiamén limpié el plato, ¡zas! que sin decir nada se me apronta con otra tanda de tacos y otra taza de café. El único cliente, un campesino que se estaba tomando muy desahogado una coca en la mesa del rincón, miraba sonriendo cómo me daba cuenta de aquella fritanga. Ni qué decir con la jaspia tan atrasada que me cargaba. Aquello me supo a gloria.

Cuando la patrona vio que había terminado, se acercó sonriendo a recoger los platos. Me puse de pie y todo colorado le di las gracias como mejor pude, haciéndome el muy caballero. La señora me echó una mirada de lástima, pero agradada se puso un poco seria. Por sus ojos, que eran bonitos y dicharacheros, pasó como una sombra de tristeza.

—No se preocupe. No me lo agradezca. Hoy por mí, mañana por ti, dice el dicho. Lo he hecho con toda voluntad porque yo tengo un hijo, así de su edad, que también anda en la aventura. Hace un año que se fue el ingrato y ni una sola vez me ha escrito. Le escribe usted a su mamacita, ¿no? Pues ahorita mismo le voy a dar papel y tinta y en pago de esta comida le va a escribir a su madre. Yo misma le pondré la carta.

Se llevó el plato y la taza y al instante volvió con un block de papel rayado y una pluma atómica de plástico, de esas que venden a peso en los camiones de México. Los puso sobre la mesa y encima una cajetilla de Bohemios que sacó del delantal.

—¿Fuma?

—¡Ay, señora!, es usted muy amable, pero todavía me quedan dos cigarros.

—No le hace. Déjela. Pero no se me levante de esa mesa hasta que me entregue la cartita para su mamá. Cuéntele que está muy bien de salud, que tiene muy buen trabajo y que ya está juntando el pasaje para regresarse. Dígale todas las mentiras que se le ocurran, pero escríbale. ¡Lo que habrá sufrido la pobrecita!

Con mucho trabajo, porque siempre he sido muy flojo para escribir, hice la carta. Una bola de mentiras, como me había aconsejado la señora, pues cómo le iba a contar la verdad a mi jefa. Acá adentro la veía leyendo la carta, llorando. A su lado estaría Rima jalándole el delantal: "No llores, mamá, ¿por qué lloras?". Dos gototas calientes, saladas, resbalaron de mis ojos y cayeron sobre el papel. Quise limpiarme los ojos con la manga de mi camisa rota pero salieron otras y otras, ¡un chorro!

La señora, que me espiaba desde el mostrador, se me acercó, también medio llorosa y me palmeó la espalda cuando ya sin importarme la vergüenza me puse a llorar a moco tendido.

—¿Ve? No hay como el calorcito de la casa de uno. Esa es buena señal. Eso indica que se le empieza a quitar lo pendejo. Cierre la carta y démela.

Así lo hice, después de dominar un tanto mis sollozos. Luego le di las gracias otra vez y me encaminé hacia la puerta.

—¿A dónde va?





—A ver si encuentro chamba, señora.

—Bueno. Vaya con Dios. Si no encuentra nada, vuelva por acá al anochecer. Ya sabe que esta es su casa. Un plato de comida hasta a un perro se le da, cuantimás a un cristiano.

—Muy agradecido, señora, muy agradecido —pude murmurar.

Salí a la calle como atontado y empecé a caminar sin rumbo.

# Capítulo 18

El Salto es un pueblecito pintoresco y limpio. Está en un hoyo rodeado de cerros cubiertos de pinos y madroños. Hay pinos en las casas, en los solares, hasta en la placita que es el corazón del poblado y en el cementerio frente al atrio de la iglesita con su torre un poco gordita y chaparrota, pero siempre muy blanca porque le dan dos manos. Frente a la placita, con su kiosko de madera pintada de color azul desteñido y su raquítico jardincito, hay tres o cuatro tiendas de ropa y abarrotes, un garaje, dos fondas, un hotelito de dos pisos, un bodegón que la hace de cine, una farmacia y una peluquería con su poste pintado de azul y rojo como un caramelo.

Como a las tres de la tarde iba pasando enfrente de la peluquería, cuando de repente oigo que alguien me llama:

—¡Oye, güero, ven acá!

—¿Qué se le ofrece?

El barbero es el que me hablaba. Un hombre chaparrito como de treinta y cinco años, bigote, con unos ojitos muy saltarines y encandilados, boca medio burlona como si todo le pareciera chistoso.

—Oye —me dice, mirándome de pies a cabeza—, ¡ya de a tiro la friegas! ¿Qué no te da vergüenza andar por la calle con esas greñas?

—¿Pues qué quiere que haga? No tengo con qué cortármelas.

—¡Entra!

—¡No señor, muchas gracias!

—Entra, te digo. No te voy a comer. Nada más voy a practicar un corte de pelo que soñé anoche. Verás qué guapo te suelto y no te voy a cobrar ni un quinto.

No sé qué me simpatizó de aquel tipo, el caso es que cuando menos pensé ya estaba sentado en el sillón, de esos hechizos de barbería de pueblo, con brazos forrados de terciopelo rojo y una coyunta con un to-





millo que sube y baja para descansar la cabeza, con la manta azul amarrada al pescuezo.

Le eché una ojeada al local. En la repisa, debajo de los espejos que cubrían toda una pared, había un montón de frascos de todos colores con cremas y lociones, y en el rincón una caldera muy complicada para calentar el agua para las rasuradas. Encima del anaquel de vidrio, donde guardaba tijeras y máquinas de trasquilar, estaba un aparato de radio muy estrambótico, con una cara de payaso pintada en un cartón al que le había adaptado una bocina. Las paredes estaban tapizadas con retratos de artistas de cine (mujeres), don Benito Juárez a colores, Pancho Villa, el general Zaragoza, Gandhi y Lázaro Cárdenas con un listón tricolor atravesado en el pecho. Enfrente, debajo de un cromo del volcán Paricutín, un letrero que decía:

Corte de pelo
Simple..... $ 1.00
Con conversación .... $ 2.00

Me imagino que casi todos los clientes pagaban los dos pesos, porque el barbero era muy hablantino y platicaba de veras muy sabroso. Mientras me tijereteaba a sus anchas, me contó una bola de cosas del pueblo, de la política de México, de la Segunda Guerra Mundial, de las armas atómicas y de los artistas de cine y las películas que había visto. Sin sentir también me fue sacando informes de mi vida. Total que cuando acabó de pelarme ya éramos amigos. Él era de Veracruz y se llamaba Carlos Mantilla. Muy joven se vino de allá, de su tierra, y había vagabundeado por toda la frontera. No solo era barbero, también le hacía a la mecánica automotriz; sabía componer planchas, radios y licuadoras y pintar rótulos. Hasta de sastre le había hecho en no sé qué pueblo de Sonora.

Se había quedado en El Salto porque conoció a una muchacha que lo traía medio lucas y que le hacía poco caso la caraja. Estaba encaprichado en conseguirla costara lo que costara, y por eso había dejado la vagancia que tanto le gustaba. Sin embargo, no le había ido mal en el pueblo. El negocio –la peluquería– era propio y tenía más clientela que la otra peluquería donde había dos barberos que se la pasaban leyendo los monitos y bostezando. Le cayó muy bien saber que yo era de la capital. Me hizo una bola de preguntas acerca de la vida de allá y al final de cuentas, al saber que no tenía donde dormir, me invitó a que me quedara en su casa que estaba algo lejos del centro.

—Tiene un balcón a todo lo largo del frente y con vista al mar —me dijo, brillándole los ojitos de picardía.

Esto no dejó de intrigarme, pero no me atreví a preguntarle dónde podía estar el mar entre tanto cerro.

—Date una paseadita por el pueblo —me dijo— a ver qué hallas, y a las cinco de la tarde regresa por mí. Te invito a cenar.

Le di las gracias muy sinceramente por la pelada y le prometí volver.

—¡Ándale, que te vaya bien, güero! ¡No te pierdas, eh! Aquí te espero.

Andando en la vagancia se topa uno con toda clase de tipos, buenos, malos, desprendidos, cicateros, tramposos, santuchos, sinvergüenzas, unos que son unos linces y otros pendejos y sosos hasta la pared de enfrente.

Carlos Mantilla era un cuate a todo dar. Una birria como no hay dos. No solo inteligente, sino pintoresco hasta en el modo de andar, de hablar y de vestir. Y tan bueno y generoso como el pan. De toda la gente que conocí en la aventura Carlos tiene un lugar primerísimo en mi memoria. ¡Cuánto daría por volverlo a ver! ¡Cuánto le debo! En cierto modo él fue mi maestro porque me abrió los ojos a muchas cosas del mundo que yo no hubiera notado ni en cien años.

Esa noche me hizo cenar hasta reventar y me quedé a dormir en su casa. La famosa casa era bastante grande y de dos pisos. La había hecho un comerciante que fracasó y se fue a Durango. Se la tenía prestada a Carlos para que la cuidara mientras hallaba alguien que se la comprara. La parte de abajo estaba llena de trebejos, mostradores, vitrinas y cajones de la tienda en quiebra y en los cuartos de arriba vivía Carlos a sus anchas. Tres piezas grandes para él solo.

Después de cenar nos salimos a fumar al balcón "con vista al mar". El dichoso mar era un llano pantanoso que se extendía al sur del pueblo, y a la luz de la luna de veras semejaba un pedazo de playa. Costeño de nacimiento, Carlos, después de pasar tantos años tierra adentro, engañaba su nostalgia de olas y palmeras con aquel espejismo de tarjeta postal.

Nos estuvimos buen rato callados, cada quien divagando su madeja de pensamientos mientras fumábamos. Luego, Carlos se levantó y entró a su cuarto. Al ratito, regresó con una limeta de tequila y dos vasitos. Los llenó y me alargó uno sin preguntarme siquiera si le hacía al trago. Después de sorber el suyo despacito y a traguitos se le soltó la len-





gua. Me contó una bola de cosas de su vida, regocijantes episodios, tristes, chuscos, vergonzosos, de todo había, y a todo le sacaba miga. Pero su obsesión eran las mujeres. Ya medio achispado me metió a su cuarto, y de una vieja petaquilla claveteada extrajo una carpeta grandota llena de recibos, facturas, cartas y recortes de periódicos. La carpeta tenía unas hojas gruesas de cartón negro donde había pegado tarjetas postales, mujeres encueradas y paisajes marinos –Acapulco, Puerto Vallarta, Veracruz, Ciudad del Carmen, Isla Mujeres, Mazatlán– y empezó a mostrarme hoja por hoja. En la primera, con letras de molde muy bien hechas, decía: "Álbum de mis recuerdos". Luego su nombre con letras mayúsculas de todos los estilos recortados de alguna revista. A las pocas hojas mi vista se topó con retratos de mujeres de todos los tipos y tamaños. Altas, bajas, gordas, flacas, morenas y rubias; unas vulgares, otras medio bonitas, las más, bastante feas. Nada extraordinario, nada distinguido. Postales de viejas encueradas, francesas, italianas, gringas. Luego me muestra una lista de nombres de mujeres.

—Mira, estas son todas mis novias, todas las mujeres con quienes he tenido tratos en mi vida. Desde los trece años. Las que tienen una crucecita son las que me troné. ¡Virgencitas, mano! Conmigo probaron la hostia del diablo: el pecado.

Repasó la lista:

—Ana, Petra, Matilde, María Elena, Jacinta, Zenaida. Mira, esta Zenaida era un cuero a todo dar. Pero cómo me hizo sufrir. Y esta otra era medio bizquita, pero le entrábamos tan duro al piloteo que casi me hacía llorar. No, mano, yo he sido un cabrón bien hecho. Me he casado por las tres leyes. Por el civil, por la iglesia, y... a lo criminal... detrás de la puerta, como quien dice. Pero aquí me topé con la horma de mi zapato. Aquí se me atoró el barco, mano.

Yo no atinaba a qué se refería. Continuó:

—Esta muchacha que te digo, ¡Leonor!, me trae de un ala, me trae loco. ¡Pero no me hace caso! ¡Jijo!, nunca me había pasado esto.

Cerró el álbum, y envolviéndolo cuidadosamente en una mascada de seda lo guardó en la petaquilla sonriendo para sus adentros con cierta picardía.

—Bueno, güerito, ya te habré aburrido con mis pendejadas. Vámonos a dormir. Mañana en la mañana te voy a llevar con Braulio, el del garaje. Es amigo mío. Chanza que te dé chamba cambiando llantas o lavando carros y te puedas ganar unos fierros. De todas maneras esta es tu casa mientras te enderezas o le jalas para otro lado.

En un sofá desvencijado que estaba en el otro cuarto y con una almohada y unas cobijas que sacó de un ropero me arregló mi camarote a todo dar.

—Buenas noches. Si te dan ganas de mear, avienta el chorro ahí por el balcón.



# Capítulo 19

Gracias a los buenos oficios de Carlos, al día siguiente comencé a trabajar en el garaje de Braulio. Era este un tipo alto y robusto, colorado y cacarizo, con una narizota como papa. Al principio daba la impresión de que era muy serio, medio avinagrado, pero en el fondo era buenazo y vacilón, muy mal hablado y francote. Por eso Carlos y él se entendían perfectamente. Cuando Mantilla le contaba un chiste, su risa ronca y sabrosa retumbaba por todo el garaje. Muy pronto le perdí el miedo y hasta echaba una que otra platicada con él cuando no había mucho trabajo y estaba de vena. Braulio había estado en California y tenía fama de muy buen mecánico. No le faltaba chamba. Los ricachones y comerciantes del pueblo y uno que otro ranchero le traían los coches descompuestos, su tractor. Pero el negocio principal eran las trocas que pasaban rumbo a Mazatlán, o al revés, para Durango.

Mi trabajo no era pesado, pero sí muy aburrido: quitar e inflar llantas, poner el gato debajo de las ruedas, desbaratar algún muelle, lavar tornillos en un bote de gasolina y una que otra vez ayudarle a Braulio a engrasar un coche. Entraba a trabajar tarde porque Braulio abría a la diez de la mañana, pero ya para las cinco estaba libre. Me pagaba poco –diez pesos diarios–, pero con eso la iba pasando porque solo almorzaba y comía por mi cuenta en la fonda de la señora que me obligó a escribirle a mi madre. La cena casi siempre la hacía en casa de Carlos.

Apenas salía del trabajo, me iba a la barbería para lavarme con agua caliente y quitarme el aceite y la mugre grasienta de las manos. Me daba una vueltecita por la plaza y los alrededores para echarles vidrio a las chamacas y luego me regresaba para oír platicar a Carlos. No me cansaba de escucharlo y me tenía medio atarantado con tanta idea que barajaba. Lo que me decía me sonaba a conocido. Eran muchas de las ideas que le había escuchado a mi papá, pero ahora las entendía mejor.

En la parla medio chistosa de Carlos se me hacían más claras, más verdad.

Carlos no tenía pelos en la lengua. Decía lo que pensaba sin importarle un pito si ofendía o no a quienes lo oían, pero, cosa rara, a los parroquianos de la barbería les gustaba oír a Carlos vomitar sus herejías, sus opiniones bizarras, porque en todo llevaba la contraria, en todo pensaba distinto a los demás. Los tenía muertos de risa con sus ocurrencias, sus puntadas fantásticas y su modo tan sabroso y pintoresco de decir las cosas. Quizá secretamente lo admiraban porque se atrevía a decir lo que ellos nunca podrían decir, pero que en el fondo tenían como cierto. Había, por supuesto, uno que otro tipo que se atrevía a contradecirle, pero ¡qué le duraba! Con una frase cruel o un chiste lo aplastaba en un tris-tras. Y el resultado es que Carlos perdía un cliente. Pero esto le importaba un comino. "Ya vendrán otros; sobran greñudos", decía, despectivo. "Y estas tijeras seguirán cortando pelos por muchos años".



# Capítulo 20

En todo El Salto se sabía que Mantilla era un hereje; sin embargo, todo mundo lo quería, lo saludaban muy amables y se detenían a platicar con él; al rato ya los tenía muertos de risa. Solo el señor cura del lugar lo odiaba, le ponía la cruz siempre que se topaba con él como si fuera el mismísimo diablo. Luego se alzaba la sotana y se alejaba a grandes trancos para no cruzar palabra con Carlos. En cambio, Cuco Montoya, el sacristán, un hombre muy bueno pero muy menso, estaba empeñado en hacer "entrar en razón" a Mantilla y no desperdiciaba oportunidad para catequizarlo. Venía hasta a buscarlo a la peluquería para discutir con él. Había hecho una manda: haría entrar a Carlos en la iglesia, y lo que es más –afirmaba muy seguro– de rodillas desde el atrio hasta el altar mayor.

—Ya lo verán, ya lo verán. No pasan estas cabañuelas sin que lo veamos. Alabada sea la virgen y su vientre purísimo que sin pecado concibió. ¡Amén!

Un día me tocó llegar cuando más acalorada estaba la cosa.

Cada quince días bajaba a la peluquería Cuco, el sacristán, para que Carlos le trasquilara las greñas y para reanudar el debate interrumpido. Esa tarde, mi amigo Mantilla peroraba y agitaba las tijeras con tantas ganas que Cuco, sentado en el sillón, empezaba a encogerse y a rezar para sus adentros.

—Cuál es la diferencia entre los buenos y los malos —gritaba acalorado Carlos—, entre los justos y los pecadores. Para mí todos están en la misma situación. A veces los buenos están más jodidos que los malos. Todos nacen, crecen, joden y se mueren. Todos sufren desengaños, injusticias, humillaciones, con uno que otro ratito de vacilada. Todos son hipócritas, embusteros, tramposos; unos más, otros menos, con la diferencia de que los que van a la iglesia son más apretados, más tiesos, más

sangrones, porque no pueden ver que los otros, "los malos", se diviertan y se hagan la vida un poquito más llevadera con sus parrandas y sus vaciladas.

—Con esas ideas —le dijo Cuco débilmente— te vas a ir derechito al infierno.

—¿Cuál infierno? El infierno está aquí, mano. Unos cuantos políticos ladrones, unos cuantos negociantes que se hacen ricos con el sudor y el hambre del pobre, unas cuantas putas de lujo del cine y de la alta, esos son los favoritos de Dios. Los demás no somos más que infelices entenados del diablo y ya estamos en el infierno. Para qué quieres más lumbre que ver esos viejos panzones en sus Cadillacs, con un rollote de billetes y una rubia de esas platinadas, con un abrigo de pieles, sentada junto a él. ¡Marranos! ¡Hijos de la chingada! Bien dice el dicho: "Los buenos culos para el rico son".

—Nosotros no podemos poner en tela de juicio los altos designios de Dios. Hay que resignarse.

—¿Altos designios? Cagada, mano. ¿Sabes? El cabrón que nos hizo, el que nos echó al mundo sin consultarnos, tiene dos caras, mano: una de Dios y otra de diablo. Así que cuando la cara de Dios voltea hacia ti, cuando te da unos momentos de felicidad, cuando das una buena comidota o te tiras un buen forro, hay que darle las gracias, mano, hay que cantarle himnos y alabanzas. Pero cuando te está llevando la chingada, cuando sufres y nadie te consuela, cuando le gritas y no te contesta, cuando todo se te viene encima y hasta los perros te mean, entonces hay que escupirle la careta de maligno desgraciado y hay que mentarle la madre al infeliz. Esa es toda la religión que se necesita, lo demás son puras cabronadas, puras falsedades de los curas.

—¡Cristo Rey! Tienes el corazón y el cerebro envenenado, Carlos. Con esas ideas puedes llegar hasta el asesinato.

—Si hay otra vida, como tú dices, ¿qué importancia tiene el asesinato? ¿Malo en cuanto a qué? Nada más le das su boleto para el otro mundo. Quizás hasta te dé las gracias cuando lo encuentres allá, donde todo está bien, donde no hay problemas, donde todos son felices paseando por las calles de oro y tocando su arpita en alabanza del Señor. Ves, esto de la moral y de la culpa ¡es pura cagada!

Cuco abría la boca y no hallaba qué contestar. Entre dientes empezaba a rezar. Carlos, con las tijeras en alto, se inclinaba sobre él y con una sonrisita cruel, de verdadero diablo, le preguntaba:

—¿Cómo te sientes? ¿Aguantas el último trancazo?





—¡Quién sabe! Pueda que sí.

—Bueno, pues ahí te va. No hay Dios, mano, no hay Dios. Métete bien eso en la cabeza. El día que lo sepas con toda tu alma y tu estómago y tu cabeza y tus huevos, ese día empezarás a ser libre.

—Pero, es que...

—Nada, nada. ¿Cuántos siglos tiene el hombre sobre la tierra? Millones y millones de siglos. ¿Y cuántas lágrimas ha llorado en esos millones de siglos? Tu crees que si hubiera alguien allá arriba no se hubiera apiadado ya de los hombres que sufren y lloran desde que nacen.

—Nadie puede saber sobre los altos designios del Creador.

—Y vuelta con los altos designios. ¡Mierda! Eso no significa nada. No hay designios. No hay propósitos. No hay más que la vida. Esa sí es real y hay que sacarle todo el jugo mientras dura.

—Entonces, si no hay Dios, ¿podemos hacer lo que nos dé la gana?

—Si tienes huevos, si eres libre completamente, puedes hacer lo que quieras. Nada más acuérdate de esto: cada cabronada, cada canallada, cada mezquindad, cada cobardía que cometas en perjuicio de tu hermano, te achica, te hace menos hombre. Y al sentirte menos hombre te irás para abajo, te sentirás triste, culpable, menos libre. ¿Por qué? No lo sé, no lo comprendo, pero así es. Yo lo sé y punto. Y mira que yo he pasado por cosas que tú ni te imaginas y que no te deseo.

Luego abría la boca, se tocaba los dos dientes de oro que tenía y exclamaba muy satisfecho:

—¡Tengo mucho colmillo, mano, mucho colmillo! A mí no me vengas con esas pendejadas del infierno y de la gloria. El infierno y la gloria están aquí en la tierra. Y aquí en el corazón de cada hijo de su madre.

# Capítulo 21

Entre más conocía a Carlos, más me asombraba de él. Cada día que pasaba, descubría un aspecto nuevo de su personalidad. Había varios Carlos, no uno, metidos en aquel cuerpo enclenque y un tanto deformado. Y todos eran rete simpáticos.

Una tarde me encontré la peluquería cerrada. Detrás del cristal de la ventana había un cartelito que decía: "Cerrado porque me fui a pescar. Vuelva Mañana".

Esa noche cenamos de mantel largo. Carlos frió las truchas que había pescado en una tinaja que está arriba del cerro y que solo él conoce. Además destapó una botella de vino blanco que trajo de casa de don Elías, *el Gallego*. Estaba rete contento y no tardó en explicarme por qué. Leonor le había dado el sí esa mañana. Ya eran novios.

—Después de que la dejé en la botica —me contó— me entró una huevonada del cabrón. Había que celebrar, ¡qué caray! Total, saqué la caña de pescar y me fui al cerro y con tan buena suerte que ya ves. Estas truchas son bocado de cardenal. Y hoy las saborean dos pobres herejes como tú y yo. ¡Viva el amor!

Después de cenar, Carlos me dijo con cierto misterio:

—Como has resultado muy buen cuate, voy a enseñarte algo que a nadie le muestro. Ora verás —se fue a la petaquilla, y del mero fondo extrajo un grueso cartapacio y lo abrió: eran una bola de dibujos en cartoncillo, hechos con colores de agua, lo que nombran acuarelas; me los fue pasando uno por uno, mientras decía, no sin cierto orgullo—: Yo los hice, mano. Y sin que nadie me enseñara. A ver qué te parecen.

Carlos empezó a mostrarme sus pinturas. Había que verlas, quieras que no, porque los colores eran chillones, lo más fuerte que se pueda encontrar, rojos, morados y amarillos como girasoles recién abiertos y llenos de sol. Al ratito empezaba uno a descubrir de qué se trataba: mu-





jeres muy gordas, desnudas, de piel canela, tendidas en el zacate verde o a la orilla de ríos con un agua muy azul que no corría; vacas con unos cuernos enormes, muy blancas y con ojos adormilados; y allá, a lo lejos, montañas moradas y todo bajo un sol dorado brillante que de veras calentaba; casitas muy chistosas con humo en la chimenea, árboles llenos de manzanas o de plátanos y venaditos bebiendo en un lago lleno de patitos feos; o puentes muy largos sobre los que iba pasando un trenecito de juguetería; abajo, en el agua sin reflejos, unas sirenas cantando y peinándose las largas cabelleras; en el rincón derecho, encima de una nube muy abultada, una niña con cara de querubín tocando un violín; un burrito pardo con tres palomas en el lomo comiendo lirios en un prado lleno de flores silvestres; en el fondo una casita chueca con un hilo de humo saliendo de la chimenea; un campanario en el atardecer, lleno de ángeles blancos y en la casa de enfrente un hombre con pico de gavilán viéndolos con ojo codicioso; un escarabajo o cucaracha multicolor dándole cuerda a un corazón que echa chispas por todos lados, muy bonitas lumbres de todos colores, como las de los juegos artificiales; en otro, una paloma enorme que lleva en el pico una espada, vuela por encima de una aldea antigua llena de torres, en la punta de la espada está ensartado un corazón que chorrea sangre y en el lomo de la paloma está una jaula de la que asoman las caras alegres y azoradas de unos niños que parecen angelitos. Los techos de las torres están llenos de gente con vestidos muy raros viendo pasar la paloma por el cielo sin nubes; allá en el fondo se ve un volcán en erupción y a la izquierda un brazo de mar y una barca con vela anaranjada; en la cubierta, un hombre y una mujer, abrazados, besándose. En otro se veía una ballena muy gorda, muy cachetona y sonriente a la orilla de una isla con un par de palmas; adentro, en la panza de la ballena, estaba Jonás, un triste marinero sentado en una silla jugando a la baraja con un pez espada sentado en otra silla; encima de la mesa había una lámpara de petróleo y un trasto con unas flores marinas muy bonitas pero muy raras.

Todos los dibujos eran por el estilo: raros, extraños, pero en cierto modo bonitos. Todos me dejaban una sensación extraña, como si ya los hubiera visto en sueños.

Yo no sé nada de pintura, pero he visto muchos cuadros de artistas famosos en los libros de pintura que llevaba mi papá a la casa. Los hojeábamos mis hermanos y yo, no porque nos guste el arte, sino por ver a las mujeres encueradas. Mi jefe tiene una enorme colección de viejas encueradas. Había unas rete feas, pero otras eran unos verdaderos

mangos. Había una que nos encantaba y que nos llevamos un día p enseñársela al Charro y al Ciego. Era una mujer desnuda, dormida d bajo de un árbol con una mano encima del burrito. ¡Hijo, qué hemb Bueno, pues las mujeres que pintaba Carlos no le pedían nada a las producciones de mi jefe. ¡Y qué colores!

—No cabe duda —le dije entusiasmado a Carlos—, eres un gr pintor, un pintor de a de veras. Ojalá que pudieras vender tus cuadr Si los mira alguien que conoce, te harías rico.

—¿Pero tú crees que alguien va a dar lana de verdad por estos ma chones de colores?

—¡Qué poco sabes! Hay pintores que son millonarios, como Die Rivera.

—¿Quién es ese tío? Creo que en algún periódico lo he oído me tar.

—Es un panzón con ojos de sapo que llena las paredes con un monotes así, que parecen cocos, pero le dan harta lana por sus cuadr Tus cuadros son mejores que los de él —terminé entusiasmado.

Los ojitos de ratón de Carlos brillaban entre agradecidos y asust dos.

—¡No me digas! Sin embargo, aunque me dieran mil pesos por c da uno de ellos, no los vendería.

—¿Por qué no?

—Los quiero mucho. Me divertí a lo mar pintándolos. Los quier tener aquí conmigo y echarles un vistazo antes de petatearme.

No dije nada. Carlos se calló también. Se quedó viendo sus pintu ras largo rato con una sonrisita boba.

Cuando acabó de guardar sus cuadros, se quedó parado, sin ha blar, rascándose con los dedos la barbilla y los ojos llenos de malici sonriente.

—Mira, ven para acá. Aquí tengo otro cuadro, el que más quiero. Pero este no se lo enseño más que a una que otra gente. A mis verdade ros cuates.

De abajo del colchón extrajo con infinito cuidado un bulto plano, envuelto en un montón de periódicos amarillentos. Fue quitando capa sobre capa de periódicos. Al fin apareció un pedazo de fibracel que era más grande que los otros. Me jaló hacia la luz de la ventana y luego lo volteó para que viera el dibujo.

Era una mujer desnuda con los ojos semi cerrados, acostada en la arena a la orilla del mar. De entre sus piernas brotaba una flor, una azu-





rena blanca que parecía querer alcanzar la luna azulosa que alumbraba débilmente el mar. No había allí colores chillantes, todo era gris-blanco-azuloso, como una noche de luna.

Ante mi silencio asombrado, Carlos empezó a hablar atropelladamente:

—¿Sabes qué quiere decir eso? ¿No? Pero si está clarito, mano. ¡Las mujeres son lo más hermoso que hizo Dios, lo más bueno! Y el pinche de las mujeres es como una flor que perfuma la vida, tan asquerosa en otras cosas. Sí, mano, una flor misteriosa que te levanta hasta el quinto cielo, hasta la luna. ¿Ora si le entendiste, verdad? ¡Pues no se te olvide! Y repégate a las mujeres siempre que puedas. Ellas te harán olvidar todo lo demás.

Volvió a envolver amorosamente el cartón en los periódicos y yo me quedé repasando sus palabras. Me sonaban a conocidas. Parecía que mi padre estaba hablando por boca de Carlos. Empecé a adivinar por qué mi padre y mi madre se reían tan sabroso cuando se besaban, cuando estaban contentos.

# Capítulo 22

Tengo una memoria pésima para las cosas malas, para los tragos amargos. En cuanto le echo peso al estómago se me regocija el gusto, me entran unas cosquillitas muy sabrosas por todo el cuerpo como si la sangre estuviera de fiesta. El mundo se me hace más bonito, más aluzado y lleno de colores y la gente rete simpática. Así soy, qué caray, y tantos cuerazos que me ha dado la vida, tantas hambres que he pasado, tantas burlas y humillaciones que he sufrido no me lo han podido quitar. Acá, adentro, no sé dónde, si en la cabeza o en el corazón, sé que pase lo que pase al final todo saldrá bien. No importa qué tantas machincuepas me haga hacer el destino al último caeré parado.

Aunque soy muy aguantador, también sé sufrir, por mí y por los demás. Cuando estoy jodido, me tengo una lástima del cocol. Y también siento lástima de verdad con los pobres, los miserables, los mancos y los cojos, los ciegos y los sordos, los mendigos y las putas viejas. Los chavalitos descalzos, remendados, con la cara sucia y las narices llenas de mocos me hacen llorar. Sin embargo, esas semanas que pasé en El Salto, al lado de Carlos, no tuve oportunidad de sentirme triste ni de tener compasión por nadie. Fui feliz en toda la extensión de la palabra. Estaba contento, sano y bien comido y por días enteros no me acordaba de mi familia, ni de la espinita que llevo clavada en el corazón... el recuerdo de Ana María. Esa vocecita interior, tan mortificona, tan insistente, que por las noches me preguntaba: "¿Qué andas haciendo? ¿A qué le tiras? ¿A dónde vas?", parecía haberse callado o yo me había ensordecido. Los días y las semanas pasaban sin sentir, engolosinado con la charla de Mantilla, de la que tanto estaba aprendiendo y la satisfacción de comer a mis anchas y dormir en una buena cama. El tiempo también ayudaba. Era octubre, ya no llovía ni hacía calor; y el aire, sobre todo en las noches, estaba cargado de un olor muy agradable que subía del río, olor a





orilla húmeda, a fruta madura, a no sé qué. Era un olor suave, ligero, que se le iba a uno a la cabeza y lo hacía sentirse no diremos borracho, pero sí medio alebrestado, muy a gusto y muy en paz con la vida. Hacía mucho tiempo, desde los días allá en el pueblo, que no me sentía así.

Una noche que habíamos estado hablando hasta muy tarde, desmontando y volviendo a montar el mundo y la vida a nuestro antojo, unos fuertes toquidazos en la puerta de abajo nos vinieron a despertar del primer sueño.

Carlos, en calzoncillos, se arrimó sobresaltado a la ventana empuñando un viejo pistolón que guardaba en la cómoda junto a su cama.

—¿Quién? ¿Qué quiere? —gritó mohíno.

—Yo. ¿Aquí vive Carlos Mantilla? Baje por favor. Es urgente. De parte de la señora Corona.

—¡Voy!

Carlos se metió los pantalones y los zapatos sin calcetines, refunfuñando no sé qué; prendió la luz y bajó a grandes trancos la escalera. Lo oí quitar el largo aldabón de fierro con que atrancan el zaguán en los pueblos y luego hablar en voz baja con el hombre que nos había despertado. Hablaron buen rato, aunque yo no pude distinguir más que una que otra palabra. Luego el hombre dijo más alto "Buenas noches" y Carlos atrancó la puerta y subió muy despacito, frotándose las manos y sonriendo misteriosamente.

—Fíjate, mano, que me ha caído una de las chambas más raras. ¡Y a estas horas!

—¿Qué? —pregunté intrigado—. ¿De qué se trata?

—Nada, manito. Que tengo que ir a rasurar a un muerto.

—¿Un muerto? ¡Cómo!

—Así como lo oyes.

—¿Quién se murió? ¿Es de aquí?

—Un pobre chavalo como tú. Era mi tocayo. Carlos Corona. Se le metió en la cabeza ser torero. Y ahí tienes. Acabó en los cuernos de un bicho.

—¿Dónde fue eso? ¿Cuándo?

—El domingo pasado toreó en México. Era su gran oportunidad. Pobrecito; fue también su última oportunidad. Lo cogió muy feo un toro después de liarse tanto toda la tarde. Los doctores no pudieron hacer nada. ¡Se petateó! Antier se fueron su mamá y un hermano a traer el cuerpo para enterrarlo aquí.

—¡Pobre! Y pobre de la mamá y los hermanos.

—Sí. Lo querían mucho. Todo el pueblo lo quería. Y ahora voy a tener que arreglarlo. Era muy cerrado de barba. Tenía toda una estampa de torero andaluz, más cuando se ponía sombrero cordobés y chaqueta corta. Todo un tipo el canijo. Lástima.

—¿Y por qué a estas horas?

—Acaban de llegar con el cuerpo en una ambulancia. Y lo quieren vestir con su traje de luces antes de que empiece a llegar la gente. Él pidió que lo enterraran vestido de torero.

—¿Y cuánto te van a pagar?

—Pues como es un caso excepcional me van a dar veinticinco pesos. Yo no les cobraría nada porque era mi amigo, pero necesito el dinero. Además, los otros clientes le van a agarrar escrúpulo a la navaja. La voy a tener que poner en una vitrina, junto con su retrato, para que todos la vean, además de un corrido que le voy a componer.

—Ah, carajo. De todo has de sacar raja.

—Bueno, voy abajo a hacer café antes de irme. Si quieres ve al entierro. Lo van a enterrar temprano porque ya tiene dos días de muerto. Allá nos vemos.

El día que enterraron a Carlos Corona había caído en la madrugada un aguacero "padre" y los arroyos iban llenos de un agua zoquetosa. Toda la mañana siguió lloviznando y yo llegué medio empapado a la casa de la señora Corona, que estaba como a diez cuadras de la plaza, junto a una empacadora de zacate, que era de ellos, es decir, de la viuda y de los hermanos del novillero muerto.

Había mucha gente guarecida en un portal grande que daba al patio principal. Muchos rancheros, algunos tipos del pueblo, todos gente pobre y humilde, uno que otro catrín enfundado en traje de casimir negro y unos fotógrafos que a leguas se veía que habían venido desde México.

Nadie hablaba. Solo se oía el gotear de las canales y de vez en cuando el quiquiriquí de un gallo en algún corral cercano. Aquel canto del condenado gallo y el día nublado estaban muy a tono con la tristeza que se respiraba en aquella casa. Yo también me sentía friolento y triste.

En el centro de la sala estaba tendido Carlos Corona, con su traje de luces de un verde deslavado con adornos amarillos también medio opacos y raídos en un catre de esos antiguos de perillas de bronce. Alrededor del cuerpo había muchas flores, moradas, amarillas y blancas. No sé qué eran, no sé sus nombres, pues nunca me interesó la botánica, pero eran flores muy apropiadas para un muerto. Sentadas en sillas pega-





das a los muros encalados había un montón de viejas enlutadas que rezaban o chismorreaban en voz baja. Allá junto a una rinconera, encima de la cual estaba la imagen de una virgen, estaba sentada una muchacha rubia, medio bonita, que sollozaba de vez en cuando y se llevaba un pañuelito muy blanco y muy fino a los ojos. Probablemente era una de las hermanitas.

Al ver aquel chavalo, al torerito muerto, casi de mi edad, muy pálido, muy serio con las manos amarradas con una mascada y un crucifijo encima, al verlo allí, en medio de cuatro grandes velas que parpadeaban sin cesar, se me anudó la garganta y se me salieron de los ojos unos gruesos lagrimones. Todos me estaban pelando los ojos, curiosos, pero no me dio ni pizca de vergüenza. De veras tenía ganas de llorar como si el torerito fuera mi hermano. Por unos momentos sentí lo terrible, lo extraño, lo fea e imponente que es la muerte. Se me hizo que el que la inventó se alcanzó una puntada muy gacha. Y al darme cuenta que yo mismo, que mi mami y mi papá, que mis hermanos tendríamos que pasar por aquello, hizo que se me encogiera el corazón muy raro, muy feo. No era miedo, palabra, sino tristeza y coraje al mismo tiempo. ¡Nacer para morir, qué pinche truco! Y morir cuando es uno joven, cuando está lleno de ilusiones, qué repugnante y odioso se me hacía. Viéndome llorar, la muchacha güera me echó una miradita tierna, de simpatía, y se puso a sollozar con más ganas. Yo también sentí mucha lástima por ella. Ha de haber querido mucho al hermano, tan guapo, tan arrogante, tan valiente, como decían que era.

Para disimular me puse a cazar una mosca fastidiosa que a cada rato se paraba en las fosas de la nariz del muertito. Seguro le atraía el tufito que salía de allí y que ya empezaba a llenar el cuarto.

Aquel era el primer muerto que he visto en mi vida, y hasta ahora el único. Me impresionó tanto que salí de allí medio atarantado y mejor fui a echarme un mezcalito a la piquera de don Melquiades, *el Gallego*. No quise ir al entierro. Anduve como sonámbulo por las lomas cercanas pensando en la muerte. Después, Carlos me contó que casi todo el pueblo lo acompañó y que sus cuates, sus compañeros de escuela que lo conocieron desde pequeño, sacaron la caja de la camioneta donde lo llevaban y en sus hombros lo condujeron hasta el hoyo. Mientras le echaban la tierra salió el sol un ratito. Luego siguió lloviznando.

# Capítulo 23

Ese año el invierno se vino muy de repente. Todo octubre y noviembre estuvo el tiempo muy bonito. Las tardes muy serenitas, llenas de luz y en el aire oloroso a hojas secas, a rastrojo mojado, se oían las voces de los campesinos desde muy lejos. Toda la gente se veía muy contenta porque era la temporada de las cosechas y había mucho qué comer.

Pero como digo, de repente se vino una onda fría de todos los carajos. En la barbería, Carlos instaló un calentón de petróleo que él mismo fabricó con un tambo que le quitó a Braulio. En el taller, cuando se me ponían las manos muy heladas, prendía un poco de estopa mojada en gasolina para calentármelas y poder seguir desmontando llantas.

Fue en esos días cuando sin darme cuenta empecé a entrarle de veras duro a la grifa. En el billar había conocido a un bato, flaco y medio excéntrico que había corrido muchas aventuras por todo el país. Se llamaba Tito Arriaga y había andado de ayudante de un prestidigitador. Una noche, después de jugar una tanda de cuatro juegos de billar, que me ganó muy fácilmente porque era muy trucha para el taco, lo invité a tomar una cerveza. Aceptó y luego nos salimos a la calle a echarle vidrio a las chamacas. En una calle medio sola saqué mis cigarros y le ofrecí uno. Lo rechazó de plano. En lugar de eso sacó de su agenda un cigarrillo hecho a mano y empezó a tronárselas. Luego luego por el tufo me di cuenta de qué se trataba.

—¿No le haces? —me dijo como que no quería la cosa.

—¿Qué, qué es?

—Anda, no te hagas pendejo. ¿A poco me vas a decir que no conoces la mota?

No quise discutir el punto. Agarré el cigarro y le di las tres chupadas de reglamento y se lo devolví.





Al rato, sentados en el puente que está sobre el arroyo que atraviesa El Salto, me tenía muerto de risa con las aventuras que vivió con el prestidigitador en un pueblito de Sinaloa.

He oído decir por ahí que dizque la grifa es muy mala. Que todos los que la usan acaban locos o hacen alguna tarugada gorda. Yo no sé. Quizá todo dependa de quién la use. A mí nunca me ha dado por matar a nadie, ni echarme a correr por las calles o hablar solo. Muy al contrario, cuando la he fumado me he sentido más bueno, más amigo de todos, más comprensivo y luego el mundo se me hace más bonito, lleno de luz y colores y la música suena más suave, las flores huelen más lindo, la comida es más sabrosa y poseer a una muchacha es como entrar unos minutos en el paraíso.

La grifa enciende una como lámpara mágica en el cerebro que aclara todas las cosas. Repentinamente notamos como que el lucero de la tarde se nos ha metido en el corazón. Y esa luz, que no sabemos si es la del lucero o de nuestro corazón, baña las cosas y las vemos por primera vez tal como son. Y cuando vemos cómo son las cosas, sencillas y bonitas, relucientes y puras, como si las acabara de hacer Dios, sentimos ganas de cantar, de bailar, de reír y de gritar. Reír porque todo está bien, porque todo es como debe ser, porque ya no tiene importancia lo que nos vaya a pasar, lo que tengamos que sufrir. Se sabe todo y el porqué de todo... Lo malo es que cuando se pasa el efecto, no se acuerda uno de nada de aquello que vio tan claro, de aquello que le pareció la "mera verdad".

# Capítulo 24

Yo ya conocía, desde septiembre, a Leonor, la novia de Carlos. Trabajaba en la botica que está frente a la iglesia, en el costado derecho de la placita. Era trigueña, bonita de cara, pero no demasiado. Eso sí, tenía unos ojos negros que brillaban como una brasa que emborrachaban si la miraba uno un buen rato, una sonrisa muy simpática que se lo ganaba a uno luego luego y una boca de labios gruesos y carnosos que se antojaba besar. Era rechoncha pero bien proporcionada. Total, tenía un pegue muy fuerte, la caraja. Así es que no era extraño que tuviera una bola de pretendientes, muchos de ellos viejos ricachones. Pero todos, sin excepción, querían una cosa, ya me entienden. Nadie quería casarse con ella porque había tenido "su fracaso", como dicen en los pueblos. Alguna vez Chalío, el aprendiz de brujo, digo de prestidigitador, me contó toda la historia.

Parece que años atrás, cuando estaba todavía más cuero, se enamoró de un agente viajero que venía dos veces al año de México a vender camisetas, playeras y calcetines a los principales comercios. Dicen que no era feo el canijo y de mucha labia. Y pasó lo que tenía que pasar. El bandido le jincó un chamaco, mejor dicho una chamaca que ahora vivía con su abuela, doña Gertrudis, en un rancho que tenía como a diez kilómetros de El Salto. Leonor se quedó aquí en casa de una tía y entró a trabajar a la farmacia de don Remigio, un viejo flaco, canijo, medio miope, que la quería bien porque el negocio mejoró mucho desde que ella empezó a despachar cafiaspirinas, sobrecitos de sal de uvas, gotas para el dolor de muelas y otros remedios de patente por el estilo. Como digo, la asediaban una bola de viejos verdes y uno que otro ranchero joven con ganas de perdonarle su falta, porque era un bocado que se antojaba. Sin embargo, ella no les hacía caso y nunca dio nada qué decir. Era muy lista o estaba muy escamada del amor. Hasta que





llegó Carlos. Se enamoró de ella desde el primer día que la vio y empezó a cortejarla de un modo muy distinto a los demás. Sin duda, mi amigo tenía tanta labia o más que el agente viajero, porque al fin la hizo novia y estaba dispuesto a echarse la coyunda –como él decía– a como diera lugar.

Leonor y yo nos hicimos buenos amigos desde que supo que yo vivía con Carlos; me regalaba cajetillas de Bohemios sin que se diera cuenta el patrón y una que otra barra de chocolate. Me mandaba al exprés a recoger bultos de medicinas o a poner cartas al correo y cada vez me daba dos o tres pesos de propina. Yo, como han de suponer, encantado, porque además de los fierros en los últimos días de diciembre, me gustaba verla y platicar con ella. Fue conmigo mismo que le mandó decir a Carlos que iba a pasar la Noche Buena en el rancho con su mamá y su chamaquita y que quería que Carlos y yo la acompañáramos. Yo me sentí muy halagado con la invitación y un poco triste a la vez porque tuve que acordarme de otras navidades que pasé en mi casa, principalmente de aquella en que decidí lanzarme a esta pendeja aventura que no parecía tener fin.

En la entrevista que tuvieron esa noche entre los dos, ultimaron los detalles para celebrar a la vez la Noche Buena y la formalización de sus relaciones. Carlos conseguiría prestada la carcacha de Braulio para hacer el viaje y unas botellas de ron para los ponches. Doña Gertrudis tenía listo un guajolote que había engordado con mucha curia y Leonor llevaría pastelitos, dulces y otras chucherías.

El 24 amaneció medio nublado y con un aire de esos que solo soplan allá por el norte. Hacía un frío que hasta los mocos se les congelaban a los chamacos. A las cuatro de la tarde le echamos veinte litros de gasolina a la carcacha de Braulio y pasamos por la botica para recoger a Leonor. Ya estaba lista, muy coquetona con un abrigo nuevo que había mandado traer a Durango y muy pintada y perfumada. La sentamos entre los dos. Carlos se la comía con los ojos y yo empecé a sentir un calorcito muy agradable al estar tan cerquita de ella.

Carlos, medio alocado de contento, le picó a toda máquina para El Pinacate (así se llamaba el rancho). Pero como hacía un frío del carajo, al bajar el primer arroyo se detuvo, nos hizo bajar y sacó de debajo del asiento una botella de ron. Nos echamos unos buenos fajos. Repetimos varias veces, contamos chistes, nos reímos y cantamos. Llegamos medio achispados al rancho, pero a doña Gertrudis, una vieja gorda y bonachona que me simpatizó al instante, aquello no le molestó en lo más

mínimo. Nos recibió muy contenta, junto con la chavala de Leonor, una muchachita flacucha, pálida y seria que en nada se parecía a su mamá y un muchachote estrafalario, medio idiota, al que le decían Tanilo, y que inmediatamente se puso a sonar el claxon de la carcacha sin hacerle caso a la señora que le decía: "Estate quieto, Tanilo. No vayas a descomponer el pito del señor".

El tonto se reía entre dientes y volvía a sonar el claxon muy regocijado. Al fin, Leonor le mandó que bajara los bultos, mientras doña Gertrudis se echaba un trago a pico de botella.

Entramos a la casa. Adentro estaba muy calientito y olía muy sabroso. Era una sala bastante amplia con muebles antiguos del tiempo de don Porfirio, como se ven en las películas. Sobre una mesa grandota de pino bien cepillado ardía un quinqué de petróleo, de esos con capelo y toda la cosa. En las paredes, dos o tres calendarios y las amplificaciones de doña Gertrudis y su difunto marido. Al otro extremo, debajo de una ventanita con vidrios empañados, había una hornilla en la que ardían unos trozos gruesos de encino sobre unas brasas grandes y sabrosas. Los tres corrimos hacia la lumbre, mientras doña Gertrudis nos servía unas tazotas de café hirviendo que nos tragamos despacito saboreándolas, no sin antes haberle agregado su piquete de sotol. Hacía mucho tiempo que no tomaba un café así de bueno, desde los días lejanos de mi infancia que pasé en el pueblo de mi jefa cuando mi papá se fue a la guerra de España.

Leonor se metió a una de las recámaras a quitarse el abrigo. Volvió al rato con un delantal muy mono y se puso a poner la mesa, sonriéndonos de vez en cuando a Carlos, a mí y a la chiquilla que no se tibiaba, parecía de palo. Doña Gertrudis se fue a la cocina a revisar los guisos. Carlos, queriéndose ganar a la hijita de Leonor, se la subió en la rodilla y empezó a contarle un cuento, algo desabrido, pues solo le salen bien los cuentos colorados.

Yo, entre tanto, no hallaba cómo quitarme de enfrente a Tanilo, el tonto que me observaba de pies a cabeza como animal raro, divertidísimo con el par de botas mineras que Carlos me había prestado porque ya mis zapatos andaban algo deteriorados. Él daba vueltas y vueltas en torno a mí, tocaba con el dedo el cuero de las botas y luego exclamaba muerto de risa: "¡Mira! ¡Mira! ¡Trae guantes! ¡Trae guantes! ¡Qué chistoso!". La cosa se repitió varias veces. Pero lo que más me amoscaba era que Leonor y Carlos secundaban con sus carcajadas la risa del idiota. Hasta la chavalita, tan seria, esbozó una sonrisita.





Doña Gertrudis, gracias a Dios, vino a sacarme de mi suplicio, entrando de la cocina con un platón humeante en el que viajaba un enorme pavo relleno que olía a gloria.

El tonto se dio la vuelta como hipnotizado y se le cayó la baba. Todos, como movidos por un resorte, nos arrimamos a la mesa.

Después de la cena nos instalamos frente a las brasas de la hornilla en sillas que nos arrimó doña Gertrudis. A mí y a Leonor nos tocaron las mecedoras. La chiquilla se sentó en una sillita baja de palo con fondo de lazos y el sonso Tanilo, después de la hartada de pavo que se dio en la cocina, se sentó en el suelo, sin pedir permiso, estirando muy a gusto las patotas llenas de cascarrias. Carlos no podía ni quería estar sentado. Estaba radiante de felicidad. Iba y venía acarreando ponches.

Platicamos buen rato muy sabroso. Doña Gertrudis nos contó algo que no recuerdo de las Noches Buenas de antes, cuando conoció a su marido. Carlos también nos hizo desternillarnos de risa con algunas anécdotas chuscas que le pasaron durante su larga vida de aventurero. Leonor, muy colorada y simpática con los ponches o por saberse tan querida por Carlos, se reía a todo trapo.

La chamaca y yo éramos los únicos un poco tristones. Como ráfagas debajo de la bulla y el contento me pasaban los recuerdos de mi casa. Rima alargando la manita hacia las esferas de color del arbolito. Mi papá muy serio probando los foquitos. Mi mamá alistando la ensalada en la cocina. Para olvidar un tanto, le tupí duro a los ponches, pero lo que vino a amolarme por completo fue que a Leonor se le ocurrió que hacía falta música. Sacó de una consola una caja de cartón llena de discos antiguos, rete rayados, y se puso a tocarlos en la Victrola de bocina del año del caldo que estaba en la rinconera. Con el trago no nos importó mucho el ruido que hacía la aguja que había que cambiar para cada disco. Oímos unas jotas aragonesas muy movidas, unos corridos norteños, unos valses muy románticos que enternecieron a doña Gertrudis, como *Salvador*, *Así es la vida*, y *Mauvé* porque los había bailado con su viejo cuando eran jóvenes y *La despedida de don Porfirio Díaz*, con tambores y cornetas, silbatos de tren y toda la cosa que me pareció más buena que muchos programas de radio de ahora. Salió un danzón y Carlos se puso a bailar, dizque para enseñarnos cómo se baila en Veracruz, la tierra de Dios. Por último, ya cuando nos estábamos sintiendo un poco aburridos por aquella música desafinada y gangosa o porque ya se nos estaba subiendo el trago, Leonor anunció: "Ya nomás este les voy a tocar y luego nos acostamos. Es mi canción favorita".

Era de verdad una canción muy bonita, muy dulce y muy triste. Y la que la cantaba de veras tenía voz. Tras una entrada de orquesta muy moderna, con violines, clarinetes y contrabajo a todo dar, la voz fresca y tristona de la muchacha empezaba:

El beso que en mis labios
tú dejaste al partir
en mis labios por siempre llevaré...
Y si un día te encuentro por el mundo
el beso que me diste
te daré...

No sé por qué, en medio de los tragos, se me ocurrió que Ana María me había besado una vez... Pura imaginación, porque apenas si le toqué las manos, blancas, suavecitas. Pero el trago es carajo. Ahí estoy yo, seguro de que me besó. Y todo porque el disco gangoso que Leonor tocaba y tocaba una y otra vez iba diciendo:

El beso que en mis labios
tú dejaste al partir
en mis labios por siempre llevaré...
Y si un día te encuentro por el mundo
el beso que me diste
te daré...

De repente, oyendo eso y acordándome de ella, no pude más y me solté llorando. Así, como un chavalo y sin pizca de vergüenza. Leonor, ya un poco jalada también, corrió hacia mí, me sentó en sus rodillas y me empezó a acariciar los cabellos, meciéndome, arrullándome, como si fuera un bebé: "¡Pobrecito! ¡Pobrecito! ¿Qué le pasa a mi muchachito?".

Mis sollozos se hicieron más fuertes. Hubiera querido morirme junto a aquel seno que olía tan suave, a primavera, a flores, a mujer. Sentí como una lluvia de besos, primero en la frente y luego en la boca. Besos dulces, tiernos como los de mi madre. Quién sabe de qué se acordaría Leonor. Cómo le gustaba ese disco. No se cansaba de tocarlo...

Y si un día te encuentro por el mundo
el beso que me diste
te daré...





Luego la voz de Carlos "apurada", cariñosa:

—Vamos acostándolo. Ya está bien pedo.

—Sí, llévenlo al cuartito de atrás. Allí estará bien —dijo doña Gertrudis—. Al rato se le pasa.

Entre Leonor y Carlos me acarrearon al cuartito; me acostaron, me quitaron los zapatos y me echaron una pesada cobija encima. Sus risas medio apagadas se perdieron en el corredor y yo me quedé dormido como un leño, sumido en un oscuro túnel de inconsciencia. ¡Muerto!

Al otro día desperté con un dolorazo de cabeza de todos los diablos. Por principio de cuentas me tragué casi la mitad de la jarra con agua que estaba sobre el lavamanos. Por lo pronto no me di cuenta dónde estaba. El cuartito, medio oscuro y con un olorcito especial a frutas y a suelo mojado, se me hizo muy extraño. Lo más extraño es que no se oía ni un ruido, ni una voz. Únicamente el canto de unos pajaritos. Era un silencio raro, pesado, pero a la vez agradable. Me acerqué a la ventanita de vidrios, recorrí la cortinita llena de polvo y me asomé.

¡Hijo! ¡Estaba nevando! Todo el campo blanco, blanco y las ramas de los árboles doblándose con el peso de los copos de nieve. Debajo de un encino estaba una vaca, encogida, hecha casi un arco el espinazo, echando un vaho espeso y caliente por las narizotas.

Por un rato se me olvidó la cruda y sentí que se me sobresellaba el corazón de júbilo. Me pasaron por la cholla un chorro de imágenes de allá del pueblo de mi madre, cuando era niño. Las manchas negras del suelo cuando se empezaba a derretir la nieve. Víctor y yo tirándonos bolas de nieve muertos de risa. Germán y Pedro jugando a la baraja en el corralón de don Agustín, sentados en un clarito donde no había nieve, sin importarles el frío, con una botella de sotol al lado. Mi hermana Leila echándole nieve y azúcar a un vaso de leche para hacerse la ilusión de que comía "helado". Doña Gertrudis me vino a sacar de estas imaginerías entrando con una taza de café que humeaba.

—¿Pa qué te levantaste? Hace mucho frío y va a seguir nevando todo el día. Anda, métete a la cama y no te apures.

¡No me hice del rogar! Me metí debajo de la cobija, así vestido como había dormido. Y empecé a saborear el café que me supo a gloria.

—¿Qué hora es, doña Gertrudis?

—¡Oh!, ya casi son las dos de la tarde. Al rato, si no quieres levantarte, te traigo la comida, porque lo que es el almuerzo, ni modo. ¡Se te pasó la hora!

—¿Y Carlos y Leonor?

—¡Oh!, esos ya va pa rato que se fueron. No quisieron despertarte. Anoche te pusiste bastante malito. ¿Cómo te sientes?

—Pues regular. Me duele un poco la cabeza.

—Pos orita te traigo una cafiaspirina y una bebida de yerba de la víbora. No hay nada mejor para la cruda. Ya verás.

—Pero qué pena me da, doña Gertrudis, tanta molestia.

—Anda, anda. No te apures. Esta es tu casa, no faltaba más. Aquí te estás y mañana o pasado o la semana que entra regresas al pueblo. Ya sabes que esta es tu casa.

—Muchas gracias, doña Gertrudis.

Tanilo vino a visitarme, muy intrigado de verme en la cama.

Tanilo se fue derecho a un san Antonio de madera con el niño Jesús en brazos que doña Gertrudis tenía en una rinconera. Lo estuvo viendo buen rato, agachando la cabezota greñuda para acá y para allá como fascinado. Al fin se atrevió a tentarlo con un dedo. Luego, más animado, agarró al niño Jesús y lo desprendió de los brazos de san Antonio. Alborozado, vino a enseñármelo.

—¡Mira, mira, qué santito tan chistoso! Tiene una estaca clavada en el culo... je, je je... y está muerto de risa... je... je... je.

Yo no pude menos que echarme a reír a todo mecate. Pensé: "¡Cuántas veces nos tenemos que reír aunque tengamos la estaca clavada en el culo!".

Tanilo volvió a colocar al niñito Jesús en el regazo del santo y lo siguió curioseando, ansioso de descubrir alguna novedad. Yo iba a decirle que lo dejara en paz cuando se oyó la voz de doña Gertrudis llamándolo.

—¡Tanilo, ya está listo el nixtamal!

El sonso le echó otra mirada tristona a la imagen y salió desganado hacia la cocina, arrastrando los pies.

—¿Qué hay de nuevo, Tanilo?

—No, pos nada, que Che le tuvo que dar sus nalgadas a Indalecia; le subió las naguas y le dio sus nalgadas porque no cuece los frijoles por estarse untando crema en las piernas. Che no la puede ver. Le dijo: "¿A qué olías cuando viniste del otro lado? ¡A puro gringo! A mí no me haces pendejo".

Seguía dándole vueltas al molino, mientras doña Gertrudis se moría de risa. Hasta los pelos del lunarzote que tenía sobre el labio superior junto al agujero de la nariz se le paraban. Tanilo agarraba un poco de masa y se la metía en la boca, y luego seguía:





—¡Esa Indalecia es una caraja! Hasta a mí me ha querido embrujar. El otro día, cuando la nevada, un día que fui a partirle un poco de leña, nomás me vio y me dijo: "Hace mucho frío, Tanilo. Ven, arrímate para acá y vamos gozando de la vida. Al cabo Che no está. Anda buscando la burra en el cerro pelón". Yo me santigüé y me salí corriendo, porque dice mi mamacita que si le hago caso a Indalecia me da el baile de san Vito y entonces sí, puro bailar y bailar y entonces, ¿quién le echa la fregadura a los marranos? ¿A ver, quién?

Como Tanilo se me acercaba a cada rato y doña Gertrudis notó que de alguna manera esto me molestaba, un día me contó la historia de Tanilo, advirtiéndome que era inofensivo y que únicamente buscaba algo de cariño y atención, como un animalito.

Su padre había sido un borracho y el único ateo del pueblo. Su dicho favorito era este: "Dios no existe y los seres se sostienen por sí mismos". Cuando se emborrachaba, se ponía a gritar estas palabras blasfemas a media calle, hasta que su pobre mujer lograba apaciguarlo y meterlo a la casa. Todos los del pueblo eran muy fanáticos y lo odiaban por sus herejías. Poco a poco le fueron quitando el trabajo; era el herrero del pueblo que calzaba los arados, componía pernos y aguzaba barras para la siembra. Así llegaron a la miseria más espantosa y su odio se fue acrecentando hasta lo indecible. El alcoholismo empezó a mostrar sus efectos. Se le reblandeció el cerebro y cada día estaba más loco. Deliraba y blasfemaba a todo pasto. Todos le temían, y aunque él quería provocar broncas y discusiones nadie lo contradecía. Todos se alejaban y lo dejaban hablando solo a media calle hasta que se quedaba dormido, tirado en la calle.

El día del santo patrón del pueblo se celebraba una especie de pequeña feria. Bajaban de las rancherías cercanas los labradores a oír misa, bautizar a sus escuincles y comprar chucherías a los vendedores ambulantes. Siempre traían a un cura de la capital del estado para que oficiara durante dos días. Ese año trajeron a un cura fanático, que al oír la historia de don Celso, esa noche lo tomó como ejemplo para su sermón y despotricó de lo lindo contra los herejes. Llamó a don Celso hijo del diablo y aseguró que se iría derechito al infierno.

Don Celso lo supo y ese día pescó una borrachera de órdago. A las tres de la mañana el pueblo despertó azorado. Tocaban las campanas de la iglesia a rebato y todos se levantaron a ver qué sucedía. Era don Celso que tocaba las campanas a todo mecate. Cesaba un momento y luego venía al pretil y vomitaba insultos sobre el cura y los feligreses.

Luego prorrumpía en una carcajada infernal y volvía a rebatir las campanas.

Una docena de campesinos subieron a la azotea y tuvieron mucho trabajo para sujetar a don Celso y bajarlo. Luchó con ellos propinando tremendos golpes. Parecía que tenía una fuerza sobrehumana, pero al fin lograron dominarlo y casi inconsciente lo llevaron a su casa.

Pero su azoro no tuvo límites cuando descubrieron que la burra de don Celso también estaba en la azotea comiendo tranquilamente el zacate que crecía en las rendijas del pretil. Nadie pudo averiguar cómo la subió en la azotea. Cuando bajaron a don Celso rebuznó sonoramente como si se burlara de todos ellos. Con el tiempo fue tomando cuerpo la leyenda de que el mismísimo diablo lo había ayudado en la sacrílega tarea. Para bajarla tuvieron que armar poleas y construir una especie de hamaca para colocar al animal y bajarlo.

Como a las cinco de la tarde murió don Celso. Tuvieron que enterrarlo en el llano junto a un encino solitario porque el cura se negó rotundamente a que le dieran sepultura en el camposanto. Era un hereje, tenía pacto con el diablo.

Y así fue como me pasé no uno ni dos días, sino quince, dos semanas completitas en el rancho de doña Gertrudis, comiendo muy sabroso porque es muy buena para cocinar, durmiendo a pata tendida porque aquí nadie hace caso del reloj, platicando con la vieja que platica también muy sabroso y con Marina, la hija de Leonor y con Tanilo, el sonso. Unas vacaciones a todo dar que ya me hacían falta, pues aunque el trabajo en el taller de Braulio no era pesado, ya estaba aburrido. Ya necesitaba un cambio.

La ranchería donde estaba la casa de doña Gertrudis se llamaba El Chumacate. Eran una docena de casitas de adobe desparramadas a los dos lados de un arroyo que solo llevaba agua en el verano. Las pobres gentes de allí vivían de sembrar sus tierritas de temporal con maíz y frijol. Tenían sus vacas, sus cerdos, sus gallinas, algún tronco de mulas para barbechar y un caballejo para ir al pueblo por el mandado y las medicinas. Había un solo tendajón del que se surtían de harina, sal, azúcar, cigarros y remedios de patente. Allí en la tienda me tocó ver un día a un tipo de aspecto negroide, como jarocho, que cantó una canción cuando había mucha gente reunida. No sé si la canción se refería a alguien del pueblo, pero toda la gente se la festejaba mucho y se reían con ganas cuando la cantaba y se la coreaban con un ¡ay!, ¡ay!, tulipán:





En medio de aquella plaza
¡ay tulipán!
que llaman del mercado
estableció una gran tienda
un señor adinerado
con el tuli-tulipán.

Los comerciantes del barrio
¡ay tulipán!
se los llevó la tristeza
porque los dejó don Goyo
rascándose la cabeza
con el tuli-tulipán.

El güero Eulogio Ramírez
¡ay tulipán!
se encuentra muy trastornado
porque le quitó los clientes
"la palanca del mercado"
con el tuli-tulipán.

Y decía el "chanchullero"
¡ay tulipán!
por poco estoy que me quiebro
si no tumban "la palanca"
voy a perder el cerebro
con el tuli-tulipán.

El señor don Raúl Flores
¡ay tulipán!
ya volaba muy bajito
si no quitan la "la palanca"
clausura su tendajito
con el tuli-tulipán.

Decía don Eulogio Ramírez
¡ay tulipán!
yo me voy de esta tierra
si no quitan "la palanca"

yo me voy para la guerra,
con el tuli-tulipán.

Don Goyo el de "la palanca"
¡ay tulipán!
dice que metió la pata
y al fin salió como rata
con el tuli-tulipán.

Mañana me voy pal río
¡ay tulipán!
a pasearme en el jaral
y a don Goyo le dio chamba
el amigo Carvajal.

Comparando, doña Gertrudis era rica. Tenía más tierras y de mejor calidad, un huerto de frutales –manzanos, durazneros y ciruelos– y muchas vacas y marranos. Todo se lo había dejado su marido que en vida fue presidente municipal de El Salto e hizo sus moviditas con las que compró el rancho. Las tierras se las sembraban a medias y casi toda la gente le compraba leche, manteca y carne seca.

La pasaba bien porque todo el mundo la quería. Era además caritativa; no había nadie a quien no le hubiera hecho algún favor o sacado de algún apuro.

Mientras remendaba o limpiaba el frijol, sentada en su sillón de cuero, doña Gertrudis se tiraba unos pedotes de miedo. Retumbaban por todo el cuarto y ella seguía tan fresca. "Bueno pa la salud", comentaba alguna vez y sonreía sin pizca de malicia o de vergüenza. ¡Qué mujerota! Tenía un corazón de oro. Todos le debían favores. Y para qué negarlo: yo también, con aquella vida regalada, dedicado exclusivamente al "cultivo del huevo"; yo también me estaba encariñando con ella.

Al rato llegó Tanilo con copos de nieve en la barba rala, en los hombros de su chaqueta de caqui raído y una gruesa capa de nieve congelada en sus zapatos torcidos.

Doña Gertrudis puso el grito en el cielo, cerrándole el paso:

—¡Tanilo, ráspate la nieve antes de entrar! Vas a ensuciar el piso.

Por el cielo medio nublado pasaban bandadas de grullas en formación de "V" cantando monótonamente grau, grau, grau, para luego aterrizar sobre los rastrojos al sur del pueblo.





Tanilo tenía un apetito decididamente exagerado, pero no era un glotón. Después de echarse dos o tres puños de nixtamal en la boca, de meter los dedos en la cacerola y robarse media docena de albóndigas, cuando doña Gertrudis se iba al excusado o a echarles maíz a las gallinas, empezaba a pensar en su mamacita. Se metía dos o tres tortillas enrolladas como taco en la bolsa de atrás de sus pantalones o un par de huevos en la de la camisa. Dos o tres veces lo vi avanzarse los Faritos de doña Gertrudis o algún "quinto" que había dejado olvidado sobre la mesa. Todo para su mamacita, una viejecita muy arrugadita, pero muy vanidosilla que a veces, cuando no tenía qué fumar, venía a echar perico con doña Gertrudis. Todos sabíamos que casi no tenían qué comer, que había días que la pasaban en ayunas, pero invariablemente, con algún pretexto, doña Petrita no dejaba de mentar el Nescafé que Lalo, su otro hijo que estaba en Chihuahua, le había mandado.

Todo en Tanilo llamaba la atención por lo inesperado, por lo incongruente. Los pantalones aguados y llenos de remiendos, la camisa sin cuello y encima una especie de guayabera que casi le llegaba hasta las corvas. Todo en su ropa proclamaba, como luego dicen, que "era más grande el difunto". Aunque Tanilo no se vestía con desechos de algún muerto, sino con prendas que le regalaba el pastor protestante de El Salto, un gringo flaco de largos dientes amarillentos, siempre risueño, que venía una vez a la semana a hacer culto en las rancherías y que acompañaba sus sermones con himnos que tocaba en un acordeón gangoso.

Yo examinaba a Tanilo embobado tratando de descubrir qué era lo que lo hacía tan "raro", hasta que al fin una tarde caí en la cuenta. Todos sus movimientos y sus posturas eran las de un muñeco que alguien –Dios tal vez– manejaba con hilos invisibles.

Pero, títere o no, fue por culpa suya que tuve que salir de allí, humillado y sin la amistad de Carlos, Leonor y doña Gertrudis.

Resulta que un día doña Gertrudis apareció muy enojada porque había perdido un billete de cien pesos que tenía escondido en el santito. Como no era posible que Carlos o Leonor lo hubieran tomado, la culpa recayó en mí, el único extraño y amolado en esa casa. Por más que les juré que yo no lo había tomado, no me creyeron.

Esa noche no pude dormir del coraje y rumiando toda mi mala suerte volví los ojos al piso de mosaico y vi que una cucarachita rete chiquita daba vueltas y más vueltas alrededor de un puntito negro como si estuviera borracha. Se me hizo rete raro y rete chistoso aquello. Duró así buen rato y yo no le podía quitar los ojos de encima. Eso me hizo olvi-

dar mis penas. Odio las cucarachas, me dan asco y siempre que veo una hasta gozo aplastándola con el zapato.

Ya me encaminaba a matar a la cucarachita vaciladora cuando de repente sentí lástima. Decidí perdonarle la vida. No sé por qué. No me lo explico. Quizá porque me había quitado por el momento los negros pensamientos que me atormentaban. No sé. O quizá porque sentí que el destino de los hombres es muy parecido al de las cucarachas. Estamos ahí, dando nuestra vaciladita o corriendo de aquí para allá en busca de una migaja de comida o tras de una hembra que nos gusta, cuando de repente ¡plas!, la patota de Dios o del diablo, o no sé de quién, de eso que está ahí aunque no se ve, nos aplasta sin misericordia y nos deja hechos una plasta húmeda, asquerosa. Y punto. ¡Punto final!

Algo de eso me ha de haber pasado por la cholla como un relámpago; el caso es que le perdoné la vida a la cucarachita y la seguí mirando, divertido con sus vueltas idiotas. La pobre al fin se cansó o se dio cuenta de mi presencia y echó a correr para un rincón. Luego se metió en un agujero. Y yo volví a mis cavilaciones.

Ya casi en la madrugada me salí muy silencito y sin despedirme; abandoné para siempre esos amigos con los que pasé muchos días felices en mi largo camino.



# Libro tercero

## Capítulo 25

*El camino*
*Camino andado... camino desandado.*
*El cuerpo a cuerpo con un pensamiento afilado.*
*La pena que interroga cada día y no responde.*
*La pena que no se aparta, y cada noche me despierta.*
*La pena sin tamaño y sin nombre.*
*El alfiler y el párpado traspasado.*
*El párpado del día mal vivido.*
*La hora machacada, la ternura escupida.*
*La risa loca y la puta mentira.*
*La soledad y el mundo.*
*Camino andado.*
Camino desandado.
Octavio Paz.

Solo en una cosa estoy de acuerdo con mi papá. En todas las demás pensamos diferente. Todo el tiempo nos estaba repitiendo que se aprende más viajando que yendo a la escuela. Él fue, según nos contaba cuando estaba de humor, un gran andariego. Conocía todo México y casi todos los Estados Unidos, algunos países de América del Sur y algo de España porque se alistó como voluntario al lado de los republicanos cuando la Guerra Civil. Odia a Franco, el beato más cabrón que ha habido con toda el alma. Se burlaba constantemente de los hombres educados, de los que fueron a colegios y universidades. Él no cursó más que la preparatoria. Le preguntábamos por qué no había hecho una carrera y contestaba: "¡Tenía mucha prisa por comenzar a vivir!".

Sin embargo, sabe mucho. Lee constantemente. Habla inglés y francés y lee italiano y portugués. Dice que cuando sea viejo va a aprender chino y japonés, nada más para leer a los filósofos zen. ¡Sepa Dios

qué será eso! En casa oíamos a veces el programa de radio del doctor IQ. Mi papá podía contestar el ochenta por ciento de las preguntas. "Habías de concursar", le decía mi madre. Y una temporada se animó y estuvo siguiendo al doctor en los cines donde actuaba, pero nunca le tocó que le preguntaran alguna cosa. "Así es la vida. Le regala peines a los calvos", dijo mi papá, desalentado, y nunca más volvió a seguirle los pasos al doctor IQ. Hace cuatro años, cuando fue a California a ver a un amigo suyo de la juventud, un judío que ahora es millonario, para que le prestara dinero para filmar uno de sus argumentos de cine, yo empecé a pintar venado. Cuando regresó, sin conseguir el dinero, por supuesto, se disgustó mucho conmigo, porque había perdido el año.

Ya nunca ha vuelto a ser el mismo conmigo. Pero no creo que sea porque dejé de ir a la escuela. Si eso fuera me habría hecho ir a la fuerza. Creo más bien que es porque no tengo ambición, porque no quiero ser un hombre importante, porque nomás ando viendo el modo de divertirme. "Mírenme a mí", exclamaba cuando de vez en cuando regresaba a la realidad y nos regañaba por la vida que llevávamos mi hermano y yo. "A los catorce años yo publicaba un periodiquito. A los dieciocho ya había escrito más de cien poemas y compuesto algunas piezas de piano. A su edad yo había vivido mucho. Pero ustedes, ¿qué han hecho?, ¿qué piensan hacer? Nada. ¡Absolutamente nada! Son unos pobres diablos que no saben ni divertirse. ¡Siempre aburridos, siempre descontentos, siempre cansados! ¡Y eso cómo me exaspera!".

Después de El Salto me dediqué a caminar, caminar, unas veces a pata y otras en troca. Fue un camino con muchas vueltas y vueltas, muchas subidas y bajadas, muchos días alegres o tristes, muchas noches de insomnio o de sueños turbios, de borracheras gachas y crudas espantosas, horas de abundancia –unas cuantas– y largos trechos con la tripa completamente vacía, con el estómago doliéndome como si tuviera adentro algún bicho que me chupara la sangre.

Y la gente con que me topé o a la que hice compañía. ¡Qué tipos! Unos la mar de gentes, aunque anduvieran jodidos; otros hijos de puta, en toda la extensión de la palabra.

Durante todo este episodio le entré a la mota con fiebre. No sé si porque me sobraron oportunidades o tentaciones o porque no se me ocurrió rechazarlas. Me las tronaba para olvidar, para aguantar, para seguir andando. Por unas horas lo conseguía, más si el bato con quien me daba las tres era aguzadillo y platicador. Venía luego la cruda y para salir





de ella había que entrarle de nuevo a la maldita yerba, al "círculo vicioso" como dicen los pedantes. Al rato ya no sabía ni dónde estaba, ni qué quería, ni por qué lo hacía. Hubo ratitos, de esos muy raros que no suceden muy seguido, en que uno se siente como en otro mundo, como que se salió del pinche cuerpo y que si le da la gana puede empezar a volar hacia las nubes o andar por encima del agua como Cristo. Y en alguno de esos momentos se me llegó a olvidar cómo me llamaba. Entonces me empezó a dar vuelta la cholla y me entró un miedo de la chingada.

Bien, pues así en esa condición, hambriento, cansado, borracho, medio loco, anduve por los estados del centro y vi y oí muchas cosas que apenas recuerdo, como si hubieran sido sueños.

Me chingué en un pueblo a una ranchera rica, ya jamona, que me vio pasar por enfrente de su ventana y me mandó hablar con la criada. No estaba mal de carnes, pero estaba medio bizca y no tenía llene. Si me dejo me devora. Me contó que su esposo era comprador de ganado y andaba casi siempre fuera. Mientras él la engañaba con las rancheritas del contorno, ella le pagaba con igual moneda, metiéndose con todos los compadres, los "principales" del pueblo y hasta con el cura. "Pero ya hace tiempo", me dijo, "que tenía ganas de echarme al plato a un tempranillo como tú. Los viejos están buenos para maridos, pero no para queridos". Le estuve dando servicio y comiendo a mis anchas cosa de una semana, pero como la vieja era un disco bastante rayado, un buen domingo me largué sin decirle adiós.

El pueblito está allá abajo, envuelto en una bruma azul que lo hace aparecer más lejos de lo que en realidad está. Las casitas grises y rojas se acurrucan en torno de la iglesita blanca como pollitos alrededor de la gallina. Yo voy bajando lentamente la cuesta, con la esperanza de comer algo, de descansar, de encontrarme con alguien y cambiar unas cuantas palabras. Hace ya más de cinco horas que no hablo con nadie, más que conmigo mismo, preguntándome y contestándome las mismas cosas, atormentándome con lo que no hice, con lo que debiera haber hecho, con lo que algún día haré o no haré. Mis pies, adoloridos por la larga caminata –desde que amaneció estoy caminando, sin que me haya alcanzado algún coche o camión que pudiera darme un aventón–, van pisando la tierra blanca, calcárea, hecha casi polvo por tantos carros, carretas, animales y gentes que la han pisado por años y años. Me llegan de allá abajo ladridos de perros, cacareos de gallinas y voces de niños y de hombres que no logro descifrar porque parece que el viento

y la distancia las medio borra, les quita los contornos y las vuelve so
rumores imprecisos, sin significado. De repente el aire se llena de u
música clara y alegre de mariachis. El sonido es algo metálico, rispi
como si la aguja del alto parlante ya estuviera muy gastada, pero las p
labras de la canción me llegan claras y fuertes, llenas de brío varonil

Tú no mereces nada
qué vas a merecer,
ni el plomo de una bala
ni llamarte mujer.

El rasgueo de las guitarras se me cuela por el cuerpo y como que m
revive un poquito. Acelero el paso sin saber por qué, pero lo que m
despabila completamente son las palabras con que el locutor, un poc
engolado y presuntuoso, rubrica la canción que acaba de finalizar:

—Amigos campesinos: la Secretaría de Salubridad y Asistencia
atenta siempre a las necesidades de los habitantes del campo, me h
conferido la noble y altruista misión de proporcionarles a ustedes un ra
to de esparcimiento sano y a la vez educativo, como un remanso en la
rudas tareas de todos los días. El primer número es un jocoso diálogo
entre dos hombres humildes, dos hombres del campo como ustedes, y
que espero que a la vez que los divierta, los instruya señalándoles una
meta qué perseguir, conforme al Programa de Bienestar Social Rura
que la propia Secretaría ha elaborado. Viene, pues, ahora nuestro diálo
go que se titula "La letrina".

Aquellas dos palabras, "La letrina", se quedan como suspendidas
en el aire y el corazón me da un vuelco. Yo las conozco. Las he oído
antes en boca de mi padre. Y antes de que empiece el disco ya sé lo que
va a decir y en mi mente se reconstruye con toda claridad la sala de mi
casa, el rostro socarrón de Menocal, el refugiado español, amigo íntimo
de mi padre, y la voz amargada de mi padre tronando contra su suerte,
mientras pone el disco en la consola para que lo oiga su amigo. Sin em-
bargo, aguzo el oído y escucho, mientras acelero el paso casi hasta co-
rrer.

### *La letrina*
### *(diálogo grabado en disco)*

[BARTOLO:] —¡Quihúbole, viejo! Ya ni con vidrios de aumento se te ve. ¿Pos onde te has metido?





[CHENCHO:] —Pos onde ha de ser. ¡En mi jacalito, cuate!

[BARTOLO:] —¡Algame san Quilmas! Pos ora si te amarró la vieja la coyunda.

[CHENCHO:] —¡Calmantes montes! A mí no me vengas con esas figuraciones. Estoy en casa por mi mera gana.

[BARTOLO:] —Pero cómo, ¿pos qué misterio te traes? ¿Qué estás haciendo?

[CHENCHO:] —¡Qué misterio ni qué sonajas! ¿Sabes lo que estoy haciendo?

[BARTOLO:] —No me lo puedo imaginar.

[CHENCHO:] —Pos tupiéndole a la "mejoría".

[BARTOLO:] —¡Algame el Santísimo! De tanto estar encerrao ya te estás poniendo lucas. ¿Qué es eso de la mejoría?

[CHENCHO:] —¡A que mi mano tan ignorantote! ¿Pos de qué te sirve esa cabezota? ¿Pos qué no has ido a platicar con la maestra y con don Sixto, el boticario?

[BARTOLO:] —Pos sí que los he oído hartas veces, pero la verdad, cada vez que hablan me rezumba la cabeza y es muy poco lo que saco en claro.

[CHENCHO:] —¡Pos fíjese, tarugo! ¿Qué no los ha oído decir "que la mejoría pa acá... y que la mejoría pa allá... y que el saneamiento... y que el progreso... y quién sabe que más taralatas como las que echa el radio de Merejildo el del tendejón.

[BARTOLO:] —Pos sí..., ¿pero eso qué tiene qué ver con la mejoría esa de tu casa?

[CHENCHO:] —Usté lo ha dicho, cuaje [*recalcando*], la "mejoría de la casa". Darle su encaladita. Ponerle su piso de cemento. Ademar la noria y aluego la letrina. ¿A que no sabes qué es una letrina?

[BARTOLO:] —Pos ya tú sabes que a mí no me cuadra la "letura". ¿Se trata de letras, no?

[CHENCHO:] —¡Cómo que de letras! La letrina es un lugar, una casita... bien arreglada... para... para... para... ¿Pos cómo diría la maistra eso?

[BARTOLO:] —A ver... a ver... ¿Pa qué sirve tu mentada casita... tu letrina?

[CHENCHO:] —Aguárdate tantito. ¿Cómo te dijera?... Pos sirve pa hacer uno sus necesidades... ¿Comprendes?

[BARTOLO:] —¡Ah, canijo! Ora sí te entiendo. Pa qué darle tantas güeltas si es algo tan sencillo. ¿La letrina es un hoyo, no?

[CHENCHO:] —No, mi cuate. Estás cuatrapeado. Es un hoyo y no es
hoyo. Es decir... vamos, no es un hoyo cualquiera.
[BARTOLO:] —No me la barajes tanto. ¿Qué jais de hoyo es ese?
[CHENCHO:] —Pos, por principio de cuentas es un hoyo grande... así
grande... como dos metros pa abajo y otro metro de ancho. ¿M
entiendes?
[BARTOLO:] —Pos no le agarro muy bien el angonal.
[CHENCHO:] —Sí, hombre, haces un agujero en la tierra, ansina de gra
dote, onde quepas con las patas derechas y te tape bien la cholla
onde puedas abrir bien los brazos. ¿Ya le agarraste la onda?
[BARTOLO:] —Ora sí, manito.
[CHENCHO:] —Luego, pa que no se te derrumbe, lo refuerzas con pal
con adobes, con tabiques... hasta con piedras si quieres.
[BARTOLO:] —¡Qué bien! Pero, óyeme y, ¿cómo se baja uno pal hoy
Habrá que poner también una escalera, ¿no?
[CHENCHO:] —¡No seas bruto! No se necesita bajar al hoyo. Se le pon
una losa de cemento arriba y luego una taza de lo mesmo.
[BARTOLO:] —¿De cuál mesmo?
[CHENCHO:] —Ora que me acuerdo, me dijo la maestra que no se dic
mesmo.
[BARTOLO:] —¿Pos cómo se dice?
[CHENCHO:] —¡Mismo! ¡Mismo!
[BARTOLO:] —¡Ah!... ¿Y no es lo mesmo?
[CHENCHO:] —Mira, no hay que hacernos bolas. La taza es también
concreto, con su asiento de madera, bien redondito pa sentarse
gusto... y su tapa pa que no entren las moscas.
[BARTOLO:] —¡Canijo! ¡Cuánta cosa!
[CHENCHO:] —Y eso no es todo. Hay que ponerle también su caseta d
madera con su puerta.
[BARTOLO:] —¡Caseta! ¿Y eso pa qué?
[CHENCHO:] —Cómo pa qué, idiota... pa que no lo miren a uno lo qu
está haciendo.
[BARTOLO:] —Ja, ja, ja... ¡ah!, ya caigo, je, je. Güeno, me parece muy
güeno. Pero... ¿pa qué tantas fantasías? Nada más para...
[CHENCHO:] —¡Algame Dios! Qué trabajo es lidiar con tontos. La letrina
no es nomás pa eso. La cosa principal es que evita las enfermeda
des de las tripas, los calambres del estómago, los malos olores, las
moscas, las lombrices...
[BARTOLO:] —¿Pos de onde vienen las lombrices?





[CHENCHO:] —¡Mira! Te lo voy a explicar lo mismo que el promotor. Si hacemos nuestras necesidades al aire libre, detrás de los chaparros o en las acequias como tú y tus hijos...
[BARTOLO:] —¡No seas hablador! Yo voy hasta el cerrito porque soy hombre de vergüenza... y me gusta que me respeten mis escuincles...
[CHENCHO:] —Bueno, bueno. Lo retiro... Pos como te estaba explicando... Si hacemos eso que te digo... al descubierto... cuando llueve o hace aire juerte la cosa va a dar al pozo de donde bebemos agua. Y ansina nos tragamos los microbios...
[BARTOLO:] —¿Y esos? ¿Qué clase de "indebidos" son esos?
[CHENCHO:] —Pos son unos bichitos rete chiquititos que una vez adentro nos enferman, nos dan torzones, diarrea, calenturas o se convierten en lombrices.
[BARTOLO:] —¡Ah, canijo! Pos yo no había caído en eso.
[CHENCHO:] —Pa que veas la inorancia de no saber. A mí me pasó lo mismo. Pero ora sí, gracias al promotor que es tan "riata" y tan leido ya estoy acabando de hacer mi letrina.
[BARTOLO:] —Pos yo voy a hacer otra. Yo no me quedo atrás. Mijo Hilario es rete tragón. Ya no jallo con qué llenarlo. Y siempre rete flacucho y sin ganas de trabajar. Se me figura que tiene bichos de esos en la panza.
[CHENCHO:] —Pos a lo mejor. Pero ya tienes el remedio. Vete a ver al promotor y a darle duro a la "mejoría". Si todos le entramos duro a eso del saneamiento, pronto ya no habrá quien "apantalle" a nuestro México. En todas partes habrá harta lana, harta comida, harta salud y harto contento.
[BARTOLO:] —Híjole, compadre, eso ya parece un "spiche" de esos que echan en el radio. Lo que es la "instrusión"
[CHENCHO:] —No te apures, cuate. Con eso de la "mejoría" se quita hasta lo sonso. ¡Ya verás!

¡Ya verás! ¡Ya verás! Con los ojos de la imaginación bien abiertos, asombrado como entonces, veo a mi padre que se abalanza a la consola, agarra el disco con furia y lo rompe en su rodilla. Luego arroja los pedazos por el balcón.

—Oye, coño, pero qué haces —exclama Menocal, azorado.

—¿No lo ves? —dice mi padre más calmado—. Estoy harto de escribir esas idioteces... ¡Pura cagada!

—¿Y qué le vamos a hacer, coño? No lo tomes tan a pecho. Así e el mundo. Hoy en día el talento no cuenta.

—Exacto. ¿No lo ves? Tú escribiendo jingles para las salchichas yo odas a la letrina. ¡Es para darse un tiro!

—Sí. Las puertas cerradas para el artista verdadero. ¡La mediocr dad atrincherada en las revistas y los periódicos, en las editoriales, en cine y en el teatro!

—¿Sabes una cosa? El ábrete sésamo de estos pequeños círculos capillitas es declararte maricón.

—Pues que se lo coman con su mierda. Tendrán que esperar has el día del juicio. Yo he probado todo en la vida, pero eso sí que no.

—Pues yo digo lo mismo, coño. ¿Pero no te parece harto signific tivo todo esto? La revolución que se gesta no es social. Es sexual. Y y verás. Hoy tú y yo todavía nos reímos de los lilos. Dentro de unos año ellos son los que se van a reír de nosotros. Para allá vamos.

—Que se rían hasta reventar. Yo sigo siendo un pobre campesi ingesto de literatura y nunca podré entender esto. Para mí sigue siend algo obsceno y ridículo. ¡Mierda! ¡Mierda por todas partes!

—Pero... ¿Por qué te extraña? —exclamó Menocal, echándose ot trago de ron.

—Lo que está pasando, lo que los eruditos llaman pomposament la historia, no es más que un carro atascado en mierda. Y al tratar d salir nos salpican a todos.

Siguieron hablando así por más de media hora, acalorizándose m y más a medida que se les subía el ron. Yo lo oía embobado, entendien do a medias lo que decían porque de vez en cuando usaban palabra muy raras que no he tenido tiempo de buscar en el diccionario.

—Qué pinche época nos tocó vivir. En la Edad Media —dijo Me nocal— los inadaptados como nosotros se metían en un convento. Hoy ni ese consuelo nos queda. Hasta allá ha llegado la mierda, y las monja y los monjes huelen a diablo.

—¿Sabes qué? —replicó mi padre—, esa es una idea. Tendremos que meternos en un monasterio. Pero tiene que ser chino o japonés. O mejor aún, en uno del Tíbet.

—Umm, coño. Ni ahí estaremos contentos. Hasta allá hay televi sión, hasta allá llegan las noticias.

—Entonces, solo en alguna parte fuera del mundo, como quería Baudelaire.





Ya casi ha caído la noche sobre el caserío cuando llego a la plaza; sopla un airecito fresco, agradable, lleno de risas y voces. La camioneta todavía está en la placita. Lo sé porque escucho el ruido del motor que produce la energía eléctrica con que funciona el tocadiscos y el proyector. Un grupo de mujeres, hombres y chiquillos está junto al vehículo gris, viendo pasar sobre una pequeña pantalla colgada de la rama de un fresno una película documental. Me quedo también un rato viendo aquellas imágenes y muy pronto capto el hilo de las cosas. Se trata de un campesino que les está contando a otros cómo mejoraron las casas de su pueblo, cómo entubaron el agua, cómo instalaron talleres de pequeñas industrias, cómo construyeron la escuelita rural, etcétera, etcétera y un montón de bla bla bla de la patria y la bandera. Hasta que aparece la palabra fin seguida de unas luces relampagueantes y luego el silencio y la oscuridad. Cuando se apaga el motorcito, la gente empieza a desparramarse riendo y comentado el programa. Adentro de la camioneta se oyen ruidos de cachivaches al ser guardados y al poco rato salta de la camioneta al suelo un joven gordito de cara redonda y bonachona. Me le acuadrilo sin titubear.

—¿Perdone, usted es el encargado de la camioneta?

—Sí. ¿Qué se le ofrece? ¿Es usted del pueblo?

—No, señor. Estoy solamente de pasada. Usted viene de México, de la capital, ¿no?

—Sí, ya tengo como dos meses de gira. ¿Usted es de allá, verdad?

—Sí. ¿De casualidad no conoce usted al señor Morano, el que escribió el diálogo de ese disco que tocó usted hace un rato?

—Sí, cómo no. Lo conozco muy bien. Trabajamos en el mismo departamento.

—Pues... el señor Morano es mi padre.

—¡No me diga! ¿Y qué anda haciendo usted por estos andurriales? El señor Morano es una bella persona. Todos lo estimamos mucho en la oficina. Él y yo nos entendemos muy bien. Seguido platicamos.

—Cuánto me alegro.

—¿Qué va a hacer? Traigo la tripa vacía. ¿No me acompaña a un cafecito? Allí podemos hablar. Vengase.

No me deja tiempo ni de excusarme, ni de darle las gracias. Nos encaminamos a una fondita que está al otro lado de la calle. Y allí, entre sorbo y sorbo de café, le cuento algo, no todo, de mis aventuras y él se ríe con ganas, como que le gusta el chiste. Se ve que es una mula y muy

chispa el carajo, que él también ha tenido sus aventuras por esos caminos de Dios y que no se asusta de nada. Al mismo tiempo se deja ver que tiene buen corazón y que todavía la vida no lo ha maleado ni amargado. Entusiasmado con la parla me obsequia unas cervezas, quizá para que se me suelte más la lengua.

Esa noche me quede a dormir con él, en el cuartucho que renta en la única posada del pueblo. En la mañana me invita un suculento almuerzo que ya me hacía mucha falta y luego me da un aventón de más de doscientos kilómetros hasta otro pueblito, donde tiene que quedarse para cumplir con su "noble misión" de instruir a aquellos pobres y callados campesinos de pata rajada y corazón de oro, según él. Como su ruta iba en dirección opuesta a la mía, no hubo más remedio que separarnos. Ese gordito de la Unidad Audiovisual es uno de los mejores cuates que me he encontrado en mis andanzas. Y aquel disco aborrecido por mi padre me deparó momentos de tregua y de alegría en mi cansado y penoso peregrinar. ¡Quién me lo iba a decir, en aquella lejana noche en que por primera vez lo escuché en compañía de mi padre y el refugiado!

En una de estas andanzas, en el trecho de Durango a Zacatecas, hice amistad con un bato que me cayó simpático. Se llamaba Maclovio Parra, pero le decían *el Campe* porque a leguas se veía que era ranchero. Ya tenía varios años en la aventura, andando como yo de aquí para allá y sin muchas ganas de trabajar. Con tirabuzón le pude sacar que en su casa tenía una bola de problemas, el principal que su mamá, al enviudar, se había casado o juntado con un tío suyo, hermano menor de su papá. Le daba rabia ver que su tío y padrastro no solo se tiraba a su mamá, sino que montaba el alazán favorito del papá, se había puesto hasta su sombrero y sus chaparreras y se gastaba en parrandas y francachelas los pesos que dejó.

*El Campe* era muy tosco y muy seriote. Casi nunca hablaba, pero en el fondo era muy reata y muy leal. Si bien un poco pendejo. Unas cosas no las mascaba aunque se las repitiera tres veces. Y muy atenido el carajo. Tenía miedo de hablarles a los desconocidos y no le gustaba pedir. Yo tenía que entrarle a todo y echar mucha labia para conseguir algo de comer. Y él estaba parado, oyéndome, haciéndose el pendejo, con una sonrisita sonsa en la bocota que me ponía nervioso porque se me figuraba que los otros se iban a dar cuenta de que era puro teatro lo que les estaba contando. Que éramos huérfanos de padre, que íbamos para Chihuahua porque la jefa estaba muy grave, muriéndose sola, muy viejita, sin nadie que la atendiera.





No sé si me lo creían. Seguro que muchas veces se la mascaban que era puritito cuento, pero no leaunque, tal vez les caía en gracia. El caso es que azotaban con la lana, sacaban uno o dos mugrientos de a peso y me los daban. "¡Ah, qué chavalo este! Es ocurrente. Toma, ándale. ¡A volar!". Ya con eso teníamos para una tanda de tacos y unos Faritos. Al principio lo gastábamos todo. Después, por casualidad descubrimos que en los restaurantes, principalmente en la noche, no son tan cicateros los dueños. Pedíamos y nos daban de comer de buena gana. Entonces nos guardábamos los fierros que conseguíamos para el camino para refrescos y para cigarros. *El Campe* era un camello sediento para los refrescos. Cada media hora se le antojaba una limonada. A mí lo que no me había de fallar eran los cigarros y la grifa. Con el humo de la yerba se me agolpan las puntadas, muchas de ellas geniales, como diría mi papá. En cambio, las de Maclovio eran todas muy gachas. Nunca me decidí a poner alguna en práctica. Lo tiraba a lucas y él se ponía muy serio y hosco. Una vez ya mero nos agarrábamos a trancazos por eso.

*El Campe* y yo nos entendíamos de maravilla. Se dejaba manejar cuando le contaba mis puntadas y mis proyectos aunque no entendiera ni la mitad, y cuando yo me callaba él me hacía segunda. Su compañía me hizo mucho bien y hubo una vez que su terquedad de campesino o su miedo a comprometerse me salvaron de hacer una tarugada bien gorda. Sin embargo, lo escaso de su inteligencia a veces me exasperaba. Y la cosa más pendeja, una discusión sobre la religión nos vino a separar. *El Campe*, como apenas había estudiado hasta el segundo año de primaria en una escuela rural y además no tenía el menor deseo de instruirse, era muy macho y supersticioso. Tenías unas manías de veras gachas. Se persignaba cada vez que pasábamos frente a una iglesia, y en las noches, cuando creía que yo estaba dormido, empezaba a rezar el rosario, repitiendo y repitiendo aquello de "Dios te salve María, llena eres de gracia" con verdaderas ganas, hasta que me ponía nervioso. Decidí quitarle esas tonteras de la cabeza. Empecé primero a burlarme un poquito de los santos, después a contarle cuentos verdes de los curas y sacristanes y al último a rebatirle la creencia en la virginidad de la virgen, en la resurrección de Cristo y en la divina providencia de Dios con argumentos y ejemplos que yo le había oído a mi papá. Así, la siguiente vez que quiso detenerse a rezar en una iglesita para pedirle a la virgen que nos ayudara, le dije:

—No, esas son puras pendejadas. En realidad nadie sabe nada de nada. Nadie habla con Dios ni con la virgen. Y ellos no te escuchan.

—Sí, pero los padres dicen que si no crees en la Virgen, te vas derechito al infierno.

—Qué infierno ni qué virgen. Los padres son unos cabrones que saben muy bien que eso no es cierto, pero engañan a la gente pendeja para seguir quitándoles los fierros. Eso es todo.

—¡Qué bárbaro! Te vas a condenar.

—Pues no le tengo ni tantito miedo al infierno. Fíjate que en mi casa ni yo ni mis hermanos estamos bautizados.

—¡Jijo! Eso sí es muy malo, mano. Muy malo.

—¿A poco Dios se va a fijar si te echaron agua o no? ¿Si vas a la iglesia o no? Y ultimadamente mi jefe dice de plano que no hay Dios. Nadie lo ha visto, nadie le ha hablado. Ni con telescopio se le encuentra por ningún lado.

—Pero fíjate, mano, en todas las cosas, en los árboles, en los animalitos, en la gente. Tiene que haber alguien , alguien que pone todo eso.

—Algo, no alguien, quieres decir. Eso sí lo admito, pero no que Dios sea un viejo barbudo y panzón que está escribiendo en un librote todos los pecados que cometimos, pecados que cometen a diario millones de gentes para mandarnos a todos al perol.

—No, hombre, no hables así. Dios ve y oye todo lo que estás diciendo. Te va a castigar.

—Pues si ve y oye todo lo que pasa aquí, entonces es todavía más cabrón. Porque, ¿cómo permite tanto sufrimiento, tanta miseria, tanta injusticia? No, manito, si hubiera un Dios como el que nos pintan los curas ya no habría guerras, no habría enfermedad, no habría muerte.

—Nadie sabe los altos designios de nuestro Señor.

—Esa es una frasecita pendeja que me fastidia. Con eso lo quieren arreglar todo ustedes los católicos.

—¡Ah!... ya caigo... es que tú eres protestante.

—¡No seas pendejo! Los protestantes creen lo mismo que ustedes. Es la misma gata revolcada. Yo no soy nada. Yo no necesito creer en nada. Lo único que sé es que un día tenemos que estirar la pata y por lo mismo hay que vivir, hay que darle vuelo a la hilacha. Eso es lo que dice mi jefe: "Una vez y nunca más". Si hay otro mundo, ya veremos cuál es cuando nos muramos. Y mira, vale más que no hablemos más de esto. Tú prende tu veladora, tú besa tu cartoncito mugroso ese que traes colgado en el pecho y déjame en paz. Cada quien su vida, ¿no?

—Yo te lo digo porque soy tu amigo, porque te quiero bien. Estás equivocado y vas derechito al infierno.





—Pues muchas gracias. Allá nos veremos porque si hay infierno tú también vas a dar allá. ¿A poco no has hecho tantas cabronadas como yo? Lo que pasa es que no tienes huevos, te chiveas después y luego te pones a rezar.

Resultado: se volvió más silencioso y huraño. Y había veces que por cualquier cosa que yo le mandaba, se me engorilaba.

Así lo aguanté un par de días y luego lo mandé al cabrón. Ni modo, ya no era posible seguir así.

Íbamos caminando por una pinche llanada repleta de nopaleras al estilo Zacatecas. Nos sentamos en la arena de un arroyito sin agua a tronarnos el último Farito que nos quedaba.

—Mira, *Campe* —le dije sin resentimiento—, como veo que ya mi compañía no te agrada, en cuanto lleguemos a Fresnillo cada quien para su lado y punto. ¿Entendido?

Ni siquiera me contestó el canijo. Se puso más hosco y me miraba con sus ojitos de capulín como si quisiera matarme. Para qué lo voy a negar: me entró un poquito de miedo. Me levanté. Ya iba cayendo la tarde.

—Vamos picándole mientras hay sol, chanza que más allá alguien nos dé un aventón.

No me contestó. Se quedó aplastado en la arena viendo para los cerros fijamente. Yo empecé a andar. A unos cien pasos, en un recodo del camino, miré hacia el arroyo. *El Campe* seguía sentado, inmóvil. Pensé regresar para ver qué carajos pensaba hacer. Luego me arrepentí y seguí caminando. Al rato lo perdí de vista. Las nopaleras lo ocultaron.

Anduve como un par de horas y ya medio cansado me senté, recargando la espalda en una piedrota que está a un lado del camino. Poco a poco me fui adormeciendo. No supe cuánto tiempo estuve así, entre dormido y despierto. Un ruidito como de pasos me despertó y abrí los ojos sobresaltado.

Era *el Campe* que iba llegando. Me dio gusto verlo, para qué negarlo. Decidí hacer las paces, pero el muy canijo apenas si me echó una ojeada y me tiró una cajetilla de cigarros con tres Faritos adentro y se pasó de largo.

—Oye, *Campe* —le grité—, ¡espérame!

Pero él, al oírme, echó a correr. Yo no tuve fuerzas para levantarme y seguirlo, pero sentí acá adentro que las tripas o quién sabe qué me dieron un fuerte sacudidón. Y así terminó la cosa. Nunca más lo volví a encontrar.

Mi meta era Aguascalientes. Me urgía llegar allá porque me quedaba en la manga una última carta por jugar. Si me salía bien, en menos de dos días, estaría en mi casa. Ya se imaginarán con qué ansias busqué el modo de llegar allá. Lo más viable era conseguir un "raid" en los autobuses destartalados que van para allá de los pueblitos rabones, como ya lo había hecho en Fresnillo, cuando íbamos *el Ciego* y yo para Chihuahua.

Me encaminé a la tienducha donde hacían parada y vendían los boletos. Había cuatro o cinco campesinos y unas viejas con gallinas y canastos de frutas esperando. Un hombre medio canoso con un portafolios muy abultado, con tipo de agente viajero, me dijo que ya no dilataba el camión. Parecía buena gente, pero me miraba con cierta desconfianza que me chiveaba y no me atreví a sablearlo.

Como las tripas ya me estaban mandando su acostumbrado mensaje, decidí echarme un taco con los nicles que me quedaban, bien pocos por cierto, pues no llegaban ni a un peso.

La base del bienestar es traer el ombligo bien distendido. Y para eso aquí en nuestro querido México no hay como las tortillas y los frijoles con un poco de chile. Así es que no lo pensé mucho: me fui a una fondita que estaba enfrente y compre un kilo de gordas, un jarro de frijoles en agua y sal y veinte centavos de chile verde. De pilón, la señora me regaló una cebolla. Y allí, respirando el vaporcito que salía de la cazuela del menudo, "dándomelas de olor" como quien dice, me receté entero el kilo de tortillas y los frijoles.

Pero no hay ventaja sin desventaja. Con aquella dieta al rato traía el ombligo tan distendido por los gases que por toda la calle iba dejando una marca de olor –y no de olor a rosas– como ya se imaginarán. A tal grado que hasta los perros se me acercaban a olfatearme. ¡Ni yo mismo me aguantaba! No hubo remedio. Me tuve que meter al taniche a comprar un quinto de carbonato y con eso se me terminó mi capital. En esas condiciones me volví a la tienducha a esperar el camión. Ya había aumentado el número de pasajeros que esperaban, unos aburridos y tristones, otros alegres y esperanzados. Unos rasuraditos y endomingados, otros sucios y greñudos. Qué afanar, qué trajín, qué ir y venir. En todas partes, en todo el mundo, lo mismo. Todos moviéndose de acá para allá en busca de quién sabe qué. Porque esos van al sur y esos otros al norte; porque estos viven aquí y no en otro pueblo. ¿Qué ando haciendo yo por estos andurriales? Y *el Campe* y los otros, todos lejos de su casa. Qué cabrones es lo que nos hace andar de un lado para otro buscando





lo mismo, comer, pasar el rato o trabajar. Trabajar para poder comer. Comer para poder trabajar. Y luego dormir para poder entrarle otro día al camello. Con solo uno que otro ratito en el cine, echando trago en la cantina, platicando sandeces con una chamaca o durmiendo con una puta de a diez pesos. ¿Qué chiste tiene todo esto? ¿Qué es lo importante en la vida? ¿Escribir libros como mi papá, ver su nombre en letras de molde en el periódico, echar discursos en la Cámara de Diputados, firmar cheques todos los días, hacer grandes edificios, vender muchas cajas de Pepsi? ¿Para qué? ¿Para qué?

Todas estas puntadas revoloteaban en mi cabeza. Casi me volvían loco. Allá adentro, adentro, me preguntaba: ¿qué es lo que todos queremos? Y no hallaba respuesta. Esto es un crucigrama del cabrón y no lo puede resolver ni el que lo inventó. Si pudiera, desde cuándo lo hubiera resuelto y todos estaríamos en paz y contentos. Fue una puntada muy gacha de Dios inventar el mundo y hacer a los hombres.

De esos pensamientos lúgubres me vino a sacar el camión que llegó resoplando y espantando a los perros callejeros que andaban en bola tras una perra flacucha y sarnosa. Bajaron cuatro o cinco batos y luego se abalanzaron a subir los que estaban esperando. El chofer se apeó y con unos papeles en la mano entró a la tienda. Estuvo hablando con la dueña, contándole algún chiste con mucho manoteo, porque se rieron con ganas. Luego recogió unos paquetes y se encaminó al camión. Se me hizo que era bonachón y me le atravesé:

—¿No me da un levantoncito, mi cuate? Fíjese que ando completamente bruja... ¿Sí? Ya veré como le recompenso algo en cuanto lleguemos a Aguascalientes. Allí espero recoger unos centavos que me mandan de mi casa... ¿Sí?

El hombrachón me midió con la vista de arriba abajo. Se rascó la cabeza y luego exclamó :

—¡Ah, qué caray! Trépate, pues, pero siéntate mero atrás y te bajas antes de llegar, ¿eh? No sea que me caiga sal con algún inspector.

—No se imagina cuánto se lo agradezco.

Y me subí corriendo primero que él, no fuera a arrepentirse.

Como a las ocho llegamos a un pueblito, unas cuantas casas acurrucadas alrededor de una iglesita vieja pero recién encalada. Frente a la placita, casi enseguida de la iglesia, había un restaurante. Todos se bajaron a echar un taco menos yo. Tenía hambre, pero ni modo. Al rato empezaron a regresar los pasajeros. Subían uno a uno y se acomodaban en sus asientos. Unos fumaban, otros se picaban los dientes y eructaban.

Por fin llegó el chofer, todavía masticando algo. Se sentó detrás del volante. Movió las palancas como distraído. Luego alzó los ojos hacia el espejo que tenía enfrente:

—Chavo —dijo—, ven acá.

Todos voltearon a mirarme y entonces comprendí que era a mí a quien llamaba.

—Mande —dije acercándome un tanto nervioso.

Creí que me iba a decir que me bajara, que no podía llevarme más lejos. Pero no dijo nada. Estiró la mano hacia atrás sin voltear a verme y me alargó una bolsita de papel manila con algo adentro.

—Toma.

La abrí. Era una torta. Me senté en el rincón todo colorado, no sé por qué. Cuando el camión comenzó a moverse yo le hinqué los dientes a la torta. Estaba buenísima.

Extraños pensamientos revoloteaban en mi cabeza. ¿A dónde iba? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? ¿A dónde iría a parar? ¿Por qué me hallaba en aquel camión viajando hacia lo desconocido? Un ligero calosfrío me sacudió el cuerpo y el alma se me llenó de una extraña inquietud. ¿Era miedo? No lo sé. Creo que no, sino algo más profundo, más extraño que no puedo explicar. Algo como un presentimiento, la certeza de que me toparía en el camino con algún ser o con algún suceso que me haría muy dichoso o muy desgraciado. Pero no fue más que una ráfaga pasajera de ansiedad. Cuando menos pensé, ya estaba discurriendo en otra cosa. Ya estaba de vuelta a mi casa. Veía a Rima jugando en la alfombra con unas cajitas de colores que Jorge le había regalado. Veía los hoyuelos de sus mejillas y sus ojitos llenos de inteligencia y picardía que me miraban, me sonreían un instante y luego se volvía a las cajitas poniéndose muy seria, como si aquel juego fuera lo más importante del mundo. No me da vergüenza confesar que mi hermanita era la única que me hacía arrepentirme de mi aventura. Parecía que sus manitas me agarraban el corazón y me lo jalaban. Y su vocecita me decía muy quedito, lastimosa: "¡No te vayas, Tulises! Quiero jugar. Quiero caballo". Ella se paraba sobre el sofá y extendía los brazos. Yo la cogía por las manos y me la echaba en hombros y así trotábamos por toda la sala, íbamos a las recámaras, volvíamos a la sala y después de varios respingos y relinchos que la hacían reír a carcajadas la dejaba caer en uno de los sillones.

Pero ella se levantaba inmediatamente y agitaba las manos exigente, medio enojada.





—¡Otra vez! ¡Otro caballo!

—No, no. Ya estoy muy cansado.

Fruncía el ceño, hacía pucheros, estaba a punto de llorar. Pero en cuanto me veía acercarme, florecían los hoyuelos en sus cachetes y asomaban los dientecitos, chiquititos, como granitos de elote, en su boquita. Y se repetía el paseo. Una, dos, cinco veces, hasta que lograba interesarla en mi llavero o le prestaba mi pluma para que hiciera garabatos sobre un papel.

Por la ventanilla iban desfilando los mezquitales cruzados de vez en cuando por un camino de tierra roja que serpenteaba por entre breñas y rocas hacia los cerros azulosos, allá lejos. Y no solo los ojos, sino el corazón se me iban por esos caminos silenciosos y tristes en busca de quién sabe qué... de ese algo que todos buscamos que nadie ha encontrado todavía.

De esos puntachos me vino a sacar la voz del chofer:

—Chavo, ya estamos llegando. A tres cuadras de aquí te tienes que apear.

Me fui arrimando a la puerta. Me fui fijando en las casas a lo largo de la calle, extrañado, sin reconocer la ciudad. Pero de repente una plaza sombreada, llena de gente, me volvió a la realidad. ¡Sí, era Aguascalientes! Otra jornada, otro capítulo. ¿Qué me esperaba allá?

En todas estas caminadas anduve muy mal de calendario: unas veces atrasado, otras simplemente a oscuras. Tan molido en la vida, tan apurado con las exigencias del cuerpo y con el cerebro hecho un remolino de ideas locas y confusas no me daba cuenta si era lunes o jueves el día por el que iba pasando. Vagamente me daba cuenta que era verano porque vi golondrinas acarreando briznas de zacate y zoquetito de un charco, o que estaba por llegar el invierno porque oí el canto de las grullas volando en forma de "V" encima de mi cabeza.

Me imagino que fue por marzo, una tarde muy fría, que llegué a Aguascalientes. En las ciudades de provincia, en las capitales de estado, el último truco que empleaba, cuando ya las tripas me gruñían muy enojadas, era visitar a los directores de los periódicos de la cadena. Les decía a lo pelón que era hijo de Sergio Morano y les echaba un sablazo. Les endulzaba la petición con cuentos chinos acerca de mis trabajos y contratiempos y promesas hipócritas de regresarme a mi casa, harto ya de tantas aventuras inútiles. Todos azotaban invariablemente con un azulito, uno de cincuenta pesos, y con una bola de consejos porque admiraban a mi papá. Nunca me pidieron que me identificara. Después

supe que mi papá les había escrito acerca de mi huida, encargándome con ellos para que me ayudaran, pero que me dejaran libre de seguir vagabundeando o volver al nido.

Don Camilo Zea, el director del periódico de Aguascalientes , me recibió como si fuera todo un personaje. Me observaba con sus ojillos vivaces por encima de los lentes como si tuviera delante un pájaro muy raro. Cuando lo vi por primera vez me dio miedo, con su cabezota redonda, colorada, con el pelo y el bigote completamente canos y su voz resonante de general revolucionario o senador; pero al rato me sentí completamente a gusto porque detrás de aquella apariencia, un tanto imponente, vi que era un hombre buenísimo y un tanto simplón.

Tenía también a mi favor que don Camilo era un ferviente admirador de mi papá, un fanático que hubiera creído que la luna era de queso si mi papá así lo hubiera afirmado.

—Con que tú eres la "chiva prieta" de Sergio, ieh! ¡Un gran hombre tu padre, un genio! ¿No lo sabías?

Me encogí de hombros. ¿Cómo iba yo a ponderar a mi papi siendo su hijo?

—¡Yo lo quiero mucho! Lo admiro la mar. Nada menos en el suplemento del domingo pasado le dedico unos versitos porque yo también le hago a la poesía, aunque nunca con la maestría de tu papá. Mira.

Buscó entre los papeles del escritorio y me alargó el periódico, señalándome con el dedo donde estaba su "poema".

—¡Ahí está! ¿A ver, qué te obliga a andar por esos caminos de Dios mal pasándote, con los dedos de los pies de fuera y durmiendo en el suelo con la panza vacía? Tienes un padre del que debes sentirte orgulloso, una madre abnegada y unos hermanos guapos y distinguidos. ¿Con qué derecho tú y otros pendejetes de tu calaña les causan tantos sufrimientos a sus padres? ¿Nada más porque tienen huevonada, les hormiguean los pies y se les para la chorita? ¡No! No hay derecho.

Me tenía bien agarrado. Agaché la cabeza y no dije ni pío. Gruñendo, sacó su cartera y me alargó un billete de cien morlacos.

—¡Toma!

—¿Qué significa esto, señor Zea? Yo...

—Nada. Eres lince; se te ve a leguas y todavía has de tener un resto de dignidad. Tengo fe en ti. Yo podía ponerte en el tren ahora mismo. Pero quiero que lo hagas por decisión propia. Que comprendas tu error.

Arrugué el billete entre mis dedos temblorosos. Allá adentro tenía miedo de que se arrepintiera.





—Tiene usted toda la razón, señor Zea. Yo comprendo. Trataré de complacerlo.

—Ojalá... ojalá.

—Muchas gracias, señor Zea. No sabe cuánto...

—No me lo agradezcas. Eso y mucho más le debo a tu papá. Conque andando y buena suerte.

Para disimular su nerviosidad se puso el teléfono sobre el hombro y cogió un lápiz. Yo me encaminé a la puerta.

—¡Aguarda!

Buscó entre los papeles y luego me alargó un periódico.

—Toma. Después de que te eches un taco, busca ahí y lee algo que escribió hace poco tu papá.

Con el periódico bajo del brazo y el billete apretujado en la bolsa salí a la calle. Iba medio atarantado, con los nervios de punta, tembloroso, como si hubiera llegado a un punto crucial en mi vida, a una línea invisible que la dividía en dos...

¡No podía creerlo! No podía imaginarme aquel cuerpito tierno y dulce, rechonchito que tantas veces había besado, metido en la cajita azul o rosa debajo de la tierra fría, indiferente. Y aquellas manitas que jalaban mis cabellos sin que me dolieran. Y los ojitos, llenos de llamitas que iban y venían, llenos de amor y picardía. Y los hoyuelos en sus cachetitos, borrados ya en la piel estirada, seca, comida de los gusanos. Los sollozos me ahogaban, se me quedaban atorados como piedras en la garganta. Y las lágrimas me corrían por la cara y se me metían en la boca, saladas, amargas.

Sentado sobre la banqueta fría, lloré a moco tendido como un chiquillo. Y nada me importaba que me vieran las gentes que pasaban. Algunas mujeres se detenían y meneando la cabeza daban vuelta alrededor de mí. Luego se alejaban. Un chiquillo mugroso se sentó junto a mí y me puso la mano en la pierna.

—¿Qué es lo que te duele? ¿Las muelas?

No pude contestarle.

Al fin, con los ojos nublados por el llanto pude leer el resto. Ahí, en *El Sol de Aguascalientes* del 20 de mayo, venía este poema escrito por mi papá:

*Lamento para mi niña muerta*

En el espacio inmenso
que rigen los astros sempiternos
se ahonda el espacio insobornable
y la ausencia cruel que nos separa,
el destino torvo que segó una mañana
el alba rosicler de tus tempranos años
hinca de nuevo sus garras en mi pecho.

¡Oh!, qué amarga hiel destilan los labios
sobre la linfa pura de los versos.
¡Oh!, qué de espinas y cardos duros
punzan el tiempo dulce en las gavillas.

Una lluvia turbia de nostalgias
desciende sobre el huerto de mi vida.

Disolvió la alondra sus trinos en el aire,
recogió en su seno la rosa su perfume
y el eco durmiose en el valle soñoliento
y el tiempo quedose detenido
desde ese instante cruel en que tu pecho
apagó su latido.

No han cumplido años desde entonces
ni el árbol, ni el río y la montaña,
ni el agua que canta entre las guijas,
ni la brisa que agita los follajes,
ni el trigo que se mece en la colina,
ni la lluvia que cae sobre el tejado,
ni la risa de niños inocentes,
ni la estrella que asoma sobre el valle,
ni la mano que acaricia mis cabellos.

Todo quedó inmóvil y vacío
desde ese día aciago en que te fuiste...





Solo el llanto que empaña la pupila
es inexacta verdad. Solo el recuerdo
que fluye recóndito en la entraña
solo ese es eterno y verdadero.

Los ojos velados por el llanto
con un febril anhelo irrealizable
buscan tu imagen adorada
en la penumbra leda y fragante
de los tranquilos parques.

Allí donde jugaste tu ronda de inocentes gozos
y soñaste ingenuos sueños infantiles.

Se encienden las luces en la tarde
y doliente sigo tus menudos pasos
esquina tras esquina
por las bullentes calles,
que tantas veces recorrieron tus pies,
que otearon tus ojos risueños,
bebiendo el color y la vida
–ávidos, premiosos, inquietos–
como si ya supieras que muy pronto
se cerrarían a la belleza del mundo.

Te voy buscando perdida,
¡ay!, irremediablemente perdida.
¿Entre el gentío te encontraré acaso
de pronto, al cruzar una acera
entre aquellos niños que juegan
y llenan la noche con sus risas?

Mas el corazón en vuelco angustiado
me dice que no, que no, que no,
que no te encontraré nunca
sobre las sendas de la tierra,
que vagas entre estrellas y entre nubes,

que resbalas por vientos celestiales
hacia la última cumbre de lo eterno,
a donde no te alcanzan ni mis manos,
ni mi llanto, ni el grito lacerante
con que te llamo
en el mudo silencio de la noche.

¡Ay!, cuánto me hiere tu olvidanza,
me lastima tu silencio inconmovible.
Quisiera oír de tus labios
el dulce secreto, el terrible signo
que ya guardas en tu alma iluminada.
¡Háblame adentro, muy adentro.
Mi corazón te escucha,
mi corazón sigue esperando,
mi corazón sigue diciendo
el evocador arpegio de tu nombre,
tu nombre que es cáliz de amargura
fuente del llanto...

Dime ya tu secreto, niña mía...
Dime si reflorecen los sueños truncados en la tierra,
si el corazón herido cicatriza,
si de aquel lado
recobran calor las manos
y son más dulces los besos.

Dime si en tu memoria revive
la fragancia de aquel día
que juntos vivimos hace mucho
cuando mojaste tus frágiles dedos
en las aguas de un lago iridiscente.

Dime ya tu secreto, niña mía,
dime si vives y recuerdas...

Quiero saber si estás lejos de nosotros,
si estás más cerca de lo que pienso,
si mis versos nostálgicos te arrullan,





si sabes que te amamos
y nunca dejaremos que tu sombra amada
descienda a la caverna del olvido.

Dime por qué tardas y por qué callas...

Disuelve la alondra sus trinos en la tarde,
recoge en su seno la rosa su perfume,
el eco se duerme en el valle enternecido...

Pero mi corazón sigue llorando...

La noticia de la muerte de Rima vino a intensificar mi decisión de volver a casa. Cuanto antes mejor. Ya no me importaba llegar todo amolado y aguantar los reproches de mí mamá, las burlas de mis hermanos, la ira de mi papá. Necesitaba estar con ellos. En fin, meterme al orden, jalar parejo, porque, viéndolo bien, ¿a quién tenemos en el mundo que se duela de nosotros?, ¿quién nos quiere aun con nuestras faltas?, ¿y en quién poner nuestro cariño seguros de que no será rechazado? Nada más el jefe y la jefa. Nada más los hermanos. Porque la amistad es un mito. No hay amigos. Los que así se nombran a la hora de la hora se rajan.

Pero...

El hombre propone y Dios o el destino o la suerte o lo que sea es el que dispone. El ángel tuvo la culpa de que no volviera a mi casa. Se me interpuso en el camino. Me obligó misteriosamente a desviarme, a ganar para otro lado. No sé por qué. No sé para qué. Es algo que todavía ando conjeturando. Algo que me molesta, porque cuando me pongo a recordarlo se me figura que algo no camina bien en mi cholla. Esto del ángel está todo confuso. No sé a ciencia cierta si realmente pasó, si fue una alucinación o un sueño.

Pero de una cosa sí estoy seguro: de la impresión acá adentro, muy fuerte, muy clara de que debía cambiar de rumbo...

Apenas me repuse un poco, apenas se me secaron las lágrimas, me levanté y eché a andar hacia las afueras. En un tris-tras hice mis cálculos. Con suerte, en tres días a lo más estaría en mi casa. Todo dependía de que me tocaran cuates machos, buenos, que no tuvieran miedo de darme un aventón. Caminé como tres horas por la carretera solitaria. Pare-

cía que no había tráfico. Dos o tres camiones y otros tantos coches particulares me pasaron sin hacerme caso.

Caminé otra hora. Nada. Estaba muy cansado; era inútil seguir caminando a pata en medio de la noche, sin luna y medio nublado. Me salí de la carretera, busqué un barranco en un arroyo, un trechecito de arena, rodeado de jarillas, muy repechado y ahí me tiré muerto de cansancio. No tenía ni rispia de miedo. Me importaba una chingada lo que me pasara. Allá lejos se oía croar a unas ranas... y aquí cerquita de mí el chirriar monótono y tristón de mil grillos. Al son de esa musiquita de afilador de tijeras me quedé dormido como una piedra.

Iba por el camino, llena la cabeza con los recuerdos de Rima, con la vista baja cuando allá, como a medio kilómetro, al pie de una lomita, divisé el camposanto del pueblito. Me entraron unas ganas enormes de verlo, de entrar en él. Me salí del camino y aceleré el paso. La puerta estaba despintada y le faltaba un tablero y cada vez que el viento soplaba, las mohosas bisagras lanzaban un gemido lastimero. Entré y me fui caminando despacito por entre las cruces quebradas y descoloridas que ya no tienen ni el nombre del difunto. Al pisar la tierra se me hizo que la paz de los sepulcros subía por los tallos del zacate y estallaba en las florecitas silvestres, amarillas y moradas que el viento hacía cabecear dulcemente. El aire estaba lleno de esa paz tristona y se me metía por los poros y me llenaba de una sensación muy rara, de ganas de quedarme ahí quieto, sin moverme, sin pensar, sin desear nada, haciéndoles compañía a los muertitos. Yo estaba sentado en la orilla de un monumento medio pomposo que quería parecerse a una capillita. En la losa tenía un vidrio y debajo unas flores secas y el cromo de un santo, no sé cual, pues todos los santos católicos se me hacen iguales, todos medio bobos con su calva y su ruedita dorada encima de la pelona. Tenía los pies puestos en una pequeña losa, muy sencilla, que no tenía más que un nombre: "¡Lidia, niña querida! Enero 13, 1936-febrero 1946". Y abajo unas palabras que me dejaron pensativo: "Tú también tendrás que pasar por esta puerta para volver a encontrarme".

Los ojos se me nublaron y se me agarrotó la garganta con un sollozo grandote, espeso, amargo, que parecía que me iba a ahogar. "¡Rima, querida! Yo quiero pasar la puerta. ¡Yo quiero volver a encontrarte!". Y como una tempestad, el chorro de mis lagrimones cayó sobre la losa de la niña desconocida. La niña que el corazón me dice no volveré a encontrar jamás.



# Libro cuarto

## Capítulo 26

Y ahora voy a contarles lo más raro, lo más extraño que me pasó en esta pinche aventura. Me dan ganas y se me quitan de contarles. No me lo creerán. Me dirán que estoy tocado. Que me dieron un golpe en la cholla y que estoy medio loco. O que le puse de más a la grifa. Pero no, lo que les voy a contar es tan cierto, tan real como la luz del sol que nos alumbra, como el dolor de muelas, como este peso que tengo en la mano. Increíble pero cierto, como dicen las revistas.

Yo había estado como dirigiendo el tráfico en el cruce de los caminos, uno para México y otro para Guadalajara.

Sin lugar a dudas sabía que mi camino era México city, los míos, mi casa.

¡Hay ángeles, mano! De eso no te quepa duda. Este que digo estaba parado a la orilla del camino, donde se corta para Guadalajara. Todo reluciente... pero sin alas. No tienen alas, pero sí cabellos largos, dorados y cara muy hermosa, casi de mujer. La cara de este me parecía conocida. Parecía a ratos la cara de mi madre, de mi hermanita, de mi abuela, de Ana María, la chamaca de Ciudad Juárez.

Cuando lo vi era al atardecer, ya metido el sol. Me acababa de despertar de una engrifada padre que me había dado para olvidar que ya no tenía ni un quinto y mucho que caminar. Tirado en el zacate, a la orilla del camino, como un mendigo, me había quedado dormido después de ver en la pantalla privada de mi coco una bola de pendejadas, de mundos raros, viajes interplanetarios, princesas de *Las mil y una noches*, etcétera, etcétera. En cuanto abrí los ojos, lo primero que llamó mi atención fue un como resplandor en medio del camino. Poco a poco fui descubriendo que era el ángel, el ángel, mano. Y entre más lo veía más se me enchinaba el cuerpo. Al mismo tiempo parecía que la luz que despedía estaba en mí, aquí dentro de mi corazón. Sentía mucho miedo,

pero a la vez una cosa muy rara, como felicidad, como la alegría que se siente con la grifa, pero mucho más fuerte. Frío y a la vez un calorcito muy raro, muy suave. Me levanté del zacate donde me había dormido y tambaleándome como un borracho empecé a caminar hacia él. Me veía venir sonriendo, pero ya cerquita de él movió la cabeza muy quedito, como diciéndome que no me arrimara más. Alzó el brazo y apuntó a la carretera que va para México. No podía ser más claro el aviso... ¡México, México!, mi casa, mi familia. ¡Para allá era a donde había que pisarle!

No sé qué quiso decirme. Solo lo siento. Aquí lo traigo intacto, adentro del pecho. Algo que no tiene qué ver con esta vida y siempre sí tiene. No creo que haya nadie que pueda explicar eso, por muy listo que sea, por mucha labia que tenga. Ni aun mi papá, que es una birria para las palabras. Que agarra una idea que medio quieres tú explicarla y te la devuelve clarita, brillante, relumbrosa, como una moneda nueva. Bueno, pues yo creo que ni él podría explicarte esto del ángel y lo que me dijo sin decir nada. Nada más me vio y me sonrió un instante y en ese instante como que lo supe todo, todo, todo. Por qué hay ríos y bosques y montañas, por qué hay leones y palomas, por qué nacen los niños y por qué se matan los hombres, por qué se juntan los machos y las hembras, por qué sabe tan bueno el pan y el sueño, por qué hay tanta mierda en el mundo, por qué hay tantas lágrimas. Todo, todo, mano, lo entendí en ese minuto. Todo está bien porque así es y punto. Y no lo olvido. No lo podría olvidar aunque quisiera. Lo olvido a ratitos, pero cuando se pone fea la cosa, cuando estoy triste, cuando alguien me quiere humillar, nomás me acuerdo y como que se me acelera el pulso, como que se me calienta la sangre y me reanimo y me siento con ganas de entrarle a todo, con valor para atravesar el infierno o de darle en la madre al que se me pare enfrente. Con "eso" que sé, no le tengo ya miedo a nada en la vida. Hay ángeles, mano, y algún día me voy a topar otra vez con el "mío".

En eso se oyó el ruido de un carro que se acercaba del norte. Eran unos chamacotes gringos que venían gritando mucho. Venían borrachos. El ángel se fue borrando poco a poco. El camino se volvió oscuro. Ya era de noche de plano. Y me sentí más solo, más friolento, más hambreado. Los gringos pararon el carro junto a mí.

—¡Hey, buddy! ¿Is this the road to Guadalajara?

Me acerqué y les expliqué que no le hacía al "pickinglish". Entonces el del volante, un chamaco güero y pecoso con el pelo muy crespo me preguntó en español.





—¿Este ser el camino de Guadalajara?

—Sí, este es. Yo también voy para allá.

—¿Want a ride?

Ride era lo único que sabía de inglés: levantón.

—También usted para Guadalajara. Come on. Jump in.

En el asiento de atrás venía otro chico y una gringuita muy greñuda, bien dormida enseñando todas las piernas. Me acomodé al lado del chamaco que le dijo quién sabe qué güiri-güiri al otro, un muchacho gordito, prieto, que no parecía gringo. Se volteó y le pasó una botella de tequila.

—¿Wanna drink?

Yo sabía también que drink es trago. Me empiné la botella con ganas y el tragote que me eché me supo a gloria. Luego luego entré en calor. Bueno, pa qué te cuento; de ahí pal real todo fue pura vacilada, porque los dos cuates aquellos eran muy mulas, todos del gremio, aventureros, mano, solo que gringos, bolillos muy cabrones.

El gringuito con cara pálida de caballo inteligente y greñero lacio y rubio llevaba pantalones color ocre y una camisa suelta fuera de los pantalones, con unos pájaros extravagantes amarillos en un fondo verde, sandalias muy raídas y anteojos para el sol. Yanqui típico de pe a pa. Su compañera, en cambio, era algo especial. No era güera sino morena clara, con un cierto aire parisién. Judía, probablemente, o de ascendencia italiana. Unos ojazos garzos muy chulos y buenas agarraderas. Su sonrisita dulce y su voz ronquita y dulce desbarataba el efecto de vampiresa, de mujer fatal que quería producir. Como hacía mucho calor, pa pronto se quitó la blusa y el brassier. Luego empezó a cantar con una voz medio ronca una de esas canciones gabachas que parece que recitan y luego le hacen una tonadita así medio dulzona que le jala a uno las cuerdas aunque no quiera. Sabía más español que los batos porque lo había estudiado en la escuela secundaria. Se llamaba Grace. Cuando le dije que me llamaba Ulises casi se petateó de risa. No sé qué le hallaba de chistoso. Cuando le dije que mi papá era escritor y que le gustaba mucho *La odisea* y que por eso me había puesto Ulises le dio otro ataque de risa.

—Boy, ¡can you beat that! —dijo el del volante—. Ja, ja, ja. Sure this is the weirdest country you ever saw.

—Otro trago, paisano —dijo Grace, marcando las sílabas rete suave. Se me hizo la mar de graciosa, y más con las chichitas de fuera que me ponía nervioso.

Hicimos muy buenas migas de inmediato. No sé qué me verían, pero el caso es que desde un principio me trataron como igual. Hablaban bastante español y yo les entendía o se me figuraba algo de lo que decían, cuando sin hacerme caso echaban güiri-güiri en inglés.

Llegamos a un pueblito bien pandos y nos fuimos a buscar qué comer y beber.

Era el típico cabaretucho de provincia. Un salón espacioso lleno de espejos con lunas borrosas. En el techo un montón de luces neón y anuncios de vinos y licores por todos lados. En un rincón una maquinita tragamonedas. Un pedazo de pared donde un pintor maleta había dibujado una playa con una muchacha regordeta, descalza, enseñando los muslos que les decía adiós a unos marineros que iban en un lanchón.

Al fondo en el bar, media docena de cantineros de chaqueta blanca iban y venían apresurados. Alrededor de la pista de baile, en mesitas redondas y sillas de tubo, bebían toda clase de tipos y mujerzuelas muy pintarrajeadas y con vestidos muy chillones y ceñidos. Tres o cuatro parejas bailaban al son de una charanga compuesta de violín, cornetín, saxofón, clarinete, flauta, batería y maracas. No lo hacían tan mal; tocaban con ganas revolviendo valses sentimentalones con chotís y chachachás y danzones. Tocaban con brío porque los parroquianos les echaban monedas al final de cada pieza en una tambora vieja que habían colocado enfrente de ellos.

Los gringuitos y yo nos fuimos derecho a la barra a pedir de beber, tequila ellos, yo un Campari para presumir. Todos los ojos se nos echaron encima semblanteándonos. Éramos un grupo raro entre aquella chusma de borrachines y "waifas" baratas.

Un tipo gordo, achaparrado, que estaba al otro lado bebiendo ginebra, inmediatamente se nos acuadriló. Hablaba ronco, muy engolado y manoteaba muy seguido para enseñar el anillote de brillantes que llevaba en la diestra. Su compañero, un tipo esmirriado, cada vez le decía: señor diputado para acá, señor diputado para allá. Se sonreía cada tres minutos. Sonrisa de coyote ladino para enseñar el colmillo de oro. La vanidad de indio pendejo que nunca ha sido nadie ni lo será refulgía en el enorme fistol de ópalo que resaltaba sobre la corbata paya.

El "señor diputado" me caía gordo, de las chimpas embrillantinadas hasta los choclos de charol y no podía ocultar la tirria que me causaba. Tenía unas ganas enormes de romperle la carota de jabalí cebado con bellotas. Inesperadamente, el gringuito pecoso me vino a ayudar a desahogar mi coraje contra aquel revolucionario ramplón. Al calor de los





ponches, el cretino le propuso un brindis al güero. Lo desafió a contestarle la siguiente cuarteta que le endilgó con voz estentórea para que lo oyeran todos y para relucir una vez más el diente de oro:

Del otro lado del río
estaba chiflando una venada
y en su chiflido decía:
¡Gringo, hijo de la chingada!

Los lambiscones corearon con risas y exclamaciones la gran ocurrencia del diputado. El gringuito cerraba y abría los ojos grises amoscado.

—¡Ándele, míster Washington!, échese ese trompo a la uña. Contésteme.

El güerito abrió por fin los ojos aletargados por el vino y con una sonrisita socarrona alzó la copa y le espetó a boca de jarro:

¡Oh, mí no necesita pasar río
ni chiflar venada,
mexicano, hijo de la chingada!

La que se armó. El señor diputado se abalanzó hecho un energúmeno contra el gringo y le dio dos o tres manotazos. Los lambiscones trataron de interponerse, pero el americano lo pudo alcanzar con un uppercut que lo mandó de cabeza contra la barra en una posición totalmente ridícula. Parecía un sapo abotagado vestido de levita. Intervino el dueño de la casa y otros tipos. Mientras lo levantaban, agarré al gringo y a jalones me lo llevé para afuera hasta el coche donde ya estaba la chamaca acurrucada en el asiento trasero bien mamada. A toda máquina nos alejamos por un laberinto de callejuelas oscuras. El aire y los ponches hicieron su efecto. Al rato ya no supe de mí...

"¡Guadalajara, Guadalajara! ¡Tienes el alma de provinciana, hueles a limpia rosa temprana!". Hay ciudades que lo reciben a uno con los brazos abiertos como si lo estuvieran esperando para enamorarlo, para mimarlo y colmarlo de halagos. Hay otras en cambio que pueden ser muy bonitas, muy pintorescas, muy famosas y toda la cosa, pero que como que se cierran, se enconchan, se declaran enemigas del fuereño, lo humillan, lo avientan de aquí para allá, lo enfrían, lo acalorizan, lo enojan, le ponen tropiezos en el camino, lo ningunean y al fin lo vomitan, lo echan fuera a como dé lugar.

Guadalajara es un recuerdo ingrato para mí. Es un lugar al que no quiero volver ni de gobernador. Y es que mi estancia allí comenzó no en el Hotel Coliseo, sino en un muladar, en un basurero lleno de latas vacías y cosas sucias sobre el que estaba clavado un anunciote de esos espectaculares que decía "Bienvenido a Guadalajara".

Cuando abrí los ojos, lo primero que sentí fue un calorón de trópico. Y es que el sol me daba en toda la cara. Y no era para menos. Ya era más de mediodía. Luego, un chingo de moscas que me revoloteaban y me picaban en la cara y en las manos, aprovechando que dormía la mona. Y una cruda, mano, marca diablo.

Tumbado ahí, sin ganas de moverme, eché a andar la relojería de mi cholla muy despacito, porque la jija no quería decirme más que una cosa: que tenía una sed de camello en pleno Sahara.

Al rato, tratando de comprender dónde estaba y por qué, me vino el recuerdo de la noche pasada en el burdel La Gitana con los gringos. Ahí habíamos llegado después de la bronca con el diputado, muertos de risa. Luego que empezamos a beber, se me acercó un borrachillo y me dijo:

—¿Hach oído el *Nocturno a Rosario*?

—Sí, sí. Muy bonito.

Moviendo los brazos grotescamente empezó a declamar, altisonante y teatral: "Puech bien, yo necesito decirte que te adoro, dechirte que te quiero con todo el corazón". Se me empezó a revolver el estómago, no con el trago sino con aquellos versos que me sonaban a hueco en la boca del borrachín. Me alejé de él y fui en busca de Peter. "Que ech mucho lo que sufro que ech mucho lo que lloro". El cantinero servía las copas sonriendo. El radio vomitó en ese momento la voz de un padre de familia: "No lo haré, no. Mi dignidad no me lo permite. Mi religión tampoco. Si esos comunistas se apoderan de la fábrica pasarán por encima de mi cadáver".

El cantinero seguía sirviéndole las copas a un tipo alto y cadavérico que estaba parado frente a la cafetera. Lo último que recuerdo es que estaba tratando de arrimarle los huevos a las petacas de la gringuita y después... nada. Una laguna. Hasta la fecha no sé si los gringos me tiraron allí, en aquel basurero inmundo, o yo llegué por mis propios pies. A veces me pasa eso, que ya cuando ando muy arriba me salgo de la cantina y me voy a vagar por las calles y después no me acuerdo de nada.

Bueno, el caso es que allí estaba, crudo y sin un quinto. Y había qué hacer algo, antes de que algún azul me acarreara para la comandancia.





Lo urgente era tragar algo... un tequilazo y una cerveza helada para la cruda. Y luego un menudo para aquietar las tripas y poner el coco a trabajar en debida forma. Me levanté agarrándome de los postes del anuncio. Tembloroso y tambaleando atravesé el terreno baldío y llegué a la calle en busca de una tabernucha cualquiera a probar suerte una vez más. Estoy bien jodido –pensé– pero no leaunque.

En una cantinucha de barriada conocí a Javier, un muchacho de la capital que también andaba en la aventura. Él me disparó unas copas –mezcal y cerveza– que en unos cuantos minutos me pusieron a tono. Ya en ese plan le fui lavando el cerebro con una historia que me presentaba como muy chicho, muy toreado y muy audaz. Le conté que había raptado en Los Ángeles a una gringuita rica con todo y coche, pero que anoche se había puesto celosa en el cabaret porque me puse a bailar con una jarocha morenota y a todo dar y que se había largado con el coche, mi ropa y mi dinero.

—Mañana, nomás que me enderece de esta pinche cruda, en un santiamén la localizo en algún motel, la reconquisto o si me hace falta, la dejo a pie... le robo el carro. Ya verás, mano. Yo así soy. Todo o nada. Qué me dura una gringa pendeja que no sabe suficiente español para pedir una enchilada —le dije.

Total, este bato, Javier, se la tragó toda. Al rato me invitó a cenar y esa noche me quedé a dormir en el cuartucho que había rentado en un hotelito de mala nota a tres cuadras de la cantina.

Al día siguiente descubrí que también le hacía a la mota, con lo cual nos hicimos más cuates. Con unos cuantos "toquecitos" de la yerba le repetí el cuadro de la noche anterior y lo volé hasta las nubes diciéndole que la gringuita traía más lana que un colchón de pueblo. Con eso comí y dormí a mis anchas todo mi segundo día en Guadalajara, *La Perla de Occidente*.

Al otro día, ya pasado medio día, bien comido, bien rasurado y boleado a costillas de mi cuatezón nos fuimos al centro. Haciéndome pendejo lo llevé a tres o cuatro moteles de los que están por la calle Corona. Entrábamos, y yo, muy formal, preguntaba al dueño o encargado si no estaba alojada allí una americana de nombre Nancy Hale –el primer nombre que se me vino a la cabeza– con una Rambler de color dorado modelo sesenta y uno. La contestación era que no en todas partes; yo me fingía desesperado y mohíno.

Por fin, Javier dio muestras de cansancio –yo también lo estaba– y pretextó que tenía que verse con un cuate en la calle Insurgentes.

Le dije que iba a seguir buscando a Nancy en los otros moteles y que nos veíamos en el hotel a la hora de la cena. De despedida le quité la cajetilla de cigarros.

El resto de la tarde me la pasé en una banca del parque, cabuleando, tratando de idear un plan estratégico para largarme de Guadalajara y llegar a mi casa. Podía llegar de puros aventones, pero esa no era mi idea. No quería presentarme con los míos completamente jodido, con la camisa sucia y los zapatos rotos, chimpudo y muerto de hambre.

¿Pero qué y cómo hacerle para conseguir unos quintos? Por más vueltas que le daba no llegué a ninguna conclusión práctica. Se me acabaron los cigarros y entonces decidí ir a buscar a Javier, aunque no veía esperanza por ese lado.

La noticia de que no había encontrado a la gringa le cayó a Javier como una patada en la boca del estómago. No dijo nada, pero comprendí que le había causado una gran desilusión, que mis bonos habían bajado hasta el suelo. Se quedó tirado en el camastro, sin prender la luz, fuma y fuma sin hablar. Yo le hacía segunda. Es decir, yo tampoco hablaba, pero sí le ayudaba a consumir los pocos cigarros que quedaban en la cajetilla. Al fin, después de un largo rato se levantó a mear y cuando regresó me dijo sin mirarme:

—A la madrugada nos tenemos que salir del cuarto. Ya debo tres días y no me quedan más que unos cuantos pesos para almorzar. Hay que ver qué hacemos.

Le propuse que nos las "tronáramos" para ver si se nos ocurría alguna idea luminosa. ¡Pero nada! Con la yerba se puso medio sentimental y nostálgico. Me contó algunas de sus hazañas, de sus conquistas mugrosas allá en su barrio de la calle De los Impresores. Luego me di cuenta de que era un pobre raterito de quinta, que digo, de décima categoría. Había tenido amores con una meserita de una fonda de barriada, de esas de chilaquiles y pambazos, de muy buenas carnes según él, pero que lo cortó sin más para enredarse con el gendarme de la esquina. Por eso había emigrado en busca de otros aires y de mejor suerte; pero esta no daba todavía trazas de asomar la cara por ningún lado.

Me puse triste. Y la tristeza con grifa es de lo más arrastrado que pueda haber. Se apagan las lucecitas alegres que nos bullen en la maceta, los chistes se vuelven pendejadas sin sentido, empieza uno a chivearse viendo moros con tranchete por todos lados.

Ya no hablamos. Cada quien se fue por su hebra a ver su programa privado de televisión, a imaginar aventuras estúpidas o rumiar remordi-





mientos. ¡Maldita cholla que no para de trabajar ni un minuto! Batallé mucho para dormirme, pero antes de hacerlo ya había decidido cortarlo en la mañana, después del almuerzo, eso sí. Para nada me servía y yo a él tampoco. Nuestras estrellas estaban en eclipse. Pero como dice el dicho: "el piquete que va al culo, aunque te frunzas". A pesar de mis propósitos no pude, no tuve valor o simplemente no quise apartarme de él. Y con eso se enredó en la madeja de mi vida y tuve que ver y sentir y soportar cosas y sucesos que ni en mi más loca fantasía pudiera haber imaginado.

Después de pasadas las cosas ve uno claramente dónde metió la pata. Por eso la famosa experiencia no sirve para madre porque nunca las cosas se presentan otra vez en la misma forma. ¿Cómo pude embarcarme en la mierda de aventura que Javier me propuso? Nunca alcanzaré a comprenderlo y cada vez que me acuerdo me muerdo la cola de coraje. Ha de haber sido en un rato de pendejo, o si no la famosa "fuerza del destino". Para el caso es lo mismo.

Javier cargaba en un envoltorio de periódico un santo niño y otras chivas propias de su oficio de raterillo. También traía en la bolsa ganzúas y llaves maestras. Su "negocio" –bisnes decía él– era meterse en alguna casa o departamento cuando salían las gentes y robarse radios, planchas, licuadoras o lo que fuera fácil de empeñar en el Monte de Piedad. Me contó que había trabajado unos días de maletero en un hotel de lujo y que por las noches era muy fácil meterse al estacionamiento anexo al hotel donde dejaban sus coches los turistas gabachos que iban para México. Chanza que diéramos con un coche en que hubiera una cámara costosa o un veliz cargado de ropa americana. Era la cosa más fácil para él abrir las cajuelas. Lo demás era cuestión de suerte.

Total, después de darle muchas vueltas en la cholla, acepté la idea. Él iría al hotel a ver al bato que le dio el trabajo; ese bato trabajaba en la cocina que estaba en el sótano. Le contaría cualquier mentira, le pediría trabajo otra vez y luego se saldría por la puerta que da al estacionamiento. Yo, que según él andaba mejor trajeado, lo esperaría junto a la puerta por donde entran los carros para que me pasara el veliz o lo que fuera y siguiera muy tranquilo por la calle como si acabara de salir del hotel. Luego nos veríamos en una banca de la placita para ver qué hacíamos con el botín.

El plan no me pareció descabellado. Podía resultar. Yo no arriesgaba mucho; y si algo fallaba, mis largas piernas me llevarían veloces a buen refugio.

No quiero cansarlos con los detalles. Fue una chamba gacha, sin chiste, sin "suspenso". Todo salió tal como lo planeó Javier. A las nueve de la noche se metió al hotel. Yo, un poquitín nervioso, me quedé donde acordamos, pajareando para todos lados. Casi no había gente en la calle. Pasó una viejita vestida de negro con una canastita de fresas en la mano. Pasó una pareja gacha de enamorados, él obrero, ella gatita de casa rica. Pasó un jotingo con unos pantalones muy apretados y me echó una miradita de esas insolentes que acostumbran los lilos en la noche. Pasó, pasó. ¿Para qué les cuento todo lo que pasó por la pinche calle?

Pasó media hora. Y exactamente a las nueve y media Javier me entregó un maletín de cuero, como esos que usan los médicos o los agentes viajeros, con el que me alejé muy quitado de la pena calle arriba mientras Javier se arrinconaba contra la sombra de la pared, todo tembloroso.

Me senté a esperarlo en la banca convenida. Se tardó buen rato el canijo. Me fumé dos Delicados seguidos. Sin duda quería cerciorarse de que no habría lío, que nadie nos había visto. No batallamos para abrir el maletín. Pero nos quedamos mudos cuando vimos lo que contenía. No me lo creerán, pero nunca había visto una colección tan rara de cosas como aquellas. En primer lugar, lo más grande, una sotana de cura, negra y con todo su rosario y crucifijo. Luego, un par de pantaletas de mujer, muy finas, nuevecitas. Una Gillette barata, de esas de doce pesos. Un libro. Me acuerdo perfectamente de su título en inglés: *The I Ching, the book of change*. Un frasquito con gotas para la nariz. Unos binoculares chicos y una baraja gringa. ¡Total, nada! ¡Lo que se llama nada! ¡Puta madre! La traíamos bien torcida.

Echando madres mudas, es decir, acá adentro, sin hablar, hojeé el dichoso libro. Al suelo cayó un papel azuloso. Era una boleta del Monte de Piedad. A la luz del farol lo leímos: "Brazalete de oro con tres brillantes, uno falso. $4,200.00 cero centavos". Un apellido nomás: "Orozco". Fecha: agosto 15. Hacía ocho días nomás que lo había empeñado. Y ahí nos tienen cabuleando sobre quién y qué clase de tipo sería el mentado Orozco. ¿Cura? ¿Con pantaletas de mujer en el maletín? ¿Con un libro con letras chinas? ¿En un hotel de lujo? ¿Con un carrazo a todo dar, según me contó Javier? Era para volverse lucas.

Pronto le paramos a la detectiviada. Nada ganábamos. Y nos pusimos a ver qué provecho les podíamos sacar a aquellas chivas. Lo único





que servía eran las pantaletas y los gemelos. Las sacamos junto con la baraja por si teníamos chance de echar un pokarito. Tiré el librajo en el jardín y me guardé la boleta en la bolsa de la camisa. Se me ocurrió a mí que lo mejor era dejar encargado el maletín en alguna parte. Era peligroso andarlo cargando. Y más con aquellas cosas tan raras. Nos metimos en una botica medio ramplona y convencimos al dueño que nos guardara el maletín hasta el día siguiente. Con los gemelos conseguimos un cuarto en un hotelucho de mala muerte. Nos quedaban las pantaletas para almorzar.

Los árboles iban recogiendo la sombra y las gentes allá abajo en la calle parecían títeres negros recortados contra el cielo dorado. El aire se sentía medio húmedo y las voces y los ruidos me llegaban claramente de lejos, de todos los rumbos.

Repentinamente, en la casa de junto empezó a escucharse una consola. Era música clásica, una tonadita rara, medio apagada, de puros violines. Luego, poco a poco iban entrando los demás instrumentos hasta que toda la orquesta se desataba en un estruendo clamoroso. Fui parando las orejas porque aquello me sonaba a conocido. Y luego el corazón me dio un vuelco y se me atragantó la garganta. Era *La fantástica*, la sinfonía favorita de mi papá. La que él escuchaba solo, cuando ya todos nos habíamos acostado. Aquel como galopar de caballos repercutía en mi pecho como si estuvieran pasando desbocados por encima de mi cuerpo. Me veía tirado en un llano, en un campo de batalla, al caer la noche. Después, al rato, aquel solo de bugle lleno de tristeza parecía que me llamaba desde muy lejos, pero lejos, suplicándome, rogándome que volviera a no sé dónde, a no sé qué...

Cuando la música cesó tenía la frente llena de sudor y sin embargo por la espalda me subía un calosfrío que me hacía temblar. Estaba viendo a mi papá, tendido en el sofá, con las luces apagadas, escuchando, concentrado con toda su alma. Así lo vi una noche en que atravesé la sala para ir a beber agua a la cocina. Los foquitos de la consola iluminaban su cara, que me pareció algo extraña, triste, muy triste, pero a la vez llena de gozo, no sé cómo decirlo. No estaba ahí: andaba en otro mundo, persiguiendo quién sabe qué raros pensamientos, recordando quizá cosas secretas de su vida que nunca nos ha contado.

Esa noche casi no pude dormir. Seguía oyendo, ora quedito, ora recio, la música de *La fantástica*... y la cara quieta de mi padre, sus ojos fijos, como asomándose al más allá.

Javier estuvo lavándome el coco para que nos aventáramos otro jale; al fin me decidí. A las doce del día, a la salida de la iglesia, una muchacha como de veintiún años venía sola. Corrí tras ella y, sin darle tiempo de nada le arrebaté la bolsa. Inmediatamente empezó a gritar: "Al ladrón, al ladrón".

En la otra calle, a la izquierda, había mucha gente. Me venía siguiendo una bola de gente, a la cabeza un güero enchilado de ojos enrojecidos. Fue al que le aticé el primer bolsazo. En eso llegaron los policías e inmediatamente me empezaron a golpear, bañándome la cabeza de sangre. Cuando acabaron de golpearme llegó la muchacha de la bolsa. Al verme se puso a lloriquear y luego a recriminar a los esbirros.

—¡Pero si yo no traía nada en la bolsa! Solo setenta centavos para el camión y una carta de mi novio. ¡Dios mío! ¿Por qué lo golpearon tanto?

Y luego, cuando los dos brutos ya me empujaban a la julia, se me acercó y me limpió la sangre de los ojos con un kleenex color de rosa que olía muy bonito.

—¡Perdóneme, jovencito! No debí echar a correr tras de usted; pero estaba como loca por el susto. ¡Perdóneme! Yo soy la culpable.

Yo no hallé qué decir. Dos goterones se me salieron de los ojos y llegaron amargos a la boca, mezclados con la sangre. Javier, que me había metido en esto, pasó como a unos cincuenta metros muy disimulado. En la julia me llevaron a la demarcación en un subterráneo y luego me llevaron arriba con un sargento.

Me metieron en una celda grande común con unos catorce presos. Allí estuve como una hora. Me volvieron a llamar y me pusieron en una celda independiente. Me registraron todo, me tocaron y me hicieron que me bajara los pantalones, pero no me encontraron nada. Allí pasé como cuatro horas sin comer nada en todo el día.

A las seis y media me sacaron a interrogación dos agentes. Me subieron a un cuartito arriba de las celdas y allí me dieron la primera soba. Durante 45 minutos me estuvieron interrogando y cacheteando, pero no me sacaron nada más que un cuento chino. Me querían sacar quién era el compañero. Les dije que lo había conocido en los billares de la central camionera la noche anterior. De allí no me sacaron.

Al otro día no me sacaron sino hasta las siete de la noche. Me llevaron con Mendiolea, el jefe de la secreta. Íbamos como treinta y cinco presos formados. Yo fui el sexto en pasar. Y allí empezó lo gacho. Mendiolea tenía una cara gruesa, rojiza, con una verruga asquerosa en el lado izquierdo de la nariz y una boca de labios abultados por donde asomaba un colmillote amarillento. Estaba sonriendo siempre, pero con un gesto cruel, burlándose del pobre diablo que tenía enfrente. Su voz era áspera, feroz. Un cabrón, en toda la extensión de la palabra.





Hubo tres interrogatorios más. En uno de ellos hasta me desmayé. Y es que allí me empezaron a tupir de fregadazos. Cuando quería protestar, gritar, insultar, un bofetón del policía me lo impedía. De las narices me manaba sangre, pero la rabia de aquellas fieras no tenía fin. Gozaban en golpearme. Se reían como hienas. Me miraban con odio sordo, controlado, y me aventaban como pelota, sin excitarse, metódicos, sonrientes, como si estuvieran practicando un deporte. Uno me enviaba de un trancazo al otro que me devolvía de un puñetazo a los brazos de un tercero. Yo me agarraba a él para no caerme y entonces el cobarde me golpeaba abajo, en los riñones o en el estómago. Así me estuvieron tupiendo hasta que caí al cemento casi inconsciente. Luego me echaron dos baldes de agua fría y se salieron.

Y allí estaba yo repasando mi vida y viendo el bate que había hecho, suma y suma. ¡Total! Un regimiento de ceros, como quien dice: ¡nada! Una nada tan grande como el mundo o más. En el fondo, en lo más hondo del hoyo y en medio de la mierda. La mierda de la vida y la mierda de la vida de todos mis compañeros de cárcel, de todos los que están en la cárcel –inocentes o culpables–, de todos los que algún día estarán en la cárcel. Y la mierda de vida de todos estos infelices zopilotes que se alimentan de la sangre humana, estos méndigos que gozan con quebrar el alma de sus prójimos. ¡Nada importa! No eres el primero que tiene que morir. Ahorita mismo, miles están muriendo. Todos tenemos que morir. Todos tenemos que sufrir, todos tenemos que llorar... Esa es la ley. Pero no importa. Todos estamos en la misma cárcel. Todos somos prisioneros. Tú aquí adentro, los otros allá afuera. Nadie se escapa. La única salida es la muerte. Ya te vas a morir, ya vas a saber lo que es la libertad. Ya vas a salir de las tinieblas a la luz. Nada importa. Nada importa. El mundo está lleno de luz.

Me puse a llorar como un chavalo. Llorar hasta que ya me dolía el pecho de tanto sollozo. No sé cuanto tiempo estuve así. Repentinamente pararon los sollozos y yo me quedé tirado en el cemento con la cabeza encima de los brazos como una almohada. Calladito, quietecito, muy a gusto, entre dormido y despierto, cansado hasta los tuétanos. Luego, ya mucho después, quise cambiar de postura y alcé la cara. Abrí los ojos. Los cerré, volví a abrirlos.

¡Jijo!, el cuarto estaba lleno de luz, pero mucha, mucha luz. A tal grado que volví a cerrar los ojos, deslumbrado, y me pegué con la cabeza en el suelo, temblando. Y la cabeza me zumbaba de lo aprisa que me pasaban los pensamientos. ¡Como cohetes! Y la luz, que no quería ver con los ojos abiertos, la estaba viendo chisporroteando en mil colores con los ojos ya cerrados. La luz estaba adentro de mí.

Y luego la luz aquella empezó a girar. Vuelta y vuelta, aprisa, aprisa, más aprisa. Y yo y el cuarto y la cárcel y la ciudad. Y el mundo todo, todito dando vueltas, rápido, rápido como un rehilete de esos de los cuetes que echan en las ferias de los pueblos. ¡Chingada! Me estallan los oídos. Y luego como que todo se aquieta; las campanitas de mis oídos se callan. Y poco a poquito del gran silencio aquel empieza a brotar un ruidito como el que hacen las olas a la orilla del mar o el viento en las ramas de los pinos. Y muy suavecito, muy suavecito empieza la música... los violines como llorando... los cornos como que les responden! Hablan entre ellos, todas las voces de los instrumentos están hablando, se quejan, se riñen... se reclaman y luego vuelven a lamentarse de algo. Me quieren decir algo, algo. ¿Qué es? ¿Dios mío? Les entiendo, sí, les entiendo, pero no sé decirlo. No puedo ponerlo en palabras. Una cascada, una danza fragorosa suena por este lado. Por el otro un galopar tremendo como el de una caballería que va en carrera al ataque. Y allá lejos, como por encima de unos pinares inmensos una campana... ronca, adolorida, llamando a muerto... ¡Es *La fantástica*! ¡Es *La fantástica*! Papacito de mi vida! Siento que voy a morir... me estoy muriendo. Recógeme en tus brazos... tócame la frente como cuando estaba en el hospital cuando me sacaron la astilla de la pierna... No me abandones. Yo siempre te he querido. He sido muy canijo, muy pendejo, pero acá dentro siempre te he querido, siempre me ha dado coraje no poder competir contigo. Te he aborrecido a veces porque eres muy grande para mí. Ahora lo entiendo todo... la música me lo dice todo... la oigo como tú la oyes y se me mete por todos los poros, por los nervios y por los huesos; me estremece la sangre, me levanta por el aire como el viento, como un huracán me lleva como una hoja seca en el torbellino hacia el abismo... oscuro, frío, tengo mucho frío, tengo miedo... estoy temblando, estoy sudando... me crujen los dientes. No leaunque... adelante, adelante hay que andar todo el camino... es la voz de mi padre. "Hijo, no importa lo que suceda, hay que andar todo el camino. ¡Sin rajarse!". Es la voz del ángel. Hay que andar todo el camino. Adiós, mamacita linda. ¡Perdóname todo lo que te he hecho llorar... por pendejo, por buey!





Adiós hermanitos míos... me voy a morir... pero me queda un consuelo... me voy a juntar con Rima... la voy a estrechar en mis brazos... le voy a besar su sonrisa, voy a oír su vocecita querida... mi linda, mi adorada. Hay que andar todo el camino para merecer. ¡Ay! Estoy muy cansado, muy cansado de rodar por los caminos... estoy llorando. La música también está llorando. Tristes, muy tristes los violines... Parece que está lloviendo... Están cayendo gotitas... Está chispeando sobre el cementerio... sobre la tumba de Rima... sobre todas las tumbas del mundo alguien está llorando. ¿Por qué nos tenemos que morir, Dios mío? ¿Por qué, por qué? Yo no me quiero morir. Yo no me quiero quedar tirado en esta pinche celda, tieso sobre el cemento frío... sin que mi madre recoja mi pobre cuerpo... porque no saben ni quién soy... Yo no quiero morirme... Quién es –dirán–, no sabemos quién es... pobre chavalo pendejo que se robó una bolsa con setenta centavos... No, se robó un millón de pesos en joyas, es un bribón de marca... un asesino... Total... me da igual. Qué importa lo que digan. Me agarrarán de los pies y me echarán en la ambulancia porque ya apesto... Y allá en el anfiteatro del hospital unos estudiantes me harán garras con sus cuchillos, riéndose mientras me cortan los huevos... Tan, tan, tan... otra vez las campanitas. Se acerca la hora... Otra vez la corneta como que se lamenta, como que llama allá lejos a alguien perdido en la niebla de la eternidad... Es a mí a quien llaman... de allá del otro lado del abismo... Es el ángel el que me llama... El ángel del camino... el mismísimo... mi cuate... viene... viene sonriendo, viene lleno de luz... ya está aquí, ya está el cuarto lleno de luz... ya está aquí... yo estoy lleno de luz... nada importa, nada importa... todo el mundo está lleno de luz... "todo está bien... todo está bien" está diciendo la orquesta... la muerte no es oscuridad... Es luz... es luz... es luz.

Los gritos, los alaridos, las maldiciones de la música aquella se van acallando poco a poquito hasta que no queda más que el lamento triste, triste del bugle que parece que le está hablando a Dios, reprochándole lo que nos hace sufrir desde siglos de siglos... los mares de lágrimas derramadas por los ojos de mujeres, hombres y niños, las montañas de carne y hueso pudriéndose en todos los cementerios del mundo, los ríos de sangre que solo sirven para fertilizar la tierra.

El bugle sigue hablando de la tristeza de los burdeles, las cárceles y los hospitales, con un lamento largo que retumba contra los acantilados rompiéndose en mil ecos...

Cuando abrí los ojos ya había amanecido. Se oían los gritos de los presos y de los guardias. Rechinaban las puertas de las crujías. Iban y venían pasos por encima del techo de mi celda. Me empecé a tentar el cuerpo con las manos. Estaba completo y calientito. Vivito y coleando... Nada me dolía. El corazón como que me rebotaba de contento, de esperanzas, de ilusiones.

A todo se acostumbra uno, menos a no comer. En unos días ya no me sentía tan mal y hasta empecé a reírme de tanta puntada que encontraba escrita en las paredes de los baños y de las celdas: "Es inútil cagar de aguililla. Hay chancros voladores"; "Aquí estuvo El Chivo, padre de más de cuatro cabrones"; "Ahora que estás en la panza de la ballena, acuérdate que Jonás salió vivo"; "Adiós mi chatita linda / se acabó la vacilada. / En este maldito mundo / la honradez vale cagada"; "Por pendejo y por malora / yo la cárcel conocí / y ahora mi alma llora / la libertad que perdí".

Como el sexto o séptimo día metieron en mi celda a dos tipos muy raros. A uno le decían *el Negro* y al otro *el Rorro*. Eran completamente opuestos en todo, en lo físico y en lo espiritual. *El Negro* era un hombrachón rudo, grueso, vulgar, de facciones toscas y movimientos pesados; con la tez oscura, sarnosa, la boca gruesota, sensual y un greñero tupido y encarrujado como el cabello de los negros. Parecía que lo habían hecho a hachazos.

*El Rorro* se veía chiquito junto a él, aunque era casi de mi estatura. Era delgado y pálido, fino, fino en todo, y tenía unos ojos negros, grandotes y medio dormidos. No podía uno menos que quedársele viendo largo rato, embobado, cavilando porque Dios o la naturaleza o lo que sea lo hizo tan perfecto, tan bonito. Porque esta es la palabra que le venía a uno a la mente: bonito. Tan bonito que uno luego luego pensaba que debía haber sido mujer. Y de ahí brincaba uno rápidamente, no sin cierta sorpresa mezclada de lástima, a la conclusión de que era "lilo". Se le notaba, pero en una forma digamos, muy sutil, muy disimulada, porque no tenía las señales tan aparentes del joto común y corriente, los dengues y la voz atiplada y el contoneo de las nalgas que tan repugnoso se me hace en estos tipos, a los que detesto con toda el alma. Saltaba también a la vista que los dos venían de distintas raíces, pudiéramos decir que eran de distinta pasta humana y que se habían criado en ambientes completamente diferentes.

*El Negro* era muy hablador y bullicioso y tenía una parla hasta cierto punto pintoresca y original. *El Rorro* era silencioso, medido en todo,





refinado; se conocía que había vivido en la holgura. Y sin embargo, cosa rara, los dos se entendían muy bien, eran amigos. *El Negro* como que había tomado bajo su protección a aquel ser endeble y sensible. Se notaba que lo quería como si fuera el hermano menor o un ser extraordinario de otro mundo. *El Rorro* aceptaba aquel cariño y aquella protección como natural y correspondía en forma tímida y temerosa a las demostraciones de su amigo, pero llena de cortesía y delicadeza. Con el paso de las horas que se alargaban terriblemente hasta parecer que tenían mil minutos en vez de sesenta, los fui conociendo más a fondo, y a mi vez, encariñándome de ellos.

El nombre verdadero de *el Negro* era Macedonio Castillo; tenía como unos veintisiete años y era de Boca del Río, Veracruz. Había trabajado de cañero en varios ingenios en Veracruz y en el estado de Morelos. Había sido muy borracho y pendenciero, se había ido a los Steits de bracero. Siempre se andaba metiendo en líos por cuestión de faldas. Creo que su estancia de ahora en la cárcel se debía a un pleito, aunque no quiso dar detalles. La cosa no era de importancia. Tenía esperanzas de salir pronto. Los dos vinieron a mi celda precisamente por eso: porque en la crujía común eran un problema. Todos se querían meter con él, y *el Negro*, que lo apreciaba bien a bien, es decir, sin ningún interés sexual, entraba al quite y armaba unas trifulcas del cocol defendiéndolo de dos o tres de los más valentones y los dejaba bañados en sangre, hechos una piltrafa. Pero como ni aun con esto cesaba la cosa, pues todos andaban calientes como perros con *el Rorro*, el comandante ordenó que los cambiaran a mi celda.

Esto fue doblemente significativo para mí. Quería decir que ya no me consideraban tan peligroso para tenerme incomunicado y además la compañía de los dos vino a hacerme más llevadero mi cautiverio.

Yo les conté a grandes rasgos mi caso. Lo discutimos; le dimos vueltas por todos lados y nos quedamos a oscuras. Ellos tampoco entendían por qué me estaban tratando con tanta saña cuando el robo de la bolsa es de los delitos que no ameritan arriba de quince días de chirona.

Una noche, *el Negro* consiguió marihuana y nos pusimos luego luego a darnos unos toques. *El Rorro* se puso inspirado y se puso a declamar una poesía que luego nos dijo se llamaba "Canción de la vida profunda" de un tal Porfirio Barba Jacob. Como ni *el Negro* ni yo le entendimos bien, nos la explicó. Yo, animado por esto, saqué uno de mis arrugados poemas y se los declamé:

*Mi ofrenda*

Una flor, la más bella te daría,
la de más raros matices que encontrara.
Desde el mismo infinito la traería,
y a tus pies, linda Venus, deshojara.

Una estrella, y que de todas fuera,
la que más bellos fulgores destellara,
y si al bajarla del cielo se rompiera,
no importa, con la savia de mi amor yo la pegara.

Una canción, que dulce y melodiosa te arrullara,
que en sueños de amor y de ternura,
tus tenebrosas pesadillas de amargura,
con su mensaje de pasión, las convirtiera.

Un beso, fervoroso, apasionado,
que el sabor de las mieles te brindara.
Un beso como nunca te hayan dado,
ni el que más en la vida te deseara.

Un poema, que en sus versos te mostrara,
paraísos de ensueños sin iguales,
sueños dorados cubiertos de trigales,
frutos de amor, con corazón y cara.

Eso y tal vez más, si un imposible
tu caprichoso corazón pidiera,
por espantoso o increíble que este fuera,
ni la muerte concederlo me evitara.

Si adorarte llegara a ser pecado,
y a los infiernos mi alma condenara,
no lloraría nunca haberte amado,
y desde allá quizá te amara.

Mas ya mi alma se ha vuelto caprichosa,
y de pasiones está decepcionada,





lo diera todo y lo diera gustosa,
pero no sabe dar sin recibir nada.

*El Rorro* me estimuló diciendo que siguiera escribiendo poemas, que este aún tenía muchas fallas, pero que prometía. Yo me sentí muy contento con sus palabras.

Una noche que *el Rorro* estuvo más comunicativo nos contó cosas de su vida que nos dejaron asombrados. Según él era hijo único de María, la famosa actriz de cine que tanto ruido había metido en México y en el extranjero con sus escándalos y sus amoríos. Dice *el Rorro* que su mamá, que era divorciada y rica, lo adoraba antes de meterse al cine, que él era su consentido y que para él no había nadie en el mundo como su mamá. Pero en cuanto empezó a hacerse famosa, se le subió la cosa a la cabeza y ya no fue lo mismo. Sufría mucho viéndola andar con distintos hombres. Hasta ya muy grandecito él acostumbraba dormir con su mamá. Pero luego llegaron otros hombres y lo echaron del lecho. Se sentía muy solo en el cuarto que les asignaban en los hoteles donde paraba su mamá y sufría lo indecible cuando ella se iba a pasear con algún hombre y volvía al hotel medio borracha y le reñía porque no se había acostado.

Con el tiempo las cosas fueron empeorando. Su mamá tuvo un lío tempestuoso con un banquero y el chavalo sufría unos celos indecibles. Pero el colmo llegó cuando ella decidió repentinamente casarse, después de un viaje relámpago a Sudamérica, con otro actor de cine que le caía particularmente sangrón. Jaime no pudo soportar esto y huyó de la casa. Anduvo vagando por varias ciudades hasta que se le acabó el dinero que le había robado a su mamá. Luego, todo amolado, trabó amistad en una capital de provincia con un doctor, soltero y rico, medio poeta que lo llevó a vivir a su casa. Al poco tiempo el doctor lo inició en la joteada y en el uso de las drogas heroicas. Pero como por nada se le quitaba de la mente el recuerdo de su mamá, se fue haciendo más y más perdido. Se metía con toda clase de tipos degenerados: meseros, choferes, rebeldillos, soldados, boxeadores, hasta que el doctor, que era muy celoso, lo quiso matar y tuvo que huir. Siguió vagando sin rumbo y sin saber qué quería. Es decir, sí sabía, quería morirse, acabar cuanto antes con la vida perra que llevaba.

En esas condiciones conoció en Guadalajara a un pintor joven que lo llevó a su casa; lo vistió, le dio dinero y muy buenos consejos y lo empezó a enseñar a pintar, pues siempre había tenido ciertas aptitudes

para el dibujo. Fue muy feliz esa temporada en casa del pintor porque este le brindaba su amistad sin pedirle nada. Lo quería y lo trataba de igual a igual. Pero las cosas buenas duran muy poco en este mundo. El pintor tenía una querida muy linda, pero algo tonta. Se le metió entre ceja y ceja que algo había entre los dos amigos y una noche, después de una tremenda riña, se tomó un montón de nembutales y por poco se petatea. En una carta que dejó los acusaba a los dos de ser los causantes de su muerte. Así vino a dar a la cárcel, mientras se hacían las investigaciones del caso. Su amigo el pintor desapareció sin dejar rastro y los parientes de la muchacha, que eran influyentes, se estaban cebando en el pobre chavalo. Nosotros, *el Negro* y yo, le aconsejábamos que le telegrafiara a su mamá para que viniera a sacarlo. Estábamos seguros que lo perdonaría y que tendría mucho gusto de recuperarlo y de ayudarlo. Pero el chico se mostraba inflexible en esto: no volvería nunca al lado de su madre. Prefería ahorcarse si las cosas empeoraban. Nosotros tratamos de quitarle esas ideas tan lúgubres de la cabeza, pero a cada rato volvía al tema. La solicitud del *Negro* era conmovedora.

—No señor —le decía con su acento costeño—, usté no se me raja. Si no quiere retacharse para su casa, en cuanto salgamos de este infierno, se viene conmigo. Nos vamos al ranchito que tiene mi apá en el estado de Veracruz y allí comenzamos una vida nueva. ¡Carajo! Ya verá lo fácil que es. Nomás déjeme a mí hacer la movida. Borrón y cuenta nueva. Ya basta de chingaderas. ¿Me oyó?

*El Rorro* sonreía con tristeza, pero en sus ojotes brillaba una chispita de gratitud para aquel bruto que a su modo le mostraba que tenía el corazón en su lugar.

No es de creerse, pero hasta la cárcel llega el alboroto del último día del año. Todo mundo se inquieta y quiere celebrar de algún modo, aunque no haya nada qué celebrar. Por fortuna, los pinches policías también se contagian y ese día no son tan majaderos. Dejan que visiten a los presos. Pasan de contrabando alguna botella o un fajo de grifa. A mí me tocó que me sacaran de la celda donde me estaba pudriendo y que me revolviera por esa noche con los demás presos en el patio de la crujía. Desde las seis de la tarde empezaron a llegar nuevos "inquilinos", batos pendejos que empezaron a echar tequila temprano. A unos los trajeron por armar pleito en alguna fonda, otros porque insultaron al policía de la esquina, el de más allá porque le pegó a una puta o porque le robó los fierros a su suegra. Así todos por el estilo. El caso es que para las once ya habían entrado más de 40 de todos los rumbos de la ciudad.





Había hasta algunos catrines. Entre ellos uno que dijo que dizque era locutor en una radiodifusora y gritaba desaforado que lo echaran, que era amigo íntimo del gobernador y que cuando saliera ya verían cómo los iba a poner. "Los voy a cesar a todos", vociferaba ya muy pedo. Al fin, viendo que no le hacían caso, se puso a bailar rumba al son de dos o tres guitarras que no sé de dónde salieron. Luego, declamó muy bien el carajo el famoso *Brindis del bohemio* que le aplaudieron mucho los pendejos que creen que es un poema sublime, pero que mi papi dice que es una birria asquerosa. Ya en plan de mucha amistad, sacó un fajo de billetes, que no sé cómo se les escapó a los guardias, y en grandes voces pidió al de la puerta que mandara traer una tina de menudo para todos los presos, un costal de pan y varios paquetes de cigarros. Le dio veinte pesos de propina y como todos, hasta los guardias estaban medio zumbos, consiguió que le hicieran caso. Para qué les cuento la que se armó cuando llegó el famoso menudo. Todos se aglomeraron con sus botecitos de lata y sus cucharas. A mí me tocó buena ración porque fui de los primeros, y el menjunje aquel me supo a gloria. Cuando terminé de fumarme un Delicado de la cajetilla que me tocó, me di cuenta de que el locutor caritativo había tirado la vuelta y estaba tendido en un rincón, bien dormido, sin que nadie le prestara la menor atención. Mis ojos le recorrieron de pies a cabeza. Y de repente me quedé turulato, el corazón queriéndoseme salir por la boca. Junto a sus pies estaba tirado un billete. Un billete de a cien lanas, mano.

Me levanté del asiento y me fui como rayo hacia él. Todos andaban cantando y gritando, ya pedos. Abrazándose y deseándose felicidades. Nadie se fijó en mí. Haciendo como que le ponía la cabeza sobre el brazo derecho, recogí muy rápido el billete y me lo guardé en la bolsa. Después vería dónde lo escondía bien, porque aquí cuando menos piensa uno lo chingan hasta por menos.

Aquel mugroso billete, que no me cansaba de acariciar con la mano metida en la bolsa, me producía un gozo secreto, tenía lumbre, me calentaba el alma y los huesos. ¡Lo que es el dinero!

Después de que soplaron los pitos, sonaron las campanas y se tiraron balazos en la calle para saludar al año nuevo, la crujía se fue asilenciando poco a poco. Al rato, el Fresas vino por mí y me empujó otra vez a mi celda. No me pude dormir hasta la madrugada.

Era de madrugada. El aire estaba fresco pero no helado. Olía a tierra mojada. Todo me parecía nuevo y sabroso. Las calles silenciosas y las

casas quietas y oscuras; uno que otro arbotante con luz, todo se me hizo muy bonito, un poco extraño. Estiré los brazos y ensayé unos pasos. El cansancio había desaparecido. Algunos de los compañeros se rieron abiertamente de mí y sus risas no me ofendían, sonaban a bueno. Es que todos estábamos contentos. En todos los ojos brillaban chispitas de luz. Todos tenían esperanzas. Todos amaban la vida, soñaban con algo, querían echar a andar pronto, a ver a alguien a quien querían. No podían ser tan malos como los pintaban los agentes, nuestros verdugos.

Los cuatro agentes que nos iban a acompañar nos miraban como con odio, porque nos les íbamos de las manos, porque ya no nos podrían torturar. Sin embargo, aprovechaban hasta el último momento. Nos metían a culatazos de rifle en la camioneta.

Me tocó sentarme junto al *Rorro* y entonces me fijé que era el único que no estaba alegre, no hablaba. Muy serio chupaba la colilla que el chofer había arrojado al suelo. Cuando arrancó la camioneta me pareció que de todos los pechos salía un suspiro de alivio. Aspirábamos el aire de afuera. Ya casi éramos libres.

La julia echó a andar por las calles más oscuras, por los barrios más pobres y al fin enfiló hacia una carretera. Nadie sabía a dónde nos llevaban, pero sí que en alguna parte, fuera ya del estado, nos soltarían. Esto lo sabíamos porque alguien que ya había pasado por esto nos lo contó una noche. Nos contó también que los agentes eran maloras hasta el último momento y que muchas veces la forma de despedir a los pobres presos era golpearlos villanamente antes de dejarlos ir. Yo no le daba mucha importancia a esto. Sabía que tenía buenas piernas y que al llegar el momento me echaría a correr. Lo que ocupaba mi pensamiento era ver la forma de llegar hasta mi casa. No se me hacía difícil y no me parecía estar muy lejos. Con suerte, con unos cuantos aventones, en dos o tres días llegaría hasta México.

Caminamos varias horas. Salió el sol y seguimos caminando. Pasamos por muchos pueblos rabones y atravesamos llanos interminables. Subimos y bajamos cuestas; nos metimos en varios trechos de monte y pasamos a lo largo de una laguna. No sabíamos dónde estábamos. Pero como seguíamos caminando era lógico que todavía no saliéramos de Jalisco. Todos íbamos quietos, pensativos, pero mucho más alegres que en la cárcel. Ya era muy tarde, más de medio día, y no habíamos probado más bocado que la taza de agua caliente teñida de negro que llamaban café y el pedazo de pan duro que nos dieron antes de subirnos a la julia. Nadie traía cigarros y, por lo mismo, lo que más deseábamos era





fumar. Del asiento delantero nos llegaban las voces y las risas de los cuicos y el olor del tabaco. No distinguíamos lo que decían, pero era claro que iban echando trago. De vez en cuando se paraba el auto y uno de los guardias venía a asomarse receloso a la rejilla trasera a ver si no había novedad. En una de estas ocasiones alguien, creo que *el Negro*, pidió que lo dejaran bajar a mear. Contra lo que esperábamos, abrieron la puerta y nos dejaron bajar un ratito, pero bien vigilados y con los rifles cortando cartucho, como si tuvieran miedo de que nos les fuéramos a echar encima.

Mientras meaba, eché una ojeada alrededor y vi que estábamos en pleno monte de pinos, madroños y encinos. Que la carretera serpenteaba por la ladera de una montaña. Que a la derecha del camino había una cañada muy honda y abajo corría un arroyito. Olía muy bonito, a yerba fresca, a tierra mojada, a pino. Subimos de nuevo al camión y seguimos caminando hasta que ya casi se estaba metiendo el sol. Ya todos estábamos cansados y molidos con el traqueteo del camión. En todas las caras se veía la mohína pues no acabábamos de llegar. Ya lo que queríamos era salir de ahí, sentirnos libres y poder caminar cada quien por su rumbo; estirar las piernas, pues íbamos sentados en cuclillas. No hablábamos, pero todos nos entendíamos con los ojos. En un rato en que casi todos parecían dormir, *el Negro* se me acercó muy quedito y agarrándome la mano se la colocó debajo de su sobaco. Tenté algo duro y siguiendo su forma con los dedos, como lo hacen tal vez los ciegos, adiviné que era una pistola.

—¿De dónde la agarraste? —cuchicheé.

—Estos cabrones se creen muy chichos. En los dieciocho días que llevo preso no me la encontraron.

—¿Pero, para qué la quieres? Tírala. Eso es muy peligroso.

—Por las dudas. Uno no sabe cuando se puede ofrecer. Y traigo una tanda de balas.

—Pues cuídate mucho porque si nos esculcan te llevan de nuevo.

—No les voy a dar chanza, manito.

El camión se detuvo repentinamente y nos azoramos un poco. Hice un esfuerzo por dominar mis nervios y *el Negro* lo mismo.

Bajaron todos los guardias y uno vino a abrirnos la portezuela.

—¡Ora pelones rajados! —exclamó—. ¡Bájense! Aquí termina el viaje en ruedas. Ora le siguen a pata.

—Uno por uno, por favor. Y nada de pendejadas —gritó otro y alzó el rifle.

Bajamos todos y nos quedamos parados, en silencio, como esperando algo. Estábamos como atontados. Acostumbrados a las órdenes, no hacíamos nada. Los guardias, con los rifles listos, nos miraban también recelosos. Estábamos en la cumbre de la montaña. De ahí el camino empezaba a bajar hacia un valle en que se veían unos cuantos caseríos allá abajo, rete chiquitos, rete lejos. Ya se había metido el sol y de las cabañas salía un hilito de humo azul. El aire del atardecer era fresco, pero no frío. Sin embargo, al menos yo, temblaba.

—Órale, cabrones —exclamó el que la hacía de jefe, ya impaciente—, a volar. Y no se vuelvan a parar en Guadalajara, porque si los pescamos, esta vez sí se van a la grande.

—Allá abajo está San Pablo —dijo otro—. Píquenle para allá, quietecitos. Todos, menos este.

Y apuntó al *Rorro*.

—¿Yo no? —preguntó el chavalo casi llorando—. ¿Por qué? ¿Por qué? Déjenme ir con los demás. Yo no he hecho nada. El jefe les dijo que nos soltaran.

—¡Chitón, putito! No te vamos a comer. Quédate. Al rato bajas tú también. No te pesará, ya verás.

Yo sentí que la garganta se me hacía nudo. Vi a los otros y comprendí que ellos también estaban asombrados y temerosos. No se movían. Todos sentían lástima por el chavalo.

—¿Qué pasa? ¿Qué no oyeron? A volar. Píquenle y rápido, si no quieren que los regresemos a Guadalajara.

Empezamos a dispersarnos por el monte, con la cabeza gacha. Los más culos echaron a correr cuesta abajo. *El Negro* se me acercó.

—Estos infelices se traen algo. Vamos esperando a ver qué le hacen al *Rorro*.

—No. No. ¡Vámonos! ¡Olvídalo! No podemos hacer nada.

En ese momento oímos las risas de los guardias y los gritos del *Rorro*.

—¡Suéltenme! Déjenme ir. No quiero, no quiero. ¡Déjenme ir!

—Ándele, chiquito —le decía el cabo, que lo tenía agarrado por un brazo—. No se haga el rogón. ¡Bájese los calzones!

Los otros se reían a todo mecate. Estaban ya bastante pedos.

—Ora verás, pendejete. Con esto que te vamos a hacer, se te va a quitar lo puto para toda la vida... ¡Ja, ja, ja!

No vi cuando *el Negro* se adelantó hacia ellos. Solo oí que les gritaba enfurecido, fuera de sí, con la pistola en la mano.





—¡Déjenlo, hijos de la chingada. No sean cobardes!

Una descarga cerrada lo detuvo y dio media vuelta antes de caer de espaldas.

Luego volvieron a disparar y las balas pasaron zumbando junto a mí. Yo me escondí detrás de un árbol. *El Negro* se incorporó un poquito, alzó la pistola y disparó contra los gendarmes. El que era el jefe cayó rodando. Volvió a disparar y otro de los azules rodó por el suelo. Luego se quedó quietecito, probablemente muerto o mal herido. Entonces, uno de los que quedaban, alzó el rifle y se lo puso en el pecho al chavalo. El chavalo lo agarró por el cañón y trató de forcejear. El disparo le hizo garras la cara y se derrumbó como un costal de piedras. No hizo ni pío. El guardia se le quedó mirando un momento, atontado, y luego se volvió hacia donde estábamos nosotros y nos empezó a echar bala enfurecido. Su compañero hizo lo mismo. Los pocos que quedábamos echamos a correr. Las balas de los dos guardias que quedaban chicoteaban muy cerca de mí levantando el polvo del camino. A mi derecha había un barranco muy alto, casi cortado a pico, del que sobresalían ramas y mucha maleza. No tuve más remedio que echar un clavado sobre las copas de los árboles y confiarme a la suerte. Las ramas iban crujiendo y quebrándose con el peso de mi cuerpo. No sentía nada. Caía, caía, caía hacia un abismo inmenso, inmenso, oscuro, oscuro. Y luego, nada. La nada total, la muerte...

Luego un golpe seco, duro, que me hizo estremecer. Los oídos me empezaron a zumbar y la cholla me empezó a doler, pero de a duro. Allá muy lejos, dos disparos. Luego el ruido del camión al arrancar. Luego más cerca el murmullo del agua al correr. Luego el canto de los grillos. Luego un silencio grande, grande, grande, como si todo el mundo se hubiera callado. Luego... nada. La oscuridad.

El dolor de cabeza me hizo despertar. Parecía que me la tenían agarrada con unas tenazas. Y un olor raro me hizo estornudar. Un olor raro me hizo abrir los ojos. Olía a humo, a ramas verdes quemadas. Abrí los ojos muy despacito, con mucho miedo, porque no sabía dónde estaba ni recordaba qué había pasado. Todo estaba oscuro menos un rincón en el que ardía una llamita que se apagaba y se volvía a levantar, temblando, temerosa. Una mujer vieja, vestida casi en harapos, greñuda y tiznada, de rodillas junto a un fogón, soplaba sobre las lengüitas de lumbre que se apagaban y llenaban de humo la cabaña hecha de palos rebocados con lodo. Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la penumbra y ya pude distinguir otras cosas: una mesita de palo con cazue-

las encima, la imagen de un santo casi borrado, adornado con hojitas de palma y flores de papel de china clavado en el muro lleno de hollín, un molino de nixtamal, muy antiguo, puesto sobre un tronco de árbol pelón junto a la puerta por donde entraba una franjita de sol, una brazada de leña junto al fogón, una ristra de ajos y chiles colorados colgados de una alcayata del marco de la puerta. En el otro rincón, una tinaja de barro y un bote de salmón con un geranio descolorido. Unos sarapes viejos y revueltos sobre un petate en otro rincón, casi enfrente de donde yo estaba, acostado en una tarima de tablas, tapado con una cobija raída y sucia.

La mujer seguía sople y sople hasta que al fin se alzó una llama fuerte que iluminó las paredes y proyectó su figura grotesca contra el muro y el techo. La mujer acercó un jarrito a la llama y luego se quedó sentada mirando la lumbre, murmurando quién sabe qué entre dientes. Tal vez rezaba. Yo no le podía quitar los ojos de encima; trataba de entender lo que pasaba, quién era ella, quién era yo, y qué estábamos haciendo allí los dos. Traté de moverme tantito y tuve que lanzar un quejido, pues me dolía todo al mismo tiempo: piernas, brazos, pescuezo, costillas, hasta las nalgas. La mujer, al oírme quejar, se puso en pie de un salto y se me acercó sonriendo con su boca desdentada. Parecía una bruja, pero sus ojitos tristes y picarescos a la vez desmentían esa primera impresión. Se me acercó casi hasta tocarme la cara, como si no creyera lo que estaba viendo, y luego exclamó llena de alegría:

—¡Alabado sea el Santísimo! Ya despertó el amito. Fíjese que ya lo habíamos dado por perdido. Créibanos que se nos iba a petatear.

—¿En dónde estoy? —pude murmurar.

—No se asuste. Orita se lo explico todo. Está en su casa, aunque muy humilde y muy probe. Está entre amigos. No se priocupe.

—¿Pero, cómo vine a dar aquí? ¿Quién me trajo?

—Prisciliano, mi marido. Lo encontró tirado allá junto al arroyo de la Quemada, antier en la mañana que fue a trair los burros. Estaba casi tieso de frío, como muerto, pero respiraba. Es un milagro que no dieran los coyotes con usté.

—¿Pero cómo me trajeron?

—Pues ansina, como Dios nos dio a entender. No está muy lejos. Prisciliano me vino a hablar corriendo. Y juntos lo arrastramos hasta acá. Ya casi tenía tres días sin sentido. Sin probar bocado, más que unos tragos de una bebida de chuchupaste que yo mesma le daba con una cuchara, como a un recién nacido.





Me arregló la raída cobija sobre las piernas y me tocó la frente con su mano sarmentosa. Muy suavecita, muy tierna. Tenía manos de madre y aquel gesto hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—Ande, ande —murmuró—, no se raje. Ya pasó lo pior. Está vivo, ya abrió los ojos, ya habló. En un santiamén se va a poner bueno.

—Me duele todo el cuerpo. Creo que tengo algún hueso quebrado.

—No, no, yo ya lo revisé todo, usté ha de dispensar. Puras magulladuras por todo el cuerpo. Creo que se cayó desde allá arriba del barranco. Y si no ha sido por los árboles, orita no estuviéramos platicando usté y yo. ¡Alabado sea el Santísimo!

—¿Pero qué es lo que pasó? No me acuerdo de nada.

—Pos si usté no lo sabe, menos lo sé yo. Solo le puedo decir que esa noche, como al oscurecer, oyimos una balacera del carajo y nos acostamos preocupados. Y ayer vinieron muchos carros y harta policía y anduvieron esculcando por todo el monte. Teníamos harto miedo que llegaran hasta aquí y que lo encontraran. A mi Prisciliano se lo toparon en el camino, le estuvieron escarbando pero él es muy zorro, aunque yo lo diga, y no le sacaron nada. Eso sí, le contaron que unos presos se jueron y que mataron a cuatro, dos policías y dos presos. Uno de ellos, un pobre chavalito que no tendría ni quince años. Ayer vinieron a recoger los cuerpos. Una señora muy guapa, muy linda, muy elegantona, vino por el chavalo y se lo llevó a la capital. Dice Prisciliano que daba lástima verla llorar a gritos cuando vio a su hijo con la carátula hecha pedazos, llena de sangre; hasta los pajaritos se espantaban con sus gritos y se juían pa las ramas más altas de los árboles.

Al oír esto, la niebla de mi cerebro se empezó a despejar y empecé a ver todo de nuevo: la cuesta, los gritos de *el Rorro*, *el Negro* disparando sobre los agentes, mi clavado sobre los árboles del barranco. Una como nube de sangre se me agolpó en los ojos. Todo lo vi rojo, hasta la cara renegrida de la vieja, y la boca se me llenó de un sabor amargo, a ceniza.

Me incliné sobre la tarima y quise devolver el estómago. La vieja me agarró por la espalda y me sostuvo, pero no arrojé nada y volví a caer sobre la tarima, cansado y tembloroso.

—¡Bruta! ¡Bruta! —exclamó la vieja, mientras me arropaba—. ¡Mira nomás! Es que ponerme a contarle esto apenas abre los ojos. Pendeja como no hay dos. ¡Merezco que me cuelguen de las verijas!

Luego corrió hacia el fogón y vació en una taza el contenido del jarrito que había puesto a la lumbre y se acercó otra vez a la cama.

—Estese quietecito, quietecito. Y échese unos traguitos de este caldito. Lo que pasa es que tiene el estómago vacío. ¿No oye cómo le gruñen las tripas?

Era cierto. Tenía un hambre feroz. Me ardían las tripas. En lugar de cucharitas, me sorbí de un trago el caldo y luego luego me empecé a sentir mejor.

—¿No tiene otro poquito?

—No... ¡Ay, jefecito!, sí que lo hay, pero hay que ir despacito. Si traga mucho la primera vez, orita le cae pesado y lo devuelve. Al rato le doy más. Ora estese quietecito y procure dormir. Ya no ha de tardar Prisciliano. Lo mandé a ver a Policarpo, que dicen que es hechicero, a ver si conocía alguna yerba que lo hiciera despertar. Porque la verdad, ya casi tenía tres días durmiendo y eso me tenía preocupada. Ora ya no le hace falta. En cuanto llegue, lo mando matar la única gallina que tenemos y le hago otro caldito. Y mañana, si todo va bien, ya se podrá comer una pierna. Duérmase tranquilo. Si algo se le ofrece, aquí estoy junto al fogón. Voy a chuparme un cigarro y a rezar un bendito pa que se ponga bien y vuelva entero a su casa. Apuesto a que su mamacita ha llorado mucho por usté. Y usté de ingrato por esos caminos de Dios buscando lo que no ha perdido, tentando hasta la muerte, que es muy cabrona y se aparece de súpito, donde menos la esperamos. ¿No es así? Dígame si no tengo razón. Yo no he salido nunca de este valle, pero estos ojos han visto muchas cosas.

Encendió su cigarro en una brasa y sentada junto al fogón siguió hablando en voz baja, platicando con ella misma como si le hablara a otra persona. Por un momento se me figuró que estaba medio lucas.

Cuando Prisciliano entró, me quedé alelado y no le podía quitar los ojos de encima. Era igualito al retrato del conde Keyserling que mi padre tenía en su escritorio. Los mismos ojos acerados con una chispita de malicia, los mismos bigotes lacios de mandarín, la misma piochita de profesor de escuela del año del caldo. Un conde de verdad, pero con huichol y huaraches.

Su voz profunda y dulce a la vez me sacó de mi asombro o lo aumentó más. Era la voz apropiada para aquella cara de filósofo.

—¡Buenos días le dé Dios, amito! Buen susto nos ha dado. La verdá ya no jallabámos pa volverlo a la razón. Y contimás que no sabemos ni su apelativo, ni a quién avisarle si se petateaba, y a luego una cruz sin nombre es una cosa muy fea, como si los huesos allí enterrados no jueran de naiden...





Aquellas palabras tan fúnebres me hicieron sonreír. Y su cara ceñuda y trigueña me devolvió la sonrisa como un espejo.

—Pero cuánto me alegra verle ya la cara sin una sombra de sangre... y empezando a pelar el diente. Eso muestra que su merced es un gañán de buen barro, que le va a dar mucha tierra a la vida y a la calaca también. ¡Chóquela! Prisciliano, para lo que usted ordene.

—Ulises Morano, para servirle.

—Prisciliano, Prisciliano —intervino la vieja—, ya vas con tu labia maldita. ¡Échate un bozal en el hocico! ¿Qué no ves que el probe apenas acaba de abrir los ojos, de regresar del valle de la muerte? Déjalo que sorba este caldito y que eche otra siestecita pa que se acabe de acomodar los huesos.

—Tiene razón la vieja, patroncito. Es que la inorancia lo apendeja a uno. Y como me paso los días sin hablar, pues ella aunque tiene muy fino el oído se hace la sorda, pues a la primera oportunidá se me suelta la lengua y "ay toy" echando juera las pendejadas que me bullen en la cholla. Usté ha de dispensar...

Y liando un cigarro de hoja se fue a sentar junto al fogón y allí se quedó inmóvil, sin chistar, una hora, quizá dos, hasta que la raya de sol que entraba por el ventanuco empezó a subir por el techo. Entonces cogió el hacha y salió a partir ocote. Los hachazos amortiguados, acompasados, me fueron adormilando.

*Ángel desconocido, ángel amigo,*
*cerca de mí, lejos de mí, conmigo...*
*Tú, espejo de mi rostro verdadero,*
*me contienes, me sabes todo entero,*
*comprendes el primero y el postrero,*
*mis cosas buenas y mis cosas malas*
*(mis caídas, mis huidas, mis escalas).*
Serafín Quintero
*Invocación al ángel*

Apenas me apeé del camión las piernas me empezaron a temblar de las ansias de correr, de llegar pronto a mi casa. De verles las caras, de oír sus voces, a mi mami, a Leila, a Sonia, a Ranier, a todos, hasta a mi jefe, aunque nomás de pensar en él se me fruncía el de atrás. ¡Jijo!, qué hambre tenía de verlos. Y hasta ahora no me daba cuenta.

Corrí por la calle sin importarme que me juzgaran loco. Veía y no veía. En la carrera me tropecé, le di un empujón a una vieja que estaba recogiendo unas cebollas y unos panes que se le cayeron de una bolsa. Al cruzar la calle por poco me agarra un camión materialista. Dos lepes me quisieron comer con los ojos porque le di una patada a la bola con que jugaban y la mandé más allá del camellón. Más allá, a la puerta de una tintorería, frente a una cocina económica, por poco y recibo el trancazo que un tarzán greñudo le propinó a una gata jetona con cara de ídolo azteca. Apresuré el paso; le di la vuelta a la glorieta toreando un montón de coches y me metí en los Baños Lux. De allí, al cabo de un cuarto de hora salí fresco y embrillantinado, pero con cinco lanas menos, listo para el encuentro decisivo. ¡Crucial!, como dicen en el cine y el radio.

¿Me harían buena cara? ¿Se me echarán encima con regaños y reproches? ¡Hijo! Sentía que unas cosquillitas muy raras se me subían por las corvas, que el estómago se me sumía, que la boca se me secaba. ¡Pues no leaunque! Después de tantas pruebas, de tantas mierdas que pisé, de tantas lágrimas que lloré, ¿me voy a rajar ahora, en la mera orilla, al final de la jornada?

¡No, mano! No yo. Yo le entro, suceda lo que suceda. Que caiga el chaparrón sobre mi cabeza, que me chupen la sangre, que aticen reproches hasta que se cansen. Yo lo que quiero es descansar, dormir, olvidarme de todo.

¡Adelante, pues!

Subí la escalera a trancos. Me detuve frente a la puerta un poco tembloroso. Vi y volví a ver el número diez de metal sobre la puerta y se me hizo un nudo en la garganta. Me quedé parado buen rato, aguardando, queriendo oír pasos, una voz, algún ruido allá adentro. ¡Nada!

De la azotea bajó una gata que se me quedó viendo con ojos un tanto azorados. Entonces ya no pude más. ¡Toqué el timbre!

—Cuénteme, ma, ¿cómo fue?

Mi mamá se echó a llorar y entre sollozo y sollozo me contó que un día Ranier trajo un par de alas de cartón que un amiguito le regaló. Se las puso a Rima y a ella le gustaron mucho. Todo el día se las sujetaba a la espalda y daba vueltas y vueltas diciendo en su media lengua: "Soy un ange, soy un ange...".

Una tarde que estaban los dos solos en la recámara, Ranier la subió a la cama y la incitó a brincar. Ándale, si eres ángel, vuela. La niña tenía





miedo de brincar, y Ranier, impaciente, le dio un empujón. Rima cayó sobre el vidrio de la ventana que da a la calle, lo rompió y cayó al vacío, estrellándose en la banqueta.

—Cuando tu papá llegó a la casa, loco de rabia y de dolor, le dio una azotaína a Ranier y le fracturó el brazo derecho. Desde entonces se ha vuelto muy taciturno y malcriado y el médico nos recomendó que lo vigilemos mucho y que procuremos quitarle sus sentimientos de culpa.

—¿Y en qué día fue?

—El 10 de abril de 1959.

—¿Y mi papá?

—Casi se volvió loco. Estuvo borracho más de quince días. Blasfemó y le echó a Dios hasta cansarse. Al fin se aquietó. Decía que esta es la prueba final de que no hay nada. No hay providencia. No hay Dios. Estamos solos. Somos unos pobres animales hechos para sufrir, para pagar pecados que no cometimos. Y ni a quién reclamar. Si hubiera un Dios, le escupiría en la cara. Pero no hay nada, nada. Nada más que el amor. Él es el que nos une y nos sirve de escudo ante la adversidad. Esto ha sido algo terrible porque la adoraba. Quedó roto, roto. Ya no es el mismo. Creo que ya nunca se va a reír. Ya lo verás.

—Ahora es un angelito de verdad.

Más tarde y ya más tranquila mi mamá me llevó ropa limpia, me dio de comer y me entregó esta carta de Ana María que no he dejado de leer desde entonces:

"14 de octubre de 1959"
"Señor Ulises Morano
"Ciudad de México
"Estimado amigo:
"Hace mucho que he tenido la intención de escribirle. No me lo creerá, ¿verdad? Durante el año que pasé en el convento de Loreto, en San Antonio, le escribí muchas cartas, pero luego las rompí porque no sabía a dónde mandarlas. Además eran puras tonterías de chiquilla. Ahora que ya estoy otra vez en mi casa en Juárez, se me ocurrió ir a *El Fronterizo* y pedir la dirección de su papá, a ver si así le llegan estas mal garabateadas líneas; perdone la letras y los errores, pero nunca me ha entrado la gramática.

"No se imagina lo que he pensado en usted, Ulises. Siempre me estoy acordando de aquellas tardes –tan poquitas– de la placita y de lo que platicábamos. He conocido otros miembros del sexo masculino, pe-

ro no me divierten como usted. Se me hacen muy pedantes y muy tontos, muy vacíos. Aunque le diré que esa diversión con usted me salió muy cara. Antes yo era una muchacha muy alegre, pura risa, no me preocupaba de nada; se me figuraba que el mundo era una fiesta. En el colegio supe por primera vez lo que es la tristeza y lo que son las lágrimas; una tristeza muy grande por estar lejos de mis gentes, de mi tía, de mi papá y de mi perro Toby y de usted. Y me he vuelto muy seria; ya no me río más que de vez en cuando, y eso cuando me acuerdo de algún chiste de usted. En mi casa todos dicen que estoy muy cambiada. Y todo se lo debo a haberlo conocido a usted. Pero no crea que me pesa. Antes al contrario –y dispense la franqueza– creo que es lo más hermoso de mi vida y nunca lo olvidaré, pase lo que pase.

"Pero lo que más me entristece es pensar que no lo vuelva a ver nunca. Si viera qué ganas tengo de verlo, aunque a lo mejor usted con tanto que ha viajado y tantas muchachas que ha conocido ya ni se acuerda de su humilde servidora.

"Por eso me he atrevido a mandarle estas letras, después de pensarlo mucho, esperando que ya haya regresado con su familia, con su mamá que estoy segura que es muy linda y muy buena y que sufre tanto por usted. Bueno, ya me estoy poniendo sentimental y dándole consejos como una vieja.

"El objeto de estas líneas es informarle que mi tía y yo nos vamos a pasar unos veinte días en la capital y yo tendría mucho gusto de verlo y saludarlo, aunque no sea más que un ratito. También me gustaría conocer a todos los de su familia; se me hacen todos tan interesantes. No me atrevo a pedirle que me conteste. ¡Mejor no! No conviene que en mi casa se enteren que le escribo. Además quiero conservar esta ilusión hasta el último día. Cuando llegue allá lo iré a buscar y entonces sabré lo que hay. Hasta entonces.

"Su atenta y segura servidora, la más insignificante de sus amigas.

"Ana María Cedeño.

"PD: Salimos de aquí después del Día de Muertos, pues tengo que ir a llevarle una corona al sepulcro de mi mamacita.

"Vale."

Como a las nueve de la noche llegó mi padre. Se quedó parado, viéndome un tanto azorado. Luego sonrío y me abrió los brazos. Nos estuvimos así abrazados estrechamente por unos minutos, mientras él me acariciaba los cabellos con su diestra. Levanté los ojos y vi que mi ma-





dre estaba llorando. Luego me retiró de su pecho y me miró más despacio, como tratando de adivinar todo lo que me había pasado.

—Estás un poco flaco, hijo. ¿Qué tal la pasaste?

—Regular. De todo un poco: bien y mal.

—¿Y dónde has estado? ¿Qué has hecho?

Mi madre intervino sollozando:

—Acaba de salir de la cárcel. En Guadalajara.

—¡Ah! —exclamó mi padre, sin emoción—. Ya me lo figuraba. ¡Qué bien! ¿Y antes, por dónde anduviste?

—Fui a Chihuahua, al otro lado, a Durango, a Aguascalientes, a muchas partes. He andado mucho, mucho, papá.

—Pues ojalá te sirva. Si no eres tarugo, esas experiencias que has tenido en los caminos te habrán enseñado más de la vida que diez años en la escuela. Veremos.

—Así lo espero, papá. Y quiero pedirle perdón por lo mucho que los he hecho sufrir.

—¿Perdón? ¿Pero, por qué? Anda, no tengo nada que perdonarte. Cosas peores nos han sucedido, como ya sabrás.

Todos callamos. Mi madre empezó a llorar de nuevo.

Luego mi padre encendió su pipa, apagó la luz de la estancia y puso un disco en la consola. Igual que antes, se sentó en su sillón y se quedó absorto escuchando aquella música triste, misteriosa que inmediatamente me agarró del corazón y me apretujó la garganta.

Sentado junto a mi madre, me abracé a ella y le pregunté al oído:

—¿Qué es? ¿Cómo se llama esa pieza?

—Es la *Pavana para una infanta muerta*, de Ravel. Todas las noches la toca. Ha cambiado mucho desde la muerte de Rima. Está muy triste... casi no habla.

Cuando terminó el disco, mi padre se levantó sin hacer ruido y lo volvió a poner. Leila, Jorge y Renato se levantaron muy quedito y desfilaron hacia las recámaras. Mi madre también se levantó y fue ayudarlos a acostarse. Yo me quedé un rato escuchando en la penumbra. Luego salí al balcón. Mi padre seguía inmóvil, sumido en hondas cavilaciones.

Salí al balcón y mis ojos se toparon con el panorama tan familiar: el cielo aplomado sin una estrella. Las azoteas erizadas de antenas, y abajo, en todas las ventanas, la ventanita azul de la televisión, el ojo mágico por donde los idiotas, de espaldas a la vida verdadera, ven pasar la vida falsificada, adulterada, que les sirven desde Televicentro escritores y lo-

cutores igualmente idiotas. Del balcón vecino brotaba la voz gangosa de uno de ellos: "Y ahora amigos míos...".

Volví los ojos hacia el norte y no pude escapar de la avalancha de rótulos y letreros neón, con letras saltarinas y multicolores: "Fume 2 X", "Beba vino de consagrar", "Péinese con Fedora", "Artículos de fantasía". Y luego en la marquesina de un cine *Imitación de la vida* en glorioso tecnicolor.

Imitación de la vida. ¿Eso es lo que me esperaba aquí? El despertador, el periódico lleno de chismes, el camión abarrotado de mujeres y hombres con caras tristes y agrias, la oficina aséptica, el claustro materno con ventana de TV.

Allá afuera la vida era dura pero intensa, como el hambre, el aire frío y cortante y las pasiones fuertes y genuinas. ¿Irme de nuevo a caminar? La voz, grave y calmada de mi ángel, que ya conocía tan bien, empezó a susurrarme en el oído: "No te engañes. No has regresado porque no has partido. Pero no te apures. Donde quiera que estés hay vida, porque tú eres la vida. Tú eres el que la hace trivial o verdadera. ¿Qué buscas? Nada se te ha perdido. Todo está en ti".

No le entiendo. No le entiendo. ¿Dónde está Dios? ¿Arriba en el cielo, aquí dentro de nosotros? Y si está en las dos partes, ¿para qué sirve?, ¿qué objeto tiene tanta lágrima, tanta miseria, tanto odio, tanto mal?, ¿tanta incomprensión? La vida ha de tener algún sentido. Pero hasta ahorita nadie lo ha encontrado. ¡Nadie! Por más que he buscado, todo acaba en palabras vacías y en un corazón vacío.

Y sin embargo, mi ángel me dice que hay que vivir. Vivir la vida es el sentido de la vida.

¿Y ahora?

Entré otra vez a la sala. Había callado la música. Mi padre seguía cabizbajo, sumido en sus pensamientos. Vi a mi padre como no lo había visto nunca. Hondas arrugas de amargura dibujadas junto a la boca. El cabello cano, completamente blanco ahora. Viejo, triste, desilusionado, cansado. Todavía valerosamente queriendo enseñar a los demás a vivir. Ciego, queriendo mostrar a otros ciegos el camino.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sentí ganas de gritarle: "Papá, papá. Aquí estoy yo. He vuelto para ayudarle". Quise hablarle, quise decirle que lo quería, lo que sentía: "Padre". Pero no pude. Las lágrimas me caían al pecho por dentro, no me dejaban decir nada. Y en ese momento comprendí que nunca lo había dejado de querer... pero, también, que nunca podría decirle lo que siento.





Todos los días releía la carta de Ana María a escondidas; pero no me resolvía a contestar. En lugar de eso me puse a analizar mi vida, como decía Mantilla, para ver si de veras había vivido. Y un día escribí sin pensarlo, y así como jugando me salieron de la mollera estos garabatos:

*Poema del ángel del camino*

¡Ay! ángel que te paras a la orilla
del camino,
no me guardaste del vicio, del dolor,
ni del pecado.

Sé que atiendes a otro gran mandato,
de Aquel que lo organiza todo,
que priva igual de la riqueza
y la alegría, que da la muerte y da la vida,
que promete igual la bienandanza,
que el lúgubre transitar
por una cárcel.

Yo sé que tu rostro luminoso,
no es señal para mí
de buenaventura,
sino de seguir siempre adelante
hasta merecer el perdón
o merecer la muerte.

Un día, mi papá, buscando no sé qué cosa, se encontró con ellos. Los leyó muy atento, con la frente fruncida y luego sonrío complacido. Apenas le oí gruñir, en voz baja para sí: "¡Este pendejo también es poeta!".

*Fin*

# Contenido

*Libro primero*


Capítulo 1 ..... 11
Capítulo 2 ..... 17
Capítulo 3 ..... 23
Capítulo 4 ..... 32
Capítulo 5 ..... 36
Capítulo 6 ..... 42
Capítulo 7 ..... 49
Capítulo 8 ..... 51
Capítulo 9 ..... 62
Capítulo 10 ..... 67
Capítulo 11 ..... 75


*Libro segundo*


Capítulo 12 ..... 83
Capítulo 13 ..... 92
Capítulo 14 ..... 98
Capítulo 15 ..... 105
Capítulo 16 ..... 111
Capítulo 17 ..... 115
Capítulo 18 ..... 118
Capítulo 19 ..... 123
Capítulo 20 ..... 125

Capítulo 21 ..... 128
Capítulo 22 ..... 132
Capítulo 23 ..... 136
Capítulo 24 ..... 138

*Libro tercero*

Capítulo 25 ..... 151

*Libro cuarto*

Capítulo 26 ..... 175

*El ángel a la orilla del camino, primera novela del columnista y poeta chihuahuense Miguel R. Mendoza (1901-1966), fue terminada pocos meses antes de su muerte y permanecía inédita hasta hoy. En la trama, Ulises Morano, joven de 17 años, hijo de un escritor, huye de su casa en la Ciudad de México para emprender un largo viaje. Es un viaje iniciático en el que descubre el sexo, el amor, la crueldad, la amistad, la marihuana y la muerte. Aquí, en los momentos más dramáticos, Ulises tiene su encuentro con el ángel, que lo llevará por nuevos e impredecibles caminos. En este periplo recorre Aguascalientes, Durango, Chihuahua, Ciudad Juárez, Las Cruces (Nuevo México) y Guadalajara. Narrada con gran desenfado que la sitúan en una nueva picaresca, sin dejar de lado reflexiones poéticas y filosóficas. El ángel a la orilla del camino es una novela fresca, con una gran carga afectiva y que muestra, a través de los ojos ingenuos del protagonista, una parte de la realidad social mexicana.*

ISBN 968-7731-45-1

9 789687 731452